
MONSTER LOVE
RESCATADA POR LA FIERA
UN MONSTER ROMANCE Y ROMANTASÍA DE
RUBY LACE

MONSTER LOVE

RESCATADA POR LA FIERA

UN MONSTER ROMANCE Y ROMANTASÍA DE

RUBY LACE

Rescatada por la Fiera

Todos los derechos reservados

© Ruby Lace. Septiembre 2025

Ilustraciones: Vanessa Lorenzi @ilustravanelorenzi | Taissa Emanuelly @taizinhaart

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Sumário

Sinopsis
Nota de la Autora
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29

Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Epílogo
Lucy y Shadow
La Autora
Agradecimientos

Sinopsis

Sandra está al borde del colapso: con el alquiler atrasado y a punto de perderlo todo. Pero su vida da un giro aún más oscuro cuando una maldición la atrapa en el cuerpo de una gata.

Cuando un monstruo sediento de sangre comienza a cazarla, Sandra, perdida y vulnerable, se encuentra sin fuerzas… a punto de sucumbir. Exhausta y sin escapatoria, lo último que espera es ser salvada por la criatura más temida de Salem.

La Fiera.

Un híbrido imbatible, poderoso y letal, al que todos temen en la comunidad sobrenatural. Su fuerza es aterradora, su instinto incontrolable. Sin embargo, obligada a vivir bajo su protección, Sandra empieza a descubrir que detrás de la fiera salvaje late un corazón protector… y un deseo que la consume.

Pronto, el miedo se mezcla con la pasión y Sandra se convierte en su prisionera voluntaria.

Porque lo peor no es caer en las garras de la Fiera.

Lo peor… es no querer escapar.

Romance paranormal – Diferencia de edad – Compañeros predestinados – Grumpy x Sunshine – Una historia de avance gradual con escenas picantes – Proximidad forzada

Nota de la Autora

Rescatada por la Fiera es una *romantasia* con *monster romance*, donde el amor se construye poco a poco, al mejor estilo *slow burn*.

Aquí encontrarás *found family*, un protagonista protector y posesivo, parejas predestinadas y mucha acción.

La historia se desarrolla en Salem, Massachusetts, un lugar envuelto en misterio y conocido por su fuerte conexión con lo sobrenatural.

⚠️ **Advertencias:**

Este libro contiene escenas de violencia, *gore*, sexo explícito, sexo *monster*, uso de lenguaje inapropiado y menciones a la pérdida de familiares. Se recomienda precaución a los lectores sensibles a estos temas.

¡Bienvenidos a mi primer *monster romance*!

Besos y buena lectura,

Ruby Lace


VANE
LORENZI

Prólogo



Sandra

Él está a solo dos pasos de mí, quitándose la camiseta con un único movimiento fluido. La prenda cae al suelo y yo lucho contra el impulso de ronronear como una gata en celo.

Entonces, lanza una mirada rápida en mi dirección y, de forma instintiva, contengo la respiración, sin revelarme. Su mirada, sin embargo, es casual, desprovista de cualquier sombra de sospecha. Simplemente continúa, bajando la cremallera de los vaqueros con una calma casi cruel.

Mi curiosidad me mantiene clavada en el sitio, incapaz de apartar los ojos. Cada movimiento suyo parece hipnótico. Lo observo, devorando cada detalle como si fuera un banquete irresistible.

Es solo un cuerpo, me repito, intentando convencerme.

Un cuerpo ridículamente escultural, pero al fin y al cabo, solo un cuerpo.

Él sigue, dejando que el pantalón se deslice por sus piernas musculosas. Cuando lo deja a un lado y queda únicamente en ropa interior, comprendo que estoy enfrentándome oficialmente a la mayor prueba de autocontrol de mi vida.

Y entonces, se la quita también.

Desnudo.

Completamente desnudo.

¡Por las estrellas! Su tamaño… Claro que tenía que ser proporcional al resto de su cuerpo grande y poderoso. Aun así, me deja sin aliento.

É demasiado para procesar.

Camina hacia el baño sin molestarse en cerrar la puerta, mostrando un trasero perfecto, firme, redondo y musculoso, como si hubiera sido esculpido por manos divinas. Una parte de mí, salvaje y ansiosa, siente unas ganas locas de dejar marcas de dientes allí, pero la otra parte —más racional, si es que puedo llamarla así— me recuerda que mi vida está en juego.

El agua empieza a correr, el sonido de la ducha llenando el espacio, y antes de darme cuenta ya me estoy moviendo, silenciosa, hasta la entrada. Espío desde lejos, perdida entre el deslumbramiento y la frustración.

Si él supiera la verdad, estaría en peligro.

En realidad, ya lo estoy.

De sucumbir a un deseo que late en mí como un tambor.

¿Y lo peor?

Que no puedo hacer absolutamente nada al respecto.

He sido maldita.

Si él supiera que la gata a la que rescató no es, en realidad, una simple gata.

Que en verdad soy una mujer atrapada en forma animal.

Tal vez nunca me hubiera traído a su casa. Ciertamente no me permitiría acurrucarme contra su pecho para dormir, ni mucho menos me revelaría sus confesiones más íntimas mientras sus dedos acarician mi pelaje, un gesto tan inocente para él como devastador para mí.

¡Por las estrellas! Si lo descubre, quizá no viva un día más para contarlo.

Y, sin embargo, aquí estoy.

En las garras de la Fiera, un ser tan peligroso como irresistible.

Capítulo 1



Sandra

El tono estridente del móvil rompe el bendito silencio, arrancándome de un sueño profundo con la sutileza de un apocalipsis, como si fuera una alarma anunciando el fin del mundo.

—¡Por las estrellas! ¿Quién me despierta a estas horas? —murmuro, tanteando a ciegas bajo la almohada hasta dar con el aparato.

Mis ojos, aún pegados de sueño, intentan abrirse con dificultad, pero es el nombre en la pantalla lo que finalmente me despeja.

¡Lucy!

Una videollamada.

Me incorporo de golpe, con el corazón desbocado. Sostengo el móvil y miro a mi alrededor: el diminuto piso, con las paredes manchadas de humedad, el colchón viejo en el suelo ocupando casi todo el espacio, y mi ropa amontonada sobre la única silla, que debería ser para sentarse pero terminó convertida en armario improvisado.

Voy hasta la ventana y me acomodo en el alféizar, bloqueando la visión del resto del piso. Lucy no puede ver el estado deplorable del lugar en el que estoy viviendo. No quiero preocuparla cuando ella ya tiene bastantes preocupaciones propias.

Paso los dedos por mi pelo negro enredado, intentando arreglarlo un poco antes de contestar por fin. Cuando deslizo el dedo

por la pantalla y la conexión se establece, mi sonrisa ya está ensayada y lista.

—¡Amiga! — contesto, y en cuanto la veo, mi sonrisa se vuelve genuina.

—¡Hola, amiga! Perdona por no haberte devuelto la llamada ayer, estaba ayudando en una cirugía de emergencia y luego llegué a casa tan cansada que me quedé frita —. Hace un puchero de auto-disgusto, sus grandes ojos marrones llenos de pesar.

—No pasa nada, imaginé que algo así habría pasado.

—Pero ayer se cumplieron ocho años desde que me mudé a Boston… —Su voz suena culpable, y rápidamente suelto una risita ligera para romper la tensión —. Rompí mi promesa de vernos siempre en este día. Si pudiera…

—Te habrías teletransportado hasta aquí, ¿verdad? —bromeo, guiñándole un ojo mientras mantengo la sonrisa lo más despreocupada posible —. Tranquila, amiga. Estamos hablando ahora, ¿no?

Lucy asiente, pero la pequeña arruga en su frente delata su preocupación. Acerca el móvil, estudiándome como si pudiera ver más allá de la pantalla.

—¿Estás bien, Sandra?

—¡Claro, estoy genial! — Mi respuesta sale rápida y llena de entusiasmo, como siempre.

Ella entrecierra los ojos, desconfiada.

—Estás pálida, amiga. ¿Segura de que todo está bien?

—Sí, solo que no dormí bien. — Suelo un risito nervioso y agito la mano en el aire —. Pero ya que me despertaste, voy a empezar el día.

—¡Ay, Dios mío, perdóname! —Se lleva una mano a la boca, mortificada —. No sabía que todavía estabas durmiendo.

—Tranquila. Ya es la una de la tarde, de todas formas. Ya tocaba.

Lucy suspira, echando la cabeza hacia atrás.

—Odio estos turnos de noche. Pasar la madrugada despierta es una locura. No sé cómo consigues hacerlo todos los días.

—Mi organismo se ha acostumbrado. — Me encojo de hombros —. A diferencia de ti, que cambias de turno constantemente Yo duermo por la mañana y me despierto por la tarde todos los santos días, mi cuerpo ya lleva el ritmo.

—Sí, tienes razón… — murmura, pero su frase se ve interrumpida.

—Lucy! — grita una voz masculina desde otra habitación —. ¿Me coges una cerveza?

Ella pone los ojos en blanco y suspira.

—Un segundo, Sandra —dice, levantándose para atender su pedido.

Observo mientras se dirige a la cocina con el móvil todavía en la mano, abre la nevera y vuelve con una lata, entregándosela a Brian en el salón, que ni siquiera agradece. Cuando Lucy regresa al dormitorio y cierra la puerta tras de sí, apenas puedo contener mi irritación.

—¿Qué hace tu prometido que no puede ir hasta la cocina y coger su propia cerveza? —suelo disparar.

Lucy duda antes de responder:

—Está jugando.

Siento cómo me sube la sangre a la cabeza.

—¿Está jugando mientras tú haces todo? ¿Trabajas, cocinas, limpias la casa y encima lo sirves a él?

—Se ha estado estresando en el trabajo, Sandra.

Suelto una risa seca, incrédula.

—Hoy es sábado. Él no trabaja, pero tú sí.

—Jugar con los amigos le ayuda a relajarse… — mi amiga intenta defenderlo, y eso hace que me apriete el pecho.

—¿Y tú, Lucy? ¿Cuándo te relajas? ¿O tu bienestar simplemente no importa en esta relación?

Ella baja la mirada y encoge los hombros, como conteniendo las lágrimas.

—Él es mi familia ahora, Sandra. Lo que me queda.

Esas palabras golpean con fuerza. Yo tampoco tengo a nadie.

El recuerdo del cáncer que se llevó a la abuela sigue siendo una herida abierta.

Lo he perdido todo, pero al menos tengo a Lucy.

Solo que ella… ella tiene a ese idiota de Brian.

—Hablaré con él después. —La voz de Lucy me devuelve a la conversación —. Vamos a repartir mejor las tareas de la casa.

Murmuro algo en acuerdo, intentando tragar mi rabia.

—Te echo de menos — digo, cambiando de tema.

—Yo también. — Lucy suspira —. Intentaré visitarte pronto para conocer tu nuevo piso. La vida va tan rápida, ya hace casi un año desde que estuve allí, necesito volver.

La desesperación me sube por la garganta.

—Ah, no hace falta que vengas tan pronto. En realidad, estoy pensando en mudarme de nuevo. Mejor espera.

—¿Por qué?

— Quiero algo más cerca del trabajo. — La mentira se escapa antes de que pueda contenerla.

Lucy sonríe, parece haberse creído mi excusa.

—Vale. Voy a comer, hablamos después, ¿ok?

—Vale, te quiero.

—Yo más — dice, lanzándome un beso al aire.

Cuelgo y miro el móvil en silencio.

Odio mentirle a ella. Pero, ¿cómo podría decirle la verdad?

Que a veces no como bien, que este piso es casi un cubículo y que el trabajo en la taberna apenas cubre las deudas.

Lucy ya tiene suficientes problemas.

Así como yo perdí a mi abuela, mi única familia, Lucy perdió a sus padres hace poco. La diferencia es que, mientras mi pérdida me dejó sin nada, Lucy heredó lo suficiente para mantenerse estable. Si supiera cómo estoy, seguramente insistiría en ayudarme, pero jamás la haría usar un dinero que lleva tanto peso emocional para aliviar mis problemas.

No puedo ser tan egoísta.

Me levanto y voy a la cocina, con el estómago rugiendo de hambre. Solo tengo ingredientes para un sándwich de crema de cacahuete, y ya tengo que raspar el bote, que está casi vacío. Abro la nevera y cojo la leche, pero al abrir el envase, el olor agrio me hace fruncir la nariz.

—¡Ah, perfecto! Cuando uno cree que ha tocado fondo, el universo viene y echa un poco más de tierra para cavar todavía más.

Con un suspiro pesado, voy al cajón donde guardo el dinero de las propinas. Mi corazón se aprieta al mirar los billetes que tengo apartados para el alquiler. Hoy es el día de pagarlo, pero la cantidad todavía no es suficiente.

Me quedo allí, mirando el pequeño montón como si pudiera multiplicarse mágicamente. Pero la realidad no cambia: necesito comer. No puedo seguir ignorando mi estómago vacío.

Antes de salir, echo un vistazo al pasillo para asegurarme de que el propietario no está cerca: lo primero que haría si me viera sería cobrarme. Bajo las escaleras con prisa y me dirijo al supermercado. Allí compro un litro de leche y algunas moras para un batido.

Abrazo la bolsa de la compra y me dirijo de vuelta al edificio. Al girar la esquina, allí está él: un monstruo de hormigón y ladrillos a la vista, con la fachada desgastada. La vista del edificio es tan

deplorable como su interior. Cinco plantas, cada una más decadente que la anterior.

Para colmo, el piso no acepta animales.

Era un detalle que debería haberme impedido mudarme allí, pero no había otra opción. El alquiler es el más barato que encontré, y aun así no consigo pagarlo con facilidad. No después de que mi coche dejara de funcionar definitivamente y mi ingreso extra como conductora de aplicación desapareciera.

Hace tres meses que intento encontrar un empleo a media jornada que se ajuste a mi horario, sin éxito. Empiezo en la taberna a las 20:00 y no salgo hasta las 4 de la mañana. Necesito al menos ocho horas de sueño para poder soportar dos jornadas de trabajo.

He recorrido toda la ciudad a pie en busca de algún puesto. Si no fuera por mis poderes de recuperación sobrenatural, mis pies estarían llenos de ampollas. Y aun así, no tengo suerte. Esta misma tarde tenía una entrevista, pero ayer recibí un mensaje diciendo que ya habían contratado a otra persona.

Cruzo la puerta y el olor a moho invade mis fosas nasales. Subo las escaleras con la alfombra sucia, apresurada, tratando de escapar del olor fuerte. Cuando llego a mi planta, veo al propietario.

Ah, no…

Pienso en dar media vuelta, con sigilo, pero él también me ha visto.

—Señorita Black — dice, con la voz dura como siempre.

Forzo una sonrisa, lanzando todo mi encanto.

—¡Qué suerte! Justo quería hablar con usted —miento con toda desfachatez.

Frunce el ceño, pero su ceño severo se suaviza mínimamente cuando sus ojos oscuros se fijan en mi escote.

—Imagino que será para hablar de los alquileres atrasados… — Su mirada sube hasta mis ojos antes de volver abajo, y luego pasa la lengua por los dientes.

Mi sonrisa se congela.

—¡Era justo por eso! Tengo el dinero que faltaba del mes pasado. Voy a recogerlo ahora mismo y…

— ¿Y de este mes?

Mi corazón se hunde en el pecho.

— ¿Podría pagarlo más tarde? — Parpadeo con mis largas pestañas, intentando persuadirlo, aunque el estómago se me revuelve con la expresión sucia que me lanza.

— Ya es el tercer mes consecutivo de retraso, y el mes pasado solo me pagaste la mitad. He sido paciente hasta ahora, pero todo tiene un límite.

— Solo necesito una semana más, por favor.

— No. Si no recibo el dinero para el lunes, emitiré la orden de desahucio. —Se lame los labios, mirándome aún de forma lasciva — Pero podría cambiar de opinión si me dejas chupar esos…

— ¡Conseguiré el dinero para el lunes, lo prometo! — Interrumpo antes de que termine la frase.

Doy un paso atrás, sintiéndome sucia hasta los huesos.

¡Podría ser mi abuelo!

El propietario pasa junto a mí, su hombro rozando el mío, haciéndome temblar de asco.

— Entonces nos vemos el lunes, señorita Black — murmura, bajando las escaleras.

No miro atrás, sigo mi camino, intentando controlar las lágrimas.

Dentro del piso, pongo las compras sobre la encimera y miro el cubículo que llamo hogar.

Dos días. Solo tengo dos días para pagar lo que debo.

Necesito más propinas en la taberna.

¡Necesito un milagro!

Cuando llega la hora de arreglarme para el trabajo, reviso las opciones de ropa doblada sobre la silla. Quizá un escote generoso me traiga más propinas. Con una blusa y unos pantalones que moldean mis curvas, me miro en el espejo y suelto el aire, intentando no pensar en lo agotador que es todo esto.

Si eso es lo que necesito hacer para conseguir más dinero, que así sea. No puedo darme el lujo de dudar. Ya he hecho cosas peores.

En cuanto termino de ponerme las botas, lista para salir, mi móvil vibra en medio del desorden con la notificación de un mensaje de texto.

Revuelvo la habitación siguiendo el sonido hasta encontrar el bendito debajo de la ropa que tiré sobre el colchón. Perder cosas se ha convertido casi en una especialidad mía: llaves, móvil, siempre un desafío diario. Parte de ello es que mi cabeza siempre salta de una cosa a otra, distraída por cualquier detalle que llame la atención. A veces, solo el brillo de una pulsera olvidada en el suelo basta para hacerme perder el hilo.

Desbloqueo la pantalla, y el mensaje es de Luther.

Luther: ¿Ya has salido de casa?

Yo: Todavía no. ¿Por qué?

Luther: Voy en camino. Te recojo en 10 minutos.

Un suspiro de alivio se escapa sin que me dé cuenta.

Qué sorpresa tan buena; vive al otro lado de la ciudad, pero no estoy loca de cuestionar por qué decidió darme un aventón ahora.

Nada como no tener que caminar veinte minutos hasta la taberna en plena noche.

Yo: ¡Gracias! Eres un ángel.

La respuesta llega rápido, casi instantánea.

Luther: Los ángeles no piensan en recibir un beso como pago.

Suelo una risa baja, negando con la cabeza mientras le mando de vuelta un emoji de risa.

Yo: Sueña, Luther.

Luther: Soñar no cuesta nada.

Muerdo el labio, conteniendo una sonrisa. Luther es guapo, carismático y un conquistador sin escrúpulos, siempre en busca de la próxima diversión.

Y, por más insoportablemente descarado que sea, es una de las pocas personas que considero amigas en este loco mundo sobrenatural en el que vivo.

Capítulo 2



Mark

—Entonces, ¿a qué nos estamos enfrentando? —Mi voz resuena por la sala, grave y autoritaria, silenciando el murmullo de las voces entre los empleados reunidos alrededor de la larga mesa de roble.

Todas las miradas se vuelven hacia mí y sé lo que ven: autoridad marcada en cada línea de mi rostro, en mi mirada fija e implacable.

Ted, mi brazo derecho, es el primero en hablar. El metamórfico oso cruza sus enormes brazos, el ceño fruncido en concentración.

—Parece magia prohibida. Un nigromante jugando a ser dios o, quién sabe, una bruja negra invocando cosas que no debería. —Mueve la cabeza—. No sé quién sería lo suficientemente estúpido, pero… está ocurriendo.

—Estúpido o desesperado. —El comentario seco viene de Viklaus, un vampiro de habla afilada. Sus ojos rojos brillan bajo la luz suave de la sala de reuniones —. Crear muertos vivientes es un riesgo. Si no se controla, puede salirse de control y volverse contra el propio creador.

—Y, aun así, está aquí, en nuestros patios traseros. — Rosno, la frustración desbordando en cada palabra.

Mi paciencia se agotó. El golpe seco de mi mano contra la mesa resuena por la sala, una onda de violencia que hace temblar el ambiente. El olor al miedo, sutil como un hilo, se extiende por el

aire, la tensión lo suficientemente pesada como para cortar la respiración. La mesa de roble, amenazando con partirse por la mitad, solo no cede al impacto gracias a la magia de protección que la envuelve, colocada allí después de algunos incidentes pasados.

Respiro hondo, controlando a la bestia que llevo dentro.

—¿Por qué tan cerca de nuestro territorio? — Camino hacia la ventana, cruzando los brazos, los músculos estirándose y contrayéndose. Siento que la transformación empieza —. ¿Coincidencia o algo más?

Este es el segundo monstruo en menos de una semana que acecha Salem. Hace cuatro días, un ghoul apareció en el cementerio. Logramos interceptarlo antes de que causara más víctimas, pero, desafortunadamente, dos humanos no tuvieron la misma suerte.

Mi piel se estira, los músculos ganan volumen y un calor creciente me envuelve. Mis garras comienzan a alargarse, negras y afiladas, letales, cortando el aire con un chasquido bajo. Siento mis huesos reajustándose, mi altura aumentando, el aire a mi alrededor volviéndose más pesado, más denso.

Mis ojos brillan con un tono dorado, depredador, lupino. El gruñido que sale de mi garganta ya no es humano.

Lucho por mantener el control.

La fiera dentro de mí está lista para irrumpir por completo, pero no lo permito. No ahora.

—Podría ser un portal nuevo por donde estos monstruos han cruzado. —La voz de Jack, el metamórfico caimán, rompe el momento —. Pero sería improbable. No hemos visto señales de eso. Ninguna explosión de energía, ningún desequilibrio en el entorno.

—Improbable, pero no imposible —respondo, girando lentamente para mirarlos —. Debemos considerar todas las posibilidades. Alguien podría haber creado una cúpula para ocultar la energía.

—Pensé lo mismo — concorda Ted.

—Ted, crea la alerta para la comunidad sobrenatural —ordeno —. E informa al alcalde que debemos redoblar las patrullas en la ciudad y reforzar los puntos de monitoreo. No permitiré que otro ataque nos tome desprevenidos.

—Entendido. — El oso asiente, ya golpeando las teclas de su portátil.

Viklaus sacude la cabeza, escéptico.

—Al alcalde no le importa un comino, solo se preocupa por la seguridad de su mansión. Dudo que libere fondos para refuerzos sin algún tipo de… persuasión mental.

Mi mandíbula se tensa, pero no aparto la mirada del vampiro. — No es una elección, es una necesidad. Es nuestra responsabilidad proteger la ciudad de ataques sobrenaturales.

Una sonrisa torcida aparece en los labios de Viklaus.

—¿Entonces es oficial? ¿Vamos a recurrir a métodos no convencionales?

—Si es necesario. —Mi voz sale fría como el acero—. La prioridad es mantener la ciudad segura. Nadie, ni siquiera el alcalde, interferirá en eso.

—Alerta y solicitud enviadas, jefe. —Anuncia Ted—. Ahora solo falta saber si hay alguien detrás de estas apariciones.

Dejo la cuestión en el aire por un momento, permitiendo que su peso caiga sobre todos en la sala.

—Eso es lo que vamos a descubrir. —Mi voz resuena en el silencio.

Un momento de tensión se cierne, hasta que Jack intenta aliviar la presión con una sonrisa breve al hablar:

—Al menos la exterminación del kappa hoy fue un éxito; fuimos rápidos y no dejamos rastros.

El kappa muerto viviente…

Recordar a esa criatura me hace apretar los puños, mis garras perforando la palma.

El monstruo era de un tamaño relativamente pequeño, parecido al de un niño de doce años, pero su aspecto era grotesco y su presencia, mortal. A pesar del tamaño, era extremadamente fuerte. Con piel reptiliana verde, caparazón de tortuga agrietado y carne en descomposición, sus manos y pies, similares a los de un sapo, tenían garras afiladas en las extremidades, listas para destrozar todo lo que tocaban. No solo mataba: ahogaba a sus víctimas, drenando sus almas para obtener más poder. Sus ojos vidriosos exhalaban una malicia profunda, movidos únicamente por el deseo de destrucción y sangre, su existencia reducida a matar.

Soy capaz de lidiar con monstruos solo; nunca he necesitado refuerzos. Pero el kappa era un depredador del lago, maestro en esconderse en las profundidades y difícil de atraer a un enfrentamiento directo. Jack, en su forma de caimán, era el cebo perfecto: no solo para sacar al monstruo del agua, sino también por su caparazón resistente, capaz de soportar el ataque el tiempo suficiente para que yo pudiera acabar con la criatura en cuanto mis garras lo alcanzaran.

Jack logró atraer al kappa y escapar a tiempo, con algunas escoriaciones que se curaron en cuestión de minutos.

Viklaus, un vampiro antiguo con poderes de influencia mental sobre los humanos, apartó a cualquiera que estuviera cerca, asegurando que nadie presenciara la lucha y, si lo hacía, lo olvidaría todo.

Cuando el kappa se acercó a la orilla, fui directo hacia él. La lucha fue brutal y rápida. En mi forma bestial, despedacé su cuerpo con mis propias manos en segundos. Arranqué sus largos brazos escamosos antes de que tuviera tiempo de agarrarme y arrastrarme a las profundidades. No dudé. Lo destrocé pieza por pieza, hasta alcanzar su corazón podrido. Cuando lo aplasté entre mis dedos, su cuerpo se desintegró en una sustancia pegajosa, como si su

descomposición se hubiera acelerado, borrando cualquier vestigio de su existencia.

Pasé mi mirada de aprobación de Jack a Viklaus y, por último, a Ted.

El oso siempre ha sido la mente estratégica detrás de todo. Mientras yo lidero el campo de batalla, él se asegura de que el resto de la operación funcione sin fallos. Es quien mantiene la línea de comunicación abierta, quien organiza los refuerzos y toma las decisiones entre bambalinas. Sin él, nada funcionaría con la misma precisión.

—Habéis hecho un buen trabajo —digo al equipo, mi fuerza de tarea, dejando escapar un leve tono de aprobación. Puedo ser reservado e intimidante, pero siempre reconozco un trabajo bien hecho.

—Creo que merecemos una celebración, entonces. —Ted dibuja esa sonrisa ladeada que siempre tiene cuando está satisfecho con lo que ha hecho —. ¿Vienes con nosotros, jefe?

—No. —Mi respuesta es seca, automática. No soy de socializar, no es mi estilo. Siempre he sido solitario y no veo necesidad de cambiar eso ahora —. Pero id vosotros, divertíos.

—Ni pensarlo. —Jack ríe—. Tú también mereces celebrar.

Las miradas de los demás en la sala comienzan a alinearse, creando un consenso silencioso que me obliga a ceder.

Me froto el rostro, incómodo.

—Vamos al Pandemonium, te gusta allí — comenta Ted.

Gustar es una palabra demasiado fuerte. En realidad, hay solo una cosa que hace que tolere ese lugar…

—Está bien, solo una ronda.

Veo a mis compañeros sonriendo, intentando aliviar la tensión de los últimos acontecimientos. El peligro aún nos acecha y hay mucho por hacer antes de descubrir de dónde vienen esos

monstruos. Pero todos merecen un descanso, y tal vez la taberna sea el lugar para ello.

Sin embargo, en cuanto llegamos, la tensión aumenta. El ambiente se silencia y todas las miradas se fijan en mí. No hay manera de disimular la incomodidad que provoca mi presencia.

Es por eso que suelo mantenerme al margen.

Soy un híbrido, el producto de una unión que dio lugar a una aberración, como suelen susurrar a mis espaldas. No pertenezco a ningún clan de hombres lobo, y los metamorfos me ven como algo fuera de lugar. Pero lo que realmente les hace temblar es mi poder: un fenómeno que pocos se atreven a desafiar. Tengo magia en las venas, con habilidades de recuperación instantánea y un poder de protección en forma de escudo, que me coloca por encima de los metamorfos y hombres lobo.

No soy como ninguno de ellos, pero me respetan.

Al final, eso es lo que realmente importa.

Capítulo 3



Sandra

Pandemonium palpita como un organismo vivo a mi alrededor mientras me desplazo entre las mesas, equilibrando la bandeja y esquivando las miradas —algunas curiosas, otras invasivas— que me siguen acompañadas de murmullos.

Los rumores sobre mí aún circulan con fuerza, al parecer, pero me esfuerzo por ignorarlos, deseando que el ambiente fuera más oscuro para ocultar el rubor insistente en mis mejillas.

La iluminación, compuesta por antorchas fijadas en las paredes de piedra, proyecta una luz ámbar que danza y oscila sobre las superficies, creando sombras irregulares por todo el salón.

Respiro hondo, intentando recomponerme, y mis ojos se pierden por un instante en las vigas del techo, sólidas y de madera oscura, adornadas con artefactos como amuletos, espadas y otras reliquias antiguas. Por un momento, me dejo llevar por la distracción —un mal hábito mío, como un gato fascinado por las más pequeñas curiosidades.

—¡Sandra, mesa dos! —me llama la bruja mixóloga, y me dirijo hasta allí para tomar el pedido.

—Gracias —digo, pero ella ya se está girando, yendo hacia las estanterías que exhiben una colección de botellas inusuales, llenas de líquidos brillantes, humeantes o extrañamente viscosos.

—Un Sangre Burbujeante y un Batido de Sangre — anuncio, colocando las bebidas en la mesa de un demonio y un vampiro.

La campanilla de la puerta suena, anunciando la llegada de nuevos clientes. Camino entre las mesas irregulares, atendiendo a los humanos recién llegados. Pocos mortales se aventuran aquí por su cuenta; la mayoría solo encuentra este lugar acompañados de un ser sobrenatural o por accidente. Para el resto del mundo, un hechizo hace que la taberna parezca abandonada, con escaparates polvorientos.

Los recién llegados miran a su alrededor, preguntan por vampiros. Por sus expresiones, parecen más interesados en ser la bebida que en pedir una.

—Cariño, ¿estás bien? —pregunta la mixóloga al entregarme otros pedidos, después de llamarme varias veces—. Hoy pareces distraída.

Maldición, necesito disimular mejor.

—Sí, solo un poco cansada —fuerzo una sonrisa casual, intentando parecer despreocupada.

—Unas horitas más de sueño pueden hacer maravillas. Espero que mañana te sientas mejor.

—Gracias, lo haré.

Pero sé que no me sentiré nada mejor; mi mente corre hacia la cuenta atrás: tengo dos días para pagar el alquiler.

Si no lo consigo, volveré a la calle o tendré que tomar medidas que me prometí a mí misma nunca más considerar.

La idea de ser una gata callejera de nuevo, irrumpiendo en casas en busca de comida, me revuelve el estómago.

Hice eso para sobrevivir, pero pensé que nunca volvería a caer tan bajo. Aun así, es mejor que la alternativa —una que me costó mucho más que orgullo. Me costó la dignidad. El origen de los rumores y las miradas repugnantes sobre mí.

La desesperación me llevó a aceptar salir con algunos de los clientes de la taberna, solo para asegurarme de una buena comida.

Dejaba claro desde el principio que esos encuentros no pasarían de ahí; como máximo, unos besos, y nada más.

Algunos hombres se mostraban caballerosos, mientras que otros… bueno, no tanto.

La semana pasada, cedí ante la insistencia de uno de ellos.

Era un metamorfo conejo, recién llegado a Salem, y durante los tres encuentros que tuvimos, me trató como si fuera alguien importante. Me llevó a restaurantes elegantes, me hizo sentir especial de una manera que no sabía cómo manejar. Y fue en ese momento de vulnerabilidad que sentí una extraña obligación de corresponder, como si le debiera algo a cambio.

En la tercera cita, cedí. Dejé que me llevara a su casa.

Solo descubrí que estaba casado cuando su esposa apareció de sorpresa, llegando antes de lo acordado por la mudanza. Nos pilló justo en el momento en que estábamos quitándonos la ropa.

Huyó de allí en mi forma animal, dejando atrás tanto mi ropa como mi dignidad.

Me prometí a mí misma que nunca más me sometería a una situación así.

La mujer, a quien descubrí que era bruja, averiguó dónde trabajo y apareció la noche siguiente, amenazándome justo aquí, delante de todos.

Char, mi jefe, dijo que si continuaba sería expulsada de la taberna, y solo entonces se calmó y se fue. Pero eso no significa que haya dejado de volver, ni que deje de lanzarme miradas amenazadoras desde entonces.

Justo ahora, la pareja llega y se sienta en la mesa siete.

La mirada asesina de la mujer se cruza con la mía, y mi estómago se aprieta. Desvío la vista rápidamente, pero siento que mis mejillas arden.

Cuando pienso que mi día no puede empeorar…

Me doy la vuelta y me acerco a Luther.

—¿Me harías un favorcito? —pregunto, con una mirada de gata suplicante.

Luther arquea una ceja, esbozando una sonrisa perezosa que hace que la mitad de los clientes le den propinas absurdas. Sus pestañas plateadas y el brillo provocador de sus ojos azules casi hipnotizan.

—Depende. ¿Qué gano a cambio?

—Quizá unos cortes decorativos en esa carita… lo estás pidiendo tú. —Muestro las garras, una amenaza que baila en la punta de mis dedos, pero mi sonrisa delata que me divierte provocarlo.

—Vaya, tanta violencia. —Hace un puchero, exagerado como siempre, como si realmente estuviera ofendido —. Pero, ¿y si prefiero algo… menos agresivo? ¿Tienes una propuesta más interesante?

—Luther. —Suspiro, exasperada —. Ahora no es momento de bromas.

—Está bien, ¿qué necesitas? —Endereza la postura, aunque el brillo burlón sigue danzando en sus ojos.

—¿Atiendes la mesa siete por mí? —susurro, bajando la voz como si eso protegiera mi orgullo —. Por favor.

Él mira por encima de mi cabeza y hace una mueca discreta al ver a la pareja. Cuando vuelve a mirarme, un mechón largo y plateado cae sobre sus ojos, que ahora me examinan con expresión tensa.

—Ah, ellos. —Asiente, entendiendo perfectamente —. Sabes, si hubieras aceptado salir conmigo, nada de esto habría pasado. —Sonríe, claramente intentando aliviar la tensión.

—No tiene gracia, Luther. —Le doy un pequeño empujón en el hombro, intentando quitarme la vergüenza.

—Como si no conocieras mi reputación. —Guiña un ojo, divertido, antes de encogerse de hombros.

Ah, sí. Su famosa reputación de amante generoso, que vuelve locos a mujeres y hombres. Luther no oculta lo lascivo que es; de hecho, se enorgullece de ello.

Curioso cómo funcionan las cosas.

Yo, que solo he aceptado acostarme con un hombre en toda mi vida, soy quien carga con la fama de puta.

—Justamente por tu reputación no acepto. —Entuerzo la nariz.

—Cambiaría por ti.

—¡Sólo lo creeré cuando lo vea! —Le saco la lengua, y él sonríe y me guiña un ojo antes de atender la mesa.

Luther fue el primer amigo sobrenatural que hice cuando empecé a trabajar aquí, hace casi un año. Su personalidad encantadora y extrovertida es irresistible, atrayendo a todos a su alrededor. Ser hijo de un íncubo lo explica todo. Con el tiempo, he notado que usa eso con habilidad para conseguir lo que quiere.

No lo juzgo. Hago lo mismo cuando es necesario.

Y, por mucho que me guste como amigo, tengo miedo de cruzar ese límite.

Prefiero relaciones sin sentimientos, sin crear lazos afectivos. Así no tengo posibilidad de ser abandonada, lastimada…

Sé que fue una estupidez salir con algunos clientes del lugar donde trabajo.

Sobrenaturales, además.

Debería intentar mi suerte con humanos normales, inofensivos y decentes.

Pero, ¿cómo encontrar a esas personas si paso buena parte de mi vida aquí, en la taberna o en el barrio decadente y peligroso donde vivo?

Antes de mudarme allí, apenas salía de la casa donde vivía con mi abuela. Yo era su cuidadora; renuncié a entrar en la universidad

para quedarme a su lado durante esos largos años de batalla. No tenía tiempo para conocer gente, y mucho menos para un novio.

—Olvídalo, Sandra —me susurro a mí misma. Sobre todo después del incidente con aquel hombre despreciable y traidor, voy a mantenerme alejada de los hombres, sobrenaturales o no.

Intento concentrarme en el trabajo, atendiendo las mesas con la mejor disposición posible. Fuerzo una sonrisa, ignoro los comentarios de mal gusto y río las bromas sin gracia, todo para asegurarme mejores propinas.

Camino hacia la mesa de los licántropos; sus risas altas y conversaciones sin filtro llenan la taberna, ahogando el sonido de otras voces. Han sido los mayores consumidores de la noche, lo que me obliga a tolerar más de lo que quisiera. Llego hasta ellos y, antes de poder decir algo, siento una mano deslizarse por mi cuerpo y apretarme el trasero.

El choque paraliza mis pies por un segundo, mientras las risas ebrias estallan a mi alrededor.

—¿Qué tal si pruebas con un macho de verdad, guapa? —dice un lupino de cabello negro y ojos grises. Intento alejarme de sus garras, pero sus dedos aprietan con más fuerza.

—He oído que aceptaste el toque de un conejo insignificante. Mal sabes lo que te espera cuando te acuestes con un lobo.

Mis entrañas hierven, pero necesito la propina de ellos.

—¿Ah, sí? —Fuerzo una sonrisa, dejando que el sarcasmo se cuele en mi voz —. Gracias por la sugerencia, pero esa comparación definitivamente no está entre mis prioridades ahora.

El lobo parpadea, confundido, y la risa momentánea de sus amigos parece irritarlo aún más.

—Zorra — gruñe, pero antes de que pueda responder, algo cambia en el aire.

La luz tenue de las antorchas en las paredes de piedra parpadea, bailando sobre las sombras que se extienden por las vigas

antiguas del techo.

Cuando la puerta de la taberna se abre, el murmullo cesa al instante. Las risas, las conversaciones, incluso el sonido de las jarras alzándose.

El aire se siente más pesado, casi sofocante. Los pelos de mi nuca se erizan al mirar hacia la entrada.

Mark.

Entra con sus compañeros, la mirada fría como el hielo, analizando cada rincón del salón. Cuando sus ojos se encuentran con los míos —y luego con la mano del lobo aún sobre mi cuerpo—, algo en él cambia en un parpadeo.

Antes de que pueda reaccionar, su cuerpo comienza a transformarse.

Crece, los músculos se proyectan bajo la camisa, que casi parece romperse por la tensión. Pelos comienzan a cubrir su piel, extendiéndose por brazos y cuello mientras garras afiladas se alargan desde sus dedos. Colmillos aparecen, extendiéndose desde su mandíbula mientras su rostro se vuelve más bestial, con rasgos que desafían el límite entre hombre y bestia. Sus ojos brillan dorados, feroces e inhumanos, con una intensidad que hace que mi corazón se dispare.

Con un movimiento ágil y depredador, se abalanza sobre el lobo, agarrándolo por el cuello. El sonido amortiguado del impacto resuena por la taberna mientras la Bestia lo levanta de la silla con una fuerza descomunal, dejando claro que no hay escapatoria.

El lobo suelta mi trasero al instante, los dedos temblando mientras intenta apartar la mano de Mark de su propio cuello.

—¡Suéltame! — gruñe, intentando liberarse del agarre.

Mark inclina la cabeza, una sonrisa sombría jugando en sus labios.

—Vaya, ya que te gusta tocar a otros sin permiso, pensé que también te gustaría que te tocaran de la misma manera.

Todo lo que puedo hacer es mirar.

El líder alfa de los lobos, sentado al otro lado de la mesa, se levanta bruscamente, dejando caer la silla con un estruendo sobre el suelo. Sus ojos lupinos brillan en dorado como advertencia, y un gruñido profundo reverbera por toda la sala.

—Suelta a mi hombre — dice el alfa, con voz grave y cargada de autoridad.

Pero él no lo suelta; sus garras se clavan lentamente en la piel del lobo, haciéndole sangrar el cuello, sus ojos se vuelven rojizos y la lengua se le hincha hacia afuera…

El lobo se revuelca, pateando el aire, sus garras intentando rasgar los brazos de Mark, pero cada corte que inflige sobre la piel de la bestia se cura de inmediato, como si nunca hubiera existido.

—¡Te dije que lo soltaras! — gruñe el alfa, mostrando los colmillos.

Mark arquea las cejas, pero finalmente suelta al lobo, que cae al suelo, ahogado y tosiendo mientras se arrastra hacia atrás.

—Enseña a tus hombres a comportarse —responde Mark con esa voz gutural, ajustándose la camisa con movimientos deliberados y clavando una mirada penetrante en el alfa —. ¿O acaso tú también necesitas una lección?

—Cuidado con lo que dices, bastardo mestizo —el lupino muestra los colmillos, sus palabras afiladas, diseñadas para provocar.

Mark no se inmuta en absoluto.

—¿Y qué vas a hacer? —Su voz está cargada de una serenidad que pone la piel de gallina. No hay ironía, solo un peligro palpable —. ¿¿Desafiarme a un duelo??

Los ojos del líder alfa centellean, dejando escapar un gruñido feroz, los colmillos aún visibles. Pero la tensión en sus hombros levantados y en los músculos rígidos revela la verdad: todos saben que, si hubiera un duelo, el alfa no saldría victorioso.

—Chicos, estamos en la taberna, no en una arena. Si continúan, los expulsaré a todos — aparece Char, el dueño del bar, a mi lado con los brazos cruzados. Su piel ya está escarlata, pero juro que parece más roja de lo normal, conteniendo la frustración.

—Tiene razón, vamos a sentarnos y pedir algo. Vinimos a celebrar, no a pelear — dice el hombre que huele a oso, haciendo que Mark gruñase en respuesta.

Su postura se relaja gradualmente, y los rasgos bestiales comienzan a suavizarse, transformándose de nuevo en su forma humana. Es como ver una tormenta disiparse, solo para revelar algo igualmente poderoso y devastador en su lugar.

Es impresionante, tanto en su forma monstruosa como en la humana — una belleza salvaje que parece desafiar cualquier lógica.

Mis ojos se desvían de los suyos, pero no puedo ignorar el peso de su atención. Es casi palpable, una presión que hace arder mi piel como si estuviera bajo un calor intenso.

Debería agradecerle por haber intervenido, pero la frustración me consume.
Estaba lidiando con la situación sola. Ahora, con todo este caos, es muy probable que los lobos no sean generosos con las propinas. Vaya, todo mi esfuerzo, todos los insultos que tragué durante toda la noche… todo en vano.

Mark y su grupo se alejan hacia una mesa en la parte trasera. Cuando me vuelvo hacia los lobos, controlo la respiración para contener el temblor en mis manos e intento no exhalar olor a miedo.

—¿Y vosotros, queréis pedir algo más?

—Nah, ya me basta. —Gruñe el alfa, estirando el cuello en un gesto de frustración —. Vamos. —Su voz es autoritaria, y su manada obedece de inmediato, sin dudar.

Pagan rápidamente lo que deben, y la tensión se disipa en cuanto salen por la puerta. Respiro hondo, aliviada, pero pronto mi corazón vuelve a acelerarse cuando camino hacia aquella mesa en el fondo.

La energía que emana de él es palpable.

Fiera.

El apodo no es casual: con su expresión seria y postura de quien no está para juegos, irradia la energía de alguien que no tolera ser molestado.

Es callado, parece siempre perdido en pensamientos oscuros, pero hoy siento su mirada fija en mí.

De nuevo.

No me atrevo a mirar sus ojos marrones.

Porque cada vez que lo hago… algo en mí se desmorona.

Es como si el suelo bajo mis pies cediera, como si cada secreto, cada barrera que construí a lo largo de los años, fueran arrancados.

Siento que algo me atrae hacia él, como un hilo invisible atado a mi pecho, forzando mis defensas a bajar, dejándome expuesta — como si algo en mí lo reconociera sin que yo lo entendiera.

Y eso me asusta más que cualquier peligro inminente.

En lugar de eso, mi mirada se desliza hacia sus rasgos: la mandíbula marcada, los labios firmes, la forma en que su cabello dorado cae desordenado sobre la frente, siempre fruncida.

Debe notar mi atención allí, y pasa la mano por los mechones; hay algo hipnotizante en ese simple gesto, admiro las venas sobresalientes de su enorme mano, en el brazo grande…

Por las estrellas, ¿qué estoy haciendo?

Intento desviar la mirada, pero es imposible.

Él exige atención, imponente, su presencia es una fuerza que no puedo ignorar.

Que nadie puede ignorar.

—¿Siempre pasa esto? —Su voz, firme y baja, me asusta.

¿Él… me está hablando a mí?

—Eh?

—Lo que hizo ese lobo. —La Fiera observa la mesa donde los lobos bebedores se habían sentado —. ¿Sucede con frecuencia?

Encogí los hombros y esbocé una sonrisa torcida.

—Cosas del oficio.

—Char me va a escuchar. Ya es hora de que ponga a uno de mis guardaespaldas a cuidar de los empleados. Estos inútiles que tiene aquí no sirven para nada.

¡Oh, por las estrellas y la Madre Luna!

Sé que está intentando protegerme, pero esto podría hacer que pierda el trabajo si provoca algún lío con Char por mi culpa.

—Gracias, pero no hace falta. Sé cuidarme sola —replico, moviendo una mano en el aire, intentando aparentar despreocupación, aunque mi corazón late desbocado.

Él solo gruñe, un sonido bajo y cargado de irritación, dejando claro que no está ni un poco convencido.

—¿Ya saben lo que van a pedir? —Cambio de tema, intentando aliviar la tensión. Con una sonrisa amplia, añado —. Tenemos una nueva bebida en el menú. Dicen que es súper refrescante, quizás sea lo que necesitas para calmar esa cabeza caliente, Mark.

En cuanto salen las palabras, mi corazón da un salto y abro los ojos, completamente mortificada.

¿Qué mierda estoy haciendo provocando a este hombre? ¿Acaso quiero morir?

Sus amigos estallan en carcajadas.

Él no.

Mark me observa con la expresión seria de siempre, un ceño fruncido formándose en su frente, el rostro poniéndose cada vez más rojo. Noto cómo sus dedos se curvan sobre la mesa, las garras arañando la superficie.

Parece que quiere estrangularme como hizo con el lobo.

¡Estrellas del cielo, que no me mate…!

—Prefiero la cerveza de la casa — responde finalmente, y puedo, por fin, respirar.

Sigo anotando los pedidos, intentando ser sutil mientras observo a Mark de reojo.

Mi corazón sigue latiendo rápido, la respiración entrecortada, y un calor inesperado recorre mi cuerpo, subiendo hasta mi nuca.

Estoy segura de que él puede oírlo e incluso percibir el olor de mi reacción.

¡Necesito recomponerme!

Muevo la cabeza, forzando la concentración, y vuelvo al trabajo.

Gracias a las estrellas, no necesito preocuparme por interactuar con él otra vez, pues Mark se irá apenas termine su primera bebida.

Cuando el reloj marca las tres y media de la mañana, Char toca la campana, anunciando la última ronda. Estoy exhausta y hambrienta. La comida que ofrece a los empleados —la cual devoro minutos antes de comenzar el turno— hace siglos que fue digerida por mi estómago.

Pandemonium finalmente se vacía, tomo mi caja de propinas y me siento en el taburete para contarlas.

Sigo enfadada porque los malditos lobos —los que más consumieron y más hicieron lío— ni siquiera dejaron un céntimo.

Mañana necesito conseguir el doble de lo que hice hoy. Solo así tendré suficiente para pagar el alquiler el lunes — claro, contando con no gastar absolutamente nada.

—¿Lista para irnos? —Luther aparece de repente a mi lado, casi haciéndome caer del taburete.

—Pensé que ya te habías ido con esa humana colgada de tu cuello. — Uno las cejas, confundida.

Luther sonríe de lado, moviendo la cabeza.

—Te equivocaste. Eres tú a quien voy a llevar a casa. —Antes de que pueda protestar, añade, como si fuera obvio —: ¿No viste la alerta sobre los monstruos sueltos? No es seguro volver sola.

¿Alerta?

Frunzo el ceño y saco el móvil del bolsillo. Solo entonces noto la notificación parpadeando en la aplicación del inframundo de Salem, usada por todos los sobrenaturales para seguir las noticias de la ciudad.

Genial, otra dolor de cabeza para mi colección.

Me siento aliviada por su oferta; de lo contrario, tendría que volver a pie, como de costumbre.

—Gracias. Sí, ya estoy lista. —Guardo las propinas en el bolso y voy hacia la esquina donde él había aparcado.

Cuando entramos en el coche, un olor floral me golpea, dulce y empalagoso, como un campo de flores excesivamente perfumadas. Entorno la nariz, intentando identificar de dónde viene ese aroma, ya que antes no estaba allí.

—¿Qué olor es este? —Pregunto, sin poder disimular la incomodidad.

Luther duda por un momento, haciendo una pequeña mueca antes de responder.

—Debe ser el perfume de la humana que se frotó en mí toda la noche. Parece que se transfirió a mi ropa.

Siento que el estómago se me revuelve y, sin pensarlo, bajo la ventanilla, dejando que la brisa de la noche entre y disipe ese aroma sofocante.

—A veces olvido que el olfato de los metamorfos es más sensible —comenta, en tono de observación.

—Puede ser una ventaja, pero en estos casos es una maldición —murmuro.

Él empieza a conducir, y el viento que entra por la ventanilla alivia lo peor del olor, aunque todavía queda un ligero rastro.

— Mañana te recojo de nuevo para el trabajo. Al final del día, te dejo en casa.

Lo miro, mordiendo el labio.

—¿Seguro? Vives al otro lado de la ciudad, y además, no quiero molestarte. Sé que, si no fuera para ayudarme, habrías llevado a la humana a tu casa.

Gira la cabeza hacia mí, y por un momento parece estar pensando en qué responder.

—Dijiste que solo creerías viéndolo. Solo te estoy mostrando que puedo cambiar... por ti.

Sus palabras me sorprenden. Normalmente hablaría con un tono bromista, pero ahora suena serio, y eso me desconcierta.

—Luther, yo...

—¿Qué? —Sus ojos buscan los míos, penetrando mis barreras —. Te gustan nuestros coqueteos, entonces, ¿por qué seguir resistiéndote? Hace tanto tiempo que quiero más que eso, y este jueguecito de provocaciones me está agotando. Ya no puedo fingir que no siento nada por ti.

Mi estómago se aprieta, y por un momento, una duda se instala en mi mente. ¿Sería realmente tan malo así? Pero sacudo la cabeza, tratando de alejar ese pensamiento.

—Luther, solo te veo como un amigo, y no quiero que eso arruine nuestra amistad.

Él guarda silencio por un instante, sus ojos se oscurecen, algo sutil pero visible. Un escalofrío recorre mi espalda cuando toca mi rostro, una caricia en la mejilla.

—Puedo hacer que cambies de opinión, si me lo permites.

De repente, un dolor de cabeza empieza a formarse.

Ese perfume floral… vuelve a molestarme, y me doy cuenta de que me está mareando.

—Tengo que irme —digo, con la voz un poco más débil de lo que me gustaría—. Hablamos luego.

Él me suelta lentamente, con el ceño fruncido, pero no dice nada para impedirlo. El silencio se extiende por unos segundos antes de que respire hondo.

—Hasta mañana, Sandra.

—Hasta —respondo, saliendo del coche lo más rápido posible.

No sé qué pensar sobre lo que acaba de pasar, pero no tengo energía para dar vueltas a eso ahora.

Estoy demasiado exhausta y hambrienta. Dejaré que el estrés espere hasta mañana.

Cuando entro en mi apartamento, voy directo a la cocina y preparo un batido de moras, bebo un vaso lleno y me como la última rebanada de pan.

Solo queda leche para los próximos días; no tengo nada más. Y no puedo gastar ni un centavo hasta pagar el alquiler.

Con un suspiro, tomo una ducha, me cepillo los dientes y me tiro sobre el colchón viejo.

La fotografía de mi abuela está sobre la mesita al lado, el marco ya desgastado por el tiempo. La miro y siento un dolor apretando mi pecho. Levanto la mano y acaricio la imagen, dejando caer una lágrima.

—Abuela, estaré bien, lo prometo. No te preocupes —susurro, más para mí misma que para la fotografía.

A ella le desagradaría verme así.

Le disgustaría saber que lo he perdido todo para pagar las deudas que acumulé como su responsable, especialmente cuando tuvo que comenzar el tratamiento del cáncer que, al final, se lo llevó. La carga de la deuda hospitalaria aún me persigue, y las cuotas que debo pagar casi no dejan nada para vivir al final del mes.

Perdí su casa por la hipoteca, perdí todo lo que teníamos.

Y lo daría todo de nuevo, lo cambiaría todo, si solo pudiera tenerla aquí conmigo.

Ah, abuela… Estaré bien, sí, por ti.

No sé cómo, no sé cuándo.

Pero lo lograré.

Capítulo 4



Mark

La quietud de la cabaña es mi refugio.

Solo el susurro del viento, colándose por la rendija de la ventana, y el leve crujido del suelo de madera bajo mis pies acompañan el sonido rítmico de mis dedos sobre el teclado.

Hoy es domingo, el día en que normalmente la empresa descansa, pero después de los últimos acontecimientos, no puedo permitirme relajarme. Sigo trabajando, junto con tres centinelas de guardia, patrullando la ciudad. Si surge alguna aparición extraña más, estaré listo.

Termino de leer un informe cuando una ligera presión se forma en la parte trasera de mi mente. Mis sentidos captan algo acercándose. El instinto toma el control y mis garras emergen, afiladas y listas.

Entonces, el sensor de movimiento dispara una alerta de intrusos, pero no necesito mirar las cámaras para saber quiénes son.

Siento su presencia en el aire, el olor a oso y a humano…

Ted y Ethan.

Dejo escapar un suspiro profundo, forzando que mis garras se retraigan, pero la tensión aún permanece en mi cuerpo.

Son los únicos en quienes confío para tener acceso a mi casa, pero eso no significa que me gusten las visitas.

El sonido de golpes en la puerta resuena, y frunzo el ceño, empujando la silla hacia atrás. Con pasos pesados, me acerco a la entrada y la abro, sin preocuparme por disimular mi mal humor.

—¿Qué hacen aquí? —gruño, cruzándome de brazos—. Si fuera una emergencia, me habrían enviado una alerta.

Ethan levanta las cejas, claramente sorprendido, mientras Ted deja escapar una risa baja y burlona.

—Vaya, ¿olvidaste tu propio cumpleaños? —pregunta Ethan desde el umbral.

—Claro que lo olvidaste —replica Ted, con una sonrisa amplia, dándome una palmada en el hombro mientras sostiene un cooler con la otra mano—. Realmente no te gusta celebrar nada, ¿verdad?

Resoplo, sacudiendo la cabeza.

—Con toda esta mierda que está pasando en la ciudad, me sorprende que se hayan acordado —frunzo aún más el ceño—. Además, es solo un día como cualquier otro.

—Solo lo dices porque estás envejeciendo. Y estás gruñón —provoca Ted, soltando una risa corta.

—Siempre ha sido gruñón —replica Ethan, mostrando esa sonrisa de hoyuelos que lo hace parecer inocente, aunque sea un dolor de cabeza desde que lo conocí.

—¿Nos vas a dejar entrar o no? —pregunta Ted, arqueando una ceja.

Por un segundo, pienso en cerrarles la puerta en la cara, pero sacudo la cabeza, resignado.

Les doy paso y entro en la cabaña, sin mirar atrás, pero con los sentidos alerta — oído y olfato atentos. Aunque confío en ellos más que en cualquier otra persona, nunca consigo bajar completamente la guardia. Simplemente no puedo.

Ethan se lanza al sofá con la confianza de quien se siente como en casa. Porque, en cierto modo, realmente lo está.

Su madre era la veterinaria que me cuidaba cuando era niño, en los momentos en que mis transformaciones se descontrolaban y permanecía demasiado tiempo en forma animal. También era vecina del hombre que me crió después de que mi padre biológico me rechazara y quedara huérfano de madre. Un hombre lobo sin clan, renegado por su propia manada, fue el único que se propuso acoger a un bastardo mestizo —como suelen llamarme por ahí.

Él sí fue mi padre, hasta que otro hombre lobo lo mató en un duelo estúpido.

Mi única familia de verdad no tenía sangre en común. Ethan y su madre se convirtieron en una extensión de eso. Creció a mi lado. Nuestros caminos se entrelazaron de tal forma que lo considero más que un amigo; es como un primo que vive en la casa de enfrente.

Ted, por otro lado, es otra historia. Conocí al grandulón en la escuela de sobrenaturales, en la adolescencia. Mientras todos mantenían distancia, él insistió. Me molestó hasta que lo acepté como amigo. Y aquí estamos.

—¿De verdad trajiste un pastel de chocolate? —indago, incrédulo, mientras Ted coloca un cooler sobre la isla de la cocina y abre la tapa. El aroma que se escapa es tan delicioso que hace que mi estómago gruñe en respuesta.

—Y cervezas, obviamente —responde Ted, con esa sonrisa confiada—. Ayer prácticamente saliste huyendo de la taberna después de una mísera jarra. Parecía hasta que tus pantalones estaban en llamas.

—¿Fueron al Pandemonium? —pregunta Ethan, los ojos brillando de diversión.

—Sí, es el único lugar al que acepta ir hoy en día.

—Creo que es por la…

—Cerveza —interrumpo, lanzando una mirada irritada a Ethan.

Él suelta una carcajada.

—Y aun así no logramos que se quedara —continúa Ted, mirándome con una sonrisa amplia—. Te estás volviendo cada vez más amargado, tío. Necesitas socializar, salir un poco.

—Odio a la gente, sobrenatural o no —replico, encogiéndome de hombros—. Prefiero mil veces a los animales.

—Entonces, ¿por qué no te compras una mascota? —sugiere Ethan, la provocación evidente en su voz—. Así, al menos, no estarías tan solo.

—¡Me gusta estar solo, joder! —gruño, dejando que la irritación burbujee en la superficie—. ¡Ustedes son los que me molestan como la mierda!

Ted cruza los brazos, impasible.

—Si no te molestáramos, no tendrías amigos.

Me froto la cara, tratando de empujar la irritación lejos.

Tienen razón. Lo sé. Pero no lo voy a admitir.

—Ustedes dos ya se pasan de la raya. No necesito a nadie más para sacarme de quicio. Paso el día lidiando con el caos; así que, cuando puedo, solo quiero estar solo y respirar en paz.

—Ethan tiene razón, dicen que tener una mascota ayuda a aliviar el estrés…

—¿Saben qué aliviará mi estrés? Que dejen de molestarme —murmuro, rodando los ojos.

Él levanta las manos en gesto de rendición, pero no puede contener la risa que se escapa.

—¿Vamos a emborracharnos o no? —pregunta Ethan, sacando una cerveza ya fría del cooler—. ¡Solo se cumplen treinta y cinco años una vez en la vida!

—Vamos —responde Ted, abriendo los tapones con las garras y ofreciéndome una botella—. Y tú vas a cantar la puta canción de cumpleaños, pedir un deseo y soplar las velas.

Pongo los ojos en blanco y dejo escapar un largo suspiro.

—Eso ya es pedir demasiado.

Capítulo 5



Sandra

—Perdona si te hice esperar mucho.

—No ha sido nada... —dice Luther en cuanto entro en su coche —. Espera, ¿estabas llorando?

Bajo la cabeza para ocultar mis ojos enrojecidos, pero él sujeta mi barbilla y me obliga a mirarle.

—Char no me dio un adelanto, pero está bien, me las arreglo.

—¿Cuánto necesitas?

—No, Luther. No voy a coger tu dinero.

—Véalo como un préstamo, entonces. Cuando puedas, me lo devuelves.

Muerdo el labio, estoy tan desesperada que voy a aceptar su propuesta.

—Ochenta —murmuro, avergonzada, humillada.

—¿Sólo? —dice, y me siento aún peor. Puede parecer poco, pero para mí es mucho.

Saca las propinas que guardó en el bolsillo del pantalón, retira algunos billetes y me los entrega.

—Aquí tienes.

—Gracias —susurro, con vergüenza.

—Para eso estamos.

Luther entonces empieza a conducir; el trayecto desde la taberna hasta mi casa está envuelto en un silencio denso, cargado de tensión, mientras evito sus miradas.

Salgo del coche, y él me acompaña. Caminamos lado a lado, con los postes de luz temblorosos proyectando sombras largas y distorsionadas sobre el asfalto, hasta que nos detenemos frente al portón.

—Este barrio no es seguro —Interrumpe el silencio, su voz grave cargada de una preocupación que no puedo ignorar.

Me encojo de hombros, intentando restar importancia a sus palabras.

—No es como si tuviera condiciones de elegir algo mejor ahora.

—Sí las tienes. Puedes quedarte en mi casa.

Casi me atraganto con la saliva.

—¿Y dormir dónde, en tu sofá minúsculo? —Arrugo la nariz—. Solo si me convierto en gato para caber ahí —Intento bromear para ocultar el desconcierto que me quema.

—Entonces no duermas en el sofá. —Sonríe de lado, divertido —. Puedes dormir en mi cama.

Empujo mi hombro contra el suyo, tratando de apartarme de lo que su sonrisa sugiere, pero la tensión entre nosotros solo aumenta.

—Travieso.

—No estoy bromeando. Mi cama es cómoda y espaciosa. Y, además, mi casa es segura.

La manera en que lo dice me hace detenerme.

Una duda cortante se instala en mi pecho, algo que no puedo ignorar.

Puede que no tenga qué comer bien, ni una cama decente para dormir, pero si voy a su casa, si cedo...

No. Ya acepté su dinero, estoy vulnerable.

No quiero sentirme como me sentí con ese maldito conejo.

—Puedo cuidarme sola, Luther, pero gracias.

Se detiene de golpe y se pasa la mano por el pelo plateado, suspirando frustrado.

—Solo intento protegerte, sabes que me preocupo por ti.

Mis palabras salen más temblorosas de lo que quisiera.

—Lo entiendo, pero después de lo que me dijiste ayer… —Sacudo la cabeza—. No es buena idea.

—Sandra…

Pero ya no puedo lidiar más con esto. Empiezo a buscar desesperadamente la llave para abrir el portón, y entonces siento su toque.

Me toca la mano suavemente, pero antes de que pueda decir algo, un borrón en la calle llama mi atención.

Luther lo percibe al mismo tiempo que yo, y ambos nos giramos para mirar.

La bruja emerge de la penumbra como si flotara, su presencia tan densa que la noche parece inclinarse hacia ella. Sus ojos brillan como brasas, y la sonrisa que muestra corta el aire.

—¿Dónde está él, zorra? —Su voz es baja, pero cada sílaba que pronuncia quema como ácido en mi piel.

—Ni idea de lo que hablas.

—¡Mi marido! —Chilla, y la sonrisa desaparece, su mirada se vuelve una hoja afilada. Levanta un dedo fino en mi dirección, señalando con rabia—. ¿Dónde está?

—¡No está conmigo! —Corto sus palabras—. No me acercaría a él ni aunque me pagaran en oro.

—¡No fue eso lo que parecía cuando te encontré en mi cama con él! —La bruja alza las manos hacia mí, sus dedos finos y temblorosos se estiran como ramas retorcidas, contorsionándose en el aire de manera amenazante—. Vas a pagar por atreverte a tocar lo que es mío.

El aire se vuelve gélido a mi alrededor, y la presión en la atmósfera me oprime el pecho.

—No sabía que estaba casado… —murmuro, tambaleándome, consumida por la ansiedad y la culpa.

Luther se coloca frente a mí con una rapidez alarmante, bloqueando mi visión de la bruja. Su brazo se extiende hacia atrás, su mano agarrando mi cintura con una firmeza que intenta anclarme.

Pero el vértigo llega como una ola violenta, golpeándome con fuerza total. Un torbellino de mareo invade mi mente, y mi visión se nubla, los contornos a mi alrededor se vuelven difusos. El aire, antes pesado, ahora parece espesarse, helado, como si la temperatura hubiera caído drásticamente. Un escalofrío recorre mi espalda, mientras un dolor punzante estalla en mi frente.

—Vuelve a tu casa —dice Luther, con voz firme y autoritaria—. Tu marido traidor no está aquí.

Mis rodillas flaquean, y, instintivamente, me agarro a la camisa de Luther, buscando apoyo. Mi cabeza se inclina hacia un lado, y al hacerlo, consigo espiar a la bruja. Sus ojos, antes llameantes de rabia, ahora brillan con desesperación, y las llamas se transforman en lágrimas que resbalan por su rostro.

—No consigo encontrarlo en ningún sitio —dice con voz quebrada—. Y no puedo rastrearlo, es como si…

—Eso no es asunto nuestro —la corta él, seco.

—Pero tú…

—¡Basta, lárgate de aquí! —La orden de Luther retumba en el aire, su voz como un trueno. La mujer retrocede dos pasos, con los ojos muy abiertos.

Mis ojos se abren de par en par también, y siento un impulso de retroceder, pero algo me mantiene allí, inmóvil, observando mientras el color desaparece de su rostro. Entonces, con una última

mirada hacia mí, se da la vuelta y desaparece en la oscuridad, dejando el silencio apoderarse del lugar.

Cuando Luther vuelve hacia mí, sus iris brillan como llamas plateadas, frías e implacables. Es la primera vez que las veo así, la primera vez que presencio su poder reflejado en la intensidad de su mirada.

—Ven conmigo, Sandra.

Niego con la cabeza, intentando apartar el dolor en las sienes, la sensación extraña que recorre mi espalda y el vértigo. Mi cuerpo está agotado, y mi mente, una tormenta caótica de pensamientos.

Solo necesito estar sola. Necesito encerrarme en mi apartamento, tirarme en la cama y dejar que el mundo allá afuera desaparezca por un tiempo. Mañana, las cosas mejorarán. Al menos habré pagado el alquiler, y eso ya aliviará un poco.

Pero todavía está el incidente con la bruja… y Luther.

Luther, que ya ha hecho tanto por mí, que me prestó dinero y sigue llevándome en coche, aunque viva al otro lado de la ciudad. No puedo aceptar más. No puedo permitirme volverme aún más vulnerable.

—Prefiero quedarme sola —susurro—. Es mejor que te vayas.

Luther me sostiene por los hombros, sus ojos fijos en los míos, como si buscara algo que no puedo ofrecer.

—¿Estás segura? Yo dormiré en el salón, estaba bromeando sobre compartir la cama, lo sabes, ¿verdad?

Desvío la mirada de la suya y asiento con la cabeza.

—Mi vida es un desastre, necesito lidiar con ello sola.

—¿Por qué no te permites aceptar ayuda?

Me encogí de hombros.

— Cuando finalmente abras tu corazón… —murmura, con voz suave, casi enigmática—. todo encajará, Sandra. Ya verás.

Un trueno resuena, y un relámpago rasga el cielo, iluminando todo a mi alrededor. Mi cuerpo tiembla, como si cada fibra de mi piel sintiera el impacto.

El dolor de cabeza late con fuerza, insoportable, y mi rostro se contrae antes de darme cuenta.

—Luther… —mi voz tiembla mientras doy un paso atrás—. Va a llover, mejor entro.

Él me observa por un momento, algo sombrío y resignado pasando por sus ojos, que centellean plateados antes de volver a su azul habitual. Entonces, relaja los hombros y deja escapar un suspiro.

—Espérame mañana —pide, desviando la mirada hacia la calle —. No salgas sola. Está peligroso ahí fuera.

Como si el universo hubiera escuchado, otro rayo rasga el cielo oscuro.

No respondo, solo me apresuro a entrar en el edificio. El escalofrío y el vértigo aún me asolan, una sensación extraña que recorre mis músculos e invade mis huesos, como si la descarga eléctrica del rayo hubiera atravesado el aire y me golpeara directamente, dejando una marca invisible.

El ardor se extiende bajo mi piel, una mezcla desconcertante de calor y escalofríos que me hace sudar a pesar del frío ambiente. Siento la necesidad urgente de abrir un poco la ventana, dejando que el viento helado entre, con la esperanza de que traiga algún alivio.

Con eso, me dirijo a la cocina, decidida a preparar un vaso de leche, esperando que calme el vacío en mi estómago. Abro la nevera, pero el temblor empeora a cada segundo y mis manos, inestables, no obedecen mis órdenes. Al instante siguiente, el garrafón se me resbala de los dedos, rompiéndose en el suelo. La leche se esparce rápidamente por el suelo, formando un charco blanco, un reflejo perfecto del caos que siento dentro de mí.

—¡No! —grito, mi voz quebrándose, desesperada.

Me agacho rápidamente, las lágrimas recorren mi rostro mientras intento, inútilmente, salvar lo que queda de la leche.

Lo único que tengo para calmar mi hambre.

Mi rugido rasga el aire, un sonido primal, desesperado, cargado de dolor. El temblor en mi cuerpo solo aumenta, y una necesidad urgente, incontrolable, se apodera de mí.

Solo entonces, la comprensión alcanza mi mente como un chispazo, y todo se aclara: los escalofríos, el calor, el vértigo, la electricidad recorriendo mi cuerpo…

Necesito transformarme.

No es una elección. Es como si mi esencia animal estuviera rasgando la barrera con sus garras, fuera de control.

La sensación crece, vibrante e implacable, infiltrándose en cada músculo y alcanzando mis huesos. Una fuerza invisible que me obliga. Es sofocante, como si mi propio cuerpo estuviera siendo comandado por algo más allá de mí.

¿Esa bruja… hizo algo conmigo?

¿O es simplemente mi cuerpo reaccionando al estrés extremo?

Mi corazón late con fuerza, y al instante siguiente, mi cuerpo cede. Mis huesos y músculos se estiran y retuercen, un dolor agudo me atraviesa por dentro, una sensación de ruptura.

Mi sangre vibra y mi visión se oscurece mientras mi forma se distorsiona. Cada movimiento me hace querer gritar, intento tomar las riendas del control, pero no puedo hacer nada más que aceptar.

La transformación me consume, y, en unos segundos, dejo de ser mujer.

Me convierto en gata.

Capítulo 6



Sandra

No tuve tiempo de quitarme la ropa. Mi forma pequeña surge, enredada, dentro de mis prendas, y necesito escapar por el cuello de la camisa, luchando contra las náuseas crecientes.

El estómago revuelto, retorciéndose en espasmos, me recuerda a las primeras veces que me transformé, aún niña.

Como en aquellas ocasiones, lucho por respirar, intentando soportar la revuelta interna que se apodera de mí.

No es solo el cuerpo, es la mente, es el pánico, todo al mismo tiempo.

El cambio violento y la falta de control.

Hace años que no me siento así, enferma tras la transformación.

Pero hoy… es distinto.

Vuelvo a ser esa niña, sin control sobre mi propio cuerpo, obligada a enfrentar algo que no puedo evitar.

El peso del pasado me consume.

Recuerdo la primera vez que sucedió. El miedo en los ojos de mis padres, la fiebre que me dejó al borde de la muerte, el rechazo silencioso que vino después. Fui descartada como un error, una aberración, dejada para ser criada por mi abuela.

Ella me acogió y supo cuidar de alguien como yo, aunque no fuera sobrenatural.

Descubrí, años más tarde, que el gen no surgía de la nada: venía de su madre, mi bisabuela, oculto, dormido, saltando dos generaciones para manifestarse en mí.

Mis pensamientos se nublan cuando el primer chorro de bilis sale de mí, el vómito mezclándose con la leche derramada en el suelo, un desastre horripilante que solo me dan ganas de vomitar otra vez, aunque no haya nada más que expulsar.

Cuando las náuseas comienzan a ceder, un alivio frágil se apodera de mí.

Mis patas, sucias, me incomodan, así como el mal sabor en la boca. Retuerzo mi hocico con desagrado y doy unos pasos vacilantes hacia el baño. Estoy deseando darme una ducha y cepillarme los dientes antes de finalmente poder dormir.

Llego a la puerta del baño y, con esfuerzo, intento transformarme de nuevo.

Nada ocurre.

Hay un bloqueo extraño, una presión intensa en el pecho.

Mi corazón late descompasado, disparado de manera irregular, y mis pelos negros se erizan, haciendo que mi cuerpo felino forme un arco involuntario.

¿Qué está pasando?

Un maullido desesperado escapa de mi garganta, más por instinto que por elección.

Intento de nuevo, concentrándome con fuerza, buscando el punto donde mi esencia se acumula, el centro de poder donde se concentra la fuerza de la transformación. Allí es donde, normalmente, siento el movimiento, el deslizamiento del cambio.

De nuevo, nada ocurre.

Es como si estuviera atrapada desde afuera; intento abrirme paso, pero el bloqueo persiste, rígido e implacable. Solo puedo espiar a través de la cerradura, sintiendo mi poder del otro lado, apenas un diminuto hilo atraviesa el agujero. Es tan ínfimo que casi

no puedo notarlo, pero suficiente para saber que aún existe dentro de mí. Solo que no puedo acceder a él.

¡Maldición!

La palabra estalla en mi mente, caliente y furiosa. Mis patas se clavan en el suelo, y las garras raspan la superficie del parqué mientras la realidad me golpea con fuerza.

No.

No.

No.

Debo estar simplemente demasiado exhausta, demasiado débil para controlar mi transformación de nuevo. Necesito dormir. Esto… solo necesito descansar, recuperar energías, y todo volverá a la normalidad.

El olor ácido del vómito impregna el pequeño apartamento, un recuerdo punzante del desastre que se ha esparcido por el suelo de la cocina. No hay nada que pueda hacer en esta forma. Al menos la ventana está parcialmente abierta, dejando que entre el aire fresco y se lleve parte del olor desagradable.

Reuniendo la poca fuerza que me queda, regreso tambaleante a la cocina y salto sobre el fregadero. Con esfuerzo, giro el grifo con mis patas y, cuando el agua comienza a correr, las limpio. Luego, inclino el hocico y doy tragos apresurados, dejando que el líquido limpie mi garganta y alivie el sabor amargo en la lengua. Bebo hasta que no puedo más, intentando engañar al estómago vacío unas horas más.

Cierro el grifo y salto de nuevo al suelo, camino hasta el colchón, dejando que el cansancio me guíe. Me acurruco entre la sábana y la almohada, ajustando mi pequeño cuerpo al espacio.

En cuanto cierro los ojos, el agotamiento me envuelve por completo, sumiéndome en un sueño pesado y sin sueños.

Un único pensamiento flota, tenue, antes de que todo desaparezca:

Mañana, todo irá bien.

***

Despierto sobresaltada con el golpe seco e insistente en la puerta. Mi corazón ya late con fuerza antes incluso de escuchar la voz grave e impaciente del propietario:

—Sé que estás ahí dentro, Sandra. El plazo para regularizar tu deuda ha terminado.

Mi boca se abre automáticamente para responder, pero el sonido que sale es un maullido agudo y desesperado. Mi cuerpo se queda paralizado. La realidad me golpea como un puñetazo helado, y la memoria de la noche anterior regresa con fuerza total. Sigo atrapada.

Solo soy un gato.

La ansiedad crece como un maremoto, inundando cada parte de mí. Intento tomar aire, pero mis pulmones arden mientras hiperventilo. Mi pelaje está erizado, mis garras perforan la sábana, y el miedo se escurre como un río incontrolable por todo mi cuerpo.

"Transfórmate", me ordeno, tratando de canalizar lo que siento desde mi esencia. Cierro los ojos y me concentro, pero todo lo que encuentro es esa misma cerradura, dejando pasar solo un hilo de poder. Frustrada, doy vueltas sobre mí misma, mi mente un caos mientras la desesperación se apodera de mí.

—Considérate oficialmente notificada. Tienes treinta días para desalojar la propiedad. —La voz apagada del propietario atraviesa la puerta, fría e impersonal, mientras desliza la notificación de desahucio por debajo de ella.

Mi cabeza da vueltas, buscando una solución.

Luther… Él puede ayudarme. Ya me ha visto en mi forma felina, sabe lo que soy. Cuando vea que no consigo volver a mi forma humana, conectará los puntos e irá tras esa bruja para romper la maldición.

Si consigo hacer una llamada, aunque no diga nada, tal vez se dé cuenta de que algo anda mal y venga a verme antes de lo acordado.

Pero, ¿dónde está mi móvil?

Busco a mi alrededor, intentando recordar. Entonces, mis ojos caen sobre el montón de ropa tirada cerca del vómito y la leche derramada en la cocina. Con un salto, me acerco, revolviendo las prendas, hasta que encuentro el móvil en el bolsillo del pantalón que llevé la noche anterior.

Lo sujeto con los dientes y, con dificultad, lo llevo hasta el colchón. Lo coloco allí, con la pantalla hacia arriba, y trato de usar mi pata para desbloquearlo. El primer intento es un desastre, pero pruebo con cuidado y finalmente funciona.

Respiro hondo y presiono el ícono de llamadas; la lista de contactos aparece, y los nombres son pequeños y demasiado juntos para poder tocar. Mi corazón se aprieta cuando accidentalmente llamo a Lucy en uno de los intentos fallidos, pero logro colgar en el primer timbrazo.

¡Maldición!

Miro el reloj en la esquina de la pantalla. Ya son más de las cuatro de la tarde. El agotamiento físico y mental de la madrugada anterior me derribó, y dormí más de lo habitual. Podría esperar hasta que Luther apareciera para darme un aventón, si mi estómago no se retorciera de hambre y la debilidad no pesara tanto.

Necesito comer. Necesito ayuda. Necesito volver a la normalidad.

El móvil empieza a vibrar, y mi corazón da un salto de esperanza.

¡Luther!

Pero no es Luther. Es Lucy.

La pantalla muestra una videollamada, y ver su nombre hace que me duela el pecho. Un maullido lloroso escapa de mí. Lucy no

sabe quién soy realmente.

Ella no tiene ni idea de que soy una metamorfa, de que soy diferente.

Nunca lo he contado porque no soportaría perderla. No quería que me viera como una aberración, como me vieron mis padres.

La llamada termina, dejándome mirando la pantalla oscura.

¿Qué hago ahora?

Mi mirada vuelve a la ventana parcialmente abierta.

Sin dudarlo, salto del colchón y corro hacia la ventana. No voy a quedarme parada, esperando. Voy a encontrarlo en su casa.

Capítulo 7



Mark

Mis ojos arden mientras analizo la pila de currículos frente a mí; parece interminable, cada hoja cargando un rostro, un poder, una oportunidad o una decepción.

Contratar centinelas nunca ha sido tarea sencilla, pero ahora, con el aumento significativo de apariciones, la presión ha llegado al límite. El alcalde, aunque humano, conoce el inframundo y entendió la gravedad de la situación; con un pequeño empujón de Viklaus, aprobó el presupuesto.

Soy el CEO de una empresa de seguridad privada integrada. Mi equipo se encarga de todo: alarmas, cámaras, protección en eventos, escoltas… pero, sobre todo, la eliminación de monstruos que cruzan los límites del mundo humano y el control de sobrenaturales que rompen el código de conducta y ponen en riesgo a las personas y a la ciudad.

Aunque superviso toda la empresa, me gusta estar en la primera línea, en la parte del trabajo que realmente requiere fuerza bruta y habilidades que solo yo puedo ofrecer. Mi lado animal nunca descansa. Es un instinto primal que palpita bajo mi piel, siempre al acecho, siempre listo. Y, por más que intente ignorarlo, sé que es solo cuestión de tiempo antes de que la Bestia en mí necesite ser liberada.

Me gustaría estar ahora mismo allá afuera, patrullando la ciudad, cazando, pero el trabajo burocrático es igual de importante.

Los papeles se deslizan entre mis dedos mientras reviso las pruebas de combate y los informes sobre las habilidades de los candidatos.

Otro nombre más, otro descartado.

Persuasión. Poder útil en ciertas ocasiones, pero no para lo que necesitamos ahora. Ya tenemos suficientes controladores mentales en el equipo para manejar información que no puede llegar a oídos humanos.

Además, el candidato falló nuevamente en la prueba práctica, mostrando falta de fuerza y habilidad en el combate. No puedo darme el lujo de cubrir vacantes con potenciales mediocres. Para colmo, es el segundo intento de este cambión—descendiente de una unión entre un ser humano y un demonio— de ingresar aquí, y nada ha cambiado: sigue mostrando fallos en la prueba de ética. Debe ser su naturaleza dual, heredada de la línea demoníaca, que lo hace oscilar constantemente entre el bien y el mal.

Respiro hondo y arrojo el currículo a un lado, tomando el siguiente de la pila. Antes de que pueda empezar a leer, un golpe seco resuena en la puerta.

—Pasa —digo, sin apartar la vista del papel.

La presencia de Ted llena la habitación incluso antes de que diga una palabra.

—Tenemos un problema, jefe. —Hasta hoy me sigue sorprendiendo cómo me llama durante el trabajo, tan distinto al Ted amigo y provocador.

Enderezo la espalda en la silla, mis músculos tensos antes incluso de saber qué está pasando.

—¿Humano o sobrenatural? —pregunto, y siento a la bestia dentro de mí rozando mi piel, como si ya supiera lo que se avecina.

Ted cruza los brazos, su silueta imponente bloqueando la puerta abierta detrás de él.

—Sobrenatural. —Esa sola palabra me hace ponerme de pie, listo para la acción—. Una centinela avistó otra aparición, intentó interceptarla sola y resultó gravemente herida.

Mi mandíbula se tensa. Es exactamente por eso que necesitamos reforzar nuestras fuerzas con urgencia.

—¿Con qué estamos lidiando esta vez? —Mi voz suena más firme, casi cortante.

Ted da un paso adelante, comprimiendo los labios antes de soltar la noticia.

—Un Wendigo. Avistado por última vez en el lado sur de la ciudad. —Ted respira hondo, con la mirada fija en la mía, ya calculando los próximos pasos —. Ya he activado a Viklaus y a su equipo de psíquicos para manipular la memoria de los humanos que puedan haber visto algo.

Mis colmillos se alargan y mis garras se deslizan hacia fuera.

Wendigos.

Humanos transformados en monstruos inmortales, consumidos por un hambre insaciable que nunca puede ser saciada. Creados por el canibalismo, son un error grotesco de la naturaleza, una distorsión de todo lo que un ser humano debería ser. Almas corrompidas, sin redención; una vez que se convierten en lo que son, no hay vuelta atrás. Vagan por la Tierra, en busca de carne humana para alimentar su hambre eterna.

—¿Casualidades? —La pregunta sale en un gruñido, mis garras ya proyectándose antes de escuchar la respuesta.

—Hasta ahora hemos encontrado tres humanos y un sobrenatural...

Mi sangre se hiela.

—¿Uno de los nuestros?

—Aún estamos intentando identificarlo, pero no es uno de los nuestros.

El sabor metálico de la rabia explota en mi boca. La Bestia en mí ruge, hambrienta de acción. Ya no hay tiempo para estrategias cuidadosas ni decisiones calculadas.

Es hora de actuar.

—Necesito una sentinela que vuele para rastrear al Wendigo con mayor agilidad.

—Keelan ya está listo. —Ted dice, ajustando el headset con su habitual eficiencia, y luego da la orden—. Águila, prepárate para partir.

— Dile que yo me encargo del Wendigo solo. Solo necesito que me guíes hasta él.

—Entendido, jefe.

Bajo las escaleras hasta la planta baja. Mi empresa ocupa un edificio de tres plantas, y esperar al ascensor en una emergencia así tomaría demasiado tiempo. Cuando la situación exige que adoptemos formas sobrenaturales, usamos la salida trasera, que da directamente a la calle privada del edificio, donde se encuentra la entrada de coches y el garaje, vigilado por una caseta de seguridad.

Nada más salir por la puerta, siento el olor a plumas y adrenalina, seguido del agudo grito de un águila que resuena en el espacio.

Keelan aparece ya en su forma animal, posándose con precisión en mi brazo extendido, sus ojos afilados fijos en los míos.

—El Wendigo se mueve rápido. No tenemos tiempo que perder. Llévame hasta el maldito.

Keelan responde con un rápido movimiento de sus alas y, en un abrir y cerrar de ojos, despega. Una flecha negra surca el cielo nocturno.

No me quedo atrás.

La magia que pulsa en mis venas despierta con una fuerza casi visceral. En milisegundos, mi forma humana se disuelve.

A diferencia de otros metamorfos, mi transición es suave, sin dolor ni esfuerzo. La piel cede ante el pelaje denso y brillante, mientras mis músculos y huesos se adaptan. Por ahora, elijo mi forma de lobo-cánido, capaz de recorrer la ciudad sin llamar demasiado la atención, confundiéndome con cualquier perro común, aunque de tamaño considerable.

El viento acaricia mi piel mientras corro, el tamborileo de mis patas sobre el asfalto reverbera en mi alma como un canto de guerra. Pura libertad. Pero el olor a sangre y carne podrida llega hasta mí, una presencia asfixiante que anuncia al Wendigo.

Está cerca.

Capítulo 8



Mark

La podredumbre es abrumadora.

No solo un olor, sino una sensación que se arrastra por mi piel, clavando garras invisibles en mi pecho. El laberinto de árboles se despliega ante mí, el bosque envuelto en sombras densas.

Está ahí.

Keelan rasga el cielo sobre mí, el águila volando en un arco preciso, gritando un aviso que retumba en mi mente como una flecha. Mis músculos se contraen, el instinto me domina, y avanzo, un borrón de velocidad y determinación.

La caza comienza.

Entre los árboles, se revela. Una pesadilla materializada. Su silueta grotesca se recorta, delgada y alargada, cubierta de una piel gris y tirante, como si su propio cuerpo se estuviera desintegrando. Venas negras palpitantes se extienden como raíces muertas bajo su piel, y sus ojos… un vacío negro que parece absorber toda la luz, toda esperanza. La boca, grotesca y llena de dientes afilados, se abre en una sonrisa hambrienta.

No solo quiere matar. Quiere devorar.

Mi rugido resuena por el bosque, un sonido primal que desgarrar la noche.

Con un salto, dejo atrás mi forma de lobo-canino, entregándome a mi forma bestial. La transformación es un trueno en

mi carne, huesos crujientes, músculos creciendo, garras afilándose.

Se va a arrepentir de haber invadido mi territorio.

Me lanzo sobre él, mis garras cortando el aire con precisión. El impacto es un choque de fuerzas brutales. Ataca con uñas largas y afiladas, tan rápidas que casi son un borrón.

Pero yo soy más rápida.

Clavo los dientes en su brazo podrido, sintiendo la carne desintegrarse bajo mi mandíbula. El sabor ácido y pútrido estalla en mi boca, nauseabundo, pero no cedo.

Él ruge, un sonido inhumano que reverbera en el aire, y sus garras se clavan en mi espalda, desgarrando piel y músculo.

Podría haber usado mi poder de bloqueo, impidiéndole siquiera tocarme, pero la regeneración que poseo es prácticamente instantánea. Mis heridas se cierran con rapidez implacable; apenas tengo tiempo de registrar el dolor.

Gruño, una promesa de muerte, y me zambullo, pero él es sorprendentemente fuerte. Con un rugido de furia, vuelve a atraparme, sus brazos largos y grotescos aprisionándome como una serpiente estrangula a su presa. Entonces, con un movimiento brutal, me lanza lejos.

Este tipo de fuerza en un Wendigo no es normal.

Es como si hubiera sido creado con un toque extra de hechicería, lo que solo refuerza mis sospechas de que alguien está detrás de estas apariciones.

El mundo gira a mi alrededor. El impacto me lanza contra el tronco de un árbol, la madera cede bajo la fuerza del choque. Mis costillas se quiebran, el dolor se expande por mi cuerpo un instante, hasta que mi regeneración las repara, y recupero el aliento.

La sangre resonando en mis oídos me impulsa a levantarme, y la vista se ajusta, enfocando la forma monstruosa frente a mí.

Me observa desde la distancia, sus ojos negros como cavernas sin fondo.

Pero hay algo nuevo allí. Miedo.

Gruño, y mi cuerpo entra en movimiento. Me desplazo hacia él, pero antes de poder alcanzar al monstruo, un estruendo de alas cortando el aire me detiene.

Keelan.

El ave ataca la retaguardia del Wendigo; con un grito de guerra perfora a la criatura con sus garras y su afilado pico.

El Wendigo lanza un rugido de dolor, sangre negra salpicando de su cabeza.

Con un movimiento repentino, gira y, de un solo golpe, corta una de las alas de Keelan, desgarrándola como si fuera papel.

—¡No, joder! —la rabia explota en mi voz mientras la magia se concentra en mis manos, formando una barrera protectora alrededor de Keelan. Lo empujo lejos del campo de batalla.

No hay tiempo para vacilar.

Cada fibra de mi cuerpo grita venganza; mis músculos se mueven con precisión implacable, avanzando con velocidad y furia.

Entonces ataco.

Con un rugido gutural, me lanzo contra el Wendigo, clavando mis garras en la carne podrida del monstruo. El impacto es como un trueno; parece que el suelo tiembla bajo nosotros. El monstruo pierde el equilibrio mientras cae, abre la mandíbula con una velocidad letal, sus dientes cortando el aire con un sonido estremecedor.

Esquivo el ataque y agarro sus hombros, empujando su cuerpo al suelo con fuerza bestial. Se debate, sus músculos se retuercen intentando liberarse de debajo de mí, pero yo soy más fuerte. Lo mantengo inmovilizado combinando mi fuerza y mi poder, que se enrosca en su tronco como una cuerda invisible.

La carne podrida y húmeda bajo mis garras resiste un segundo, pero pronto se rasga como si fuera un tejido frágil.

El Wendigo grita, sus piernas agitándose bajo mí, sus manos intentando alcanzarme con sus garras cortantes. Pero es inútil. Mi poder rodea sus muñecas y piernas, aunque calculé mal: debería haber formado también una barrera alrededor de su cuello.

Su cabeza se eleva y sus dientes se hunden profundamente en mi brazo; gruño, pero no retrocedo.

Con un movimiento feroz, tiro de mi brazo hacia arriba. La carne se desgarró bajo su mordida y la sangre brota con fuerza, pero el dolor es breve; mi piel se regenera rápidamente, y mi paciencia se agota.

Mis garras se clavan en sus hombros hasta los huesos, y arranco sus brazos del cuerpo, escuchando el horrible sonido de la carne desgarrándose, de los huesos y tendones destrozados. Un grito de agonía resuena desde su boca monstruosa. El Wendigo se retuerce intentando liberarse, pero sigue atrapado.

Con una mano feroz, sujeto su cabeza contra el suelo, mis garras hundiéndose en su cuero cabelludo, obligándolo a quedarse inmóvil. El crujido del cráneo bajo mi fuerza es lo último que escucho antes de abrir la boca y clavar mis colmillos en su cuello.

El sabor es insoportable, pero la sed de venganza lo reemplaza.

Mi mandíbula se cierra con brutalidad. Arranco la cabeza de su cuerpo con un tirón tan brutal que casi siento el impacto reverberar en mis huesos.

La violencia, la lucha — todo desaparece por un instante.

Está muerto.

El silencio cae a mi alrededor como un manto. Una paz efímera se apodera de mí, pero pronto la náusea sube, feroz, como un demonio.

El sabor de la sangre podrida del Wendigo invade mi boca, ácido e insoportable.

El rechazo es instantáneo, y con un movimiento brusco, vuelvo a mi forma humana. La transición es rápida, mi esencia cargada de

magia, devolviéndome con la ropa intacta — algo muy distinto a los metamorfos comunes.

Antes de que pueda controlarlo, ya estoy arrodillado en el suelo, vomitando frente al cadáver mutilado.

Keelan aparece a mi lado, sus plumas destrozadas y las marcas de la lucha evidentes. Cuando vuelve a su forma humana, surge completamente desnudo, con un brazo sangrando, gimiendo de dolor.

Me limpio la boca con el dorso de la mano y lo miro.

—No deberías haber atacado al Wendigo —digo entre dientes —. ¡Yo estaba al mando, joder!

Él se estremece con mis palabras, desviando la mirada al suelo por un instante antes de responder.

—Lo siento, pero estaba distraído, Fiera. Vi una oportunidad y actué.

Sacudo la cabeza, la irritación todavía palpita en mis palabras.

—Te pusiste en riesgo sin necesidad, Keelan. La próxima vez, no desobedezcas órdenes.

Traga saliva, pero murmura con voz baja:

—Entendido.

Suspiro, dejando que mi postura se relaje solo un poco.

—Buen trabajo localizándolo rápidamente.

Keelan levanta la mirada, parece sorprendido por el elogio.

—Solo cumplí con mi función.

Intenta esbozar una sonrisa, pero la mueca de dolor es inevitable mientras presiona el brazo herido. Mi mirada se detiene en la carne aún abierta, en los cortes profundos que tardarán horas, quizás un día entero, en cicatrizar.

—Toma el día libre mañana —ordeno, la voz firme, pero cargada con un toque de preocupación.

Keelan deja escapar un suspiro de alivio, la tensión abandonando sus hombros.

—Gracias, Fiera.

Encuentro mi frasco de coñac en la chaqueta y uso el líquido ardiente como enjuague bucal, sintiendo cómo el sabor a muerte se disuelve antes de escupir los restos en la tierra.

El sonido apagado de Keelan riendo me hace mirarlo.

—Eso, saca toda esa mierda de dentro. —Esboza una sonrisa torcida, aunque todavía claramente adolorido.

—Estoy bien. —Me pongo de pie y vuelvo a guardar el frasco en el bolsillo interior—. Tú, en cambio…

—Sí, el hijo de puta me dejó hecho polvo. —Él sostiene el hombro lacerado, intentando detener la sangre que sigue fluyendo.

Sin perder más tiempo, tomo mi teléfono y llamo a Ted. Atiende al instante, su voz firme al otro lado de la línea.

—La situación está resuelta. El cuerpo está en el bosque —Informo, pasando las coordenadas—. Activen al equipo de limpieza y envíen soporte para el Águila, necesita atención médica y no puede volar.

—Enseguida, jefe —responde Ted sin dudar—. Ya están en camino.

Guardo el teléfono y escudriño el perímetro.

Mi cabaña está a unas millas al norte, en la frontera de este bosque. El deseo de un baño caliente me tienta, pero aún no puedo darme ese lujo.

El monstruo ha sido abatido, pero el bosque aún necesita ser rastreado.

Huelo el aire.

Detrás del olor a podredumbre del Wendigo, reconozco el aroma familiar del equipo aproximándose.

Pero hay otro olor que casi se me escapa — sutil, pero imposible de ignorar cuando lo detecto: sangre.

Sangre que no es mía, ni de Keelan.

Hay algo más allí, algo mal. Siempre hay heridos en el bosque, es el orden natural de las cosas, pero este es diferente. El miedo que emana de él es casi tangible, aterrador, y está impregnado con el olor del monstruo. Una víctima.

Algo dentro de mí estremece, una reacción visceral que me hace rugir, el corazón se dispara con una intensidad que no puedo ignorar.

Dejo que mi forma bestial surja, los músculos se expanden, y avanzo hacia el corazón del bosque.

Sigo su olor.

Capítulo 9



Sandra

Andar por las calles como un gato no es tan simple como parece.

Debo mantenerme alejada de los humanos, a toda costa. No puedo arriesgarme a ser descubierta por alguien que me lleve a un veterinario. Lo último que necesito ahora es ser castrada o, peor aún, terminar en un refugio, corriendo el riesgo de ser sacrificada si nadie me adopta.

Voy por las sombras, saltando muros con agilidad. Cuando finalmente veo su casa, siento un destello de esperanza. Corro alrededor de la propiedad, espiando las ventanas. Todo parece vacío. El silencio es aplastante.

Subo hasta la puerta principal y salto, usando las patas para intentar alcanzar el timbre. El sonido resuena. Nada.

Gimo, pero la respuesta sigue siendo el mismo silencio. Mi estómago se contrae en una protesta dolorosa, y la visión en los bordes de mis ojos empieza a oscurecerse. No puedo quedarme aquí. Necesito comer algo antes de desmayarme.

Con el corazón apretado, dejo la casa y sigo por las calles nuevamente, tratando de recordar lugares donde podría encontrar comida. Tras un tiempo, llego cerca de un restaurante. El olor a grasa y condimentos llena mis narinas, y mi boca se hace agua.

Me acerco al callejón, donde sé que hay restos, y, con suerte, podré escabullirme dentro y robar algo de la cocina. La puerta

trasera se abre con un chirrido, y un empleado sale cargando una bolsa de basura.

La esperanza crece en mi pecho. Tal vez se compadezca de una gatita hambrienta y me ofrezca comida. Sin embargo, cuando sus ojos me encuentran, se entrecierran con desprecio. Luego, el hombre avanza con un movimiento brusco, levantando el pie para dar una patada.

—¡Fuera! —me espanta con la voz cargada de irritación—. No tengo nada para ti.

Mi cuerpo se tensa por un segundo, pero el instinto reacciona antes que yo. Salto hacia atrás justo cuando su pie pasa a pocos centímetros de mi cuerpo.

Sin perder tiempo, huyo de allí, mis patas apenas tocando el suelo.

Qué humano tan despreciable. Algunos son peores que los monstruos.

Vago por las calles, pasando por edificios y casas. Intento suerte en otro establecimiento, pero veo a dos empleados fumando y conversando en la entrada trasera y desisto. Mi estómago duele, un dolor profundo que me hace cuestionar cuánto tiempo más podré seguir así. Entonces, veo una casa con una pequeña puertita en la puerta, una entrada para un animal.

Arriesgo. Me detengo en el umbral, olfateo el aire. El olor a perro está presente, pero débil. Para vivir dentro de la casa sin patio, debe ser un animal de pequeño a mediano tamaño. Entro sigilosamente, mis patas casi no hacen ruido en el piso.

La cocina está silenciosa. Subo hasta la encimera, pero no hay nada a mi alcance: ni frutas, ni comida dejada abierta, nada que pueda tomar en esta forma. Trago saliva. Miro el reloj digital del microondas: casi las siete de la noche. Han pasado casi catorce horas desde mi última comida.

Vuelvo a la sala, donde había visto dos recipientes cerca de la pared. Uno de comida y otro de agua. Dudo al acercarme. El olor de

la comida no es exactamente tentador, pero el hambre es peor. Mi estómago se aprieta. El hambre no deja espacio para el orgullo. Me acerco al recipiente de comida, ya inclinándome para tomar una sola bolita con los dientes.

Entonces, escucho.

Un gruñido bajo, proveniente de la escalera. Mi corazón se dispara. Levanto los ojos y veo al perro. Es mucho más grande de lo esperado. Sus patas golpean pesadas los escalones mientras baja, mostrando los dientes y ladrando.

No tengo tiempo para pensar. Corro hacia la puerta y salto la cerca hacia la calle.

Mi mente hierve.

Qué estupidez la mía al haberme alejado de la casa de Luther. Debería haberme quedado allí, esperándolo hasta que regresara de donde fuera que haya ido.

No conseguí nada para comer en la calle y perdí más tiempo del que imaginé. A esta hora, él debe estar preparándose para el trabajo, si es que no ha salido ya a buscarme como habíamos acordado.

Mi debilidad casi me consume mientras corro, intentando orientarme. Las calles se vuelven más desiertas a medida que avanzo. Doblo una esquina, pensando que estoy rodeando la manzana, pero el camino me lleva a un callejón oscuro, sin salida.

Me detengo de inmediato, mi cuerpo encogido, los sentidos alerta.

—¡Socorro…! —suena una voz femenina desde el fondo.

Miro en dirección al sonido, una sensación de incomodidad recorre mi columna, mi pelo se eriza.

Avanzo unos pasos vacilantes, olfateando el aire.

Algo está muy mal aquí.

El olor a sangre es como un señuelo. Sé que no debería seguirlo, no puedo ayudar estando atrapada en esta forma.

Mi instinto grita que dé media vuelta, pero mi curiosidad siempre ha sido mi punto débil. Me acerco, el olor a sangre fusionándose con el hedor nauseabundo de basura y podredumbre, una combinación que parece corroer el aire.

Al espiar hacia el lado del contenedor, mis ojos encuentran un horror indescriptible: pedazos de cuerpos mutilados esparcidos como restos desechables. Un antebrazo humano yace allí, arrancado a la altura del codo, la carne desgarrada por cortes profundos e irregulares, como si hubiera sido atacado con un cuchillo poseído por la maldad. La mano, con los dedos retorcidos, parece congelada en una última súplica.

La náusea me invade, subiendo como un mar embravecido, pero antes de que pueda retroceder, un sonido me paraliza. Un rascar seco y rítmico — uñas contra el metal del contenedor. Mi corazón se dispara.

Hay alguien allí dentro. ¡Debe ser ella, la víctima, todavía viva!

Necesito encontrar a alguien, algún humano, e intentar que me siga hasta el callejón para ayudarla.

Necesito…

—¡Socorro! —la voz suave se arrastra desde dentro—. ¡Socorro! —repite, pero el tono humano se distorsiona, volviéndose gutural, hasta transformarse en un sonido aterrador. Siento un escalofrío recorrer mi columna.

De repente, el sonido cesa, y un silencio absoluto lo envuelve todo. Entonces, segundos después, algo se mueve dentro del contenedor.

Una figura comienza a emerger, lenta y macabra.

Se levanta, centímetro a centímetro, como si nunca fuera a dejar de crecer. No es humana. Es demasiado alta, demasiado delgada. Su piel gris oscuro está marcada por venas negras que laten bajo la superficie, vibrando con una energía horrible, como si la propia esencia de la criatura estuviera hecha de dolor y oscuridad.

La criatura se inclina hacia afuera, sus brazos largos y desproporcionados arrastrándose por el suelo. Los dedos, enormes, terminan en uñas afiladas como dagas, que rascan el cemento con un sonido horripilante.

Y su rostro…

Es una visión de puro terror.

Los ojos negros y profundos como cavernas me observan, hambrientos, como si pudieran devorar mi alma. Su boca, enorme, muestra dientes puntiagudos y largos, y el olor que emana es podrido, de muerte.

—Hambre —emite la criatura, la misma voz femenina de antes, y mi cerebro comprende que lo hace para atraer presas.

Mi cuerpo está paralizado por el miedo, pero mi mente grita: ¡Corre!

Mis patas dan algunos pasos inciertos hacia atrás, chocando contra aquel antebrazo. Un pavor visceral me invade, bloqueando mis movimientos. El monstruo se desplaza lentamente, sus uñas afiladas dejando marcas en el suelo mientras se acerca, cada paso una promesa de destrucción.

Necesito correr. Necesito huir.

Pero, justo cuando pienso en eso, avanza.

Desvío en el último instante, saltando hacia atrás, mis patas deslizándose por el suelo húmedo del callejón. Corro como nunca antes, mi corazón golpeando con fuerza en el pecho.

Me sigue, demasiado rápido para algo tan grande.

Siento sus garras rasgando mi espalda y grito — un maullido agudo y doloroso que resuena en la noche. El dolor es punzante, ardiendo como fuego, extendiéndose por mi cuerpo en ondas crueles. Mi cuerpo casi cede, pero me obligo a seguir adelante.

Salgo del callejón, giro la esquina y, en un rápido vistazo hacia atrás, veo que ahora se mueve a cuatro patas, los largos miembros

doblados grotescamente, como una araña deformada, avanzando justo detrás de mí.

Mis espaldas arden mientras la sangre caliente corre por las heridas. Entonces, otro golpe me alcanza, esta vez en la pata trasera, desgarrando tendones y músculos. Caigo, rodando por el suelo frío, y en ese mismo instante, él está sobre mí.

Su boca se abre, revelando filas de dientes afilados y podridos, llenos de pedazos de carne.

¡No! No voy a morir aquí.

Reuniendo toda la energía que me queda, golpeo con fuerza la barrera invisible que bloquea mi esencia; mis garras dejan grietas en la superficie. La puerta no cede, pero algo se rompe — pequeño, pero suficiente para que mi poder de curación escape.

Todos los gatos metamorfos tienen siete vidas en su esencia sobrenatural.

Consumo tanta energía para curarme que sacrifico una de mis vidas extra, sintiendo el calor intenso recorrer mi cuerpo, restaurando mi fuerza mientras una parte de mí se desvanece.

Antes de que los dientes me alcancen, me contorsiono y escapo entre sus brazos y piernas. El monstruo emite un silbido de sorpresa, gira rápidamente para alcanzarme y estira un brazo, sus uñas desgarrando mi piel una vez más.

Otro rugido de dolor. Otra vida consumida.

Siento la carne y los huesos reparándose, el dolor disminuyendo, y con un impulso salto hacia un muro, desesperada por ganar distancia.

Él me sigue, escalando la superficie con una facilidad aterradora. Sus brazos son largos y, cuando sus garras recorren mi espalda por tercera vez, desgarrando profundamente la piel, sé que no puedo resistir mucho más. He consumido hasta la última gota de mi esencia de curación, y ahora mis heridas permanecen abiertas, cicatrizando a un ritmo dolorosamente lento.

Salto otro muro, cayendo en la calle trasera con un impacto que casi me quita el aire. Pero me obligo a continuar. No puedo detenerme. No puedo mirar atrás.

Su olor está demasiado cerca, sofocante, como si la muerte ya rozara mi nuca con dedos fríos.

Las luces de la calle quedan atrás, tragadas por la distancia, y mi mente se fija en la única oportunidad que tengo: el bosque. Surge frente a mí, una pared oscura de árboles altos que parecen susurrar promesas de refugio y peligro al mismo tiempo. Con un último salto desesperado, me lanzo sobre la cerca, mis patas hundiéndose en la tierra húmeda. El olor a hojas y barro me envuelve, ahogando momentáneamente el de mi propia sangre.

Pero la sensación de seguridad dura poco.

El sonido de pasos pesados y brutales resuena detrás de mí, aplastando ramas y hojas como una advertencia aterradora.

Mi mente grita que siga, pero mi cuerpo está hecho trizas. Mi respiración es un suspiro tembloroso y vacilante, y cada movimiento es un sacrificio. Mi cuerpo grita de agonía mientras corro, dejando un rastro de sangre que insiste en delatarme.

Está cerca.

Puedo sentir su presencia, monstruosa y sanguinaria, a mi espalda, como una sombra implacable que devora mis últimas fuerzas.

Estoy vacía y débil, más cerca del final de lo que jamás he estado.

Todo lo que soy es carne desgarrada, huesos helados y un corazón que lucha por seguir latiendo.

Cada paso es un desafío a la propia muerte, un juego desesperado en el que el premio puede ser solo un respiro más, pero insisto en negociar con la suerte, aun sabiendo que ya me ha dado la espalda.

Sigo corriendo. No sé cómo. No sé de dónde saco fuerzas.

Me deslizo entre los árboles, rodando por el barro, tratando de borrar cualquier rastro de mi olor.

El monstruo parece alejarse; creo que lo he despistado lo suficiente confundiendo su olfato, pero eso no me da paz.

Debo seguir. Debo sobrevivir.

Cuando siento que mis fuerzas están al límite y que voy a desplomarme allí mismo, expuesta y vulnerable, mis ojos captan un destello de esperanza. Más adelante, un árbol imponente, con raíces robustas entrelazadas, forma un refugio precario.

No hay tiempo para dudar.

Mi cuerpo, exhausto y desgarrado por el dolor, casi cede. Obligo a la última gota de energía que me queda y me lanzo entre las raíces, encogida como una criatura al borde de la muerte, en busca de abrigo, el último vestigio de seguridad.

La tierra fría se adapta a mi cuerpo, las hojas se pegan a mi piel. Estoy helada, pero no importa. Nada importa más que sobrevivir, dar un suspiro más, y luego otro, y otro…

El dolor finalmente desaparece. No porque haya pasado, sino porque me invade la entumecida. Un frío profundo consume mis huesos, mi alma. Mi corazón late débil, como si dudara en continuar.

Por las estrellas y por la Madre Luna, que sobreviva a esta noche…

Es el último pensamiento que tengo antes de que todo se apague.

No sé cuánto tiempo permanezco allí, suspendida en el umbral entre la vida y la muerte.

Quizás segundos, quizás horas.

Pero un ruido corta el silencio, devolviéndome los sentidos.

Ramas se quiebran bajo pasos firmes. Pesados. Cada paso es una sentencia, un presagio de peligro o, quizás, un último suspiro de esperanza.

El miedo es un choque, forzando a mi corazón, antes débil, a acelerar. Intento moverme, pero mi cuerpo no responde.

Mis párpados se abren con dificultad.

Entonces lo veo.

Emergiendo del corazón de los árboles, bañado por la luz plateada de la luna, imponente e implacable, como si el propio bosque lo reverenciara.

Su presencia llena el espacio, ahogando cualquier pensamiento, y todo lo que puedo hacer es mirarlo fijamente, sin pensar en nada más que en lo que él es y lo que eso significa para mí.

Al segundo siguiente, me alcanza.

—Ahí estás…

Mi corazón se acelera y un débil maullido escapa cuando sus manos, enormes y animalescas, tocan mi piel.

Entonces, nuevamente, pierdo la conciencia.

Capítulo 10



Mark

La encuentro, herida y abandonada, entre las raíces de un árbol.

Su cuerpo frágil está encogido, consumido por el dolor, y un nudo de urgencia aprieta mi pecho.

Parece tan debilitada…

El sonido de su respiración, débil e irregular, me hace gruñir bajo, mientras el instinto protector se apodera de mí.

Aún resiste, pero no por mucho tiempo, a menos que haga algo ahora.

—Ahí estás…

Me agacho, mis manos grandes — bestiales — se extienden hacia ella. El contacto con su pelaje empapado es frío como el hielo, y la sangre se mezcla con la tierra, formando un charco oscuro y viscoso, casi indistinguible del lodo alrededor.

Con delicadeza, deslizo los dedos bajo su pequeño cuerpo. Es demasiado liviana, como si pudiera deshacerse en cualquier momento. Cuando finalmente la sostengo, sus ojos verdes parpadean hacia mí, débiles y turbios, antes de cerrarse por completo. Pierde la conciencia entre mis brazos, y el débil latido de su corazón pulsa contra mi palma, casi imperceptible.

—Todo va a estar bien, gatita —murmuro, las palabras más para mí que para ella, como si necesitara creerlas—. No tengas

miedo.

Con un impulso, me pongo de pie. No hay tiempo que perder. Con la gatita acurrucada contra mi pecho, corro, mis largas piernas en mi forma bestial cortando el bosque como una sombra. El viento silba en mis oídos, pero toda mi atención está fijada en ella, en el calor que necesito transmitir a su cuerpo helado, en su respiración débil, en el leve latido de su corazón.

Paso por el territorio de los lobos al cruzar hacia el noroeste, la manada del idiota de Liam. Podrán olfatear mi presencia, pero que se jodan. Si el alfa quiere quejarse después, estaré listo para lidiar con él. Ahora, nada importa más que ella. Corro tan rápido que apenas noto a los dos lobos grises en el claro.

Veo la cerca que delimita el bosque y la salto, mi cuerpo empezando a transformarse en el aire. Huesos y músculos se reconfiguran rápidamente mientras sigo corriendo en mi forma humana, con la gatita segura en mis brazos.

La clínica aparece cuando giro en la calle lateral, integrada al edificio principal de BeastShield Security, mi empresa. El anexo discreto ocupa la planta baja, con una entrada separada y bien ubicada. El garaje de la empresa, con su imponente garita, sirve como punto de acceso exclusivo, garantizando una entrada segura y privada para empleados y sus familiares.

Paso por la garita, y la puerta se abre automáticamente cuando el escáner lee mi iris, verificando mi identidad y concediéndome acceso. El suave brillo de los postes del garaje se refleja en la puerta de vidrio esmerilado de la clínica. El letrero, simple y directo, muestra solo “BeastCare”.

Empujo la puerta con fuerza, el sonido resonando en el pequeño vestíbulo. La recepcionista levanta la vista, sorprendida, dejando caer el bolígrafo de la mano.

—Señor, el Dr. Ethan está en consulta. Va a tener que

—Tengo prioridad. —Mi voz suena firme, cortante.

Paso directamente junto a ella, ignorando la mirada vacilante que me sigue. Olfateo el aire, detectando el aroma limpio del desinfectante, pero encuentro el olor de Ethan y lo sigo hasta una de las puertas al fondo del pasillo.

Sin pensarlo dos veces, entro.

Ethan levanta la vista, con los ojos abiertos de par en par. Lleva mascarilla quirúrgica y guantes mientras termina de curar el brazo de Keelan, en su forma humana.

—¿Mark? —Su voz transmite una incredulidad genuina mientras sus ojos se fijan en el pequeño bulto negro y peludo que llevo en mis brazos.

—Necesita atención.

—¿Es una de tus centinelas? —pregunta Ethan, retirándose ya los guantes y desechándolos.

Niego con la cabeza, sosteniendo a la gatita con cuidado contra mi pecho, como si pudiera protegerla del mundo. Su respiración apenas es perceptible ahora.

—La encontré en el bosque. Está luchando por su vida. Necesita ayuda, Ethan, ahora.

Su expresión se endurece con determinación.

—Ya terminé aquí. —Se vuelve hacia Keelan—. Las cortaduras deberían cerrarse para mañana. Mantén el vendaje limpio para evitar infección; de lo contrario, tardará más en cicatrizar.

—Tranquilo, no es mi primera vez. —Águia asiente, sonriendo mientras se incorpora—. Hasta luego, Fiera —me dice antes de desaparecer por el pasillo.

—Necesito colocarla sobre la mesa para examinarla —Ethan extiende las manos, claramente esperando que le pase a la gatita. Pero no la suelto. No todavía.

—Yo la llevo.

Asiente y me guía hasta la camilla de atención. Con extremo cuidado, coloco a la gatita sobre la superficie metálica, manteniendo

mi mano sobre una de sus pequeñas patas. Incluso inconsciente, desprende un olor a miedo que hace que mi instinto quiera reconfortarla.

—Es hembra, pero ya lo sabías. —la voz de Ethan interrumpe mis pensamientos mientras la examina rápidamente—. Ha perdido mucha sangre, y la herida no se está cerrando… —Me mira, serio y curioso, con una pregunta silenciosa en sus ojos.

—Lo sé —mi voz sale gutural, rasgando la garganta, mis músculos tensos —. No detecté la esencia de curación en su olor.

Él asiente con la cabeza, interpretando mi respuesta como si la gatita fuera solo eso: una simple gata.

—En ese caso, el corazón puede detenerse en cualquier momento. Necesita una transfusión y…

Gruño bajo, sintiendo cómo la tensión sube por mis hombros y cuello.

—Haz lo que sea necesario.

Mi amigo no pierde tiempo. Llama a una enfermera y empieza a limpiar las heridas de la gatita con gasas esterilizadas y suero fisiológico, presionándolas contra los cortes profundos. La enfermera, con el rostro serio y concentrado, administra líquidos intravenosos, intentando estabilizarla y evitar un choque hipovolémico, mientras Ethan realiza la prueba de tipaje sanguíneo.

Trabajan rápido, con una calma que yo no consigo sentir.

La bestia dentro de mí ruge, mi pelaje se eriza y el corazón late a toda prisa, comprimido en cada golpe, como si esa pequeña criatura significara algo para mí.

La enfermera rodea la camilla, rozándome sin querer al tomar algo del mostrador.

—Tienes que salir, Mark —dice Ethan, con voz firme, sin apartar la vista de la gatita mientras comienza a suturar los cortes—. Nosotros nos encargaremos de ella.

Mis manos se cierran en puños, los pensamientos girando sin parar mientras salgo de la sala.

Si hubiéramos tenido más centinelas patrullando la ciudad, tal vez hubiéramos podido evitar tantas muertes. Si hubiera alertado a la comunidad desde la primera aparición extraña, si hubiera pedido refuerzos antes…

¡Debería haber hecho más!

Y la gatita…

La culpa me consume, como un peso aplastante. Necesito cuidarla, necesito asegurarme de que sobreviva. Mi instinto lo exige, y no puedo negarme.

Cuando la puerta se abre, Ethan sale. Se baja la máscara, y el cansancio se refleja en sus ojos. Pero hay algo más allí, una ligera tranquilidad.

—Está viva —avisa, y mi pecho se alivia, aunque solo un poco.

—¿Y ahora qué? —pregunto, con la voz ronca—. ¿Cuándo puedo llevarla a casa?

Ethan se detiene, levantando las cejas como si no hubiera escuchado bien.

—¿Llevarla a casa? —Me mira como si me hubiera crecido una segunda cabeza—. Pero cuando sugerimos tener una mascota, dijiste que no querías una.

Cruzo los brazos.

—En realidad, ignoré la pregunta y pedí que dejaran de molestarme.

Por un momento, él solo me observa en silencio, como si esperara que riera y dijera que era una broma. Al darse cuenta de que hablo en serio, sacude la cabeza, incrédulo, y contiene una risa.

—Está bien. — Suspira—. Bueno, ella tendrá que quedarse aquí al menos un día. Quiero asegurarme de que las heridas no se infecten y de que la transfusión no tenga complicaciones. Después de eso… tendrás que prepararte.

—¿Prepararme para qué? —Mi voz suena más ansiosa de lo que quisiera.

—Primero, un espacio cómodo. Una cama para ella. Comida. —Pasa la mano por la barbilla mientras enumera—. Caja de arena, claro. Y paciencia, Mark. Va a necesitar tiempo para confiar en ti.

Asiento brevemente, absorbiendo todo.

—Me encargaré de eso. Pero, además del pienso para gatos, ¿qué comidas puedo prepararle?

—¿Comida casera? —Se frota la nuca, pensativo—. Bueno, necesitará alimentos que proporcionen los nutrientes correctos. Carnes magras, cocidas sin condimentos, como pollo o pescado, son seguras y pueden ayudar, pero todo debe estar balanceado. Te daré una lista completa con recetas y guías específicas para gatos. Así podrás hacerlo todo correctamente.

—Vale, ¿y qué más?

Ríe bajo, moviendo la cabeza como si aún no lo creyera.

—Te enviaré todo por correo. Pero antes… ¿Estás seguro? Podría llevarla a un refugio…

Mi mandíbula se tensa y controlo las garras que quieren emerger.

—Estoy seguro.

Ethan me observa unos segundos, como si intentara descifrar algo. Finalmente suspira y se encoge de hombros.

—Está bien. Te avisaré cuando esté lista para ir a casa. Mientras tanto, prepara la cabaña.

—Gracias, amigo.

Él esboza una media sonrisa, moviendo la cabeza, claramente intentando disimular la diversión.

—Solo quiero ver la cara de Ted cuando se entere de esto.

Resoplo, poniendo los ojos en blanco.

—Me va a tocar los cojones, seguro.

Capítulo 11



Sandra

Cuando vuelvo a abrir los ojos, todo está borroso, confuso, como si flotara entre el mundo real y el de las pesadillas.

Intento moverme, pero una sensación extraña y fría recorre mi piel. Mi cabeza pesa, pero me esfuerzo por mirar alrededor y veo un lugar extraño, un espacio blanco e impersonal a través de rejas. Estoy dentro de lo que parece ser una jaula amplia, con olor a hospital.

—¿Qué…?

Mi pensamiento resbala, deslizándose por los bordes del inconsciente.

Entonces recuerdo. Finalmente recuerdo lo que pasó y mi corazón se estremece en el pecho, electrocutado por el pánico.

Recuerdo al monstruo del que intenté escapar, la esencia que drené hasta no dejar nada, mi casi muerte…

Un hombre se acerca, pero no lo reconozco. Dice algo en voz baja a una mujer que pasa junto a él. Se van, y yo lucho por mantenerme alerta, intentando entender dónde estoy.

Pero todo lo que veo son manchas; mis párpados pesan.

Parpadeo.

Cuando abro los ojos de nuevo, no sé si han pasado horas o un día entero. Pero ahora estoy sobre una especie de mesa y alguien está manipulando mi espalda, cambiando el vendaje.

—Las suturas parecen buenas, sin señales de infección —escucho decir al hombre.

Mi mente es un caos de dolor y confusión.

Quiero protestar, pero mi boca solo emite un débil maullido. Mi cuerpo se agita mínimamente, con la poca fuerza que me queda, que es casi nada.

—Tranquila, pronto saldrás de aquí —dice con voz suave.

Salir.

Sí, necesito salir, necesito escapar.

Pero débil así, y atrapada en este cuerpo…

Una ola de miedo aprieta mi pecho cuando intento acceder a mi esencia curativa, pero me encuentro con el vacío. La fuente se ha secado.

Pasará bastante tiempo antes de que vuelva a fluir.

El hombre se gira, va hacia una bancada y, cuando regresa, trae una ropita postoperatoria para ponerme.

Realmente va a tocar todo mi cuerpo.

La humillación arde bajo mi piel, incluso cubierta de pelo. No importa que esté en esta forma: sigo siendo yo aquí dentro, y él me va a vestir, a manipular como si fuera un objeto sin voluntad. Cuando levanta mi cola para colocar la prenda, siento un calor subir por mi rostro, vergüenza y frustración mezcladas con impotencia.

¡Ah, cuánto odio esto!

Mis ojos se entrecierran, y consigo maullar un poco más fuerte, pero estoy demasiado débil para moverme, para luchar contra lo que me hacen.

Él se ríe bajito, las hoyuelos apareciendo en su rostro, ojos castaños dulces que transmiten tranquilidad.

—Es duro, lo sé, pero es necesario. Para tu propio bien.

Pero él no entiende. No soy un animal. No necesito el trajecito porque no voy a lamer mis heridas.

¡Ni siquiera debería estar aquí!

Nada de esto tiene sentido.

Primero, quedé atrapada en esta forma animal. Luego, recibí una buena orden de desalojo. Y, como si el universo pensara que aún no me había humillado suficiente, un monstruo casi me mata.

Todo lo que puedo hacer es soltar un maullido frustrado mientras observo el suelo y calculo la distancia para saltar. Mi oportunidad de escapar es ahora, fuera de esa jaula, mientras la puerta detrás de él está abierta. Que le den al dolor que pulsa en mi espalda y a la debilidad que parece pesar hasta en mis huesos.

Pero antes de que reúna el coraje, la voz del hombre interrumpe mis pensamientos al terminar de vestirme:

—Listo. Él cuidará muy bien de ti.

¿Él? ¿Quién él?

Mi mente da vueltas, intentando aferrarse a la lógica.

Por las estrellas y la Madre Luna, ¿qué está pasando?

¿A dónde me llevan?

¿Acaso Luther descubrió lo que me pasó?

¿Vino a buscarme?

Mi esperanza muere cuando un hombre alto e imponente entra en la sala, con la confianza de quien sabe exactamente el efecto que causa en cualquier lugar. Sus ojos marrón-dorados se fijan en mí como una flecha certera, y mi corazón pierde un latido, como si hubiera sido alcanzado.

Mi pelaje se eriza, desde la punta de las orejas hasta la cola, que comienza a moverse nerviosamente, como si tuviera vida propia.

Mark.

Destellos atacan mi mente, fragmentos de la noche en que casi muero.

¡Oh, cielos! ¿Fue él quien me salvó, verdad?

Con mi suerte, ¿quién más podría ser?

¡Claro que el hombre más temido de nuestra comunidad!

Aquel a quien llamé cabezón en una broma idiota, solo porque estaba demasiado nerviosa. El mismo que, irritantemente, hace que cada parte de mí —humana o felina— tiemble sin control.

Si supiera que soy yo aquí dentro, después de haberme atrevido a provocarlo con esa broma, casi estoy segura de que me habría dejado morir.

Y ahora… ahora viene a buscarme.

Literalmente.

Sus manos enormes están ahí, listas para atraparme. El calor recorre mi columna como si alguien hubiera puesto el termostato interno a toda potencia.

Mark me sostiene con un cuidado sorprendente para un bruto como él. A pesar de sus brazos gigantes y su apariencia intimidante, sus movimientos son increíblemente gentiles.

—Vamos a casa, gatita —murmura, acurrucándome contra su pecho.

A pesar del pánico, el calor de su cuerpo me hace ronronear y cerrar los ojos.

De repente, es como estar en un juego de feria. Mark me gira en sus brazos con un movimiento brusco, y el mareo me golpea como una ola. Instintivamente, mis garras emergen, clavándose en algo suave. Es solo cuando el olor metálico de la sangre llega a mi nariz que me doy cuenta de lo que hice: perforé la piel de su brazo.

¡Oh, estrellas del cielo!

Mi corazón se dispara, y rápidamente retraigo mis garras, conteniendo la respiración mientras espero la represalia, el rugido inevitable de su furia.

Pero no pasa nada.

Ningún sonido de dolor escapa de sus labios, ningún gesto brusco, ninguna palabra de reproche. Solo continúa, firme e inquebrantable, sosteniéndome contra el calor sólido de su pecho, como si lo que hice ni siquiera hubiera causado el más mínimo malestar.

Hasta que sus ojos dorados se encuentran con los míos, las cejas ligeramente fruncidas.

—Para una cosita pequeña y linda, eres bastante arisca, ¿no? —murmura —. Ya estás a salvo, gatita. No tienes por qué tener miedo.

¡Claro que tengo miedo!

Aún no se da cuenta de que soy humana; necesito escapar antes de que lo descubra. Se enfadará mucho si sabe que lo engañé, aunque no haya sido a propósito.

Mi cuerpo se adapta poco a poco al balanceo mientras él camina hacia afuera de la clínica. Sus pasos son pesados, rítmicos, resonando en el silencio del aparcamiento casi vacío. Me lleva hasta el coche y abre la puerta trasera.

¡Espera, suéltame! Quiero gritar, quiero suplicar que me escuche, pero todo lo que sale de mi garganta son maullidos.

La frustración me consume mientras mi mente gira sin control, buscando una salida, cualquier cosa. Mi cuerpo, sin embargo, me traiciona. Estoy blanda, cada músculo inútil e inerte, como si hubiera renunciado a mí misma.

Mark me acomoda en una silla de coche para gatos, con un cuidado desconcertante. Revisa cada cierre, ajusta los cinturones, asegurándose de que estoy bien sujeta. El sonido de la puerta cerrándose con un clic seco resuena en mis oídos, sellando mi impotencia.

Segundos después, el motor ruge y el coche comienza a moverse. El miedo es un peso aplastante en mi pecho. Estoy siendo llevada por alguien que no tiene idea de quién soy —y no puedo decir nada para cambiarlo.

Después de lo que parece una eternidad —pero deben haber sido solo unos minutos—, el coche reduce la velocidad.

Mi mirada se fija en la calle sin salida que se despliega frente a nosotros, una zona tranquila en los límites del bosque. Las casas vecinas son comunes, con jardines bien cuidados y fachadas uniformes, pero hay algo diferente en la puerta que se alza al final de la calle. Pertenece a su propiedad. La casa en sí no se ve desde aquí. Para entrar, baja la ventanilla del coche y teclea un código en el panel junto a la puerta. Se oye un clic mecánico y, con un movimiento suave, la puerta se abre automáticamente.

Mientras el coche avanza, siento algo en el aire. Es casi palpable, como electricidad. Una ola de energía recorre mi cuerpo, haciendo que cada pelo se erice, pero en lugar de frío siento un calor reconfortante.

Magia.

Parece un hechizo de protección. O al menos eso espero. Porque si es algo para mantenerme atrapada aquí… bueno, eso sería un problema.

Espío por el parabrisas y, finalmente, veo la casa aparecer en el horizonte. Es una cabaña rodeada por la naturaleza, con árboles altos que la protegen como centinelas. No sé por qué me sorprendo; él parece hecho para vivir recluido en medio del bosque.

Mark aparca y sale, abre la puerta trasera y me toma en brazos, con la misma delicadeza de antes. Intento no pensar en lo desconcertante que es, considerando su tamaño.

Considerando su fama de peligroso.

Soy llevada por el camino que conduce a la cabaña, el aroma a madera fresca y un ligero toque de humo llenan el aire a nuestro alrededor.

Mis ojos recorren el lugar mientras nos acercamos: el porche amplio y acogedor, con escalones de madera cuidadosamente pulidos; las ventanas grandes, adornadas con cortinas oscuras que esconden el interior; el silencio tranquilo, roto solo por el sonido de

nuestros movimientos y de la naturaleza. Es un espacio aislado, pero hermoso.

Mi cabeza descansa contra su brazo mientras sube los escalones del porche con pasos firmes y cuidadosos. El movimiento debería ser tranquilizador, pero todo lo que siento es una extraña mezcla de vulnerabilidad e incomodidad. Mi cuerpo está de lado, con el vientre hacia abajo, para que las heridas en mi espalda no se presionen.

—Bienvenida a nuestro hogar, gatita —dice con voz grave, casual—. Espero que te guste aquí.

Mío en respuesta, queriendo decir que no estaré el tiempo suficiente para que me guste o disguste nada. En cuanto me deje en el suelo y se distraiga, voy a…

Pero entonces él entra en la cabaña y mis pensamientos se detienen.

Me encuentro con un espacio tan acogedor que, por un instante, me sorprendo pensando que quizá no sería tan malo quedarme aquí unos días.

La sala se extiende frente a mí, dominando la planta baja con un encanto rústico que parece salido de una de esas películas de invierno. Un enorme sofá de cuero ocupa el centro, orientado hacia una chimenea de piedra que, aunque apagada, emana una sensación de calor que casi puedo sentir.

Entre el sofá y la chimenea, una alfombra en tonos cálidos cubre el suelo de madera, y justo encima de ella, descansa una camita de peluche para mascotas.

Parece tan suave…

Tan cómoda.

Mi cuerpo cansado casi se rinde a la idea de acurrucarme allí. Quizá unas horitas de descanso no me harían daño. Solo lo suficiente para recuperar fuerzas… y luego escapar de aquí.

—No he tenido tiempo de preparar muchas cosas para tu llegada, pero tenemos lo esencial —dice mientras entra en la casa, todavía conmigo en brazos.

Es del tipo que habla con las mascotas. Mi mente se dispara ante esa constatación.

Sería adorable… si solo fuera una gatita común.

Pero no lo soy.

No quiero conversaciones. Cuanto menos me hable, menos sabré sobre su vida.

¿No es así como las víctimas tienen más posibilidades de sobrevivir?

El pensamiento de que descubra la verdad sobre mí me revuelve el estómago. No puedo permitir que eso pase. Si llego a saber demasiado sobre él, cosas que no debería, y luego él descubre lo que realmente soy…

No, no dejaré que llegue a ese punto.

Respiro hondo, forzando a que mis instintos se calmen.

¿El mejor plan? Fingir. Soy solo un gato. Un animalito inofensivo, despreocupado, que no despierta sospechas.

Entonces hago lo que haría un gato manso. Ronroneo suavemente, casi vacilante, y apoyo mi cabeza en su bíceps. El músculo firme se siente como una roca caliente contra mi rostro, pero no puedo pensar en eso ahora. Solo mantengo el gesto natural, nada amenazante, todo calculado.

Él se detiene.

Siento un leve ajuste de su cuerpo y sé que me está observando. Mi corazón se acelera. En la posición en que estoy, no puedo verlo, y no sé si eso es una bendición o una maldición. No dice nada, el silencio prolongando mi agonía.

—De feroz a ronroneante en cuestión de minutos. Estoy empezando a pensar que te gusto más de lo que quieres admitir, gatita.

¿Es provocación lo que escucho en su voz?

Me sorprende, pero lo absurdo de sus palabras y la arrogancia casi me hacen bufar y mostrar mis garras.

Sin embargo, detrás de mi indignación, una ola de alivio me invade.

Estoy fuera de peligro.

Él retoma la caminata y me obligo a observar el lugar; necesito entender dónde estoy y encontrar maneras de escapar de aquí.

A la izquierda, la sala se conecta con una cocina iluminada por una luz cálida que desciende de las lámparas colgantes. La madera clara de los armarios brilla suavemente, contrastando con la imponente y oscura isla central. El espacio es rústico, pero con una sofisticación discreta, casi como si estuviera diseñado para seducirme. En el suelo, a los pies de la isla, dos recipientes para mascotas llaman mi atención: uno vacío y otro con agua burbujeando en una pequeña fuente.

Solo de mirar, mi boca se seca.

¡Estrellas del cielo! ¿Cuándo fue la última vez que bebí algo?

A la derecha, una escalera de madera conduce al piso superior. Junto a ella hay un espacio transformado en oficina en casa, con un escritorio sencillo, una silla con ruedas y algunos papeles apilados en perfecto orden. Entre la escalera y la oficina, hay una puerta entreabierta, y es hacia allí a donde me está llevando.

—Este baño es solo tuyo. Yo uso el del piso de arriba, de mi suite —avisa casualmente.

El baño es pequeño, pero organizado. Mis ojos se mueven rápidamente, absorbiendo los detalles: el lavabo con grifos metálicos relucientes, el inodoro impecablemente limpio y, en el suelo, entre los dos, una caja de arena me mira de vuelta como un desafío.

Mi hocico se retuerce de puro horror, y una ola de humillación me golpea como un puñetazo en el estómago.

¿Es que espera que use eso?

La idea es tan absurda que apenas puedo procesarla.

Maúllo, un sonido ahogado de incredulidad.

Claro que lo espera.

Para él, soy solo una gata.

Pero de ninguna manera voy a usar eso. Tal vez logre aguantar hasta mañana. Hasta entonces, con seguridad ya habré escapado de aquí.

Necesito encontrar a Luther. Solo él puede ayudarme.

Pero mi cuerpo está agotado y mis energías drenadas. Si intento correr ahora, acabaré desmayándome en el camino.

Mark regresa a la sala y me coloca en la camita para mascotas, con movimientos demasiado delicados para un hombre como él.

Un suspiro se escapa de mí sin que pueda contenerlo; es realmente suave y cómodo, y dan ganas de acurrucarme allí y echar una siesta.

Entonces, se agacha frente a mí, sus ojos fijándose en los míos, y el silencio que se instala es casi sofocante. Mi garganta está seca; trago saliva, intentando comprender lo que está pasando.

No me muevo. No sé cómo reaccionar. Todo mi cuerpo está tenso.

Él permanece allí, observándome. Mirándome. Como si esperara algo de mí, algo que no tengo la menor idea de qué sea.

Mi corazón parece que va a estallar, y la falta de reacción solo hace que el momento se prolongue. Contengo la respiración para soportar la incomodidad; él suspira, sus hombros anchos subiendo y bajando lentamente.

Entonces Mark se levanta, y el ceño fruncido que dibuja parece demasiado peligroso para que lo mire directamente.

Es sensual, sí, pero peligroso.

La mandíbula firme, los músculos tensos. Se pasa las manos por el cabello rubio, echándoselo hacia atrás, y el movimiento hace

que sus bíceps parezcan aún más grandes.

—Debes de estar hambrienta. Voy a prepararte la comida y vuelvo enseguida.

Solo parpadeo, incapaz de emitir un solo sonido.

Mantiene mi mirada por un instante más, sus ojos dorados, como oro fundido, tan calientes que hacen arder mi piel. Luego, comprime los labios y me da la espalda.

Finalmente, el aire regresa a mis pulmones.

¿En qué diablos me he metido?

Capítulo 12



Sandra

Los olores que salen de la cocina me golpean en oleadas, cada una más irresistible que la anterior.

Pollo, seguro que es eso, reconozco el aroma. También percibo un leve aroma dulce a frutas. Mi boca empieza a salivar antes de darme cuenta, y mi cola se mueve involuntariamente, como si tuviera vida propia.

Debería estar buscando formas de escapar, pero mi estómago tiene otras prioridades.

Hace tiempo que no como algo decente.

Ni recuerdo la última vez que comí algo que no fuera un sándwich de crema de cacahuete con leche.

Irónicamente, estando atrapada en este cuerpo felino, parece que mi dieta va a mejorar considerablemente.

Mark sale de la cocina con dos recipientes —uno en cada mano — y camina hacia mí. Mi corazón se acelera, y me enderezo, curiosa.

Se detiene frente a mí, se agacha y coloca los recipientes delante de mí.

—Buen provecho, gatita.

Mis ojos felinos se agrandan cuando veo el banquete. En uno de los recipientes, el pollo está desmenuzado a la perfección, acompañado de pequeños trozos de zanahoria y calabacín, dispuestos de manera tan armoniosa que podría servirse en un

restaurante. En el otro recipiente, una porción de frutas cuidadosamente cortadas: sandía y algunos arándanos.

—Come y descansa.

Por un momento, pienso en ignorar la comida por puro orgullo, pero el olor me golpea de nuevo y mi estómago ruge lo bastante fuerte como para delatar cualquier intento de resistencia. Bajo la cabeza y doy un mordisco cauteloso al pollo.

¡Oh, por las estrellas! Qué delicia.

Mientras devoro la comida, mis pensamientos se vuelven borrosos.

¿Será que quedarse un poco más aquí es tan malo?

Él parece decidido a cuidarme, y yo realmente necesito fuerzas si quiero huir.

Después de llenar la barriga, espero un momento en que me deje sola para intentar escapar. Sin embargo, para mi desgracia, Mark se acomoda en el despacho, que, al no tener puertas que separen los ambientes, le da una vista clara de la sala.

Desde donde está sentado, basta con que gire mínimamente la cabeza para observarme, y con toda seguridad notaría si intentara pasar detrás de él o subir las escaleras.

El sueño termina por vencerme, y me echo una siesta.

Cuando recobro la conciencia, sé que han pasado algunas horas, pues el cielo más allá de las ventanas está completamente oscuro. La noche es silenciosa, excepto por el sonido molesto de las teclas del ordenador de Mark.

¡Oh, no! Él sigue ahí, trabajando.

Tenía todo un plan calculado para huir, y él simplemente no se aparta. De vez en cuando deja de teclear y me mira fijamente. Sus ojos clavados en mí, casi desafiantes. Es como si estuviera esperando a que yo hiciera alguna travesura.

Un escalofrío de miedo recorre mi espalda.

Estoy segura de que él cree que solo soy un gato, pero pronto sospechará si no actúo como tal.

Compórtate como un gato, Sandra, me digo a mí misma.

¿Qué hacer? ¿Qué hacer?

¡Oh, por las estrellas, haz cualquier cosa ya!

Entonces, con el corazón desbocado, levanto una pata y empiezo a lamerla.

¡Argh! ¡Pésima elección!

La sensación del pelo en mi lengua es repulsiva. Casi me atraganto, luchando contra las ganas de vomitar ahí mismo. Sin poder disimular muy bien, corro hasta la fuentecilla de agua al pie de la encimera de la cocina y empiezo a beber frenéticamente, intentando limpiar mi boca.

¡Esto es tan humillante!

Algún día me reiré de esto. Hoy no es ese día.

Respiro hondo y analizo las ventanas. Todas están cerradas, excepto una —justo la que queda al lado de Mark. Una rendijita ínfima está abierta, apenas lo suficiente para que mi pata quepa. Tal vez, si logro empujarla, podría escapar por ahí.

Solo necesito esperar a que él se aparte...

Como por arte de magia, se levanta.

Mi corazón se acelera.

¡Es ahora!

Va a salir del despacho y yo...

Unos golpes en la puerta interrumpen mis pensamientos.

¡Maldición!

Sintió la presencia de la visita antes incluso de que llegara. Claro que la sintió, él es un cazador de cosas sobrenaturales.

Y yo soy una de esas cosas.

Mi mente corre, sopesando las opciones. Cuando él abra la puerta, podría intentar escapar por ahí. Pero estará justo delante, listo para perseguirme. La otra opción es aprovechar la distracción e intentar la ventana.

Vale. Eso es. La ventana.

Salto sobre su escritorio, las patas resbalando un poco entre los papeles esparcidos. Algunos caen al suelo, pero ignoro el ruido. La ventana está justo ahí. Empujo el cristal con todas mis fuerzas, pero es demasiado pesado. La rendija sigue diminuta, implacable. Lo intento otra vez, esforzando todo mi cuerpo, pero es como tratar de mover una montaña con las patas.

Maldición. Maldición. Maldición.

Me giro hacia la puerta. Un hombre entra. Es enorme, del tipo que parece cargar armarios a la espalda por diversión. No tan alto como Mark, pero lo bastante ancho como para bloquear la entrada, de piel morena clara, el pelo oscuro rapado y una sonrisa amplia. Un aroma leve emana de él —oso. Definitivamente, oso.

Mis posibilidades de escape parecen empeorar a cada segundo...

—He oído que te has agenciado una minina —dice el grandullón, con una sonrisa ladeada.

Mark gruñe, visiblemente irritado.

— Por lo visto, el bocazas de Ethan ya no sabe mantener la boca cerrada. —Está a punto de cerrar la puerta cuando el oso se cuela dentro.

Esa es mi oportunidad.

Salto al suelo y corro con todas mis fuerzas, las patas apenas tocando la tarima. Mi corazón late desbocado, la presión creciendo a cada segundo. Todo a mi alrededor parece entrar en foco, como si el tiempo se ralentizara, y calculo mentalmente la distancia que me queda, el tiempo que me resta.

La brecha se está cerrando rápido, ¡pero ya casi estoy ahí! Unos milisegundos más... y...

—¡Aquí está! —dice el oso, con ese tono burlón, mientras me agarra en el aire como si fuera un balón de fútbol. El movimiento es brusco, y las ganas de vomitar me suben por la garganta—. Vaya, ni ella soporta tu cara de gruñón, ya quiere escapar.

Quedo colgando de las axilas felinas, con unas ganas tremendas de retorcerme, sacar las garras y arañarlo, pero mi instinto de supervivencia me obliga a quedarme quieta. Sinceramente, ¿quién me asegura que no va a lanzarme como si fuera una pelota también?

Él suelta una risa baja, pero el gruñido de Mark deja claro que no le hace ni pizca de gracia.

—No la toques —ordena él, con la voz baja y amenazante.

El grandullón suelta un suspiro dramático; o está loco, o tiene suficiente confianza con la Fiera como para no cagarse de miedo.

—Tranquilo, no voy a hacerle daño. —Estira los brazos hacia Mark, como si yo fuera una ofrenda—. Pero en serio, ¿un gato? Pensé que lo tuyo eran más los perros, por eso de ser medio… lupino.

Siento las manos del oso aflojarse a mi alrededor. Pero antes de que siquiera intente moverme para escapar, Mark me arranca de sus brazos, sujetándome contra su pecho con una fuerza posesiva.

Y me quedo ahí, atrapada, sintiendo el calor de su cuerpo envolviéndome.

—No tuve elección, pero… —murmura Mark—. Ahora ella es mía, y yo cuido lo que es mío.

¿Ahora soy de él?

Esas palabras me golpean como un puñetazo en el estómago. Apenas puedo respirar, el pánico me inunda. Las náuseas suben rápido, una ola inmensa que se levanta desde mi estómago y que intento contener.

Intento.

Intento.

Intento...

Pero juro que, para colmo, todavía siento algunos pelos pegados en mi garganta, como si mi cuerpo hubiera decidido traicionarme de todas las formas posibles.

Oh, por las estrellas, voy a…

Entonces, vomito.

En su camisa.

Y, por supuesto, también en uno de sus brazos, porque el universo, al parecer, me odia.

El oso empieza a reírse a carcajadas y Mark le gruñe, un sonido que me estremece desde la punta de la cola hasta el hocico, erizando todo mi pelaje.

Mi mente oscila entre el horror y la desesperación.

Levanto la cabeza y parpadeo hacia él, intentando poner la mirada más inocente que mi rostro felino puede producir, solo para sobrevivir.

Él me mira con la mandíbula apretada, el ceño aún más fruncido, los ojos de pura amenaza.

Si antes tenía dudas, ahora es seguro: me va a matar.

Capítulo 13



Mark

La rabia explota dentro de mí.

—¡Mira lo que has hecho!

La gata parece saltar dentro de su propio cuerpo, revolviéndose, arañando, intentando escapar de mis brazos.

¿Qué hago ahora?

—No le grites a la pobrecilla, ella no tiene culpa, solo está asustada… —empieza a decir Ted, y sus palabras me irritan todavía más.

—¿Gritarle a ella? ¡Estoy gritándote a ti, joder! ¡La has hecho ponerse mala! —gruño, la ira desbordando.

—¿Yo? ¿Cómo es esto culpa mía?

—La tocaste, la cogiste con demasiada fuerza, demasiado rápido… Aún se está recuperando y ahora está enferma —Lo digo con los dientes apretados.

La gata sigue revolviéndose, y me quedo paralizado.

Maldición, ¿qué hago?

Si ya me cuesta manejarme con personas, aunque conviva con ellas todos los días, ¿cómo voy a calmar a una gatita si nunca he tenido una mascota?

— Shh… Está todo bien. —Dudo un segundo antes de bajar mi rostro hasta su cabeza y besar su pelaje negro y suave—. No tienes que tener miedo…

El olor del vómito sube, y me imagino que eso debe molestarle.

Necesito limpiarla, dejarla cómoda, comprobar que esté bien.

¿Se habrán infectado las heridas? ¿Y si…?

—Mark, respira, pareces más alterado que la gata —dice Ted, cerrando la mano sobre mi hombro, como si intentara anclarme.

Tiene razón; necesito calmarme, transmitir tranquilidad a la gata.

—Llama a Ethan, que venga aquí —ordeno bruscamente, todavía molesto con él.

—Claro. —Ted ya está llevando el móvil a la oreja, y no escucho lo que dice; confío en que le transmitirá lo que ha pasado.

Mientras tanto, llevo a la gata al baño, cierro la puerta tras de mí y la coloco cuidadosamente en el lavabo antes de quitarme la camisa manchada de vómito.

Me giro hacia ella y gruño para mis adentros al verla temblar, los ojos verdes abiertos de miedo, fijos en mí.

—Te cuidaré, todo va a ir bien, te lo prometo —digo, con la voz más suave que puedo, intentando transmitir confianza.

Con cuidado, la vuelvo a tomar en brazos y abro el grifo. Con una mano en forma de concha, recojo un poco de agua y la acerco a su hocico para limpiar el pelaje sucio alrededor de la boca. Espero que Ethan llegue pronto.

No sé lo que estoy haciendo. No quiero empeorar las cosas…

Se abre la puerta del baño y Ethan asoma la cabeza.

—¿Mark? Ted me ha contado lo que ha pasado, ¿tiene otros síntomas?

La ventaja de ser vecino de Ethan es que aparece rápido en las emergencias.

—No noto fiebre, pero todavía no he revisado las suturas y…

—Déjame examinarla —dice Ethan, tomando a la gata de mis brazos y llevándola al sofá, donde ha dejado el maletín de

emergencias.

Limpio rápidamente mi brazo sucio antes de seguirlo.

Ted y yo nos quedamos observando detrás de él. Ethan abre la cremallera del traje postoperatorio de la gatita y examina los cortes.

—Todo parece estar bien… —Me mira y ladea la cabeza—. ¿Qué nombre le has puesto?

Aprieto los labios y cierro los puños, conteniendo las ganas de cogerla en brazos.

—La llamo Gatita.

Ted echa la cabeza hacia atrás y se ríe, y Ethan arquea las cejas, incrédulo.

—Ah, claro, "Gatita". Súper original. —Bromea Ted, todavía riéndose.

Ethan solo sacude la cabeza, exasperado.

—Bien, Mark, necesita un entorno cómodo. Manténla hidratada y no la asustes. Necesita tranquilidad.

Ted me mira, y luego su mirada se posa en la camita para mascotas en medio de la sala.

—¿La vas a dejar sola aquí abajo? La pobrecita podría asustarse. ¿Por qué no la llevas a tu habitación? —sugiere.

La gatita deja escapar un maullido fuerte que llama mi atención, y su mirada felina se clava en mí. Me inclino hacia ella y, en cuanto Ethan vuelve a cerrar la cremallera de su trajecito, la tomo nuevamente en brazos.

Cuando su cuerpecito se acurruca contra mi pecho, siento que mi corazón se ralentiza y la tensión de mis hombros comienza a desaparecer.

No sé por qué.

Desde que apareció, solo ha traído problemas, pero, de alguna manera… me calma.

—¿Crees que podría asustarse aquí abajo, sola? —le pregunto a Ethan.

—No es mala idea acomodarla en tu habitación. Además, necesita acostumbrarse a tu presencia, ganar confianza… puedes poner su camita al lado de la tuya, por ahora. —aconseja Ethan, y la gatita maúlla de nuevo.

Miro su carita, levantando el codo para que su mirada se cruce con la mía, y murmuro en voz baja:

—Mi habitación es amplia, tendrá un espacio solo para ti, no te preocupes.

Sus ojos verdes brillan a contraluz, y juro que veo una mezcla de exasperación, o quizás hasta desafío, en ellos.

Es tan diferente de la mirada inocente que me dio justo después de hacer aquel desastre en mi camisa. Me hace gracia, y antes de darme cuenta, siento que mis labios se curvan en una leve sonrisa.

—Eres una criaturita interesante, ¿lo sabías? —digo, y ella maúlla, levantando el hocico.

—¿Conseguiste comprar todo lo que necesitabas para la Gatita? — pregunta Ethan.

Respiro hondo y asiento ligeramente con la cabeza.

—Sí, pero algunas cosas todavía no están listas. Las recogeré mañana.

—¿Listas? ¿Como qué? —Levanta las cejas con curiosidad.

—Como el collar y la poción de aceleración de curación que le pedí a Balthazar que preparase.

Tanto él como Ted asienten.

—Buena idea. —Esta vez habla Ted—. ¿Y los juguetes?

Aprieto la mandíbula. Maldita sea, ¿cómo pude olvidarme de eso?

—Me preocupé demasiado por las cosas prácticas y lo olvidé… — admito, frustrado.

—Tengo algunos en casa. —avisa Ethan —. De vez en cuando alojo algunos animales. Te los traeré.

Suelto un suspiro de alivio y dejo que mi mirada muestre gratitud.

—Gracias, tío. Por todo.

Ethan ya se dirige hacia la puerta con pasos rápidos.

—Voy a por ellos y vuelvo enseguida.

En cuanto se va, Ted carraspea, obligándome a mirarle. Su expresión ahora es diferente, más seria, y eso me pone en alerta al instante.

—En realidad, no he venido solo a conocer a la Gatita. —Comienza, y la gravedad en sus palabras hace que mi cuerpo se tense—. Es una advertencia, pero es algo personal, así que pensé que lo mejor sería decírtelo en persona.

Suelto un suspiro tenso, el corazón latiendo más rápido.

—¿Qué? —pregunto, con la voz más baja, mientras la ansiedad crece. Algo en el tono de Ted me dice que la noticia no es buena.

—He recibido noticias sobre el Clan Wolfhart. Liam se enteró de que atravesaste su territorio… y está furioso. —El tono de Ted es tenso, como si esperara una explosión inminente.

Me contengo para no poner los ojos en blanco, manteniendo mi semblante frío.

—Ted, tengo preocupaciones mayores que lidiar con la rabieta de un lobo mimado. —Mi respuesta está cargada de desdén, calculada para demostrar que la situación no me afecta.

Pero, por dentro, sé que el asunto es más delicado de lo que estoy dispuesto a admitir.

El oso entrecierra los ojos, claramente insatisfecho con mi actitud.

—No va a dejar esto pasar barato. —Hay un peso en su voz, una advertencia que no puedo ignorar.

Mi mirada se encuentra con la suya, firme.

—Pues que lo intente. Si cree que puede lidiar conmigo, descubrirá el error que está cometiendo.

—Mark, sé que no será peligroso para ti físicamente, pero…

Respiro hondo, intentando mantener la calma.

—No soy yo quien se mete en problemas por tonterías, Ted. Si Liam quiere tanto recibir una paliza y poner en riesgo su liderazgo, el problema es suyo.

Ted suelta un suspiro, como si quisiera convencerme de ver las cosas desde otra perspectiva.

—Tu medio hermano siempre se ha sentido amenazado por tu fuerza. —Una sombra de preocupación oscurece su rostro—. Su envidia lo llevará a hacer algo estúpido.

Aprieto la mandíbula, sintiendo que la bestia dentro de mí quiere soltarse, pero miro a la Gatita en mis brazos y, de inmediato, me calmo.

—Si me reta a un duelo, va a perder.

Ted cruza los brazos y da un paso hacia adelante, más serio ahora.

—Aun así, yo estaría atento, Mark.

—No puede hacerme daño, no es lo suficientemente fuerte, lo sabes.

Ted me observa un momento, y su expresión se endurece.

—No, pero puede hacer daño a otros. —Sus palabras me congelan.

Siento un escalofrío recorrer mi nuca y, de inmediato, toda mi atención se centra en la Gatita en mis brazos; la aprieto un poco más contra mi pecho.

—Si Liam se atreve a hacerle daño a alguno de vosotros, no perdonaré. No me importará nuestra sangre, lo mataré. —Mi voz es implacable, sin dejar espacio a dudas.

Ted me mira con cierta sorpresa, pero sabe que hablo en serio.

—¿Estás seguro de eso?

Hago una pausa, dejando que los recuerdos antiguos, las heridas del pasado, afloren.

Recuerdo el dolor, el abandono, el rechazo.

Nuestro padre embarazó a mi madre, una Fae Seelie, engañándola con promesas vacías. Dijo que la amaba, juró que el arreglo con una loba sería solo una alianza política para fortalecer la manada. Aseguró que la pareja no tendría importancia real, que nada entre ellos cambiaría.

A diferencia de los Fae, incapaces de mentir o romper promesas, los humanos son maestros en el arte de la falsedad.

Mi madre cometió el error de creerle.

En aquel entonces, él aún no había formado la pareja. Pero tan pronto como se concretó la unión y la loba descubrió que mi madre había dado a luz a un bastardo, la mató.

Solo no me mató a mí porque el hombre que considero mi verdadero padre intervino y me salvó. Mientras tanto, mi padre biológico no hizo nada. No luchó por mí. No quiso saber nada de mí. Prefirió mantener el poder y su posición como alfa líder del clan.

Me llamaron bastardo mestizo toda mi vida.

Liam, apenas dos años menor que yo, creció odiándome. No importaba cuánto me mantuviera distante, no importaba cuánto nunca hubiera hecho nada más que existir.

Puede que sea mi medio hermano, pero nunca fue mi familia.

No me importa ser blanco de su discordia. Pero si se atreve a atacar a quienes son míos, no tendré misericordia.

Así que sí, estoy seguro.

—Absolutamente.

Capítulo 14



Sandra

Escucho cada palabra de la conversación entre Mark y Ted, sin poder evitarlo. Soy una espectadora impotente. Secretos que nunca debería haber conocido me golpean con una fuerza que no consigo procesar.

Mark y el líder de los lobos son hermanos.

Mark no dudaría en matarlo, y si lo hiciera, yo sería testigo de la amenaza que se ha hecho.

El pánico crece, y todo lo que puedo pensar es: "Estoy jodida."

Sé más de lo que debería, no quiero escuchar nada más, no quiero comprometerme aún más si él descubre algo sobre mí…

La conversación se interrumpe cuando Mark se gira hacia la puerta, conmigo todavía entre sus brazos. Mi cuerpo felino se tensa con el movimiento brusco, aunque siento alivio por la interrupción.

Cuanto menos sepa, mejor.

En segundos, la puerta se abre y Ethan entra, trayendo una mochila enorme llena de juguetes. Sonríe, sin notar el aire cargado de tensión, probablemente porque es un humano común, sin sentidos agudos.

—He traído todo lo que creo que le va a gustar —dice mientras camina por la sala, sacando los juguetes de la gran mochila y esparciéndolos sobre la alfombra, cerca de la camita—. Algunas pelotitas con campanita, peluches y un túnel plegable.

Ethan despliega el túnel en el suelo, y Mark me coloca allí, finalmente soltándome.

Me quedo quieta, observando el túnel frente a mí. Mi mirada se desvía lentamente hacia los juguetes esparcidos a mi alrededor y, luego, hacia los hombres.

Todos parecen mirarme, esperando una reacción.

Ah, mierda…

¿Cómo actuaría un gato?

No tengo tiempo para dudar. Levanto la cola y la balanceo suavemente, luego doy un paso hacia el túnel. Hago un rápido movimiento de cabeza, intentando parecer curiosa. Después salto dentro del túnel con un gracejo felino, como si me estuviera divirtiendo.

Cuando salgo del otro lado, veo que todavía me observan.

Soy un gato. Soy un gato. Soy un gato.

Espero que nadie note que me estoy conteniendo para no derrumbarme de pánico. Mi corazón parece querer salirse por la boca.

Me doy la vuelta y observo los demás juguetes esparcidos alrededor. Elijo el más cercano a mí, un ratón de peluche, y empiezo a golpearlo suavemente con las patas, como he visto hacer a otros gatitos. El juguete se mueve, pero pronto lo empujo de nuevo, repitiendo el gesto como si fuera un juego superdivertido.

Echó un vistazo rápido a los hombres. Todavía me están observando, pero finalmente parecen satisfechos.

—Se está haciendo tarde —dice Ethan, el humano veterinario que me cuidó, recogiendo su mochila y acomodándola en el hombro.

El oso, que he descubierto que se llama Ted, asiente.

—Yo también me voy. Nos vemos mañana en la empresa, jefe.

—Hasta luego — responde Mark, lanzando una mirada hacia mí antes de dirigirse hacia la puerta detrás de los amigos.

Se están yendo.

Gracias a las estrellas y a la Madre Luna, se están yendo.

¡Solo quiero que este día termine de una vez!

Parece que mañana Mark trabajará en la empresa. Intentaré escapar entonces.

Cuando la tensión se alivia un poco con ese pensamiento, siento un pinchazo en la vejiga; he estado aguantando las ganas de hacer pis, pero ya no puedo evitarlo.

La puerta del baño de la planta baja está abierta, y camino hacia allí. La humillación me quema por dentro. No voy a usar la maldita caja de arena.

Me niego a aceptar que mi situación haya llegado a este punto.

Oigo los pasos de Mark pasando por la sala y luego subiendo las escaleras; está lo suficientemente lejos.

Y si…

Cierro los ojos, intentando concentrarme, intentando transformarme de nuevo, pero nada ocurre. El bloqueo sigue ahí, aplastante.

Resignada, evalúo el inodoro.

Levantar la tapa es un desafío, pero lo consigo. Luego me equilibro cuidadosamente en el borde, rezando para no caer dentro.

Qué vergüenza, toda la elegancia y gracia felina reducidas a esto.

Cuando termino, agradezco mentalmente a las estrellas por ser un inodoro con cisterna incorporada. Subo en la tapa y uso la pata para presionar el botón, activando la descarga.

Salto al suelo y, al salir por la puerta, Mark está bajando las escaleras detrás de mí.

Se agacha en cuanto me ve, tomándome en brazos con ese cuidado que todavía me sorprende. El mareo que sentía antes al ser

cargada no aparece esta vez. Tal vez me esté acostumbrando; desde que llegué aquí, he pasado la mayor parte del tiempo en sus brazos.

—He traído tu camita a mi habitación —sube las escaleras conmigo acurrucada en sus brazos, su voz suave, como si quisiera reconfortarme—. También puse un cuenco de agua allí, para que no tengas que bajar las escaleras si lo necesitas. Probablemente aún tengas dolor.

Es solo entonces que me permito sentir realmente el latido en mi espalda. El dolor es soportable, pero cada vez que me muevo rápidamente, siento un pinchazo, como si las suturas se estiraran.

—Quiero que te sientas cómoda, Gatita —levanta el codo y me mira—. Aquí tienes la libertad de ser y hacer lo que quieras.

Solo lo observo, intentando no mostrar señales de que entiendo todo lo que dice.

Reiría nerviosa si estuviera en forma humana.

¿Libertad?

¿Hacer lo que quiera?

Querido, ¡lo que quiero es poder volver a mi casa y fingir que nada de esto ocurrió!

Al terminar de subir las escaleras, hay un pequeño pasillo con dos puertas. Él entra por la de la izquierda, que ya está abierta.

La habitación es enorme; tal vez todo mi apartamento cabría allí dentro. En el centro hay una cama gigante, cubierta con una sábana blanca y una manta de cuadros doblada a los pies. A su lado, una mesita de noche de roble con una lámpara. La ventana grande, con las cortinas abiertas, ofrece vista al bosque. Al otro lado de la habitación, veo el baño privado; la puerta entreabierta me permite vislumbrar el interior con detalles en mármol blanco.

Entre la ventana y la cama, está la camita para mascotas. Es hacia allí que me lleva, acomodándome cuidadosamente.

Permanece agachado unos largos segundos, mirándome con una intensidad que hace que mi corazón se dispare. Sé que exhalo

miedo, no puedo evitarlo.

Parpadea, frunce el ceño y luego se incorpora.

—A veces olvido que soy aterrador, incluso cuando no lo intento —murmura.

Mark se aleja y se detiene frente a la cama, sin camiseta, y solo ahora me doy el lujo de observar su imponente cuerpo. La sudadera, colgada en su cadera estrecha, no deja mucho a la imaginación, y puedo notar un volumen considerable marcando su frente.

Me lanza una mirada fugaz, pasando distraídamente una mano por su abdomen marcado.

El calor que emana todavía está fresco en mi memoria, y siento que mi piel arde. No puedo creer que haya estado en sus brazos, acurrucada contra ese pecho desnudo…

Si estuviera en forma humana, estaría sonrojándome de manera embarazosa.

Escondo mi rostro entre las patas y cierro los ojos, apartando pensamientos indeseados.

No codicies a tu depredador…

Vuelvo a espiar cuando escucho el susurro de la sábana y lo veo recostarse en la cama. Apaga la luz de la lámpara de noche y el cuarto queda sumido en la oscuridad, excepto por la luz suave de la luna, que dibuja sombras delicadas sobre su cuerpo, iluminando su silueta de manera casi etérea.

Se gira de lado, sus ojos lupinos brillan en la penumbra, y siento el peso de su mirada sobre mí.

— Buenas noches. — Su voz ronca y baja hace que se me ericen los pelos del cuerpo.

Por un momento, surge la necesidad de maullar de vuelta, como una respuesta natural, pero me contengo, apoyando la cabeza sobre las patas e intentando mantener la compostura.

Aunque sé que el sueño no vendrá tan pronto, cierro los ojos, tratando de ignorar la absurda situación en la que me encuentro.

Paciencia.

Mañana, en cuanto él salga a trabajar, voy a investigar cada rincón de esta cabaña, buscar una salida y escapar.

Capítulo 15



Sandra

Mi plan se fue al traste.

Estoy siendo cargada en los brazos de Mark mientras él entra en el edificio que solo puede ser su empresa.

¿Fuga?

Olvídalo.

No hay manera de escapar con tantos seres sobrenaturales ágiles y peligrosos por todos lados, no fácilmente. Estoy acorralada.

Empleados pasan junto a nosotros por los pasillos y escaleras, deteniéndose a mirar; algunos fruncen el ceño, otros parecen considerar que soy un entretenimiento y me sonríen, pero nadie se atreve a decir nada.

A Mark no le importa en absoluto la atención que llamamos sobre nosotros.

Él empuja una puerta y entramos en una oficina amplia, donde Ted está apoyado en una mesa larga. El oso abre una sonrisa amplia al vernos y parece a punto de soltar un comentario, pero se contiene. Tal vez por respeto al ambiente de trabajo… o porque hay dos personas más en la sala.

Un vampiro de ojos rojos que parece no reaccionar a mi presencia, con expresión imperturbable en su rostro pálido y hermoso.

Y un hombre de cabello largo castaño y ojos verde oscuro. Emanaba olor a cocodrilo y se acerca con una sonrisa llena de dientes, levantando la mano como si fuera a acariciarme.

Antes de que él toque mi pelo, Mark se aparta y suelta un gruñido bajo, pero amenazante.

— Entendido, jefe. Nada de tocar a tu gatita. — Levanta las manos en señal de rendición y da un paso atrás, aún sonriendo.

—Vamos al grano. —Mark no pierde tiempo, apoyando la cadera sobre la mesa mientras me mantiene firme en sus brazos—. Jack, actualizaciones.

—Estoy supervisando la seguridad de la gala benéfica de esta noche. —El hombre-cocodrilo adopta un tono profesional—. Como el evento es predominantemente para humanos, seleccioné al 80% del personal entre ellos. El resto está compuesto por sobrenaturales.

Perfecto.— Mark asiente—. Ted, ¿y los novatos?

—De los ocho centinelas recién contratados, cinco están listos para comenzar el entrenamiento de combate. Y una de ellas… — Hace una pausa, los ojos brillando con admiración—. Una ya llegó preparada.

—¿Cuál de ellas? Revisé los perfiles. La más prometedora era la polyshifter.

—Exacto. Zephyra. Tiene la habilidad de transformarse en varias criaturas aladas, desde las pequeñas hasta las enormes y feroces.

—Interesante. Hoy empiezo el entrenamiento físico con los novatos. Si es tan buena como parece, la pondré entre los centinelas en acción.

—De acuerdo, jefe.

—¿Viklaus?

El vampiro finalmente se mueve, cruzando los brazos.

—Ningún nuevo incidente con humanos viendo lo que no debían. Pero mi equipo rastreó la identidad del sobrenatural

asesinado por el Wendigo.

—¿Quién era?

—Se llama Benny, nuevo en la ciudad. Un metamórfo conejo.

Mi cuerpo se tensa y mis garras se aflojan, arañando el bíceps de Mark; él me aprieta más contra sí, como si mi tensión lo contagiara.

Me mira brevemente, la mandíbula apretada, antes de volver a su postura relajada.

—¿Tenía familia?

—Sí, avisamos a su esposa.

Un golpe en la puerta interrumpe la reunión y mis pensamientos sobre la persona encontrada muerta: el idiota traidor que indirectamente provocó que estuviera atrapada en esta forma.

—¿Sí? —La voz de Mark suena firme.

Una mujer abre la puerta, pero no entra.

—Señor Tharros, su cita de las nueve, Balthazar, ya está aquí.

—Puede hacerlo entrar en cinco minutos.

Ella asiente con la cabeza y se retira.

—Buen trabajo. —Mark dice a los tres hombres en la sala—. Ahora, volved a vuestros puestos.

Todos salen, y apenas quedamos solos un momento, cuando otro golpe resuena en la puerta. Se abre, revelando a un hombre de cabello largo y canoso, cuya edad es un misterio: parece tener entre treinta y sesenta años. El aroma que lo acompaña es inconfundible: una mezcla de hierbas secas y pociones. Un brujo. Lleva una carpeta rectangular de cuero, con cierres metálicos.

—He traído tus pedidos, Fiera. —Coloca la carpeta sobre la mesa y la abre —. El collar encantado y la poción de aceleración de curación.

Oh, había olvidado el maldito collar…

¡Pensé que a estas alturas ya habría escapado!

El choque llega primero, luego la rabia. Mi pelo se eriza y un gruñido bajo vibra en mi garganta. Pero, cuando el brujo abre la carpeta y saca el objeto, mi indignación se ve aplastada por algo peor: un sentido cruel de ironía.

Claro que tenía que ser bonita.

La cinta de terciopelo negro es lujosa, suave, elegante. En el centro, una esmeralda tallada en forma de gota brilla bajo la luz, reflejando tonos profundos de verde. Una pieza sofisticada, clásica, exactamente del tipo que yo elegiría para llevar en mi cuello.

Si fuera un simple collar, algo que pudiera quitarme cuando quisiera, tal vez hasta me gustaría.

Pero no lo es.

Es un collar.

¡Y encantado!

—La conexión será inmediata; si se pierde o corre peligro, serás capaz de sentirla y encontrarla. —El brujo coloca el collar en la palma de su mano abierta—. Pero, para finalizar el hechizo, necesito que dejes caer una gota de tu sangre sobre la piedra.

No. No. No.

¡Estrellas, ayudadme, por favor!

—Bien —murmura Mark, y me sujeta con uno de sus brazos, mientras el otro se estira.

Veo aparecer sus garras negras, hasta que perfora el pulgar con la punta de una de ellas y deja que la diminuta gota de sangre toque la esmeralda. La piedra absorbe la sangre inmediatamente, brillando intensamente, como si emanara luz propia, antes de volver a su color normal.

—Ahora solo queda colocar el collar sobre ella, y listo. —El brujo sostiene los bordes de la cinta, estirándola más allá de lo que debería, pero sin romperse—. Viene con hechizo de confort incluido.

Todos mis productos están diseñados pensando en metamorfos, sirven para todos los tamaños.

Mark murmura en señal de aprobación.

Oh, menos mal. Si consigo transformarme de nuevo, no moriré estrangulada, pero no quiero llegar a ese punto.

Disparo en un frenesí de movimientos salvajes, retorciéndome en sus brazos, arqueando el cuerpo, clavando los dientes en su brazo y arañando todo lo que puedo al alcance de mis garras en un intento desesperado de liberarme.

¡No voy a llevar un maldito collar!

Mi grito felino estalla, un gruñido agudo, mientras lucho contra el firme agarre. Mi respiración acelerada hace que mi pecho suba y baje mientras me debato, mis músculos tiemblan con la fuerza de la desesperación, pero Mark no cede, ni siquiera parece sentir dolor.

—¿Y la poción de aceleración de curación? —dice, imperturbable, ajustando las manos y los brazos alrededor de mi cuerpo que se revuelve y contorsiona—. ¿Garantiza que funciona, incluso para los no sobrenaturales?

—Por supuesto, le imbuyó mi propia esencia. Por ello, el precio es más elevado. —Balthazar toma un tubo, similar al de pasta de dientes, y lo coloca sobre la mesa—. Está en forma de crema, como pidió. Aplique una capa fina sobre la herida y verá resultados de inmediato.

—Vale. Dejadlo todo sobre la mesa y retiraros.

—P-por supuesto. —El hombre titubea—. Gracias por su preferencia. —Hace una breve reverencia antes de salir apresurado, olvidándose de cerrar la puerta.

¡Ahora! ¡Tengo que escapar antes de que sea demasiado tarde!

Clavo mis garras profundamente en su piel, sintiendo la sangre caliente bajo ellas. Pero ni siquiera reacciona. Las heridas se cierran al instante, como si nunca hubieran existido.

—Tranquila, Gatita — murmura—. No voy a hacerte daño.

Mis patas traseras patean el aire, intentando encontrar apoyo para huir, pero es inútil. Sus brazos son una jaula, y mi propio cuerpo me traiciona, debilitándose a medida que el cansancio me alcanza.

Mark me mantiene segura, sin apretar demasiado, solo sosteniendo cada uno de mis ataques como si no significaran nada.

—Tranquilízate —susurra junto a mi oído, la vibración de su voz recorriéndome —. O acabarás haciéndote daño.

Mi corazón late con fuerza, mi mente grita que siga luchando, pero el agotamiento pesa sobre mí. Mi atención se centra en el collar sobre la mesa.

Hermoso. Perfecto. Un detalle cruelmente irónico.

Porque no importa lo bonito que sea, su significado es una sentencia.

Si huyo, él me encontrará.

No puedo engañarme pensando que basta con arrancarlo y todo se solucionará. Está encantado. Una conexión forjada con magia, y magias así no se rompen fácilmente.

Mark afloja ligeramente el agarre, permitiéndome recuperar el aliento, y cuando me coloca sobre la mesa, veo una oportunidad.

Disparo hacia un lado, preparando el salto al suelo, pero apenas consigo impulso antes de ser agarrada de nuevo.

Una mano enorme me envuelve, los dedos fuertes rodean mi espalda y costillas, sujetándome con firmeza. Mi cuerpo vuelve a debilitarse en un intento de escapar, sintiendo cómo las suturas se tensan y el dolor palpita en mi piel. Prisionera de una sola mano, no puedo escapar cuando él toma el collar con la otra.

—Gatita huidiza, necesito que te quedes quieta —su voz es baja y autoritaria—. Por favor. —Su tono se suaviza y no puedo hacer otra cosa que obedecer.

Mark toma la cinta de terciopelo negro y, lentamente, la coloca alrededor de mi cuello, ajustándola con delicadeza.

La esmeralda descansa sobre mi piel, justo debajo de la garganta. Su frialdad inicial hace que un escalofrío recorra mi columna, pero poco a poco se calienta, la energía dormida despertando al contacto. Entonces, surge un suave pulso, sutil como un susurro, como si la piedra tuviera un corazón propio, latiendo en un ritmo que resuena con el mío.

Mark da un paso atrás para observarme, sus ojos recorriendo mi figura con una intensidad que me pone nerviosa. Extiende la mano y toca la piedra preciosa con la punta de los dedos.

—Combina con tus ojos.

Su expresión se suaviza, y sus labios se curvan ligeramente, una sonrisa sutil, pero cargada de una satisfacción silenciosa. Mi corazón se acelera, no por miedo, sino por razones que me niego a admitir.

Levanta la mirada lentamente hacia la mía, fijándome con intensidad, como si quisiera grabar sus próximas palabras en mi alma.

—Ahora, adondequiera que vayas, te encontraré. Y si alguien intenta hacerte daño… —Hace una pausa, sus ojos brillando con algo peligroso—. Estaré allí para matarlo.

Capítulo 16



Sandra

El tejido suave del trajecito se desliza por mi piel felina mientras Mark baja la cremallera con delicadeza, su voz grave resonando en el aire entre nosotros.

—Ahora, vamos a ver si la poción realmente hace efecto.

Ya que estoy con el maldito collar, lo mínimo es que esta poción me cure, ¿no?

No acepto menos que eso.

Suelto un maullido bajo, un sonido casi imperceptible. Mi pelo se eriza bajo el calor de sus dedos al descubrir la herida. Retira la venda con un cuidado meticuloso.

—Ese monstruo maldito —murmura, la voz cargada de un peso que me golpea de manera inesperada—. A partir de hoy, no te preocupes, voy a protegerte de todo y de todos.

La promesa flota entre nosotros, intensa, una corriente eléctrica que hace que mi pequeño cuerpo se tense por un instante. Pone una capa de la crema en la yema del dedo y la extiende sobre los cortes con movimientos suaves.

El escozor me alcanza como brasas vivas, un dolor punzante que me arranca un maullido fuerte. Mi espalda se arquea, mis garras arañan la madera pulida de la mesa.

—Perdona, Gatita. Si pudiera, me quedaría yo con tu dolor —dice Mark en un tono reconfortante, mientras sus dedos acarician

suavemente mi cabeza en un gesto tranquilizador—. Enseguida pasará.

Y tiene razón.

Segundos después, el dolor abrasador se disipa, dando paso a una sensación de alivio tan intensa que dejo escapar un suspiro largo. Es como si una brisa fresca recorriera mi piel, extendiéndose por cada fibra de mi cuerpo.

¡La poción está funcionando! Pero no es solo eso.

Siento algo más profundo, algo despertando dentro de mí. Un cosquilleo se agita en mi pecho, una chispa de energía reverberando en mis entrañas. Mi propia esencia, antes seca y estancada, empieza a burbujear, una gota, luego otra. Minúscula, pero presente, mezclándose con la esencia imbuida del brujo. Es débil, pero está aquí, por fin puedo sentirla.

La cicatrización comienza y, con ella, llega un sopor irresistible. El peso de días sin descanso, del miedo constante, se desvanece en un instante. Mis músculos se relajan, mi cuerpo se rinde, y caigo, blanda, contra la superficie de la mesa.

—Funcionó —murmura Mark, cogiéndome con esas manos enormes y acunándome contra su pecho cálido—. Todo va a ir bien.

El sonido fuerte y constante de su corazón resuena en mis oídos, y por un momento me siento tan segura que un ronroneo se escapa antes de que pueda contenerlo.

Él camina hasta la camita mullida que colocó al lado de su escritorio. Noto que esta es azul y la de casa es rosa, lo que significa que compró otra para dejar en la oficina.

—Una aplicación más y nadie imaginará que estuviste herida hasta hace unos segundos —dice, depositándome con un cuidado exagerado entre los cojines suaves—. Hasta las suturas se han soltado solas.

Sus dedos rozan suavemente mi cabeza en una última caricia antes de que me pierda por completo en la súbita somnolencia.

—Descansa, pequeña.

El sueño me arrastra lejos, y no opongo resistencia.

***

Una voz me despierta.

—Estoy en camino.

Me incorporo desorientada, la vista borrosa y la cabeza pesada. Mi cuerpecito se adapta poco a poco al espacio a mi alrededor y, a medida que las luces artificiales llenan mi campo de visión, me doy cuenta de dónde estoy.

En el despacho de Mark.

Me estiro un poco, arqueando la columna y disfrutando del hecho de que ya no siento dolor en la piel.

El sonido de pasos firmes, pero contenidos, se acerca. Levanto la cabeza despacio y veo a Mark agacharse cerca de mí. Su rostro está cargado de una tensión visible, los rasgos rígidos y contraídos. Suspira antes de hablar, su voz grave, pero baja:

—Necesito ir al centro de entrenamiento, supervisar y entrenar a los novatos.

Parpadeo, intentando procesar lo que dice.

—Ted enseña las técnicas, pero ¿quién es mejor en fuerza y combate que yo? ¿La Fiera? —suelta el aire con pesadez—. Así que tengo que ir.

Mark alarga la mano y, con un gesto delicado, empieza a acariciar detrás de mis orejas. Un ronroneo se me escapa sin querer, y cierro los ojos. Todavía no me acostumbro a la sensación de ser mimada con tanta ternura por alguien tan fuerte y bruto. Y justo está rascando un punto que ni sabía que picaba hasta que él lo tocó; maúllo bajito, queriendo pedirle que rasque un poco más a la izquierda, pero obviamente no entiende.

Me toma en brazos con cuidado, esta vez me sostiene panza arriba, la parte trasera de mi cabeza apoyada en su bíceps fuerte,

mis patitas levantadas. Su corazón late rápido contra mi pequeño cuerpo, sus músculos tensos, endurecidos.

—Pero no quiero dejarte... sola —murmura.

Parpadeo, sorprendida por la preocupación genuina que se refleja en su rostro. Y, por un instante, me permito ver la situación desde su perspectiva.

Él no me encierra por crueldad. Para él, no soy más que un gato callejero al que rescató y adoptó — una mascota de la que intenta cuidar de la mejor manera posible.

No es cruel… Es cuidadoso.

Tierno, incluso.

Con cierta duda, alzo una patita y rozo su rostro hermoso, como si, de alguna manera, pudiera apartar la expresión cargada de sus facciones.

Mark toma aire con fuerza, su pecho se expande y sus ojos brillan de sorpresa. Pero, después, algo en su semblante se suaviza, los rasgos duros se van deshaciendo poco a poco. Me observa en silencio durante largos segundos antes de soltar un suspiro prolongado y dejar que, al fin, sus hombros se relajen.

Sus labios se curvan apenas, una sonrisa casi imperceptible, pero real.

Por las estrellas, qué guapo está cuando sonríe...

Se incorpora y camina hacia fuera del despacho, manteniéndome contra su pecho firme. Sus pasos son decididos hasta que llegamos a una especie de recepción de la planta. Hay dos personas allí, una de ellas es la mujer de antes, la que anunció la llegada del brujo Balthazar. En cuanto nos ve, se pone recta.

—Señor Tharros, ¿en qué puedo ayudarle?

—Necesito que cuide de la Gatita hasta que vuelva. Tiene comida en el cuenco, agua y arena en el baño del despacho, por si la necesita. No quiero dejarla sola demasiado tiempo.

—Oh, c-claro... Yo, eh, me quedaré con ella hasta que regrese —titubea, porque obviamente no entra en sus funciones hacer de niñera de mascota.

Sale de detrás del mostrador y alarga los brazos hacia mí, vacilante.

Mark también duda. Sus brazos se aferran a mí por un instante, como si no quisiera soltarme. Pero, al final, me entrega a la asistente. Me encojo, detestando el contacto de la desconocida, y observo cómo él se aleja.

Antes de desaparecer por el pasillo, se vuelve una última vez.

Y yo me quedo allí, en brazos de una extraña, sin posibilidad de escapar. No ahora. No con este collar mágico alrededor del cuello. No rodeada de sobrenaturales que responden solo a mi "dueño".

Si aún existe una oportunidad — por mínima que sea — está en la cabaña.

Tengo que intentar huir. Al menos una vez. Antes de que sea demasiado tarde.

***

Después de lo que parecen horas, Mark regresa empapado en sudor. La camiseta gris se le pega al cuerpo, marcando cada línea de sus músculos, y el pelo húmedo parece más castaño que rubio oscuro. Desprende un olor intenso, masculino… cálido e invasivo. Mi cuerpo reacciona con un estremecimiento involuntario.

Malditas feromonas.

La asistente, en cambio, no muestra ninguna reacción parecida. Evita incluso mirarle a los ojos y prácticamente huye del despacho en cuanto él entra. El respeto y el miedo parecen ir de la mano cuando se trata de él.

A estas alturas, ya he comido y he recorrido todo el despacho, intentando descargar la energía acumulada. He intentado quitarme el collar, frotando mis patas contra él, pero ni se ha movido. También me he planteado saltar por la ventana del tercer piso hasta el suelo

de hormigón de abajo, pero sería una muerte segura. Apenas noto mi esencia dentro de mí, mucho menos lo suficiente como para recurrir a una de mis vidas extra.

Mark me lleva a casa después del trabajo. Estoy confinada en el asiento trasero del coche, dentro del transportín para mascotas. Mis garras se clavan en el acolchado del fondo, frustradas. El motor ronronea suavemente mientras la carretera se extiende delante, rodeada por el bosque espeso.

Espío la verja a medida que nos acercamos y me irguo. Me pongo de pie sobre las patas traseras, con el hocico pegado al cristal de la ventanilla. Desde mi ángulo, alcanzo a ver el brillo frío del teclado numérico y cómo introduce el código de acceso.

25112.

¡Eso es!

Maúllo de pura emoción sin querer, repitiendo la secuencia de cinco números en mi cabeza por si algún día llego a necesitarla.

Él me lanza una mirada por el retrovisor.

—Solo otras dos personas aparte de mí pueden abrir esta verja. Aquí estás a salvo, ningún monstruo podrá atraparte.

A salvo, dice. Pero la seguridad no deja de ser una jaula cuando no tienes libertad.

— Hay una barrera de protección alrededor. Nadie entra en mi territorio sin invitación.

Su voz suena despreocupada, pero hay un deje de inquietud en ella.

—Tenía que haberle pedido a Balthazar que la reforzara junto con lo demás…

Pero enseguida sacude la cabeza, murmurando que las barreras seguirán siendo fuertes al menos seis meses más antes de necesitar refuerzo.

Cuando llegamos, me lleva dentro en brazos. El olor amaderado de la cabaña me envuelve mientras él echa el cerrojo a

la puerta tras nosotros. Sigo cada uno de sus movimientos, cada gesto medido. Deja las llaves sobre la encimera de la cocina, estira el cuello y se pasa una mano por el pelo húmedo. Después, sube al segundo piso conmigo aún en brazos, me deposita con cuidado en el suelo antes de coger ropa limpia del armario y meterse en el baño.

Espero. Espero hasta escuchar el chorro de la ducha.

Mi mirada recae en la ventana del dormitorio. La ha dejado entornada, lo justo para que pueda pasar. El viento nocturno se cuela en la habitación, trayendo consigo el olor del bosque. Una rendija para mi huida. Mi corazón empieza a golpearme en el pecho. Mis músculos se tensan mientras me preparo. Salto sobre la cómoda, después a la repisa de la ventana. El aire frío de la noche acaricia mi piel felina cuando me escurro hacia fuera.

Desde el segundo piso evalúo la caída. Respiro hondo y salto.

Aterrizo suavemente sobre la hierba, el impacto amortiguado por mi cuerpo ágil. El bosque se extiende ante mí, oscuro y tentador. Atraveso la barrera y siento algo vibrar a mi alrededor, como una energía palpitante, pero no me detengo. Distingo unas piedras con runas grabadas en el suelo, pero no hay tiempo para la curiosidad.

Si vacilo, pierdo la oportunidad.

Necesito encontrar a Luther. Si logro llegar a la ciudad y dar con él, quizá se dé cuenta de quién soy. Tal vez pueda ayudarme.

Los árboles desfilan a mi alrededor como sombras. Cuanto más corro, más idénticos parecen todos. Ya no sé en qué dirección voy, estoy perdida… pero tengo que seguir, en algún momento encontraré una salida. El aliento empieza a faltarme; puede que esté curada, pero no al cien por cien.

Y entonces lo oigo.

Un gruñido.

Me detengo en seco, el corazón martilleándome las costillas, la columna arqueándose de forma instintiva, el pelo erizado. El sonido vino de adelante, justo hacia donde me dirigía. Contengo la

respiración, escucho. La maleza se agita, algo se mueve. Un animal. Grande.

La sangre se me hiela.

Los recuerdos del monstruo que me atacó me inundan la mente. El dolor. La desesperación. Antes de darme cuenta, ya estoy corriendo de vuelta, sin mirar atrás. Mis instintos gritan, mi cuerpo actúa solo. La cabaña. La protección. Necesito llegar antes de que sea demasiado tarde. No recuerdo de dónde venía, todo parece igual, pero sigo corriendo hacia donde creo que está el camino de regreso.

La piedra de mi collar se calienta contra mi piel, latiendo como un corazón desbocado. A cada zancada apresurada, el pulso frenético se intensifica, reflejando mi propia urgencia.

El suelo húmedo del bosque cede bajo mis patas mientras corro, el corazón golpeando contra mis costillas como un tambor desbocado. La oscuridad entre los árboles parece cerrarse a mi alrededor, sombras que danzan en los rincones de mi visión, y el olor húmedo de tierra removida y vegetación me envuelve. Mi instinto me grita que siga, pero algo delante de mí me obliga a congelarme.

Un gruñido profundo corta todos los demás ruidos, reverberando en mi pecho como un trueno. El aire parece espesarse. El pelo se me eriza. Algo enorme se mueve entre las sombras, ojos brillando como ascuas entre los árboles.

Y entonces, aparece.

La criatura es colosal, casi fundiéndose con la oscuridad del bosque. Un hocico alargado, dientes reluciendo entre los labios fruncidos en un gruñido silencioso. Orejas puntiagudas se alzan, captando cada ruido, cada latido frenético de mi corazón. La forma lupina se deshace cuando me fijo en los detalles: manos humanoides, dedos largos rematados en garras afiladas, una presencia que exhala pura depredación. Está erguido. Alto. Fuerte. Un monstruo hecho para cazar.

Oh, estrellas, estoy muerta.

Mi cuerpo se encoge instintivamente, músculos tensos, colmillos apretados para un ataque inútil. El miedo me oprime el pecho, la piedra del collar alrededor de mi cuello vibra contra mi piel, acelerando como si reflejara mi propio terror.

Va a matarme.

Unas manos gigantes, repletas de garras letales, descienden hacia mí.

Pero entonces… ocurre algo inesperado. En lugar de atacar, en lugar de caer sobre mí con toda su furia animal, un agarre firme, pero cuidadoso, me levanta del suelo. La bestia me estrecha contra su pecho ancho, cubierto de pelo color caramelo, y el olor me invade los sentidos: salvaje, terroso, con un matiz familiar que me hace vacilar.

El gruñido ahora no es de amenaza, sino de protección. Las garras que podrían destrozarme me rodean con cuidado. Y entonces habla, su voz monstruosa vibrando contra mí:

—Gatita…

Mi cuerpo tenso se relaja por un instante, absorbiendo la realización.

Mark.

Ha venido a buscarme.

Debería odiar que el collar encantado haya funcionado, pero si no lo hubiera hecho, sé que lo que sea que estuviera escondido en el bosque me habría atacado.

Me sostiene con un solo brazo, manteniéndome firme contra su pecho, mientras se agacha sobre tres patas y olfatea el suelo, luego el aire. De repente, suelta otro gruñido. Si pensé que los anteriores eran potentes… este suena como un trueno, una amenaza letal.

El sonido reverbera hasta mis huesos y sacude todo el bosque. Los árboles tiemblan, las hojas vibran. Oigo — sea lo que sea que estaba escondido, a punto de atacarme si Mark no hubiera llegado

— sobresaltarse y huir hacia la oscuridad, las ramas crujir mientras desaparece apresuradamente.

Mark se yergue de repente y sale disparado conmigo en sus brazos, sus pasos rápidos y pesados reverberando contra el suelo. El viento azota mi pelaje mientras avanza con una fuerza arrolladora, y antes de que me dé cuenta, atravesamos la barrera mágica. Una ola de energía recorre mi piel, un calor momentáneo que me avisa que he vuelto a la protección de la cabaña.

Solo entonces me doy cuenta de cuánto estoy temblando. Mi corazón sigue acelerado, la adrenalina aún quema mis venas. Pero aquí, en los brazos de la Fiera, sé que estoy a salvo.

Mark se transforma de nuevo en forma humana sin soltarme. Siento cómo desaparece el pelaje, dando lugar a la piel cálida y húmeda con olor a jabón mezclado con sudor. Su respiración es pesada, y cuando me mira a los ojos, hay una mezcla de rabia y alivio en ellos.

—¿Te has vuelto loca, Gatita? —Su voz sale tensa, cargada de emoción—. ¿Y si no hubiera llegado a tiempo? ¿Y si algo te hubiera atrapado? —Sus dedos aprietan un poco a mi alrededor antes de soltarse, como si se obligara a calmarse.

Me aleja un poco, sujetándome con los brazos extendidos, recorriendo con la mirada cada centímetro de mi cuerpo felino. Sus cejas se fruncen como buscando cualquier herida oculta. Solo se relaja cuando confirma que estoy ilesa.

—Sentí cuando algo estaba mal. El hechizo me arrastró directamente hacia ti. —Su mandíbula se tensa—. No tienes ni idea de lo que hay ahí fuera, Gatita. Podrías haber sido atacada por lobos. Ibas directa a su territorio.

Estremecí y un sonido ahogado escapó de mi garganta.

Aún respira pesadamente, y el movimiento de su pecho, subiendo y bajando, atrae mi atención de manera irresistible.

Mis ojos recorren su pecho desnudo, siguiendo cada línea y curva de los músculos hasta el abdomen marcado. Mi mirada,

sedienta, traza cada detalle, siguiendo el rastro del vello dorado debajo del ombligo, hasta perderse en la toalla todavía enrollada en su cadera.

Un maullido agudo escapa antes de que pueda evitarlo.

Por las estrellas…

Empiezo a retorcerme entre sus manos, un instinto de alejarme, de huir del calor que irradia su piel y de la presencia abrumadora de su forma humana.

Es demasiado para procesar. Mi corazón sigue disparado por el pavor de la fuga fallida, el eco del peligro todavía fresco en mi mente.

No necesito que esta maldita atracción se sume al caos.

Él suelta un suspiro pesado y me baja, colocándome en el suelo.

—Voy a poner mosquiteras en las ventanas. No quiero correr ese riesgo otra vez. —Su tono es firme.

Casi suelto otro maullido, esta vez de desesperación. Pero no serviría de nada. No puedo escapar. Él siempre me encontrará.

Y, pensándolo bien… ¿a dónde iría?

Lo he perdido todo. Es una gran ilusión pensar que Luther me reconocerá para ayudarme. No puedo hablar, no puedo explicarme.

Quizá… sea mejor aceptar.

Aquí estoy protegida. Aquí puedo vivir. Como gata.

Esa es mi realidad ahora.

Capítulo 17



Mark

Me tomo la mañana libre para instalar mosquiteras en todas las ventanas de la cabaña. Pensé que sería rápido, cosa de como mucho un par de horas, pero la tarea se alarga mucho más de lo esperado.

Quizá debería haber aceptado la ayuda de Ted cuando se ofreció al saber que llegaría más tarde a la empresa por esto. Pero, como siempre, dejé que el orgullo hablara más fuerte, acostumbrado a resolver todo por mi cuenta.

Empiezo por el segundo piso antes de bajar a las ventanas de la planta baja. Cuando finalmente coloco la última mosquitera, paso la mano por el rostro, echándome el pelo hacia atrás, sintiendo la tensión acumulada en la nuca.

Echó un vistazo rápido al smartwatch y me sobresalto al ver que ya pasaban de las dos de la tarde. El estómago me ruge, pero lo que realmente me hace maldecir en voz baja es darme cuenta de que también me olvidé de preparar la comida de mi Gatita.

¡Joder!

Hablando de ella, está extrañamente quieta y, cuando me giro hacia la última vez que la vi, parece que no se ha movido ni un centímetro. Está tumbada en la misma posición, mirando una de las ventanas abiertas protegidas por la mosquitera.

Su energía, que antes parecía latir con curiosidad o atrevimiento, simplemente ha desaparecido. Su mirada parece vacía.

Siento un nudo en el pecho. ¿Qué diablos le pasa? ¿Estará sin energía porque tiene hambre? Maldita sea, es culpa mía, perdí la noción del tiempo. Pero, pensándolo bien, está más tranquila desde anoche. Desde que intentó escapar y yo la encontré.

Camino hasta la cocina para preparar nuestra comida, lanzándole miradas preocupadas. Pero sigue ahí, encogida, sin mostrar reacción alguna. Tumbada, con la carita apoyada sobre las patitas recogidas, los ojos abiertos, simplemente mirando al vacío.

Mierda. Creo que la he roto.

Acelero la preparación de la comida, cortando carne de vaca en trozos pequeños y cocinándola junto con una variedad de verduras. Lleno un recipiente con los snacks de fruta y otro con la carne. Me agacho y coloco los recipientes delante de ella.

Parpadea un par de veces, olfatea la comida, pero no parece interesada. ¿Cómo puede ser? ¡Debe estar hambrienta! Un punzada de preocupación se instala en mi pecho.

—Por favor, tienes que comer.

Maúlla bajito. Una reacción. Buena señal.

Me quedo quieto, observándola, hasta que finalmente se acerca a la carne y empieza a comer. Suspiro aliviado y voy a preparar mi propio plato. Mientras mastico, la observo al otro lado de la sala, todavía demasiado quieta. Cada bocado mío parece resonar en el silencio de la cabaña.

Quizá aparecer en forma híbrida y rugir de esa manera fue un error. Creo que la asusté tanto que algo en ella se rompió, pero joder, solo estaba intentando protegerla, sentí que estaba en peligro y mi forma híbrida es la más poderosa.

Paso el resto del día observando a la gata, cada vez más convencido de que algo no va bien. No se mueve, no reacciona a nada. Sé que no está enferma, la poción funcionó. Vi cómo se cerraban sus heridas. Pero parece… apática. Como si solo estuviera ahí físicamente, mientras el resto de ella estuviera perdido en algún lugar al que no puedo llegar.

Cojo el móvil y mando un mensaje a Ethan.

Yo: Creo que he roto a mi Gatita.

Tarda unos minutos en contestar. Tengo ganas de llamarle y exigir que me responda, pero me controlo; sé que debe estar atendiendo a alguien.

Ethan: ¿Cómo que la rompiste?

Ethan: Por el amor de Dios, no me digas que hablas literalmente, ¿no?

Pongo los ojos en blanco.

Yo: ¡Claro que no, joder! Lo que quiero decir es que está rara.

Ethan: Explícalo bien.

Me paso la mano por la cara, intentando ordenar los pensamientos.

Yo: Parece deprimida. Al principio pensé que tenía hambre. De repente, se quedó demasiado quieta, no reacciona a nada. Pero ha comido y sigue igual. ¡Prácticamente no se mueve del sitio!

De repente, el móvil vibra con una llamada.

—Creo que la he liado —digo al descolgar.

Ethan suspira al otro lado de la línea.

—Mark, cálmate. Se está adaptando. ¿Has interactuado con ella?

—Sí, hablo con ella todos los días.

—¿Hablar? Entonces debe de estar aburrida, pobrecita —bromea y yo dejo escapar un gruñido.

Las orejas de la Gatita se mueven y veo cómo se tensa el cuerpo; la he asustado, y aun así apenas se ha movido, simplemente se ha encogido en el mismo sitio.

—No es gracioso —resmungo.

—Quizá solo necesite un empujoncito.

Frunzo el ceño.

—¿Qué tipo de empujoncito?

—¿Has intentado jugar con ella?

Mi mandíbula se tensa.

¿Jugar?

—Yo nunca… —Trago saliva con dificultad.

Las palabras se mueren antes de tomar forma.

No sé cómo hacer eso; las únicas veces que jugué de verdad fue cuando era…

Vuelvo a mirar a la gatita, sintiendo cómo el peso de la decisión se acomoda en el pecho.

Por ella, puedo intentarlo. Puedo ser quien necesita que yo sea.

Capítulo 18



Sandra

Es mejor así.

No tengo una casa a la que volver.

A estas alturas, ya no tengo trabajo…

Pero tengo a Lucy. O la tenía. Mi mejor amiga debe estar muriéndose de preocupación.

Si al menos pudiera enviarle un mensaje…

Si le hubiera contado la verdad todo este tiempo…

Mi único remordimiento ahora es no haber confiado en mi hermana de corazón, por miedo a que se asustara o me abandonara si supiera la verdad.

Ahora, realmente la he perdido por no haberlo hecho. Si Lucy lo hubiera sabido, aquella noche en que fui maldecida, habría aceptado su videollamada, y ella habría visto que algo andaba mal. Estoy segura de que habría venido a ayudarme.

Pero ahora es demasiado tarde.

Aparte de eso, no necesito preocuparme por nada más.

Soy solo una gata. Solo necesito preocuparme por comer y dormir…

Quizá Mark me deje salir a pasear por los alrededores cuando se dé cuenta de que no intentaré escapar otra vez. No es del todo malo. De hecho, es muy diferente de como me lo imaginaba y…

De repente, un animal surge en mi visión periférica, acercándose hacia mí.

Mi corazón da un salto en el pecho. Mi estómago se hunde de puro pavor.

Estaba tan perdida en mis pensamientos deprimidos que no lo vi acercarse hasta que fue demasiado tarde.

Pero ahora, dientes afilados y relucientes están a pocos centímetros de mi rostro.

Me quedo congelada. Mis pulmones se bloquean. Solo consigo inhalar en pequeños jadeos.

Es un lobo, pero… no completamente. Hay algo distinto en él.

Un híbrido.

Un enorme cánido-lobo, de patas largas y porte majestuoso. A cada movimiento, su pelaje color caramelo ondula bajo la luz, y sus ojos dorados —intensos, astutos— se fijan en mí, analizando cada centímetro de mi cuerpo.

Baja la cabeza, acercándose aún más.

Mío, un sonido fino y vacilante, me encojo sobre mis patas. Mis orejas se aplastan contra la cabeza.

Su hocico roza mi cuello, justo debajo de la oreja. El aire caliente de sus fosas nasales eriza mi piel bajo el corto pelaje. Me huele.

Oh, estrellas del cielo.

¿Habrá descubierto mi identidad? Justo ahora que acepté quedarme, que acepté ser su gata de compañía…

Mi respiración se vuelve errática al sentir la punta afilada de un colmillo rozar mi nuca y la humedad de su saliva.

Podría matarme con un solo mordisco…

Un sonido bajo y tembloroso escapa de él. Un gemido. Y entonces, hunde más el hocico contra mí, como si me estuviera… consolando.

Mis ojos parpadean. El cánido-lobo se aleja, baja la cabeza y me mira, los ojos brillando bajo la luz natural que entra por las ventanas. Estremezco cuando roza mi nariz brevemente. Entonces, su lengua áspera recorre el lateral de mi rostro.

Me paralizo.

¿Me ha lamido?

Otro gemido. Y, esta vez, cuando vuelve a alejarse para mirarme, hay algo casi triste en sus ojos. Mi pecho se expande en un suspiro tembloroso.

No quiere hacerme daño.

El cánido-lobo avanza un poco y empuja su hocico contra un juguete que está en el suelo. El pequeño ratón de peluche se desliza hacia mí. Mi mirada oscila entre el juguete y el enorme animal, y antes de que pueda reaccionar, hace lo mismo con otro juguete, empujando un pompón junto al primero con su hocico.

¿Quiere… jugar conmigo?

El miedo aún palpita bajo mi piel, pero algo empieza a cambiar. Mi cola se enrosca alrededor de mi cuerpo mientras lo observo, aún cautelosa.

Se revuelca por el suelo, lengua afuera y cola agitada. Cuando vuelve a ponerse de pie y me ve paralizada en el mismo sitio, gruñe. Un sonido bajo. Pero esta vez, no es amenazante.

Quiere que participe.

Dejo escapar un maullido corto, insegura. Mi corazón empieza a calmarse. Los latidos ya no suenan como un tambor fúnebre.

El cánido-lobo empuja el juguete otra vez, como diciendo: “Ven a jugar conmigo.”

Mi cuerpo se relaja unos milímetros.

Si pudiera sonreír, lo haría.

Porque esto es un disparate.

Mark se transformó en perro y, de repente, es como si toda la seriedad, todo el peso del mundo humano hubiera desaparecido. Ahora solo parece… libre. Despreocupado. Como si pudiera permitirse ser un poco tonto, un poco juguetón.

Mi mirada se fija en los juguetes. Entonces, lentamente, levanto una pata y doy un golpecito al ratón de peluche. Se desliza unos centímetros por el suelo.

El animal muestra los dientes, y por un segundo, me congelo de nuevo—hasta darme cuenta de que está sonriendo.

Una risa silenciosa, puro entusiasmo.

Su cola se mueve, y adopta una postura de juego.

¿Un cánido-lobo gigante intentando animarme como si fuera un cachorro juguetón?

¡Por las estrellas y la Madre Luna! Si pensé que mi vida no podía volverse más extraña, estaba profundamente equivocada.

Pero ya que estoy en el aguacero… me dejo mojar.

Muevo una pata vacilante y toco el juguete entre nosotros.

Él ladra con entusiasmo, dando un saltito hacia atrás antes de lanzarse de nuevo, como diciendo: "¡Eso! ¡Exacto!"

Siento algo dentro de mí calentarse, una emoción olvidada ocupando espacio entre el miedo y la desazón.

Curiosidad.

Dejo escapar un maullido y mi cola se mueve suavemente mientras empujo el juguete hacia él.

El cánido-lobo responde empujándolo con su hocico y luego mirándome, esperando que reaccione. Entonces muevo el juguete de nuevo, esta vez más rápido.

Él responde girando sobre sí mismo, saltando de un lado a otro como un cachorro hiperactivo.

Si pudiera, estaría riéndome.

Esto es… surrealista.

Pero también es divertido.

Cuando baja la cabeza, con los ojos brillantes fijos en los míos, un impulso inesperado se apodera de mí.

Le levantaría la mano si pudiera, pero siendo quien soy ahora, solo levanto una patita y acaricio suavemente su hocico.

Mis almohadillas tocan la textura cálida y húmeda de su nariz.

Mark cierra los ojos por un instante, como si disfrutara del contacto.

Mi cola se mueve despacio detrás de mí, un eco de la emoción que empieza a reemplazar la tristeza en mi pecho.

Todo va a estar bien…

Esta es mi realidad ahora, y no es mala, solo diferente.

***

Pasamos un buen rato jugando, corriendo de un lado a otro. Él me persigue por toda la casa, las patas enormes golpeando el suelo, mientras yo me escabullo por los rincones con agilidad felina.

En una de estas escapadas, paso por el tubo del juguete y escucho un golpe seguido de un ladrido frustrado. Miro hacia atrás y lo veo atascado, las patas delanteras y la cabeza dentro, y el resto del cuerpo fuera. Suelto un sonido que es el equivalente felino a una carcajada.

Aprovechando mi ventaja, doy media vuelta y, con aire travieso, toco suavemente su hocico con mis almohadillas. Él deja escapar otro gemido antes de empezar a lamerme animadamente.

¡Puaj!

Doy un salto hacia atrás, sacudiendo la pata cubierta de saliva mientras él finalmente logra retroceder y se libera antes de volver a perseguirme. Corremos, esquivamos, rodamos. El tiempo se disuelve a nuestro alrededor, sin importancia alguna.

Hasta que un sonido nos hace congelarnos: golpes en la puerta.

El perro-lobo se detiene al instante, las orejas erguidas, deja escapar un último gemido antes de lanzarme una mirada… ¿decepcionada?

Y entonces, en un abrir y cerrar de ojos, ya no es un perro-lobo.

Mark se alza frente a mí, ahora en su forma humana, vestido, impecable, ni un solo cabello fuera de lugar.

Estoy tan fascinada, mirando al hombre serio e imponente que ha surgido ante mí, que casi no percibo el olor del oso afuera.

Cuando la puerta se abre, Ted entra sin rodeos. No sonríe. Ni en los ojos. Hay algo en él que parece diferente de lo que recuerdo de las pocas veces que lo he visto.

No cogiste mis llamadas ni apareciste en la empresa.

Ah, está preocupado, por eso no tiene esa ligereza en la mirada.

Mark pasa una mano por el cabello y murmura un insulto bajo mientras cierra la puerta.

—¿Alguna emergencia? ¿Me perdí de algo?

Ted cruza los brazos, negando con la cabeza.

—Ninguna emergencia, pero dijiste que volverías al entrenamiento de los novatos esta tarde y no apareciste. Jack fue en tu lugar, y yo vine a ver si, no sé, no te habías caído de alguna ventana al colocar las telas y habías muerto.

Mark suelta una risa baja. Ted parpadea, con expresión genuinamente sorprendida.

—Sabes que eso es imposible.

—¿Qué te pasa, Fiera? —Los ojos marrón oscuro de Ted se entrecierran—. ¿Has bebido? ¿O es que te has dado un golpe en la cabeza?

Mark resopla.

—Estaba ocupado y no me di cuenta de la hora. No volverá a pasar. Además, confío en mi equipo para manejar las urgencias si yo no estoy disponible de inmediato.

Mi corazón se calienta al darme cuenta: Mark no fue a trabajar por mi culpa. Como si yo importara. Como si, para él, el tiempo también se hubiera escapado sin que se diera cuenta.

El oso asiente con la cabeza, evaluando a Mark con una mirada detenida antes de recorrer la sala con la vista. Sus ojos se posan en mí, y una sonrisa se dibuja en su rostro.

—¡Hola, pequeñita! ¿Te está tratando bien esta Fiera? Sabes, si quieres escapar de este gruñón y venir a vivir conmigo, puedo cuidarte…

Mark deja escapar un gruñido amenazante y se adelanta hacia él, señalándolo con un dedo con la garra ligeramente alargada apuntándole a la cara.

—Ella es mía.

Ted suelta una risa corta y aparta la mano de Mark.

—Nunca imaginé que fueras un padre de mascota tan posesivo.

Mark solo gruñe en respuesta.

—Tranquilo, solo vine a ver por qué no apareciste. No te critico, mereces algunos descansos. Quería asegurarme de que estabas bien y, al parecer, todo está perfecto.

Mark emite un sonido bajo por la garganta y, sin paciencia, empuja a Ted hacia la puerta.

—Hoy trabajaré desde casa.

Ted levanta las manos, rendido, antes de salir.

***

El primer trueno resuena como un rugido en el cielo y un escalofrío se desliza por mi columna. Nunca antes había tenido miedo de las tormentas. Pero mi mente me arrastra de vuelta a

aquella noche, al toque helado de la maldición recorriendo mi cuerpo. Otro rayo rasga la oscuridad y un temblor me sacude en mi camita. Mi pecho sube y baja en respiraciones rápidas y cortas.

El sonido de la respiración de Mark cambia. Su cuerpo se mueve en la cama, las sábanas susurrando. El silencio se llena con algo más primitivo — él está olfateando el aire. Mi estómago se contrae. Luego, sus ojos lupinos brillan en la oscuridad, dorados como brasas.

—Gatita, ¿por qué tienes miedo?

Otro rayo estalla en el cielo y el trueno ruge casi al mismo tiempo, haciendo vibrar la casa. El pavor me atraviesa por dentro, y un maullido alto escapa de mi garganta — un grito, en realidad. Mi cuerpo actúa antes de que mi mente pueda ponerse al día. De un salto, estoy sobre su cama, los músculos tensos, la respiración descompasada. Y entonces me doy cuenta de lo que he hecho. Estoy cara a cara con la Fiera.

El silencio se alarga entre nosotros. Mi pecho sube y baja rápidamente. Mark me observa, sus ojos fijos en los míos. Él puede ver en la oscuridad, lo sé. Me ve con total claridad.

Contengo la respiración, esperando que me empuje, que gruñe o diga que no puedo estar allí. Pero entonces su mano se mueve, grande y caliente, y se desliza sobre mi cabeza. Los dedos bajan por mi nuca, siguiendo hasta la espalda, suaves, rítmicos. Un escalofrío agradable me recorre y, antes de darme cuenta, estoy ronroneando. Mis ojos se cierran ante la sensación, y el ruido de la tormenta se convierte en un eco lejano.

—¿Tienes miedo de la tormenta? —Su voz es baja, arrastrada por el sueño.

Casi asiento, pero me contengo. Tengo que parecer solo una gata común.

—Está todo bien —continúa, los dedos aún moviéndose entre mi pelaje —. Cuando era pequeño, tenía miedo de la luna llena, ¿puedes creerlo?

Mi curiosidad se despierta. Nunca habla de sí mismo.

— Mi padre adoptivo decía que era el único momento en que los hombres lobo podían asumir su forma híbrida, que se volvían más fuertes. Yo tenía pesadillas… — su voz baja —. Hasta hoy, no sé si eran solo sueños o recuerdos.

Hace una pausa, y siento su pecho subir despacio antes de continuar:

— Soñaba con una híbrida, una criatura de garras enormes y ojos gris tormenta. Invadió nuestra casa, atacó a mi madre… Yo lo veía todo, sin poder hacer nada. Era como si estuviera atrapado en una jaula, pero no era una jaula. Era una cuna. — Suspira, el dolor todavía presente en sus palabras —. Mi madre gritó mi nombre, pidió piedad a la loba. La híbrida se rió, una risa cruel, antes de apuñalarla en el pecho. Y afuera… —su voz se quiebra, el recuerdo lo sofoca —. La luna llena brillaba en la ventana, iluminando la escena como un faro lejano.

Se queda en silencio, y la quietud entre nosotros pesa en el aire. Mis pelos se erizan, no por la tormenta que se avecina, sino por la intensidad del dolor que comparte. Se está abriendo ante mí, revelando algo que nunca había dejado escapar, algo pesado, enterrado en lo más profundo de su alma.

Si fuera humana ahora, quizás le preguntaría si todavía tiene pesadillas, si el miedo a la noche y a la luna aún lo persigue. Pero todo lo que puedo hacer es ronronear, una respuesta simple pero cargada de comprensión. Me estiro, frotando mi rostro contra sus dedos, como una súplica silenciosa para que siga acariciándome. Él, con gentileza, desliza la mano bajo mi mentón, sus dedos cálidos y firmes, pero tan suaves al mismo tiempo.

—Cuando crecí, me di cuenta de que nunca tuve miedo de la luna, sino de los monstruos que trae consigo. Y cuando entendí que era más fuerte que todos ellos, el miedo simplemente desapareció.

Ronroneo más fuerte, acurrucándome aún más cerca de su mano, buscando consuelo en la suavidad de su toque.

Pero otro trueno retumba. Mi corazón da un salto. Por impulso, salto sobre él, enterrando el hocico en su cuello. Mis músculos se tensan, esperando un gruñido de reproche, un movimiento brusco que me arroje lejos. En cambio, su mano se mueve, desliza por mi espalda… y me mantiene allí.

Firme. Protector.

—Duerme esta noche sobre mi pecho —su voz se vuelve ronca, suave, cargada de una promesa inquebrantable —. Escucha solo mi corazón, deja la tormenta afuera. Conmigo, estás segura.

Los latidos de su corazón resuenan fuertes y constantes, como una melodía grave y rítmica. El sonido me envuelve, me mece, como una nana. Cada pulsación marca un compás, un golpe hipnótico que recorre mi cuerpo y disuelve cualquier vestigio de miedo. Mi propio corazón, antes frenético, cede al ritmo del suyo, acompañando el compás.

Y así, por primera vez desde que fui maldita, duermo tranquila.

Capítulo 19



Sandra

Despierto con el corazón en la garganta, asustada por un sonido insoportable que resuena por toda la casa, mientras las luces rojas parpadean desde abajo.

—¡Ha llegado el apocalipsis! —grito, aunque lo que realmente sale de mi garganta es un agudo maullido.

Ah, por un momento, olvidé que ahora soy un gato.

Salto lejos del pecho cálido y cómodo de Mark, donde estaba durmiendo, justo cuando él se incorpora de golpe.

—¡Mierda! —murmura, saltando de la cama con agilidad, totalmente en alerta.

Sus ojos lupinos brillan en la penumbra, y las garras se asoman, listas para atacar.

Corre escaleras abajo y, a pesar del miedo que me invade, lo sigo, la curiosidad superando el sentido común. Llego a la sala donde se coloca frente al ordenador; la pantalla parpadea con una alerta roja. Mark teclea rápido, hace un par de clics con el ratón, y enseguida tres rostros aparecen en la pantalla, en una videollamada.

Me acerco a Mark, con pasos felinos y silenciosos, tratando de ver mejor, y noto que son los tres hombres que estaban en la oficina de Mark cuando me llevó a la empresa. Ted, con la piel negra más pálida de lo normal y los ojos hinchados — probablemente luchando por mantenerse despierto, igual que yo. El vampiro de ojos rojos y cabello negro, con el rostro impasible. Y el metamórfico cocodrilo, de

ojos verde oscuro y cabello castaño largo, ondeando como si acabara de correr al aire libre.

—¿Cuál es la emergencia? —pregunta Mark, con la voz ronca por no haberla usado—. ¿Algún ataque?

—Todavía no hay ataque, jefe, pero… —comienza el caimán, pero Ted lo interrumpe.

—Las centinelas de guardia detectaron una explosión de energía a primera hora de la madrugada. —Ted cruza los brazos, con un tono serio, tan diferente del hombre bromista que llegué a conocer.

—¿Dónde?

Estoy tan curiosa que, en un acto de pura valentía y falta de sentido, rozo mi cuerpo contra la pierna de Mark, como la buena gatita que ahora soy, y luego me estiro apoyando mis patitas en su muslo para ver mejor el monitor.

Mark se agacha y me toma en brazos; esta vez, en lugar de quedarse de pie con mi cuerpo acurrucado contra su pecho, se sienta en la silla y me coloca sobre su regazo.

Oh. Esto es… un poco extraño.

Solo me he sentado en el regazo de una persona antes, y fue de mi abuela.

Empoleirada sobre las piernas gruesas y fuertes de Mark, estoy demasiado cerca de esa parte enorme que sé que él esconde bajo los pantalones.

Mi corazón se acelera y me quedo congelada, sin saber qué hacer.

Ok, Sandra, ¡concéntrate!

Hay cosas más urgentes aquí, como esa energía extraña que podría ser un riesgo para nuestra ciudad. Así que dejo que mi cuerpo felino se relaje y ronronee mientras él, distraído, acaricia mi cabeza y habla con sus subordinados.

—Aún no sabemos exactamente dónde —dice Ted —. Pero envié rastreadores tan pronto como Jack, que estaba de guardia cerca del área, nos alertó sobre esto.

—Sentí la vibración de la energía en el aire, era densa y potente al principio, de magia antigua y negra; traté de seguir la dirección —complementa Jack, moviendo la cabeza—. Pero se disipó demasiado rápido, y no soy tan bueno oliendo o rastreando energía.

—Llegué justo después, solo pudimos identificar el perímetro, no la ubicación exacta —la voz suave y siniestra del vampiro llena la sala a través de los altavoces.

Siento los músculos de Mark tensarse, y la tensión me contagia. Mis garras se sueltan y arañan sus muslos sin querer.Me mira brevemente antes de volver a una postura relajada y acariciar mi espalda.

—¿Dónde? —repite Mark, su voz fría.

De repente, aparece un mapa de la ciudad en la pantalla, con algunas marcas.

—Aquí, cerca de las últimas apariciones —dice Ted mientras se dibuja un triángulo en el mapa, conectando las marcas con una línea roja—. Si analizamos con atención, forma un triángulo: el cementerio donde apareció el ghoul al norte, el lago donde solía estar el kappa al suroeste, y el bosque al sureste, donde encontramos al wendigo.

¿Wendigo? El nombre me resulta familiar.

Es la criatura que mató a ese imbécil traidor. Pero solo ahora, viendo la ubicación en el bosque, entiendo que es el mismo monstruo que me atacó. Todo empieza a tener sentido. La bruja me maldijo aquella noche mientras buscaba a su esposo… que, para entonces, ya debía estar muerto. Y entonces, la noche siguiente, fui atacada.

Un escalofrío recorre mi cuerpo, y Mark me recoge en brazos, apoyando su mejilla contra la cima de mi cabeza.

Ronroneo y mis músculos se relajan al instante.

—Todo indica que quien está detrás de esto está dentro de ese perímetro —dice el vampiro—. Exactamente donde sentimos la energía. Sería demasiada coincidencia…

¡Por las estrellas! La ciudad está realmente en peligro. Y yo intenté huir por el bosque oscuro, atrapada en esta forma frágil, justo en medio de todo este caos.

—Yo mismo investigaré el perímetro —anuncia Mark.

¿Qué? ¿Va solo?

Maúllo antes de poder controlarme y froto mi rostro contra su cuello, como pidiendo que tenga cuidado. Lo sé, es ridículo, porque debe estar acostumbrado a lidiar con cosas mucho peores, pero…

He empezado a cogerle un poco de cariño, y, además, no quiero que muera.

¿Quién cuidará tan bien de mí si él muere?

—¿Está seguro, jefe? — el mapa desaparece de la pantalla, y Ted aparece frunciendo el ceño—. He enviado cinco rastreadores, podemos esperar y ver si encuentran algo.

—Sí, mi olfato es mejor que el de ellos. Y quiero que esto se resuelva de inmediato. —Se levanta y, con delicadeza, me coloca de nuevo en el suelo—. Viklaus, me acompañas por si algo sale mal y necesito borrar algunos recuerdos.

—Entendido — asiente el vampiro.

Mark sube las escaleras a toda prisa y, cuando regresa, ya está listo. Coloca algunos bocados de carne en mi platito y se despide con una caricia detrás de mis orejas.

No puedo hacer nada más que ver al hombre, que ahora es todo lo que tengo, salir por la puerta rumbo al peligro.

Si lo pierdo también…

Perderé todo.

Capítulo 20



Mark

—El aire en Salem está cargado de electricidad y algo más.

Algo que no está bien.

Inhalo profundo, dejando que el olor impregne cada célula de mi ser.

El aroma de la energía maligna no es un rastro común. Vibra dentro de mí, como si mi piel se estremeciera desde adentro.

Azufre, podredumbre y un toque metálico que me tensan los músculos.

—Se está volviendo más fuerte —murmuro, tanto para Viklaus que me sigue, rígido y alerta, como para Ted que escucha desde la transmisión—. Estamos en el centro del perímetro de la explosión, cruzando el barrio Blackmoor.

Mis fosas nasales se dilatan cuando un olor más denso nos llama. Avanzamos por una calle de casas antiguas. Mis ojos se fijan en la casa abandonada frente a nosotros. El tiempo parece haber castigado la estructura, pero algo allí no encaja.

—Ilusión —murmuro, sintiendo la magia palpitar—. La fachada está deteriorada, pero la estructura real sigue en pie.

Viklaus se detiene a mi lado, sus ojos rojos se ocultan tras los párpados mientras inclina la cabeza, afinando los oídos.

—No escucho ningún latido, está vacía —dice, aunque la tensión en su postura sigue presente.

Empujo la puerta, que chirría, y un torbellino de olores ataca mis sentidos. Me arden los ojos y, antes de poder evitarlo, un estornudo escapa, sacudiendo todo mi cuerpo. Es un pandemonio de olores: criaturas, humanos, monstruos, sangre, magia… todo mezclado. Descifrar un rastro único es imposible. El responsable de esto sabe cómo esconderse.

—Esto no va a ser fácil —murmuro, avanzando hacia el interior de la casa.

La sala está vacía, pero la cocina… Mi estómago se revuelve. El olor de carne cortada, todavía fresca, se mezcla con especias raras. El fregadero es un caos de sangre coagulada. Hay un caldero de cerámica, que aún parece nuevo por su brillo, sobre una placa de cocina, y dentro queda un líquido oscuro con aroma amargo. Sobre la encimera, un microondas me hace levantar las cejas.

—Brujo novatillo —resopla Viklaus, divertido, aunque con un dejo de incomodidad en la voz.

Paso la vista por las estanterías y siento cómo se me tensa la mandíbula. Tarros alineados contienen miembros en conserva: ojos que parecen seguirnos, corazones de distintos tamaños, dientes demasiado afilados para ser humanos. Frascos de sangre, runas dispersas y artefactos que vibran con una energía negra y pulsante.

Los pelos de la nuca se me erizan.

Algo nos llama. Una energía palpitante, como un corazón muerto intentando seguir latiendo.

La puerta al fondo de la cocina conduce al sótano.

Intercambio una mirada con Viklaus antes de bajar los escalones. El olor pútrido es tan denso que me hace salivar de náusea. En el centro de la habitación, un pentagrama invertido está grabado con precisión en el suelo, sus líneas dibujadas con sangre. El pentagrama está rodeado de velas negras, apagadas, y la cera derretida mancha el suelo de cemento.

Dentro del pentagrama, descansando sobre una mesa redonda, hay un grimorio negro, su cubierta marcada con un símbolo extraño.

Fuerzo la vista en la penumbra, estudiando el diseño. Es un oróboro, pero la serpiente que se muerde a sí misma es reemplazada por una cabeza de cuervo y, dentro de ella, hay un ojo cerrado.

De allí emana la energía, una fuerza espesa y viscosa que corre como una enfermedad, expandiéndose y creciendo, invadiendo el aire.

El último escalón cruje bajo mi peso. Tan pronto piso el suelo, el ojo del grimorio se abre con un chasquido siniestro, la pupila dilatándose y brillando en un tono plateado, moviéndose en nuestra dirección, como si fuera una presencia viva.

Las velas se encienden al instante, sus llamas danzando con vida propia, y entonces, del ojo, surge una luz.

Un destello explota en el aire, cegando momentáneamente mi visión.

Es fuerte, cortante, como mil soles enfurecidos.

Todo comienza a arder con una intensidad insoportable.

Viklaus grita de dolor.

—¡SAL DE AQUÍ! —grito, pero ya es tarde.

La energía se expande en una onda destructiva. Algo me golpea el pecho, incendiando mi camisa y piel; la fuerza del impacto me lanza hacia atrás.

Mientras giro en el aire, dejo que mi bestia emerja y caigo sobre Viklaus, protegiéndolo con mi propio cuerpo.

La casa tiembla.

El calor lame mi piel, quemando más rápido de lo que puedo regenerarme. El dolor es intenso, pero agarro a Viklaus y corro, creando una barrera invisible a nuestro alrededor, manteniendo las llamas a raya, aunque el calor y la luz aún logran penetrar la cúpula.

La puerta explota hacia afuera cuando llegamos a la calle, y la brisa de la mañana es un bálsamo. Mi pecho sube y baja con respiraciones pesadas mientras miro hacia atrás

Las llamas consumen la casa. Las paredes ceden, el tejado se derrumba.

Cada prueba, cada evidencia, destruida.

Viklaus gime al soltarse de mis brazos, cayendo de rodillas al suelo y cubriéndose los ojos con las manos.

Esa explosión fue cruel con él. Sus ojos y piel son sensibles a los rayos ultravioletas. Por ser vampiro desde hace siglos, ha desarrollado resistencia. Puede soportar la luz de la mañana, pero necesita protector solar y lentes especiales o gafas con filtro adecuado.

Pero eso…

Eso fue diferente. La incidencia mágica de la luz fue aterradora, comparable a múltiples soles, cada rayo cargado con un poder bruto y devastador.

Paso la lengua por los dientes y aprieto los puños.

—Ese desgraciado sabía que estábamos aquí. —Entrecierro los ojos ante las llamas voraces—. Tenemos que llamar a Baltasar, quizá él reconozca ese grimorio y…

—Mark… —murmura Viklaus, y vuelvo mi atención hacia él. Todavía de rodillas, sus manos tiemblan mientras se apartan de los ojos y levanta el rostro.

Sus iris, antes rojas, ahora están lechosas.

Mi estómago se revuelve.

— Estoy ciego.

Aspiro aire con fuerza, pero algo se me queda atascado en la garganta, un nudo del tamaño del maldito corazón.

—¿Por qué no te estás recuperando? ¿Cuándo fue la última vez que comiste, joder?

—Hace una semana.

—¿Pero qué coño tienes en la cabeza? —gruño, apretando la mandíbula con frustración.

—Normalmente aguanto más que esto.

Viklaus es uno de mis mejores, está conmigo desde el inicio de la empresa, es leal y siempre ha estado a mi lado…

Sin pensarlo dos veces, extiendo el brazo, forzando mi muñeca contra sus labios.

— Bebe.

Él aparta el rostro rápidamente, pero sus fosas nasales se dilatan y sus colmillos se alargan, afilándose con un deseo primitivo. Instintivamente, pasa la lengua por el labio inferior, babeando, tentado por la necesidad de alimentarse.

—No puedo, hace décadas que no bebo sangre humana, sabes que perderé el contro…

— ¡Me importa una mierda! — gruño, la rabia explotando—. No hay ninguno de tus corderitos cerca. Así que bebe ahora, antes de que sea demasiado tarde y tu ceguera sea permanente, ¡joder!

Por un segundo, Viklaus duda, los músculos de la mandíbula tensos mientras lucha contra su propia naturaleza. Pero entonces, el instinto vence. Sus dientes perforan mi piel, y el choque del veneno vampírico dispara como electricidad por mi cuerpo. Siseo, no de dolor, sino por el extraño placer que recorre mis venas, quemando y entumeciendo al mismo tiempo.

Al principio, se contiene, chupando con cuidado. Pero cuando el rojo vuelve a llenar sus ojos, algo cambia. El color no se queda solo en el iris, devora todo el globo ocular. Venas como telarañas se extienden alrededor de los ojos, pulsando bajo la piel pálida.

El agarre en mi brazo se intensifica. Sus dientes se clavan más profundo. La succión se vuelve voraz, brutal.

Mi visión se oscurece por un segundo, y el zumbido en mis oídos parece intensificarse. Pero entonces me doy cuenta de que el zumbido viene del auricular en mi oído, ahora con interferencias. Poco a poco, la voz de Ted se vuelve más nítida, rompiendo el ruido.

Mierda.

La señal está fatal. La explosión debe haber dañado el aparato de comunicación.

Golpeo el dispositivo con la punta del dedo; la interferencia finalmente desaparece y la voz de Ted corta el aire, cargada de urgencia.

—¡Mark, qué coño está pasando! ¿Dónde estáis?!

Contengo la respiración un segundo, soltando las palabras entre dientes apretados:

—Trae refuerzos y el tranquilizador de vampiros. Viklaus ha perdido el control.

Paso las coordenadas, sin perder ni un segundo.

—Ya basta, Vi —gruño. Con un tirón brusco, arranco mi brazo de sus dientes.

Parte de mi carne queda en su boca, pero pronto se regenera. Viklaus emite un sonido animal, lanzándose sobre mí, pero ya espero su ataque. Desvío con precisión. Antes de que pueda darse la vuelta, lo encierro dentro de una barrera invisible. Ataca la barrera con furia, sin un ápice de humanidad, silbando, lanzándose contra la cúpula que levanté a su alrededor.

Llegan las centinelas, y finalmente puedo respirar con un poco más de calma. Dejo caer la barrera lo suficiente para que el dardo impacte en el pecho de Viklaus, haciendo que caiga en un sueño forzado. Tendrá que quedarse encerrado, medicado, hasta que consiga retomar el control sobre su hambre desbocada. La tensión sigue oprimiendo mi pecho, y la bestia dentro de mí continúa libre, latente, furiosa.

He fallado con Viklaus.

He fallado con todos.

El odio se forma como una bola caliente en mi estómago.

Cuando encuentre al hijo de puta detrás de todo esto, lo haré sufrir antes de matarlo.

Capítulo 21



Sandra

Mis ojos felinos están fijos en la puerta, atentos, esperando. Mi cola se agita, mis garras se clavan en el suelo. El corazón me late con fuerza en el pecho, cada golpe resonando como una súplica a las estrellas.

¡Va a volver… Tiene que volver!

Un pulso cálido vibra en la piedra preciosa contra mi cuello. Es un ritmo familiar, como otro latido, tan agitado como el mío.

Intento concentrarme, pero el miedo envenena mis pensamientos. Sé que Mark puede cuidarse, pero ¿y si esa energía maligna es algo mucho peor de lo que imaginamos? ¿Y si está ligada a un demonio poderoso? ¿Y si él no es rival?

No.

¡No puedo pensar así!

Él va a estar bien.

Él va a volver a mí…

De repente, algo dentro de mí pulsa, una corriente abrasadora que recorre mi pecho como un trueno desgarrando el cielo. Mi columna se estira, una presión brutal se extiende por mis huesos, como si necesitaran alinearse a la fuerza. Abro los ojos de par en par, un maullido ahogado escapa de mi garganta mientras el dolor me desgarra.

Es como si mi esencia, aunque pequeña, estuviera golpeando una barrera invisible, intentando escapar, intentando ser libre. Se forma una pequeña grieta, y mi alma se lanza contra ella, empujando, rasgando, mordiendo… hasta que, de un chasquido, la cerradura se rompe.

Mi cuerpo colapsa en el suelo. Piel desnuda contra el frío del piso. Mis músculos arden, mi respiración entrecortada. Temblando, mis dedos se clavan en el suelo. Dedos. Mis dedos humanos.

—¿Qué…? —murmuro, aturdida.

Mi visión se desenfoca por un instante, mi pecho sube y baja con desesperación. Mi cuerpo está tembloroso, exhausto. Toda la energía y esencia que tenía se han drenado para esta transformación.

¿Estoy libre?

¿Se rompió la maldición?

Mis ojos recorren el entorno, desesperados por algo, cualquier cosa. Entonces, encuentro el ordenador aún encendido. Pero la pantalla está bloqueada, y no sé la contraseña. Si la supiera, podría avisar a alguien. Pedir ayuda.

¿Hay un teléfono fijo por aquí? No recuerdo haber visto uno, pero quizá…

Antes de que pueda moverme, un frío cortante se extiende por mis venas. Mi pecho se comprime, y el dolor regresa. Brutal. Lacerante. Afilado como mil cuchillas desgarrando mi carne.

¡No!

Mis huesos se doblan contra mi voluntad, retorciéndose, obligados a encogerse. Mi piel arde, se encoge, se reformula. Intento resistirme, intento aferrarme a mi forma humana, mantener mi cuerpo, mi libertad, pero algo más fuerte me arrastra de vuelta.

—¡No! —grito, un sollozo desesperado escapando de mis labios.

Una única lágrima caliente recorre mi rostro antes de que todo se desplome.

Mi cuerpo cede.

Me encojo, me retuerzo, y en un abrir y cerrar de ojos, vuelvo a mi forma animal. El mundo parece más grande, mi cuerpo más débil, y mi voz se reduce a un maullido agudo y doloroso. Mi respiración es entrecortada.

¿Qué ha sido eso? ¿Cómo he conseguido transformarme de nuevo, aunque solo sea por unos segundos?

El dolor todavía late en mi pecho, el resto de la fuerza que casi me liberó.

Y si… si esto tiene algo que ver con lo que está pasando ahí fuera? La energía oscura que Mark fue a enfrentar. ¿Y si tiene algo que ver con la bruja que me maldijo?

¿Y si esta fuerza que me arrastra de vuelta significa que Mark no lo consiguió?

¿Que está herido? ¿Muerto?

Un maullido angustiado escapa de mi garganta. El miedo me consume, cada latido de mi corazón es un tambor de pánico y desesperación. Vuelvo a tumbarme frente a la puerta, mis garras clavadas en el suelo, forzando a mis párpados a mantenerse abiertos.

Por favor, Mark… vuelve a mí.

***

Las horas se arrastran. Mis ojos pesan de agotamiento cuando, por fin, la puerta se abre. Mi corazón se dispara y mis patas se preparan para correr hacia Mark, pero me quedo paralizada. El estómago se me hunde.

No es él.

Ethan me mira con una sonrisa fácil, las hoyuelos marcados. Cierra la puerta tras de sí y levanta una bolsa.

—Mark me pidió un favor, Gatita. He venido a traerte comida, ya que él se quedó atrapado en el trabajo.

Mi tensión se disuelve en un suspiro tembloroso. Está vivo.

Pero el alivio dura poco. Mi nariz se arruga de disgusto cuando Ethan saca de la bolsa… pienso seco.

¿En serio? Después de acostumbrarme a las comidas jugosas que prepara Mark, ¿ahora tengo que conformarme con esto?

Ni siquiera tengo hambre…

Mi estómago ruge, traicionándome.

—He traído el mejor pienso que hay —continúa Ethan, sirviendo la comida en mi cuenco—. Mark prácticamente me amenazó.

Se agacha, pasa la mano por mi cabeza con una caricia rápida antes de levantarse.

—Tengo que volver a la clínica. Adiós, Gatita.

Lanzo una mirada indignada al cuenco. Me acerco con cautela y huelo la comida. No está tan mal… tal vez…

Muerdo un pequeño trozo.

Seco. Insípido.

¡Puaj!

Me alejo, bebiendo agua para intentar llenar la barriga y quitarme el sabor raro de la lengua.

El sol se pone. La oscuridad llena la casa. Intento transformarme de nuevo, pero nada ocurre. Mi esencia está ahí, todavía atrapada, pero no tiene suficiente fuerza para empujar la barrera otra vez. Suspiro, frustrada, acurrucándome cerca de la puerta.

Ya pasaban de las once de la noche cuando la manilla gira.

Esta vez, es él.

Mark lleva ropa distinta a la que salió aquella mañana. No parece herido. Solo cansado.

Mis músculos se relajan y corro hacia él, frotándome contra sus piernas, ronroneando fuerte. Está bien. Ha vuelto a mí.

—Gatita —su voz es baja, casi una plegaria.

Me toma en brazos, apretándome contra su pecho. La barba sin afeitar rasca mi cabeza cuando respira hondo contra mi pelaje. Mi ronroneo aumenta, vibrando contra su piel, sincronizándose con los latidos de su corazón.

Me lleva al piso de arriba y me coloca sobre la cama. Sus dedos se deslizan detrás de mis orejas, arrancándome otro ronroneo satisfecho.

—Perdóname por haberte dejado sola tanto tiempo… y por no haberte preparado la comida hoy —murmura.

Parece agotado. Y molesto.

Froto mi hocico contra su palma antes de que se aleje para coger un cambio de ropa e ir al baño. Cuando regresa, su aroma a jabón fresco llena la habitación. Se tumba, solo con un pantalón de chándal, y me coloca sobre su pecho.

Ronroneo. Si pudiera, viviría aquí, sobre su piel caliente, escuchando los latidos de su corazón.

El silencio se prolonga. El viento aúlla afuera. Un búho canta. Y entonces, su voz rompe la quietud:

—Hoy, he fallado.

Mi respiración se detiene.

—No conseguí descubrir quién está detrás de la energía maligna. Subestimé la protección. En cuanto encontramos el grimorio, todo explotó. Cuando el equipo llegó, el libro ya había desaparecido. Y lo peor… —Su mano aprieta ligeramente mi piel—. No fui lo suficientemente rápido para proteger a Viklaus. Se hizo daño y perdió el control.

Su corazón se acelera bajo mi oreja. Me froto contra él, intentando reconfortarlo.

Mark carga con el peso de todos sobre sus hombros.

Su corazón es noble, leal y justo.

La Fiera solo se convierte en monstruo para aquellos que amenazan a su comunidad.

Y para los que se atreven a traicionarla…

Capítulo 22



Mark

El aire dentro de la sala de reuniones está denso. Cruzo los brazos sobre el pecho mientras Ted habla, con el ceño fruncido.

—Viklaus sigue bajo observación. Aún no ha recuperado completamente la racionalidad. La sed persiste…

Lo mantenemos en la planta baja de la empresa, encerrado e aislado. La poción de verbena se administra regularmente y ha recibido sangre animal. Lo ideal sería volver a alimentarlo con sangre humana, reduciendo gradualmente, pero eso implicaría ir en contra de su voluntad. Si lo hiciéramos y recuperara la conciencia, no nos perdonaría.

Exhalo hondo, frotándome el rostro con las manos.

Maldito sea ese grimorio.

Antes de que pueda decir algo, la puerta se abre y aparece mi asistente.

—Balthazar ha llegado, señor.

—Déjalo pasar.

El brujo entra en la sala, la larga túnica negra ondeando detrás de él.

—No traigo buenas noticias —dice nada más vernos, apretando los labios finos.

Gruño, cerrando los puños para controlar a la Fiera.

—Los grimorios no son objetos comunes. Se transmiten de generación en generación o se adquieren mediante pactos con demonios —se frota la barbilla—. El emblema que me describiste ayer… no me resultó familiar. Normalmente, cada familia de brujos tiene su propio símbolo, una marca única. Y en la investigación que hice, no encontré nada igual.

—Alguien debe saber de dónde viene esa cosa —gruño, frustrado.

Él inclina la cabeza, evaluándome.

—El grimorio probablemente proviene de un pacto reciente con un demonio. Solo quien haya hecho pacto con él puede reconocer el símbolo —se rasca la barba canosa, pensativo—. Como no conocemos el nombre para invocarlo, podemos intentar usar el símbolo. Pero los pactos exigen sacrificios, y yo no voy a sacrificarme por eso. Sin embargo…

—¿Qué?

—La Anciana puede saberlo. Ha hecho pactos con varios a lo largo de su vida y posee un conocimiento vasto.

La Anciana es una bruja recluida, que vive en uno de los bosques, y su cabaña está rodeada de encantamientos e ilusiones. Quien logra encontrarla, aún paga caro por sus servicios.

—Dicen que la Anciana cobra un precio alto. ¿Qué nos va a costar esto?

—Los rumores son ciertos, pero no hablan de dinero. La Anciana exige cosas invaluables.

Niego con la cabeza, con la voz firme.

—Entonces no. Busca una alternativa.

Balthazar me observa un momento antes de encogerse de hombros.

—Como quieras, puedo seguir investigando —se gira para salir, pero se detiene en la puerta, lanzándome una mirada intensa —. He sacado las cartas para ti… Algo malo se acerca. Ten cuidado.

Mi mandíbula se tensa y gruño bajo.

—Ya están ocurriendo cosas malas, Balthazar. No sé si te has dado cuenta.

Él niega con la cabeza antes de marcharse, dejando solo su advertencia flotando en el aire.

***

Al entrar en casa, me recibe un ronroneo y un cuerpo felino frotándose contra mis piernas. Se me escapa una sonrisa antes de poder contenerme. Cojo a mi pequeña gata en brazos, sintiendo su calor reconfortante contra mi pecho. El peso de todos los problemas se aligera un poco mientras la acaricio, escuchando cómo ronronea más fuerte.

Pero la tranquilidad es efímera. Un escalofrío recorre mi espalda, gélido como una cuchilla afilada. El instinto grita una alerta primitiva.

Algo se acerca.

El aire huele a metal y tierra.

Lobos.

Su olor contamina el viento como un veneno sutil. Mi mandíbula se tensa y cada músculo de mi cuerpo se pone alerta.

Entonces, la barrera de protección vibra.

La magia que rodea mi casa responde a la proximidad de intrusos con intenciones hostiles. El suelo parece susurrar una advertencia y mi respiración se vuelve más pesada. Están cerca. Demasiado cerca.

Coloco a la gata de nuevo en el suelo y gruño hacia la puerta trasera.

Dejo salir a la Bestia; se impone sobre mí, llenando cada parte de mi ser con poder bruto e instinto depredador. Mi cuerpo se expande, músculos y huesos se ajustan a la forma mayor y más feroz. Mis manos se transforman en garras letales, y mi piel se cubre de un pelaje espeso.

La gata da un salto hacia atrás, asustada por mi cambio repentino; sus ojos brillan con incertidumbre, pero no huye.

—Ve a la habitación y no salgas por nada —ordeno, la voz reverberando con un tono gutural.

Ella maúlla bajito y, como si entendiera cada palabra, corre hacia las escaleras. Solo cuando escucho el suave sonido de sus patitas alcanzando el segundo piso, salgo.

El aire nocturno entra en mis pulmones como un llamado a la guerra. Mis ojos ahora ven a través de la oscuridad con claridad letal. Cada detalle del bosque alrededor se destaca en sombras nítidas.

Y allí están ellos.

Cinco figuras paradas a centímetros de la barrera.

Mis colmillos se muestran con un gruñido alto. Doy un paso, luego otro, y el poder de la magia chispea cuando me acerco al límite de la protección. La energía vibrante eriza mi piel, alertándome del peligro, intentando mantenerme dentro de su refugio. Pero yo soy el dueño de este territorio; se inclina ante mi voluntad y me permite el paso.

Salgo de la protección y me topo con cuatro ojos grisáceos y uno dorado, similar al mío, clavados en mí. Liam está al frente, cuerpo tenso, listo para el desafío. Vino como humano, insensato. Sin la luna llena, no puede asumir la forma híbrida, la única que le daría alguna posibilidad de sobrevivir en un combate cuerpo a cuerpo.

Aun así, seguiría siendo más débil que yo.

—¿Qué haces aquí? —Mi voz carga el peso de un trueno, la advertencia de un depredador.

Él sonríe. Una sonrisa de provocación.

—He venido a desafiarte a un duelo.

Rio seco. Un sonido gutural y amenazante, hecho para exponer la tontería de sus palabras. Sus ojos brillan con irritación, los

músculos de su mandíbula se contraen.

—Has invadido mi territorio dos veces. ¿Creías que dejaría pasar eso? —Escupe las palabras con desprecio.

—No he invadido —gruño —. Solo pasé cerca.

—No me hagas idiota. Sé exactamente lo que estabas haciendo. Intentaste provocarme, poner a prueba mi autoridad. Como Alfa, no puedo dejar esto impune. Mi territorio, mi liderazgo —ruge, la tensión explotando.

Doy un paso adelante, y los lobos detrás de él se tensan, atentos a mi más mínimo movimiento. Liam entrecierra los ojos, aprieta los puños. Sus garras se proyectan de sus manos, afiladas.

—¿De verdad quieres esto?

—Sí. —Su voz es firme—. La primera noche de luna llena, en el claro central del bosque. Duele conmigo.

Contengo la risa, pero el brillo salvaje en sus ojos me dice que lo toma en serio. Levanto la mirada hacia la luna creciente, ya a mitad de ciclo, lo que significa que el duelo será en cuatro días.

Lo vuelvo a mirar.

—Vale. —Mis dientes se muestran en un gruñido amenazador —. Después, no te arrepientas.

Liam abre una sonrisa cínica, un brillo hambriento de violencia en su mirada.

—Quien se arrepentirá serás tú, bastardo mestizo —dice, la arrogancia rebosando de sus palabras—. Sellaremos el compromiso con una promesa de sangre y luna. A menos que quieras retroceder...

Antes de que termine la frase, ya presiono la punta de mi garra contra la palma de la otra mano, perforando la piel lo suficiente para que un hilo de sangre caiga al suelo, bañado por la luz de la luna. Liam hace lo mismo, extendiendo el brazo para que su sangre caiga cerca de la mía. Las gotas atraviesan la barrera y se encuentran, se

mezclan, y el charco brilla por un instante — el pacto ha sido sellado.

—Listo —murmuro, sintiendo cómo el lazo de la promesa anuda algo dentro de mí.

La luna llena será nuestro ajuste de cuentas.

Capítulo 23



Sandra

Espío por la ventana, los ojos fijos en la silueta de Mark, que se recorta imponente allá afuera. Están un poco alejados, pero aguzo los oídos para escuchar la conversación.

Un duelo… con su medio hermano.

El desafío ha sido lanzado, y mi cuerpo se tensa solo de pensarlo. Sé lo que eso significa… Los rumores hablan de duelos entre lobos, y normalmente uno de ellos no sale vivo.

Pero al mirar a Mark, todo imponente, fuerte y feroz, algo dentro de mí se agita. No puedo evitarlo. Parece una fuerza de la naturaleza. Incluso sabiendo el horror que traerá — duelar con su propio hermano — no puedo dejar de sentir un calor recorriéndome el cuerpo. No sería tan malo si Mark acabara con la raza de ese imbécil; cada vez que me he cruzado con el alfa, él y sus lobos me han maltratado. El lobo alfa es horrible.

Y Mark…

Un suspiro se me escapa al pensar en cómo me trata.

En cómo me protege.

Cómo se mueve, la forma en que su postura exhala poder…

Incluso cuando se transforma en su forma híbrida, es… sexy, de una manera salvaje. Su presencia, tan colosal y llena de fuerza, cada músculo y cada fibra, es tan intensa y…

Cierro los ojos y sacudo la cabeza, tratando de alejar esos pensamientos locos.

¡Por las estrellas, Sandra, esto no está bien!

Veo a los lobos desaparecer en la oscuridad del bosque. Mark vuelve a su forma humana y camina de nuevo hacia la cabaña. Salto del alféizar y bajo corriendo las escaleras, acercándome a él. Tan pronto como cruzo su camino, me recoge en brazos y me aprieta contra su pecho.

Su respiración es pesada.

—Ya me lo dijo Balthazar, que se acercaba algo malo. Como si no bastaran las mierdas con las que ya estoy lidiando, ahora tengo esto con Liam —exhala lentamente y cierra los ojos—. Quiero acabar con esta rivalidad de una vez por todas. He tenido mucha paciencia hasta ahora, pero ya no más.

Toco suavemente su rostro con mi patita, sintiendo su tensión. Él se relaja bajo mi toque, los músculos de su cara suavizándose.

Cuando llega la hora de dormir, me acomoda con cuidado sobre su pecho. Este gesto se ha convertido en un ritual entre nosotros, y mi instinto animal, que solo crece con el tiempo en esta forma de gata, me hace presionar las patitas contra sus músculos. Ronroneo satisfecha, masajeando su cuerpo como si estuviera amasando pan, tal como hacen los gatos. Aprovecho el momento para entregarme a un placer velado, sin que él lo note. Siento cada elevación y cada valle de su piel caliente bajo mis patas, perdiéndome en la textura hipnotizante…

Mark suelta una risa ronca y desliza los dedos por mi pelo.

—Buenas noches, Gatita.

Ronroneo en respuesta, me acurruco y cierro los ojos, enterrando el rostro contra su cuello.

Su aroma me envuelve, y finalmente me quedo dormida.

***

Despierto sobresaltada en medio de la madrugada.

Una presión golpea mi pecho. Mi cuerpo vibra, los huesos tintinean, mis músculos se contraen en ondas de calor abrasador. Mi esencia golpea la barrera, intentando romperla. Salto de encima de Mark y corro, atravesando la puerta y bajando las escaleras hasta el baño. Tan pronto como paso el umbral, la transformación me domina por completo.

El dolor rasga mis extremidades. Los huesos crujen y se reforman, la piel se estira, la carne se moldea. Trago los gemidos y me acurruco en el suelo frío, desnuda y jadeante. Cada inspiración arde en mis pulmones. Me obligo a levantarme y apoyo las manos en el lavabo. El espejo refleja mi imagen: ojos verdes febriles, cabello negro pegado al rostro por el sudor, piel pálida.

Y el collar sigue ahí.

Mis manos dudan antes de tocarlo. Tiro de la cinta, intento ensancharla, pero sigue ajustada a mi cuello. Mi corazón se dispara. Debe estar encantado para que solo Mark pueda quitármelo. Eso significa que él sabrá dónde estoy en todo momento.

Exhalo en un suspiro; no es como si quisiera huir ahora. He decidido quedarme aquí el tiempo que pueda. Aquí estoy segura. Me están cuidando muy bien.

No puedo perder el único consuelo que aún tengo mientras estoy en esta situación.

Eso no significa que quiera quedarme atrapada en esta maldición o incomunicable; necesito pensar en algún plan…

No puedo simplemente volver al dormitorio así y despertar a Mark, ¿verdad? Probablemente me atacaría por instinto, antes de que siquiera pueda explicarle quién soy y lo que me ha pasado. Y aunque lo lograra, ¿me creería? Después de todo este caos, bien podría pensar que soy algún tipo de espía, conspirando contra él.

No sé cuánto más tiempo podré aguantar en esta forma, y necesito urgentemente aliviar la sensación de quemazón febril que recorre mi cuerpo.

Giro el grifo con cuidado, evitando cualquier sonido que pueda delatar mi presencia. El agua fría contra mi rostro me brinda un alivio inmediato, calmando un poco la agitación dentro de mí. Tomo la pasta de dientes, presiono un poco sobre mi dedo y la paso por mis dientes, deshaciéndome del sabor amargo en la boca.

Pienso en qué más puedo hacer, pero entonces el dolor regresa con fuerza.

Un choque me atraviesa, la espalda se me hiela, la piel se me eriza.

La maldición exige control.

Esta vez conseguí mantenerme en mi forma humana durante unos minutos; mis pensamientos parpadean brevemente antes de que la transformación me consuma.

Muerdo el labio inferior para contener el grito y caigo de rodillas. La fuerza me abandona, el frío se esparce, y en un solo suspiro, mi forma humana se deshace.

Ahora soy gata de nuevo.

Al día siguiente, Mark me alimenta antes de ir al trabajo, dejándome sola.

Paso toda la mañana intentando transformarme, sintiendo cómo mi esencia aumenta gradualmente. Me esfuerzo, golpeando contra esa fisura, intentando escapar de la barrera.

Necesito volver a tener control sobre mi propio cuerpo.

Pienso en cómo, incluso si volviera a ser completamente humana, no me gustaría perder el contacto con Mark, no después de conocerlo de una manera más íntima y de empezar a sentir algo por él... Tal vez, si por un milagro consiguiera liberarme por completo tanto de la maldición como del collar, podría cruzarme con él y entablar conversación…

Me río por dentro, sacudiendo la cabeza ante lo improbable.

Vuelvo a concentrarme en la transformación, hasta que, unas horas más tarde, lo consigo.

Lo primero que hago es correr al baño y darme una ducha fría, lavándome el pelo. Me seco con una toalla, pero no tengo mucho tiempo. Ayer, según mis cálculos, conseguí mantenerme en esta forma durante cinco o seis minutos. Coloco la toalla en la cesta de ropa sucia, mezclándola con una toalla usada de él.

Si pudiera, la lavaría y la secaría para eliminar cualquier rastro. Sé que en forma humana mi olor es un poco distinto al de cuando estoy en forma animal. Mark podría notarlo, pero es un riesgo que tengo que correr, al menos hasta conseguir mantenerme humana por más tiempo.

Y eso es lo que voy a entrenar, todos los días: mantener el control.

Voy desnuda hasta la cocina. Si aún me quedan segundos o minutos, no lo sé, pero quiero comer un poco más. Cojo un plátano, lo pelo por completo y tiro la cáscara a la basura antes de comer. Estoy terminando de masticar cuando siento la necesidad de transformarme de nuevo.

Maldición…

Pero una pequeña sonrisa se dibuja en mis labios, porque según el reloj de la pared de la cocina, esta vez he conseguido estar quince minutos como humana.

—Mañana lo intentaré de nuevo y… —Echó un vistazo rápido al ordenador —. Tengo un plan.

Es lo último que digo antes de volver a ser gata.

Mark vuelve unas horas antes de lo habitual, suspira al cerrar la puerta y me busca con la mirada. Sostiene una bolsa en una mano; siento curiosidad por saber qué hay dentro, pero mi atención vuelve a él cuando empieza a hablar.

—Debes de estar hambrienta. —Se agacha y pasa la mano por mi pelaje.

Camina hasta la cocina, coloca la bolsa sobre la encimera antes de coger la comida que había dejado preparada. Después la coloca

en el plato de comida frente a mí. El olor del jugoso pollo con verduras me hace olvidar cualquier plan por un momento.

Como, disfrutando cada bocado, mientras él se dirige al despacho, se sienta en la silla frente al ordenador y se masajea las sienes.

Disparo hasta allí, dejando el resto de la comida para más tarde.

Esto es más importante…

Salto a su regazo, ronroneando, y él sonríe, totalmente ajeno a mi plan. Enciende el ordenador y yo salto a la mesa, junto al teclado, espiando mientras introduce la contraseña para desbloquear la pantalla. Repito los números en mi cabeza. Al principio parecen muy complicados, hasta que me doy cuenta de que los primeros números coinciden con el código del portón, solo necesito memorizar el resto:

251122819961

Vuelvo al suelo y termino de comer, repitiendo la contraseña en silencio. Sigo reproduciendo la secuencia en mi cabeza hasta sentirme segura de que no la olvidaré.

Más tarde, antes de dormir, Mark me sorprende con algo inesperado. Entra en la habitación con la bolsa que trajo cuando volvió del trabajo y, al ver mi curiosidad, empieza a sacar algunos objetos que llaman inmediatamente mi atención.

—He preparado una noche de spa para ti. ¿Qué te parece? —dice con una sonrisa ladeada, mientras saca un cepillo especial de la bolsa que empieza a emitir un suave vapor aromático —. Lo vi hoy y pensé que te gustaría.

Se sienta en el suelo y, con un gesto amable, me acomoda mejor en mi camita, acaricia mi hocico con la punta de un dedo antes de inclinarse y besar mi cabeza. No puedo evitar ronronear, un poco sorprendida por la delicadeza del momento. Con manos firmes pero cuidadosas, empieza a cepillar mi pelaje con paciencia. El vapor

caliente del cepillo disuelve cualquier tensión acumulada durante el día, y una profunda sensación de relajación se apodera de mí.

—Creo que nunca he cuidado tanto de alguien así… —murmura bajito, las palabras cargadas de un cariño genuino —. Pero tú mereces todo el cuidado del mundo, ¿sabes?

Con cada movimiento, me va dejando más relajada, mientras la sensación del calor en mi pelaje y la delicadeza de su toque hacen que el momento sea aún más especial. La tensión en mis hombros desaparece, y poco a poco me derrito bajo sus cuidados.

Él sonríe suavemente y, a continuación, toma un pequeño tarrito y abre la tapa. El aroma dulce del aceite de coco se esparce en el aire mientras lo extiende entre los dedos.

—Vamos a cuidar esas patitas, mi pequeña —dice con cariño, masajeando las almohadillas de mis patas con un toque cálido y suave. El aceite se desliza, hidratando cada parte con precisión, y no puedo evitar otro ronroneo de placer, cerrando los ojos.

Con la misma ternura, desliza un poco del aceite sobre mi hocico, pasando suavemente por la nariz para que no se reseque. Me derrito, los ojos cerrados en puro deleite, su toque haciéndome sentir segura y cuidada como nunca antes.

—Listo, patitas limpias e hidratadas. Ahora… voy a devolverte el masaje que me diste anoche —su voz es risueña, y sus dedos se mueven en círculos suaves en la base de mi cuello.

La presión delicada y los movimientos me hacen relajarme aún más, mis ronroneos continúan bajos y constantes. Ahora masajea mi espalda, y la sensación de sus manos allí es increíblemente reconfortante.

—Te está gustando, ¿verdad? —pregunta, con la voz baja y llena de complicidad, mientras su mano sube de nuevo, acariciando mi nuca con una suavidad que me deja rendida—. Yo cuido bien de lo que es mío.

Me dejo envolver por ese cariño, los ojos todavía cerrados, sintiendo cada toque suyo como si fuera un regalo.

Una gatita puede acostumbrarse a esto.
Y una humana también…

Capítulo 24



Sandra

En cuanto Mark se marcha a trabajar, empiezo a entrenar el control de mi esencia, forzando la barrera que todavía persiste. En pocas horas, menos de lo que tardé el día anterior, por fin consigo transformarme de nuevo en humana.

Respiro hondo, sintiendo cómo el aire llena mis pulmones; cuando mis piernas dejan de temblar, camino hasta el despacho.

Me inclino frente al ordenador y, sin perder un segundo, tecleo la contraseña. Con unos pocos clics abro una ventana de incógnito. Tengo que asegurarme de que no quede rastro alguno de lo que estoy a punto de hacer, ni historial ni huella digital.

No puedo dejar pistas.

Abro mi correo electrónico y empiezo a redactar un mensaje para Lucy. Cada palabra pesa mientras me debato sobre qué debo contarle.

Me muerdo el labio, dudando.

Si le cuento todo ahora... no sé cómo reaccionará.

No puedo arriesgarme, no mientras todo sigue tan incierto.

Además, por el momento estoy a salvo, bajo el cuidado de Mark.

Si le digo la verdad, o pensará que he perdido la cabeza, o vendrá corriendo a rescatarme. Y en medio de este caos, con los

peligros que azotan la ciudad, lo último que quiero es arrastrarla a esto. No pienso ponerla en peligro.

Por ahora, lo mejor es mantenerla al margen de todo.

Con eso en mente, empiezo a escribir el mensaje.

¡Hola Lucy!

Espero que estés bien. Mil disculpas por no haberte avisado antes, pero perdí el móvil y la vida ha sido un auténtico lío. No fue mi intención desaparecer tanto tiempo ni preocuparte.

En cuanto consiga un número nuevo, te lo paso. Mientras tanto, la mejor forma de comunicarnos es por correo electrónico.

¡Te echo muchísimo de menos!

Un beso.

No me entretengo más y apago el ordenador.

Necesito poner algo a prueba.

Cierro los ojos y me concentro, transformándome de nuevo en gata.

Es como si un peso se deshiciera dentro de mí; los músculos se relajan y la agilidad felina se apodera de mi cuerpo. Cuando me transformo por voluntad propia, no siento que me estén desgarrando por dentro, todo fluye con naturalidad.

Pero ahora tengo que probar algo mucho más importante.

Intento volver a transformarme en humana y, para mi sorpresa, lo consigo. El control está en mis manos. Siento la esencia más debilitada, pero todavía lo bastante fuerte como para mantenerme así durante un buen rato.

Ayer logré permanecer quince minutos con este control, pero hoy quizá aguante más. Noto que aún dispongo de un tiempo

precioso de libertad antes de que la transformación vuelva a atraparme.

Así que pienso aprovechar hasta el último segundo.

Con las ventanas enrejadas, solo me queda salir por una de las puertas. Compruebo la de la sala: cerrada con llave, claro. La trasera, la que da directamente al bosque, también está.

Suelto un bufido de frustración, pero no pienso darme por vencida.

Voy hasta la cocina; normalmente Mark deja las llaves encima de la encimera, pero no hay nada allí. Miro alrededor y sonrío cuando mis ojos encuentran un colgador de llaves en la pared.

Solo hay una colgando.

¡Por favor, que sea una copia de alguna de las puertas!

La cojo y la meto en la cerradura del salón, rezando una pequeña plegaria a las estrellas.

Ni siquiera entra, parece demasiado grande.

¡Maldición!

Corro de vuelta a la cocina, hasta la puerta trasera, y la pruebo con las manos temblorosas.

Encaja a la perfección, y con una sonrisa satisfecha, sigo adelante.

Dejo la puerta entreabierta, sin echar la llave. Si pierdo mi forma humana a la vuelta, no acabaré atrapada fuera. De todos modos, la barrera de protección impedirá que entre cualquier intruso.

Salgo directamente hacia el bosque, pero no cometo el mismo error de antes. En lugar de eso, rodeo la casa hacia el patio trasero.

Sujeto la llave de forma distraída, solo me doy cuenta de que todavía la tengo en la mano cuando ya estoy a medio camino. No puedo perder tiempo regresando a guardarla, así que la escondo bajo una piedra cercana al portón.

Lanzo una mirada rápida al panel de acceso y niego con la cabeza.

Sé la contraseña, pero salir desnuda por la calle no es una opción.

Escalaré el muro en mi forma de gata.

La transformación ocurre en un instante. Con agilidad felina, trepo el muro y salto al otro lado, cayendo con ligereza. La casa más cercana, la de Ethan, no me interesa. Paso de largo, acelerando por el asfalto silencioso de la larga calle. Mis sentidos se agudizan a medida que avanzo.

Casas grandes empiezan a aparecer a mi alrededor, una tras otra. Me mantengo al acecho, analizando cada una, buscando señales de que estén vacías, preferiblemente alguna con toques femeninos.

Cuando veo una casa con flores en el jardín y una ventana abierta, mi instinto me dice que he dado en el clavo. Actúo con sensatez, olfateando el ambiente, y no detecto a nadie.

Entro sigilosamente y, justo en la entrada, sobre un aparador, veo una foto de una pareja joven. Me animo al notar que la mujer tiene un tipo físico muy parecido al mío.

¡La suerte parece estar de mi lado hoy!

Me transformo en humana, sintiendo que la esencia se debilita, aunque sé que todavía me quedan unos minutos. Subo apresurada hasta los cuartos, salgo de lo que parece ser la habitación de invitados y entro en la otra.

Abro el armario y un grito se me escapa antes de poder contenerlo.

—¡Ah!

Doy un salto hacia atrás cuando una lagartija sale disparada por la puerta del armario, escala la pared en un parpadeo ágil y desaparece detrás de la cómoda.

—¡Por los astros, qué susto!

Presiono la mano contra mi pecho, intentando calmar las frenéticas palpitaciones de mi corazón… y de la esmeralda, que vibra al mismo ritmo. En segundos mi respiración se estabiliza, y la piedra vuelve a pender fría e inerte contra mi cuello.

Nada de distracciones, Sandra, concéntrate en el plan.

Vuelvo mi atención al armario y examino la ropa. Al fondo, colgado en una percha, algo llama mi atención: un vestido blanco deslumbrante.

Parece casi olvidado allí, como si nunca hubiera sido usado. La tela ligera y etérea cae en ondas suaves, con mangas largas que se ensanchan en las muñecas, un escote profundo y aberturas que recorren las piernas, sugiriendo una elegancia prohibida. Un vestido hecho para ser visto… y, sin embargo, escondido.

Es perfecto, pero el clima está más frío de lo que esperaba para salir solo con él. Rebusco en los cajones y entonces encuentro una bufanda negra. Me la enrollo al cuello, frunciendo la nariz al pasar por el cajón lleno de bragas.

Eso ya sería demasiado, definitivamente no usaría ropa interior de otra persona.

No puedo perder más tiempo aquí, pero todavía necesito unos zapatos.

Bajo la mirada y veo una fila de zapatos y sandalias cuidadosamente alineados en el suelo del armario. Mis ojos recorren las opciones hasta detenerse en un par de botas altas.

Lanzo un gritito emocionado al comprobar que son de mi talla y corro a ponérmelas.

—Perdón, pero te prometo que algún día te devolveré todo —murmuro, pensando en la dueña de la ropa mientras me apresuro.

Vestida y ya más confiada, salgo por la misma ventana por la que entré, abriéndola lo justo para escurrirme en forma humana y la cierro detrás de mí. Mi plan es sencillo: volver a la cabaña y

esconder la ropa en el patio. Así, cuando necesite transformarme otra vez, tendré algo que ponerme.

Pero, al salir a la acera, ocurre algo extraño. La piedra contra mi cuello empieza a calentarse, y casi se me para el corazón al ver el coche de Mark entrando en la calle y detenerse justo al otro lado, delante de mí.

¡¿Qué hace él aquí?!

Mark baja del coche y empieza a caminar en mi dirección. Todo mi cuerpo colapsa, temblando y ardiendo al mismo tiempo. Mis pulmones parecen luchar por atrapar el aire.

Parece recorrer la mirada de un lado a otro, entre los arbustos, las verjas, el suelo, hasta que por fin sus ojos se encuentran con los míos y, por un instante, todo se detiene.

Casi me da un soponcio.

Sé que puedo estar metida en un buen lío, pero él… él es tan guapo e irresistible que una parte de mí, acostumbrada a ser su gata, tiene ganas de lanzarse a sus brazos, ronronear contra su cuello, empaparme de su olor y de su calor…

Se acerca y se planta justo delante de mí. Retrocedo en falso, el mundo me da un vuelco por un segundo, una punzada en el estómago me recorre entera, pero antes de que pueda caer, unas manos firmes me sujetan por los hombros.

Su toque quema. El calor se expande por mi piel como una descarga eléctrica, un escalofrío repentino que sube por la nuca y se derrama hasta la punta de los dedos. Mi cuerpo reacciona antes que mi cabeza: músculos tensos, la respiración atascada en el pecho. Es como si su presencia tuviera su propia gravedad, arrastrándome hacia él cuando debería estar alejándome.

El estómago se me encoge en un torbellino de nervios y algo más denso, más peligroso y adictivo.

Es más que atracción. Es una llamada, un instinto grabado en mí de un modo que no entiendo, pero que siento.

—Gracias… —susurro sin aliento, sus ojos todavía anclados a los míos.

—De nada —murmura, y me siento totalmente descolocada; aún noto su contacto sobre mí y, por un momento de pura locura, no quiero que me suelte.

Nos quedamos en silencio, mirándonos como si hubiera pasado una eternidad, aunque sé que no han transcurrido ni tres segundos.

Él carraspea y se aparta, su mirada baja hacia mi cuello y su ceño se frunce.

Mis ojos se abren de par en par mientras mi mano va automáticamente al cuello, pero en cuanto noto la textura del punto contra mi piel, me relajo. Llevo el pañuelo. No puede ver el collar.

—Por casualidad… ¿has visto una gatita negra por aquí? Mi rastreador dice que está cerca.

Suelto una risita nerviosa y él ladea la cabeza, observándome en silencio, como si estuviera como una cabra. Y bueno, lo estoy. Loca de seguir aquí, en vez de salir pitando antes de que sea demasiado tarde.

—Eh… sí, se metió en ese jardín de ahí —señalo la casa de la que acabo de salir, intentando sonar lo más tranquila posible, pero estoy temblando.

No miento, porque él podrá olfatear el rastro de la gata en esa dirección, solo que no podrá seguirlo después de que me transformé en humana.

Él mira hacia donde he señalado, luego vuelve a clavar en mí esos ojos lobunos, intensos. Preciosos…

Mi corazón se desboca. El aire se me corta. Casi me da un vahído otra vez.

—¿Estás segura?

Solo consigo asentir con la cabeza.

Necesito que vaya hasta allí, que me dé la espalda para poder largarme. Mi tiempo se agota, tengo que regresar a la cabaña y

transformarme.

—Gracias —da un paso en dirección a la casa, pero se detiene y vuelve a mirarme —. Sé quién eres…

¡Por las estrellas, estoy al descubierto!

Va a pensar que intenté engañarle con mala leche, que soy una amenaza.

Empiezo a sudar a chorros, mi sonrisa tiembla, los párpados me palpitan.

Esta vez sí que creo que me voy a desmayar…

—Puedo expli… —empiezo a balbucear, pero él me corta.e

—¿Del Pandemonium, verdad? —Se muerde el labio inferior y, por un momento, el gesto es tan sexy que me despisto, aunque esté al borde de un infarto inminente—. Sandra, ¿ese es tu nombre?

Espera…

Se está refiriendo a mi trabajo. A mi antiguo trabajo.

Y él… recuerda mi nombre.

Jadeo, con el pecho retumbando como una batucada en pleno carnaval, cada latido del corazón resonando en una euforia desbocada. La ilusión de que algún día pudiéramos hablar, de que pudiéramos ser algo más… parecía una quimera, un sueño imposible.

Pero ahora, ya no es un sueño.

Es real.

—¡S-sí! Soy yo, pero ya no trabajo allí. Y tú eres el cabeza caliente, ¿verdad? —Metí la pata hasta el fondo, porque cuando me pongo nerviosa suelto tonterías.

¡Por las estrellas, por qué soy así!

Para mi sorpresa, se pone rojo.

O está tan cabreado con mi desparpajo que la sangre se le ha subido a la cara, demostrando que el mote le viene como anillo al

dedo.

—Me llamo Mark…

Quiero decirle que ya lo sé, pero de repente siento un tirón doloroso en el pecho y un escalofrío helado recorriéndome la espalda.

Me doblo de dolor y aspiro con fuerza, intentando mantener el control. Sin embargo, sé que no lo aguantaré mucho más.

—¡Tengo que irme, llego tardísimo! —Suelto las palabras de golpe y echo a correr por la acera, dejando atrás a un Mark con cara de no entender nada.

En el fondo, quería contarle toda la verdad, pero, aunque no fuera tan cobarde y egoísta, deseando seguir disfrutando del consuelo de estar a su lado, mimada por sus cuidados, sé que ahora no tengo tiempo suficiente.

Quizás en otro momento, cuando tenga más control y un rato solo para nosotros, pueda abrirme con él. Mark se merece saber la verdad y, quién sabe, quizá hasta me ayude. Pero no puedo arriesgarme a transformarme en medio de la conversación y que me vea como una amenaza. No puedo jugármela a que me dé la espalda creyendo que he estado mintiendo todo este tiempo.

Mientras corro por la acera, sé que no llegaré a la cabaña a tiempo, y eso me pone de los nervios.

Diviso una casa con setos altos. Si me escondo allí, la ropa quedará camuflada y podré dar la vuelta en forma de gata, encontrándome con Mark por el camino. Me lanzo entre los arbustos, arañándome toda, y al segundo siguiente, mi cuerpo se transforma sin piedad.

El montón de ropa me engulle y tengo que escabullirme entre las telas para liberarme. Acto seguido, echo a correr, saltando las vallas que separan las casas, justo a tiempo de ver a Mark saliendo del jardín donde le indiqué que había entrado la gata, buscándome.

Voy hacia él, poniendo mi mejor cara de inocente.

—Gatita… —murmura, cogiéndome en brazos y mirándome a los ojos, con ese fruncir sexy marcando su frente—. ¿Qué voy a hacer contigo?

Maúllo y rozo su cara con una patita. Él parpadea una vez y luego esboza una sonrisa.

—Desde que entraste en mi vida, mi corazón no ha vuelto a ser el mismo, ¿sabes? Le pones a prueba a cada instante.

Vuelvo a maullar, sintiendo que mi propio corazón está siendo puesto a prueba por sus palabras.

Se salta un latido. Pierde el compás. Se acelera.

—No hay escapatoria, he decidido que voy a quedarme contigo solo para mí. —Inclina el rostro y besa mi cabeza, el gesto afectuoso —. Que pongas a prueba los límites de mi corazón es algo a lo que tendré que acostumbrarme.

Mark cruza la calle conmigo en brazos, abre la puerta del coche con una mano y me acomoda en la cesta para mascotas antes de arrancar.

Se instala un silencio cómodo, solo el sonido del motor llenando el espacio mientras conduce los pocos metros hasta la cabaña.

Lo observo por el espejo retrovisor, completamente embobada, todavía en trance con todo lo que ha dicho. Creo que estoy en shock. Tengo que recordarme que hablaba de la Gatita, no de mí, Sandra.

—Sandra… —Mi corazón da un vuelco en el pecho en el instante en que pronuncia mi nombre. Su voz es baja, suave, pero me atraviesa como un rayo, recorriendo cada nervio de mi cuerpo —. Siempre que estoy cerca de ella, me olvido de respirar… Su belleza me roba el aire.

Mi shock es tal que me quedo sin reacción.

Él me encuentra hermosa.

Veo su reflejo en el espejo. El rubor cubre sus mejillas, ascendiendo en un gradiente cálido. Por un breve segundo, sus ojos se cruzan con los míos y mi corazón vacila.

Tengo que recordarme, una vez más, que ahora soy una gata. Para él, solo soy un animal, un observador inofensivo. Por eso se abre tan fácilmente, sin reservas. Mal sabe él que la gata y la mujer son la misma persona, y que cada palabra suya me afecta más de lo que debería.

Maúllo bajo, deseando que siga, que diga más.

Desvía la mirada hacia la calle, apretando los dedos alrededor del volante.

—¿Será que la volveré a ver? —suspira Mark, y a menos que lo esté imaginando, hay un tono de anhelo en su voz.

Mi corazón grita que sí.

¡Sí, Mark, me volverás a ver!

Si dependiera de mí, nunca desaparecería.

Pero todo lo que hago es soltar un maullido, incapaz de decir la verdad.

Y entonces llegamos a la verja de la cabaña, él marca el código de acceso y entra. Cuando apaga el motor, abre la puerta y me sostiene con cuidado al salir. Su calor se diluye un poco con la brisa fresca de la tarde, pero me mantiene pegada a su pecho, protegida. Camina hacia la cabaña con pasos firmes, los brazos fuertes rodeándome. Su olor me envuelve, amaderado y masculino, y por un instante me siento a salvo de todo. Como si nada pudiera tocarme mientras esté con él.

Si pudiera, me quedaría aquí para siempre.

En otra realidad, sería yo, Sandra mujer, en sus brazos, volviendo a nuestra casa…

Él desbloquea la puerta principal y entra por ella, sus ojos recorren el lugar, pasando por las ventanas con mosquitero para comprobar que siguen seguras.

—¿Cómo saliste, eh? —dice en voz baja, mirándome rápidamente, y juro que veo un destello de diversión en su mirada.

Mark avanza por el salón y entonces, al pasar junto a la cocina, se detiene en seco, su atención fija en la puerta trasera que dejé abierta.

Se acerca frunciendo el ceño.

—Raro… —murmura. —No recuerdo haber dejado esta puerta abierta.

Mi respiración se bloquea y mi cuerpo se encoge en sus brazos.

¡Maldición!

Va a sospechar de mí.

Va a darse cuenta de que algo no va bien.

Va a…

Mark duda por un segundo, luego me mira y suelta una risa baja.

— ¿Te las arreglaste para abrirla, eh? — Me besa en la parte superior de la cabeza. — Gatita traviesa…

Su risa derrite cualquier tensión dentro de mí.

No sospecha nada.

Ni siquiera se dio cuenta de que la llave faltaba en el llavero de la cocina. Tan pronto como vuelva al trabajo, tendré que volver a ponerla en su sitio.

Solo lo miro, parpadeando lentamente, tratando de parecer inocente.

Él me coloca en el suelo y se estira, relajando los hombros anchos.

—Vine porque sentí tu miedo y el rastreador en tu collar me llevó hasta cierto punto de la calle, pero perdí la precisión en cuanto estuviste fuera de peligro. —Su voz suena casual, sin desconfianza —. Me alegra saber que no te pasó nada malo.

Se agacha y acaricia mi barbilla.

Cierro los ojos y empiezo a ronronear. Estoy tan malacostumbrada con tanto cariño y mimos…

De verdad voy a llorar si todo esto termina.

Cuando esto termine…

Un día tendré que revelarme, y ese día tiene que llegar pronto; no puedo vivir así para siempre. Necesito que me ayude a encontrar a la bruja para romper esta maldición de una vez por todas.

—Solo quiero que estés a salvo, Gatita.

Espero que siga sintiéndose así después…

Mark se levanta, pero no se va. En vez de eso, decide trabajar desde casa el resto de la tarde.

Mi plan se vino abajo.

Tendré que esperar hasta mañana para borrar mis huellas, volver a colocar la llave en su sitio e ir a buscar la ropa que dejé entre los arbustos.

Eventualmente, Mark se estira, se levanta y sube las escaleras. Yo lo sigo, mis patas deslizándose silenciosamente por el suelo de madera. Cuando llegamos al dormitorio, salto a la cama y él se detiene al lado, quitándose la camiseta con un solo movimiento fluido. La prenda cae al suelo y lucho contra el impulso de ronronear como una gata en celo.

Entonces, lanza una mirada rápida en mi dirección y, sin pensar, contengo la respiración, inmóvil.

Mi cuerpo se tensa, cada músculo rígido, ansioso.

Normalmente, Mark lleva un cambio de ropa al baño y se cambia allí, pero esta noche hace diferente. Se está desnudando en el dormitorio, justo delante de mí, sin darse cuenta de que detrás de la gata hay una mujer ansiosa por vislumbrar lo que hay debajo de esos pantalones…

Su mirada, casual, sin desconfianza, sigue adelante, como si yo fuera una presencia inofensiva. Continúa desnudándose, sin prisa, la cremallera de los vaqueros bajando lentamente, casi cruel, como si quisiera hacerme desear más con cada segundo que pasa.

Mi curiosidad me mantiene clavada en el sitio, incapaz de apartar los ojos. A pesar de saber que debería alejarme, que lo que estoy haciendo es arriesgado, incorrecto, mi cuerpo no obedece. Mis ojos lo devoran, absorbiendo cada detalle con el hambre de un depredador.

Se mueve con una confianza que hace que mi estómago se contraiga, sus manos musculosas y definidas bajan la cremallera centímetro a centímetro, el gesto cargado de una seducción natural imposible de ignorar.

Es solo un cuerpo, intento convencerme, con un esfuerzo doloroso.

Solo un cuerpo ridículamente escultural, pero aun así, solo un cuerpo.

Él continúa, los vaqueros deslizándose lentamente por sus largas y poderosas piernas, los músculos tensos en cada movimiento. Cuando pisa fuera de los pantalones, quedando solo en calzoncillos, siento un nudo apretarme el pecho.

La visión de su cuerpo, tan perfecto, tan imponente, me deja sin aliento.

Mi mirada sigue fija, clavada en cada detalle, como si estuviera hipnotizada.

Es la mayor prueba de autocontrol de mi vida. Debería apartar la vista, salir de allí, evitar más tortura, pero… no puedo.

Y entonces, como si se burlara de mí, también se quita los calzoncillos.

Mis garras se clavan en la sábana de la cama mientras lucho por no emitir ningún sonido.

Es el hombre más deslumbrante que he visto.

Cada centímetro de él parece esculpido a la perfección. Alto, hombros anchos que se afinan hacia caderas estrechas, piernas largas y poderosas. Su piel, besada por el sol, se estira sobre músculos que se mueven con una gracia hipnotizante. Sus ojos, dorados y enmarcados por pestañas densas, cargan una intensidad que me deja sin aliento. Su cabello corto y rubio, desordenado de forma sensual, solo intensifica su atractivo bruto e irresistible.

Y está completamente desnudo.

Cuando se da la vuelta, mis ojos bajan hacia su miembro largo y pesado que se mueve con el vaivén, solo para desaparecer detrás de la curva de su trasero perfecto.

Por las estrellas…

Es enorme. En todos los sentidos posibles.

Una ola de deseo salvaje invade mi cuerpo. Mi pelaje se eriza, mi mirada felina se agudiza y no puedo contener un pequeño ronroneo que vibra en mi garganta.

Se mueve con una gracia que solo alguien tan seguro de sí mismo podría tener, caminando hacia el baño sin ningún pudor, sin siquiera mirar atrás, ajeno a mi perversión. Exhibiendo su trasero perfecto, firme, redondo, cada paso resaltando la musculatura definida, esculpida como si hubiera sido hecha por manos divinas.

Una parte de mí, la salvaje, la que está más allá del control, tiene un deseo insano de marcar ese cuerpo, de dejar mis huellas, dientes y uñas, en su piel. La otra parte, la que intenta mantener un mínimo de cordura, me recuerda que él no tiene ni idea de quién soy realmente. Me recuerda que estoy maldita, que solo soy una gata.

El agua empieza a correr, y el sonido de la ducha llena el espacio, como una música que me llama. Él dejó la puerta abierta, sin saber que para mí eso es una invitación, una provocación.

Antes de darme cuenta, mis patas se mueven silenciosas, instintivamente, hasta la entrada del baño. Espío desde lejos, perdida entre el profundo fascinación y la frustración, sin poder hacer nada más que observar.

El vapor baila en el aire, cubriendo el baño con una niebla caliente, densa, que ondula bajo la luz amarilla.

Estoy petrificada, parada en el umbral, pero el resto de mí… el resto de mí está al borde de la locura, vacilando entre la cordura y el deseo. La necesidad de transformarme y acercarme a él es una tentación irresistible, pero es imposible, en tantos sentidos…

Mark está bajo la ducha, el agua cayendo en arroyos perezosos por su cuerpo esculpido. Trago saliva cuando él inclina la cabeza hacia atrás, los mechones dorados de su cabello oscureciéndose bajo la cascada caliente. Sus párpados tiemblan, los labios entreabiertos en un suspiro silencioso de placer.

Mi pecho sube y baja a un ritmo descompasado, y no puedo apartar la mirada cuando su mano se desliza lentamente por su abdomen definido, siguiendo el camino que el agua recorre. Mis ojos se abren de par en par cuando su miembro se endurece, pulsando y aumentando de tamaño, su mano a punto de tocarlo.

Entonces lo hace.

Su mano envuelve su propia rigidez, y un suspiro ronco escapa de su boca. Mi corazón se detiene, luego se acelera de manera casi dolorosa. Se apoya contra la pared de azulejos, los músculos del brazo y de la espalda tensándose. Su cadera se mueve en un ritmo perezoso, como si saboreara cada instante, cada estímulo que él mismo provoca.

El sonido del agua cayendo queda amortiguado por el gemido que suelta, bajo, ronco, cargado de necesidad. Mi nombre.

—Sandra…

Es un sonido quebrado y lleno de deseo, como si estuviera al borde del abismo. Mi cuerpo tiembla y me esfuerzo por impedir que un ronroneo fuerte escape de mí. Él está perdido en el placer, perdido en la imagen de mí, la versión humana, en su mente.

La manera en que sus dedos aprietan, cómo su cuerpo se inclina ligeramente hacia adelante, la forma en que pronuncia mi

nombre una y otra vez —todo me impacta como un rayo, incendiando cualquier sentido de racionalidad que aún pudiera tener.

Mis garras se clavan en el suelo. Mi pecho sube y baja, el pelo erizado y la piel palpitando con un calor insoportable.

Debería irme. Esto es muy incorrecto.

Pero no puedo.

Sus embestidas se vuelven más rápidas, cada movimiento más ansioso y urgente, los sonidos húmedos reverberando en el espacio. Emite un rugido profundo, el sonido es primal y salvaje, sus músculos se contraen mientras su mano libre golpea la pared con fuerza. Incluso a distancia, puedo sentir la explosión de energía cuando alcanza el clímax, su placer marcando los azulejos en potentes chorros, una expresión de entrega pura en su rostro, mi nombre escapando de sus labios en un gemido ronco.

Me quedo allí, en el umbral, observando al hombre que, sin darse cuenta, ya posee por completo a la mujer que desea.

Capítulo 25



Sandra

El ordenador se enciende, y la pantalla ilumina mi rostro mientras me inclino sobre el teclado; no me acomodo en la silla porque estoy desnuda, todavía necesito salir a buscar la ropa que tuve que dejar entre los arbustos.

Respiro hondo, intentando concentrarme en lo que realmente importa ahora: el correo de Lucy. Seguro que ya me habrá contestado.

Abro la bandeja de entrada y veo que estaba en lo cierto. El corazón me da un vuelco, un pinchazo de culpa me atraviesa mientras leo sus palabras:

Sandra, estaba a punto de perder los nervios y ya casi compraba un billete para Salem; habría ido en mi próximo día libre. Si no me hubieras enviado el correo, habría venido y habría registrado toda la ciudad buscándote, porque hasta hoy no me habías confirmado la dirección de tu apartamento.

¿Estás realmente bien? Sigo preocupada, ¿sabes?

Te quiero, amiga.

El peso de las palabras de Lucy me afecta más de lo que me gustaría admitir. Realmente le importo, y yo… yo la dejé con dudas, en la incertidumbre. No quería hacerle eso. No quería que se preocupara, no quería involucrar a nadie en este caos.

Siento un nudo en la garganta mientras respondo rápidamente, mi mente todavía dando vueltas alrededor de todo eso:

Perdona por todo, Lucy. No hace falta que te preocupes. Estoy bien. Voy a arreglar las cosas por aquí, y cuando todo se calme, podremos hablar con más calma. Espero que no hayas gastado dinero por esto. Siempre has sido tan buena conmigo. Lo siento de verdad. Quédate tranquila.

¡También te quiero, muchísimo!

Cierro la ventana del correo y, por un momento, me quedo ahí, estática. El sonido de la casa vacía resulta extraño. Mark está en el trabajo, y yo, por mi parte, me encuentro perdida en una rutina que no elegí.
Pero no hay tiempo para pensar, necesito ir a por la ropa y recuperar la llave extra que escondí bajo la piedra.

Miro hacia la puerta de la cocina. Está cerrada, pero no con llave. Mark no pasó la llave, y por un instante me pregunto si simplemente la olvidó o si, de alguna manera, confía en que la gatita no se alejará demasiado. O tal vez… tal vez sabe que, cuando estoy en peligro, siempre estoy de alguna forma conectada a él. Mark siempre vendrá a salvarme.

Camino hacia la puerta trasera y giro la manilla, dejándola entreabierta una vez más. El aire fresco entra por la rendija y la sensación de libertad me invade por un momento.

Forzo mi transformación y vuelvo a ser una gata, saltando el muro con facilidad antes de correr hacia los arbustos donde dejé mi ropa. No hay nadie cerca; el entorno está en silencio, como si las estrellas me concedieran la privacidad que necesito. Incluso bajo la luz suave de la mañana, cuando el cielo se aclara, sé que ellas están ahí, etéreas y silenciosas, observándome desde lejos.

Sin dudarlo, me transformo de nuevo, sintiendo la transición rápida y llena de necesidad. Me pongo la ropa sobre el cuerpo apresuradamente, ajustando la tela mientras doy golpecitos al vestido para quitar las hojas y la suciedad que se han pegado a él.

Siento mi esencia más intensa, más fuerte que en los días anteriores, a pesar de las transformaciones que la drenaron hoy. La grieta en la barrera que la bloquea parece haberse ampliado; aún existe, pero más débil, como si cada vez que fuerzo la transformación, el espacio por donde fluye la esencia se expandiera un poco más, liberando una energía creciente, aún contenida, pero más presente.

Vuelvo a la cabaña; esta vez, al llegar a la puerta, introduzco el código de acceso y entro en mi forma humana. Busco la piedra donde guardé la llave, la levanto, sostengo el objeto en la mano y lo llevo de vuelta al llavero.

Inspiro hondo y suelto el aire con un suspiro.

Ahora que la tarea está cumplida, me siento perdida, como si hubiera olvidado cómo comportarme como humana. Hay una desconexión, una sensación extraña de no saber ya cómo actuar.

Decido cepillarme los dientes y darme un largo baño caliente, intentando reconectarme conmigo misma. Pienso en subir al dormitorio, usar el baño de la suite, pero algo me detiene. Mis mejillas se sonrojan al recordar la noche pasada, y una timidez inesperada se apodera de mí, como si de alguna manera fuera incorrecto.

Lo que resulta curioso, porque ayer no tuve problema alguno en ver a Mark masturbarse.

Algo dentro de mí se suelta cuando estoy en forma de gata, como si las reglas dejaran de existir, como si pudiera esconderme, perderme, hacer lo que quisiera sin que nadie me juzgara. Como animal, soy libre, sin las ataduras de la moralidad o la represión. Pero como mujer, todavía cargo la sombra de aquel trauma, el residuo de lo que el idiota traidor me hizo, como si fuera imposible olvidar las limitaciones que me impusieron, los juicios que aún me persiguen.

No puedo creer que casi pierdo mi virginidad con él…

Un escalofrío recorre mi columna, y hago una mueca de disgusto. Odio que mi mente haya saltado de Mark a ese asqueroso. La excitación se convierte rápidamente en repulsión. Sé que el maldito está muerto y, aunque no quiero alegrarme por la muerte de nadie, no puedo negar que se lo merecía.

Decido ducharme en el baño de la planta baja, y luego voy a la cocina y preparo un sándwich con lo que encuentro en la nevera.

Cuando termino de comer, tamborileo los dedos sobre la encimera, tratando de pensar en qué hacer durante el resto de la tarde, con suficiente energía para seguir humana un poco más de tiempo.

Miro por la ventana, sintiendo ganas de salir ahí fuera…

No debería volver a salir. Lo sé. Pero hay algo en mí que me empuja hacia adelante, algo que aún desea sentir más, explorar más.

Pero detrás de ese deseo, hay uno aún más grande, que hace que mi corazón se acelere solo de pensarlo.

Necesito ver a Mark otra vez, como Sandra.

Necesito ver su reacción al reencontrarme, entender lo que significa todo esto, lo que hay entre nosotros. Él claramente se siente atraído por mí, ¡se corrió pensando en mí!

Y saber eso, saber que hay una oportunidad de explorar nuestra atracción, aunque sea por unos minutos mientras pueda controlar mi esencia…

Es lo único que me hace sentir viva ahora.

Y entonces, sin pensar, sin planear, me encuentro caminando de vuelta a la calle.

Siento que puedo mantenerme más tiempo en esta forma humana, tal vez una hora, tal vez treinta minutos… Es un riesgo. Pero un riesgo que quiero correr.

Camino hasta la casa que invadí para robar la ropa. El olor de mi forma de gata todavía está allí, muy suave, pero presente. Puedo

aprovecharme de eso, fingir que la gata se deslizó por el jardín otra vez cuando él pregunte si la vi.

Solo necesito que venga hasta aquí…

Y para eso, para eso necesito sentir miedo, necesito activar mi collar para que me lleve hacia él.

Tengo que pensar en algo aterrador, en lo peor que me ha pasado.

Cierro los ojos y me obligo a volver a aquella noche.

Recuerdo el frío cortante, el olor pútrido del wendigo, el sonido de las garras cortando el aire. De las garras desgarrándome. Pienso en el dolor que venía en oleadas, ardiente e insoportable, dejándome débil, indefensa, al borde de la muerte…

Pero la esmeralda sigue fría, inmóvil contra mi cuello, indiferente al terror que intento recrear.

Abro los ojos y exhalo por la boca, con un bufido frustrado.

—¿Dónde está la lagartija cuando se la necesita, eh? —murmuro.

Me doy la vuelta, de espaldas a la casa, recorriendo la calle residencial con la mirada, buscando una alternativa. A pocos metros a mi derecha, el cruce con la calle principal. Los coches pasan esporádicamente, y una idea terrible se forma en mi mente.

Antes de que la racionalidad me detenga, disparo hacia la esquina y cruzo fuera del paso de peatones. Un coche se acerca a toda prisa. Mi corazón se dispara, pero me obligo a no mirar, a fingir que no me he dado cuenta.

Doy un paso y luego otro…

Entonces, la bocina corta el aire. El sonido es fuerte, aterrador. Los neumáticos chirrían contra el asfalto mientras el conductor intenta frenar, intenta esquivar. Mi cuerpo actúa y, en un reflejo felino, salto hacia atrás, escapando por un pelo.

Pero el impacto que no sucede me golpea de otra manera: mi corazón martillea, la adrenalina ardiendo como hielo en las venas,

haciendo que todo mi cuerpo tiemble.

El hombre maldice algo antes de que su coche desaparezca a lo lejos, y yo vuelvo a la seguridad de la acera. Mi pecho sube y baja en respiraciones frenéticas, y solo entonces me doy cuenta: el collar está caliente contra mi piel, latiendo, como si siguiera el ritmo de mi corazón.

—S-salió b-bien —tartamudeo, aún temblando, la mandíbula tensa.

Forzo mis piernas a moverse y disparo de vuelta, el miedo todavía vibrando bajo mi piel mientras avanzo por la calle hacia esa casa. Cada paso pesa más que el anterior, como si el pavor se negara a soltarme. Pero no es la casi muerte lo que me asusta.

Lo que realmente me aterra es el juicio que he perdido.

Lo que soy capaz de hacer solo por tener un instante con Mark. Solo por estar frente a él como yo misma. Como mujer.

Y entonces espero.

Cuatro minutos. Es todo lo que tarda en aparecer su coche, entrando por la calle con fuerza, los neumáticos chillando sobre el asfalto.

Lo sé porque conté los segundos.

Debe de haber incumplido todas las normas de tráfico para llegar tan rápido.

Y todo lo que hago es sonreír.

La pickup negra se desliza por la calle y se detiene con un leve sacudón. La puerta se abre, y Mark sale, con la postura alerta, los ojos lupinos recorriendo los alrededores hasta fijarse en mí.

Mi corazón se dispara, una corriente eléctrica recorriendo mi columna. Mis palmas están húmedas y las froto disimuladamente contra el tejido del vestido, tratando de ignorar el cosquilleo en el estómago.

Mark avanza hacia mí, los pasos firmes, la mirada clavada en mi rostro, una sonrisa ladeada surgiendo en sus labios.

—¿Por casualidad… has visto a mi gatita por aquí… otra vez?

La pregunta tiene un toque de diversión, como si no creyese en la casualidad de encontrarse en el lugar correcto y en el momento justo otra vez.

Muerdo mi labio, conteniendo una sonrisa.

—Por casualidad, sí.

Él entrecierra los ojos, cruzando los brazos mientras me estudia, la sombra de una sonrisa jugando en su boca.

—Hmm… parece que siempre estás por aquí cuando ella decide escaparse.

Suelto una risita baja, nerviosa, y me froto las manos contra el vestido otra vez.

—Coincidencias de la vida.

Mark lleva las manos al cabello y lo echa hacia atrás al soltar un suspiro.

—Debe de estar bien, solo explorando el vecindario —dice, sin apartar la mirada de mí. Luego, en un tono bajo, para sí mismo, añade: — Seguro que solo se asustó por algo.

Mi estómago se contrae, y la culpa por haberle preocupado quema bajo mi piel.

— Vives por aquí cerca? —pregunta, casual, pero hay algo en la forma en que sus ojos recorren mi rostro que hace que mi corazón martillee en el pecho.

Sonrío de lado.

—De cierto modo, sí. Por ahora…

Él frunce el ceño, un brillo curioso bailando en sus ojos, pero no pregunta lo que mis palabras significan. En cambio, muerde el labio inferior y da un paso más hacia mí.

Casi me muero.

Estrellas del cielo, qué guapo es…

—¿Y tú? —Devuelvo la pregunta, aunque ya conozca la respuesta, solo para no dejar morir la conversación.

—Sí —dice, señalando el final de la calle con un gesto de cabeza—. Justo allí.

—Ah, parece formidable, al pie del bosque…

—Sí.

Queda un silencio durante unos segundos, y me siento nerviosa mientras él baja la mirada hasta mi vestido. El mismo de ayer. Exactamente la misma ropa. Contengo la respiración, intentando disimular, y luego suelto una risita nerviosa, alisando la tela con las palmas sudorosas.

—No estoy haciendo el camino de la vergüenza ni nada de eso… Quiero decir, no pasé la noche con nadie… —Me detengo, sintiéndome completamente avergonzada, e intento explicarme otra vez, buscando alguna excusa—. Es solo… un uniforme.

Él niega con la cabeza, el ceño fruncido, y murmura:

—No estaba pensando en eso, eh, no hacía falta que te explicaras.

—Bueno, quise explicar —encogí los hombros, fingiendo indiferencia, aunque por dentro me estoy gritando a mí misma por ser tan torpe.

El nerviosismo aumenta, y siento el calor subiendo por mis mejillas. Cuando la ansiedad aprieta, lo primero que sale de mi boca es:

—¿Has ido al Pandemonium?

Ya sé la respuesta, claro. No ha salido después del trabajo, excepto aquella noche, cuando fue tras el origen de la energía maligna. Pasó todo el día fuera, revisando todo lo que podía, y solo volvió a la cabaña tarde en la noche, exhausto y perdido en sus propios pensamientos.

Y esa idea me provoca una especie de celos.

Él niega con la cabeza, suavizando un poco la expresión.

—No, la última vez que fui a la taberna fue aquella noche en que te vi. Y no veo razones para volver.

—¿Por qué no? — Levanto una ceja—. ¿Acaso Char cambió la carta de bebidas desde que me fui?

Él niega con la cabeza y parece dudar un instante antes de responder.

—No. En realidad, ahora que sé que no estarás allí, ya no tengo motivo para ir…

Muerdo el labio para intentar contener la sonrisa amplia que amenaza con aparecer, pero es imposible contener mi felicidad.

—Ah, ¿entonces ibas por mi causa, eh? —pregunto, con una sonrisa traviesa, un tono de desafío en los labios.

Él me mira de vuelta, con una sonrisa ladeada, un poco tímido, y eso me afecta de una manera que no esperaba. Ver a ese hombre imponente, poderoso, sonrojándose por mi causa, es excitante…

Es excitante saber que tengo ese poder sobre él.

—Eras lo mejor de ese lugar. —Da un paso más cerca, la mirada volviéndose más intensa.

—¿Mejor que la cerveza? —bromeo para ocultar mis nervios.

Él arquea una ceja, el borde de la boca curvándose en una sonrisa más segura.

—Definitivamente. —La punta de su lengua roza su labio inferior, y me quedo hipnotizada.

De repente, mi sonrisa desaparece y el silencio se instala entre nosotros, denso y cargado, como si el aire alrededor se hiciera más pesado.

Estamos allí, simplemente mirándonos… y algo dentro de mí empieza a agitarse.

Siento una necesidad abrumadora de acercarme, como si un imán invisible tirara de mi cuerpo hacia él. Quiero más de él. Quiero sentir sus manos grandes y firmes sobre mí, quiero perderme en el

calor de su toque, quiero ronronear contra su pecho, hundirme en el olor cálido y masculino que emana de él…

Mi cuerpo actúa antes de que mi mente pueda procesarlo. Un paso hacia atrás, un tropiezo disimulado, y respiro entrecortadamente cuando siento sus manos volar para sostenerme.

Sus dedos, calientes y firmes, se cierran alrededor de mi cintura, estabilizándome. El contacto es instantáneo, intenso, y me provoca un escalofrío delicioso que recorre toda mi columna. Me sostiene con una firmeza que me marearía a cualquiera, atrayéndome hacia él, como si supiera que, en el fondo, estoy completamente entregada.

Mis ojos suben hacia los suyos, y mi boca se seca al darme cuenta de lo cerca que estamos. Su pecho roza el mío, y su rostro está a escasos centímetros del mío. Mark abre ligeramente la boca, sus ojos lobunos bajando hasta mis labios.

Mi corazón se dispara.

Contengo la respiración, esperando, deseando tanto sentir la presión de su boca sobre la mía que todo mi cuerpo arde, febril, mis mejillas encendiéndose.

El silencio se vuelve casi insoportable, y levanto levemente el rostro, mis labios implorando fusionarse con los suyos.

Entonces, justo en el momento en que se acerca, su celular suena.

Mark suelta un insulto bajo, se pasa la mano por el cabello, visiblemente irritado, antes de sacar el aparato del bolsillo.

—Tengo que contestar.

—Claro —susurro.

Se da la vuelta de espaldas y cierro los ojos por un instante, la frustración cayendo sobre mí como un cubo de agua fría mientras respiro profundo, tratando de calmarme.

Atiende rápidamente; la conversación es breve, alguien dice algo y él responde con una sola frase.

—Llego en diez minutos.

Mi estómago se hunde con la sensación de que el momento que estábamos a punto de vivir se desvanece como humo.

Cuando vuelve hacia mí, forzo una sonrisa, pero siento los músculos de mi rostro tensos. Él frunce el ceño y guarda el celular en el bolsillo, pasando nuevamente la mano por el cabello con un suspiro pesado.

—Perdón, tengo que volver al trabajo.

Asiento, intentando ocultar la decepción que me invade, y respondo con la voz más tranquila que consigo reunir.

—Está bien.

Da un paso atrás, duda por un segundo, como si se hubiera dado cuenta de algo.

—Si ves a mi gata…

No pienso mucho antes de responder; digo lo primero que me viene a la mente.

—Estará bien, la vi dirigiéndose hacia tu casa antes de que llegaras.

Señalo la verja de la cabaña; no parezco una acosadora solo porque él mismo había indicado dónde vivía más temprano.

—Gracias —dice, pero antes de darse la vuelta para irse, vuelve a hablar, su voz más grave. — Espero que nos crucemos de nuevo.

Sonrío tanto que me duelen las mejillas.

—Yo también espero.

Comienza a alejarse, dirigiéndose al coche, pero entonces, algo dentro de mí me impulsa a actuar.

—¡Espera!

Se detiene antes de entrar al coche y se gira hacia mí, la mirada alerta. Mi cuerpo se tensa. Remuevo el borde del vestido, nerviosa, pero sé que necesito hacer esto, que no puedo dejar pasar la oportunidad.

—Tengo algo que contarte… pero no tuve tiempo, así que quedará para la próxima vez que nos veamos.

Permanece allí, de pie, con la mirada fija en mí, intensa, curiosa.

—Entonces espero que ese día llegue pronto.

—Sí, estaré por aquí…

—En el lugar adecuado y a la hora justa —rebate él.

—Exactamente. —Parpadeo.

Él esboza una sonrisa rápida, un poco enigmática, y finalmente se da la vuelta, entrando en el coche.

Me quedo allí, observándolo partir, un sabor agridulce en la boca, con la promesa de un próximo encuentro flotando en el aire entre nosotros.

No puedo posponer más mi destino.

Necesito contar toda la verdad y romper esta maldición de una vez por todas.

Pero por las estrellas…

Espero que eso no signifique perderlo.

Capítulo 26



Mark

—¿Nada de suerte con el grimorio? —Mi voz suena más áspera de lo que pretendía.

Balthazar suelta un suspiro y cruza los brazos sobre el pecho.

—Nada. Contacté a los brujos que conozco, pregunté por cualquier movimiento extraño, pero nadie tiene ni idea. Si un grimorio hubiera sido robado, mi coven ya lo sabría. Habría llegado a mis oídos.

Muerdo el borde de la mejilla por dentro. No me gusta para nada cómo va esta conversación.

—Entonces la única explicación… —mi voz baja un poco, como si decirlo en voz alta hiciera todo aún más real.

Balthazar asiente, con los ojos fijos en mí.

—O esa persona vino de lejos, fuera de los contactos que mi clan y otros de la zona tenemos, o el grimorio que viste en esa casa proviene de un pacto reciente. Un libro forjado bajo influencia demoníaca.

El rugido escapa antes de que pueda contenerlo, y mi puño golpea la mesa de madera con fuerza suficiente para que crujan las tablas. Ted cruza los brazos y me lanza una mirada preocupada antes de hablar:

—Él o ella no va a poder esconderse por mucho tiempo, Bestia. Todos lo estamos buscando. No solo nuestro equipo, sino que otros

brujos también quieren ver a ese hijo de puta pagar por lo que ha hecho en nuestra ciudad.

Mi mirada se vuelve hacia Balthazar.

—¿Está confirmado? ¿Es la misma persona?

Él asiente, con expresión sombría.

—Comparé la muestra que recolecté del Wendigo con los rastros de energía que encontré en la casa que explotó. Es la misma firma mágica. El mismo ADN de magia.

Gruño, sintiendo mis colmillos presionar mis encías.

—Solo falta encontrar a ese desgraciado. He estudiado cada maldita grabación de la ciudad, cada calle con visibilidad hacia esa casa. Ya ha pasado una semana y quienquiera que sea, no ha regresado. Se está escondiendo bien.

Ted carraspea.

—La casa estaba realmente abandonada, jefe. El dueño legítimo heredó el lugar, pero vive en otro país desde hace años. No tenemos ningún rastro. Las centinelas tampoco han reportado nada sospechoso desde entonces.

Mis garras amenazan con salir. Siento a mi bestia inquieta bajo la piel.

—Todo parece tranquilo ahora, sin apariciones, pero mi instinto dice que es ese tipo de calma que precede a la tormenta. Aún no ha terminado.

Balthazar murmura algo y mueve los dedos en el aire, un gesto inconsciente de quien maneja magia.

—No ha terminado, en efecto. Hoy eché las cartas para ti y no salió nada bueno. Habrá algún tipo de desorden o batalla. Queda para interpretación, pero ante todo lo que ha ocurrido, imagino que esté ligado a los monstruos.

Mi mirada se vuelve hacia Ted por un instante. Mi mandíbula se tensa, presiono los labios y sé que él lo nota.

—¿Qué estás escondiendo, Mark? —Su voz es directa, incisiva.

Exhalo por la nariz, cediendo a la verdad.

—Tal vez sé de lo que hablaron las cartas… —murmuro, sintiendo mis colmillos alargarse—. Liam me retó a un duelo. Acepté. Será esta noche. Luna llena.

Ted suelta un maldito juramento bajo.

—¡Joder, Mark! Sabía que andabas raro estos días. Escondiendo algo. ¿Por qué aceptaste esa mierda? Solo te va a traer dolor de cabeza con esos lobos.

Balthazar se mueve discretamente hacia atrás, levantando las manos como si quisiera retirarse ya de la conversación.

—Tengo otro compromiso, entonces… —señala hacia la puerta.

Hago un gesto breve con la cabeza, despidiéndolo. En cuanto se va, vuelvo mi atención a Ted.

—Será rápido. No puedo echarme atrás. Hicimos una promesa de sangre bajo la luna. Los dos debemos cumplirla, aunque no quisiéramos.

Ted exhala, frustrado.

—¿Y estás seguro de que será un duelo de verdad? ¿No una emboscada?

Asiento.

—El código del duelo de los lobos se toma en serio. Mano a mano. Uno a uno. El más fuerte gana. Y yo soy el más fuerte, Ted. Sin cuestionamientos.

Él bufla, pero no discute.

—Lo sé. Solo… termina con esto de una vez por todas.

Sonrío de lado, sin humor.

—Seré rápido.

Ted emite un sonido de satisfacción antes de cambiar de tema.

—Viklaus recobró la conciencia total. ¿Qué haremos con él? Todavía está desestabilizado, no quiere salir del confinamiento.

Me froto el rostro, sintiendo el peso de un día que apenas comienza.

¿Soy un pésimo ser por desear que el collar de la Gatita me llame hacia ella otra vez solo para encontrarme con Sandra? ¿Vendrá hoy? ¿Será que…?

—Creo que necesita el tratamiento con sangre humana —la voz de Ted me arrastra de vuelta a la realidad. —Estoy intentando incentivarlo a que acepte. Una gota al día hasta que recupere resistencia. Para no perder el control total si, por casualidad, necesitara alimentarse de humanos en caso de emergencia, como la última vez.

Intento concentrarme en el trabajo.

Pero esos ojos verdes todavía persiguen mis pensamientos…

Estaba en las cartas. Grabado en las estrellas mucho antes de que yo entendiera. Balthazar predijo que nuestros caminos se cruzarían, y en aquel entonces dudé. Pero entonces la vi en aquella taberna…

Y todo cambió.

Fue un llamado primitivo, una certeza que se grabó en cada fibra de mi ser. Sandra es mía. Mi compañera destinada.

Solo que no esperaba que ella me aceptara. Pasé demasiado tiempo convenciéndome de que tendría que observarla desde la distancia, contentarme con vislumbres ocasionales, saciar mi hambre solo con verla.

Pero ahora… ahora el destino me ha dado una oportunidad.

Y no pienso desperdiciarla.

***

Estoy a punto de salir del trabajo y regresar a la cabaña cuando noto que el collar no me ha llamado esa tarde.

La Gatita estaba sana y salva la noche anterior, acurrucada esperándome. Si exploró las calles hoy, no encontró peligro alguno. Eso debería tranquilizarme, pero mi mente insiste en vagar hacia Sandra. Ella dijo que tenía algo que contarme… ¿Qué será? Y, más importante, ¿cuándo volverá a aparecer para mí?

Bajo las escaleras de la empresa, el día oficialmente terminado, cuando un murmullo corta el silencio. El sonido urgente de una alarma resuena por los altavoces. Siento que el estómago se me encoge antes incluso de escuchar los detalles.

Doy media vuelta y corro de regreso a mi piso. La sala de operaciones de Ted está en frenesí: luces parpadean en el panel, órdenes se cruzan por el headset mientras coordina a las centinelas con precisión militar.

—¿Qué pasó? —pregunto, inclinándome sobre las pantallas.

El mapa de la ciudad brilla en tres puntos distintos, señalados por la alerta.

—Apariciones —responde Ted entre dientes, los ojos fijos en el panel mientras sigue dando órdenes.

—Todos los novatos ya están listos para el combate —aviso —. Divídanlos. Dos grupos de tres y un grupo con los dos más fuertes. Deben apoyar a las centinelas experimentadas. Yo…

De repente, siento un tirón.

No físico. No exactamente. Pero es como si algo invisible me envolviera y me arrastrara hacia adelante, un mandato grabado en mi propia carne. La sangre respondiendo a la promesa que hice.

¡Mierda!

La magia exige que cumpla mi voto. Aprieto los dientes y miro por la ventana. La luna llena se alza en el cielo como un presagio. El sol ya se ha puesto en el horizonte.

Ted me mira, frunciendo el ceño al percibir mi postura rígida.

—Necesitas ir a ese maldito duelo, ¿verdad?

Trago saliva. Un tropiezo hacia atrás confirma lo que ya sé: la magia me empuja, exigiendo que vaya.

—Sí —murmuro, intentando contener la frustración.

—Entonces ve y acaba con eso —gruñe, volviendo la atención al panel—. Las centinelas se encargarán del resto.

Asiento, lanzando una última mirada a las pantallas antes de girarme.

—No debo demorarme.

En cuanto termine, iré tras las apariciones. Pero por ahora, hay una promesa de sangre que cumplir.

Mi cuerpo ya se mueve.

Ignoro el coche. No lo necesito.

Mis pies se disparan sobre el asfalto, cruzando el garaje hasta la calle. Mi sangre pulsa con una energía cruda y primitiva. Entonces cedo a la transformación. Salgo disparada por las calles como un lobo-perro, en dirección al límite del bosque. Salto la barrera sin esfuerzo, el impacto de la caída reverberando por mi cuerpo mientras ocurre la segunda transformación.

La transición a mi forma híbrida es rápida y fluida. Mis músculos se expanden, mis manos se alargan en garras, la piel se cubre de pelo mientras corro.

No necesito pensar.

La promesa me guía. El instinto me empuja.

El olor me golpea primero.

Lobos.

Muchos de ellos.

Gruñen bajo, los dientes a la vista. Claro que tendríamos público. La manada necesita observar, necesita saber quién será el vencedor, quién tomará el liderazgo al final.

No es que yo desee eso.

Mis ojos pueden tener el dorado de un Alfa, pero no soy un lobo puro. Y, definitivamente, no soy uno de ellos. Jamás lo seré.

Me abandonaron cuando era un bebé.

Mataron a mi madre.

Intentaron matarme.

Pero ahora están aquí, esperando para ver quién de nosotros vencerá.

Y yo planeo darles un espectáculo.

El claro aparece adelante, un círculo de sombras y luz lunar filtrada entre los árboles antiguos. El aire lleva olor a tierra mojada, tensión y furia.

Liam ya me espera.

Su forma híbrida es un poco más pequeña que la mía, el pelaje negro absorbiendo la luz de la luna, las orejas puntiagudas vibrando en alerta ante mi llegada. Su hocico es más largo, los ojos dorados brillando con pura agresividad. Sus colmillos expuestos gotean saliva al verme.

Deja escapar un aullido.

La manada responde. El sonido reverbera por el bosque, una sinfonía salvaje de expectación. Salen de las sombras de los árboles y se acercan, formando un semicírculo alrededor de Liam, dejando únicamente una abertura, un silencioso convite para que me una a él y comience el duelo.

Cuando me detengo frente a él, a pocos pasos de distancia, el círculo de lobos se cierra a nuestro alrededor, formando una barrera salvaje, nuestra arena improvisada de tierra y hierba.

Liam se estira, inflando el pecho de manera amenazante, intentando igualar nuestra altura, sus músculos tensos y listos para el enfrentamiento. Su voz suena gutural y distorsionada por su forma bestial.

—Siempre soñé con derrotarte con mis propias garras.

Inclino la cabeza, mi propia voz sonando salvaje:

—Y seguirás soñando.

Él gruñe, mostrando los dientes.

Estoy de pie, el pecho erguido, los músculos tensos como acero. Frente a mí, Liam revela una sonrisa bestial, cargada de algo psicótico, mientras sus ojos brillan con una animación casi insana.

—No voy a ir con suavidad solo porque compartimos sangre —dice, flexionando las garras.

La ganas de reírme casi se me escapan. Soy yo quien debería decir eso, no él.

Inclino la cabeza, analizando su postura, el peso del cuerpo distribuido para el ataque.

—Sería un insulto —mi voz sale baja, cargada de desprecio—. De hecho, sugiero que des todo de ti… sería decepcionante acabar contigo en unos segundos.

—Te arrepentirás de decir eso, bastardo.

Ruedo los hombros, flexiono los dedos, sintiendo cómo mis garras se extienden al límite.

El desafío ha sido aceptado. Este es un duelo. Uno contra uno.

Él avanza primero, un borrón de músculos y furia desenfrenada. Con un movimiento ágil, desvío, girando rápidamente hacia un lado. Mis garras rasgan sus costillas; el sonido de cuchillas cortando carne y crujir de huesos se ve amortiguado por su gruñido de dolor.

Liam se inclina hacia un lado, pero aprovecha el ángulo de caída y, con un movimiento brusco, lanza una patada directa a mi rodilla. El impacto es rápido, preciso y, al mismo tiempo, lo impulsa lejos de mí.

Mi articulación explota en una ola de dolor agudo. Mi pierna cede ligeramente, pero el suelo nunca me domina.

El dolor solo me enfurece, desapareciendo casi tan rápido como surge.

Podría acabar con todo esto en un abrir y cerrar de ojos. Un simple pensamiento y lo inmovilizaría, estaría en el suelo, impotente, atrapado por mis barreras invisibles. Pero no, no así. No sería un duelo justo. Solo usaré la fuerza bruta. Sin magia.

Saltamos uno contra el otro de nuevo.

Liam extiende los brazos en forma de cruz, cerrándose en un arco lateral; preveo dos golpes de garras en mis costillas. Pero soy más rápida.

Nos encontramos en el aire, un estruendo de carne contra carne. Consigo sujetar sus brazos antes de que me golpeen, nuestros músculos tensos, pura fuerza chocando. Liam gruñe al ser retenido, dobla las piernas y lanza una patada poderosa contra mi torso en un intento de liberarse. Siento el impacto, pero ya está atrapado en mis manos, solo hace que mis garras se hundan más en sus muñecas, los ligamentos de sus brazos estirándose al límite.

Caemos pesadamente, rodando por la tierra y las hojas. Consigo posicionarme encima de él y empujo sus muñecas por encima de su cabeza, uniéndolas firmemente con una de mis manos, mientras la otra va directo a su cuello. Mis dedos se cierran; quiero robarle el aire hasta que quede inconsciente. No quiero bajar al nivel sanguinario de él; quiero acabar con esto y ganar sin tener que matarlo.

Pero Liam se retuerce violentamente, su fuerza híbrida manifestándose. Sus piernas se enredan en mí, y las garras de uno de sus pies me alcanzan el costado, cortando profundamente.

—¡Cede, mierda! —gruño, apretando su cuello hasta hacer que sus ojos se pongan rojos.

Liam abre la boca, el maldito no puede respirar bien, pero dibuja una sonrisa enfermiza llena de colmillos.

—Nunca —responde con la voz ahogada.

El olor metálico de la sangre se mezcla con el aire denso del bosque, y la punzada de dolor en mi costado me llama la atención.

La herida aún no se ha cerrado.

—¿Qué?

Por un instante, vacilo y acabo aflojando el agarre que tenía sobre él. En ese segundo de distracción, Liam aprovecha y usa su fuerza; uno de sus brazos escapa de mi presa y, antes de que pueda reaccionar, clava sus garras en mi hombro, bajando por el brazo, desgarrando mi piel.

Un calor cortante se extiende por la herida, un dolor tan intenso que hace que mi visión fluctúe.

—Hijo de puta —gruño, redoblando la presión sobre su cuello para mantenerlo debajo de mí, mis garras se hunden en la muñeca que aún sostengo.

Liam no cede, y con un movimiento rápido, separa las garras clavadas en mi brazo y las empuja hacia mi costado, perforando mi torso.

Gruño, no solo por el dolor, sino porque algo está mal.

Algo no tiene sentido.

Mi cuerpo está… debilitándose.

Vuelvo a dominarlo, colocando todo el peso de mi cuerpo sobre el suyo, obligándolo a sentir mi presión. Suelto su cuello, pero inmediatamente clavo mis garras en el mismo punto donde lo golpeé antes, en las costillas quebradas.

Él grita, un gemido de dolor, y me suelta momentáneamente, llevándose la mano a su herida.

Trago saliva y me retiro, levantándome rápidamente mientras respiro hondo. Mi pelaje está empapado con mi propia sangre, los cortes profundos no se cierran, y el dolor se extiende por mi cuerpo, agudo, implacable.

Pero hay algo peor. Algo que me congela por dentro.

Siento un frío reptante, antinatural, extendiéndose por mis venas. Mi cuerpo está perdiendo calor. Mi visión oscila entre el enfoque y la oscuridad, como si estuviera a punto de desmayarme.

Parpadeo para aclarar la vista borrosa y mi atención se centra en Liam, que se está levantando; tose y escupe sangre al suelo.

Intento crear una cúpula de barrera a su alrededor, para mantenerlo alejado de mí, pero apenas surge, se desvanece. Una punzada de dolor me atraviesa el pecho cuando intento generarla de nuevo.

Y entonces, el terror se instala en mí.

Mi esencia. Mi magia.

Algo está absorbiendo cada gota de ellas, drenando mi fuerza, dejándome vacío, débil… mal…

¿Qué diablos me hizo?

Mis ojos se encuentran con los de Liam, y él sonríe.

Una sonrisa satisfecha, cruel.

Levanta las manos y sus garras brillan bajo la tenue luz.

—¿Lo estás notando, chucho? — Flexiona los dedos, con una sonrisa cruel formándose en el rostro—. Polvo de hierro frío. Apliqué una dosis generosa en cada garra. No es tan rápido ni eficiente como una hoja completa, como la que mi madre usó para matar a la tuya, pero… cumple su función.

La rabia me golpea junto con el miedo.

Hierro frío. Claro. Nunca planeó un duelo justo.

Sabía que, cara a cara, en fuerza bruta, no tendría oportunidad.

—Hijo de puta… —gruño, sintiendo mis piernas más pesadas, mi visión oscureciéndose en los bordes—. Esto es contra las reglas.

Él se ríe.

—Las reglas no aplican aquí, bastardo. No eres un lobo como nosotros.

Él avanza de nuevo y yo esquivo por instinto, pero estoy más lento. Mi cuerpo grita contra el movimiento, pero ignoro el dolor.

No puedo detenerme ahora.

Si caigo, estoy muerto.

Necesito sorprenderlo, encontrar una grieta, un ataque furtivo.

Hago un movimiento vacilante, simulando un tropiezo agotado, y espero el momento justo. Cuando él avanza, me agacho rápidamente, hundiendo mis garras en su abdomen con toda la fuerza que me queda. Liam se atraganta, sus ojos se abren desmesuradamente de sorpresa. No le doy espacio para respirar. Mis garras suben mientras levanto mi cuerpo, desgarrando la piel de su torso hasta clavarse en sus hombros, luego lo arrastro hacia mí.

Siento cómo sus antebrazos se levantan, listos para golpearme en la espalda, pero no pierdo tiempo: abro la boca y avanzo hacia su cuello. Mis dientes se clavan profundo en la garganta de mi medio hermano, y él emite un gemido ahogado, sus garras venenosas arañan mi espalda, sus miembros debilitados por mi ataque.

Sé que si no hundo mis colmillos más profundo, pronto no tendré fuerza para terminar lo que comencé.

Él se recuperará y yo no.

Entonces muerdo con todo, desgarrando carne y tendones, su sangre invade mi boca, caliente y salada, goteando por mi barbilla. El cuerpo de Liam se estremece, y un sonido gorgoteante escapa de su garganta, ahogado por el dolor. Aun así, no se rinde, intentando golpearme, luchando con todo lo que le queda.

Hago lo mismo, reúno los últimos vestigios de fuerza que me quedan y, con un movimiento rápido de cabeza, hago que su cuello crujiera. Su cuerpo se ablanda inmediatamente, sin vida, su peso colgando sobre mí.

Con un impulso brutal, lo lanzo lejos, y el cuerpo vuela como un muñeco de trapo en el aire antes de estrellarse contra el suelo con un golpe seco.

Respiro con dificultad, mis músculos y huesos protestan con cada movimiento.

Mi hocico está empapado de sangre caliente, pero el sabor metálico ya no me afecta. Lo que me consume ahora es la debilidad, arrastrándose por mis miembros como algo sombrío, drenando mi esencia a cada segundo.

He ganado.

Pero el círculo de lobos a mi alrededor no se disuelve. Ninguna cabeza se inclina en señal de sumisión. Ninguna aceptación de la victoria.

Algo está mal.

Me doy vuelta a tiempo para ver a dos de ellos avanzando, los ojos brillando con furia cruda. Hijos de puta. Esto no forma parte del duelo. Esto no debería estar pasando.

Gruño en advertencia, el pelaje erizado, los músculos tensos, pero no retroceden. No dudan. Y entonces me doy cuenta: no solo están ignorando el código de conducta. Lo están rompiendo.

El círculo de lobos se cierra a mi alrededor. Un paso. Luego otro. Cada músculo de mi cuerpo grita de agotamiento, el dolor rasgando mi carne como hierro al rojo vivo. Mi corazón late contra las costillas, la única certeza palpitando en mi mente.

Si me quedo, muero.

Gruño en desafío, mostrando los dientes ensangrentados, pero no retroceden. Ojos feroces brillan en la oscuridad, colmillos a la vista, y entonces los aullidos resuenan por el bosque.

Los primeros atacan.

Dos lobos enormes saltan al mismo tiempo y yo me lanzo entre ellos, esquivando por un hilo. Mi hombro choca contra uno de ellos, empujándolo en el aire, desequilibrando su salto. El otro apenas tiene tiempo de reaccionar antes de que mis garras rasguen su flanco en un golpe desesperado. Cae al suelo gimiendo, pero no me detengo a ver si se levanta.

El círculo duda por un segundo y aprovecho la brecha. Tomo impulso, cada fibra de mi ser concentrada en un único objetivo: correr.

Disparo por el bosque, cada paso un esfuerzo hercúleo, el dolor ardiendo como un látigo desgarrando mis nervios, pero no puedo detenerme. Mi sangre corre por mi pelaje en senderos escarlata a lo largo del camino, cada gota robando más que fuerza, robando mi esencia, mi magia.

Los lobos me siguen con aullidos; el sonido de sus patas golpeando el suelo se hace cada vez más cercano. Ese comportamiento no es natural; no suelen actuar así tras un duelo. ¿Qué demonios está pasando?

Mi visión oscila, borrosa, los contornos de los árboles mezclándose en sombras indistintas.

Solo un poco más…

La cabaña está adelante.

Su barrera mágica resplandece con un brillo casi imperceptible, la protección que necesito. Mis piernas flaquean en los últimos metros, pero me lanzo hacia adelante, cruzando el límite invisible.

Los lobos se detienen abruptamente, gruñidos furiosos resonando en la noche. Saliva chorrea de sus colmillos afilados, los ojos brillando en un frenesí animal. Algo está mal.

No solo están enfurecidos.

Están fuera de control.

Pero la barrera los detiene. Uno a uno, retroceden, las orejas bajando, los cuerpos temblando antes de finalmente girarse y desaparecer en el bosque.

Caigo de rodillas dentro del perímetro seguro, el pecho jadeando, la piel ardiendo como si estuviera siendo desgarrada desde dentro. Mi cuerpo responde al instinto, intentando transformarse de nuevo en forma humana, pero algo está mal.

El dolor explota, un espasmo cruel recorriendo mis miembros. No puedo. Mi carne tiembla, vacila, algo dentro de mí se niega a volver completamente a la normalidad. La ropa aparece, pero mi cuerpo aún está en desorden. Mis dedos siguen alargados y con garras, mis piernas se doblan de manera extraña, la piel humana se mezcla con el pelaje de la bestia. Mis huesos dudan, atrapados entre dos formas, sin saber cuál deben asumir.

El hierro frío… me está impidiendo transformarme.

Estoy atrapado en esta forma anómala, un híbrido retorcido entre bestia y hombre. Mi propio cuerpo, mi propia magia… traicionándome.

Un gruñido de dolor escapa de mis labios cuando intento moverme, los músculos rígidos, débiles, negándose a obedecer. Mi respiración es superficial, el mundo a mi alrededor oscilando, oscureciéndose en los bordes de mi visión.

Lucho por alcanzar el celular, mis dedos con garras temblando, incapaces de sostener nada. Mi cuerpo cede. Caigo al suelo, arrastrándome a cuatro patas como un animal herido, cada movimiento haciéndome gemir de dolor.

Todo a mi alrededor se distorsiona, mis pensamientos tropiezan, pero una única verdad salta del caos: esto no fue coincidencia.

¿El maldito duelo ocurriendo justo en el momento del ataque de los monstruos?

Los lobos descontrolados…

Esto huele a trampa.

El hierro frío se esparce por mis venas como un veneno letal, quemando, consumiendo, borrando cada vestigio de la esencia fae que habita en mí. Liam descubrió mi secreto, la línea que heredé de mi madre, algo que me esforcé en mantener oculto. Incluso después de que mi padre adoptivo contratara a un controlador de mentes para borrar de la memoria de toda la manada cualquier recuerdo de

mi punto débil, él encontró la manera de descubrirlo. Y ahora, ese conocimiento me está destruyendo desde adentro hacia afuera.

Lucho por respirar, por mantenerme consciente, necesito sobrevivir…

Y entonces, justo frente a mí, un par de ojos familiares.

Ojos verdes.

Ella corre por el césped, acercándose a mi estado deplorable con una agilidad felina.

Su silueta es lo último que veo antes de que la oscuridad me engulla.

Capítulo 27



Sandra

Mi estómago se revuelve en un torbellino de nervios y ansiedad.

Hoy. Será hoy. Voy a contarle la verdad.

Mi mente no deja de atormentarme con todas las posibilidades.

¿Qué dirá?

¿Cómo reaccionará?

¿Me odiará o me aceptará?

Y cuando todo se revele y me libere de la prisión en el cuerpo de gato…

¿Qué será de mí?

Si pudiera, nunca volvería a ese miserable apartamento.

Me quedaría aquí, bajo el cuidado de la Fiera.

Como su mujer.

Sé que debería regresar a mi dura realidad, humillarme pidiendo ayuda económica a Lucy. Ella me ayudaría sin dudar, aunque eso signifique tocar el dinero sucio de la herencia, ese dinero manchado con la muerte de sus padres.

Podría empezar de nuevo. Juntar cada centavo hasta devolver lo que tomé prestado. Sería el camino correcto. El más sensato.

Pero no quiero.

Quiero vivir aquí.

Quiero a Mark…

El tiempo pasa lentamente, y yo espero. Después de la llamada que él recibió ayer por la tarde, momentos antes de que jurara que me iba a besar, decidí que no sería correcto seguir jugando con ese collar. No puedo seguir llamándolo cada vez que quiera, interrumpiendo su trabajo solo para satisfacer mi deseo de verlo.

Así que espero. Pensando en cómo revelaré la verdad.

¿Tan pronto como cruce la puerta?

¿Debo esperarlo ya en forma humana o transformarme frente a sus ojos?

Mientras reflexiono, sigo como gata, guardando la esencia para el momento de la revelación. Necesito todo el tiempo que pueda para explicarme. Para decir que nunca quise engañarlo, pero tuve miedo de confesarlo la primera vez que logré controlar la transformación. Que temo no poder romper nunca esta maldición. Que necesito su ayuda.

La noche cae. Y él todavía no ha regresado.

Mi corazón se aprieta. Camino hasta el alféizar de la ventana abierta, con vista a la parte trasera de la cabaña y al bosque. Levanto el rostro hacia el cielo, respirando hondo al ver la luna llena.

Entonces recuerdo el duelo.

¿Era hoy?

Los minutos se arrastran.

Las horas pasan…

Está tardando.

De repente, un aullido corta el silencio de la noche. Mis pelos se erizan. Mis músculos se tensan, y mi mirada se fija en el bosque.

Y entonces lo veo.

Tambaleándose.

Tan pronto como cruza la barrera de protección, se detiene y se gira hacia los lobos que lo perseguían. Algo está mal. Muy mal, de verdad.

Mark parece herido.

Y tengo la confirmación cuando sus rodillas ceden y se desploma.

El instinto toma el control. No pienso. Solo actúo. Fuerzo mi transformación y corro, desnuda, sin tiempo para preocuparme por la modestia.

Él me necesita.

Lo veo caer boca arriba, esfuerzo las piernas y recorto la distancia en segundos, arrodillándome a su lado.

—¡Mark!

Su rostro es irreconocible, una máscara de sangre fresca, rasgos mitad humanos, mitad bestiales. Sus manos aún muestran garras afiladas en las puntas de los dedos alargados, sus colmillos presionan contra los labios. Sus ojos están desenfocados, vidriosos; parece al borde de perder la conciencia.

Mi corazón late con fuerza en el pecho.

Los cortes profundos en sus brazos me hacen tragar saliva. Su camisa y pantalón están empapados de sangre —y no solo de sus enemigos. Las manchas escarlata se extienden demasiado rápido, escurriéndose sin parar. No se está curando. Debería estar curado ya. Debería haber logrado transformarse por completo. Pero algo lo detiene.

—Mark… —mi voz tiembla.

Ninguna respuesta.

Sus ojos se cierran. Está inconsciente, respirando irregularmente.

Mis manos tiemblan al levantar su camisa, exponiendo las heridas. El aire se me va de los pulmones. Los cortes profundos brillan de una manera extraña —antinatural. Entre la sangre, hay un

líquido negro que gotea de las heridas, mezclado con pequeñas partículas. Los bordes de los cortes están oscuros, y las manchas se expanden sobre la piel como… veneno.

—No —jadeo.

El sudor brilla en su piel. La garganta se me aprieta. Llevo la mano a su frente y maldigo en voz baja. Está demasiado caliente. Ardiendo en fiebre.

Necesita ayuda inmediatamente.

¿Qué hago?

—¡Estrellas del cielo y Madre Luna, por favor, ayudadme!

No quiero dejarlo allí, pero es demasiado pesado, está demasiado herido para que pueda moverlo. Pero no puedo quedarme quieta. Mis pensamientos son un caos, el pánico me desgarrra por dentro. Corro hacia el interior de la cabaña, el cuerpo temblando de miedo y desesperación.

¡Piensa, Sandra! ¡Piensa!

Mis ojos recorren la estancia, buscando cualquier cosa que pueda ayudarle.

Entonces lo recuerdo.

¡La crema con esencia curativa que Mark usó en mí! Lo vi poner lo que quedaba en la mesita de noche.

Subo las escaleras de dos en dos y abro de golpe el cajón. Mis dedos se cierran sobre el tubo y, sin dudar, corro de vuelta afuera. Las lágrimas me empañan la vista, haciéndome tropezar y caer, pero me vuelvo a levantar enseguida.

No me importa el dolor, la desnudez, nada.

Solo él.

Caigo de rodillas a su lado, sintiendo la piel rozar con el impacto, pero ni lo noto. El único dolor que me atraviesa es la desesperación.

—Por favor, que funcione… Por favor… —gimoteo, abriendo el bote y extendiendo la crema sobre las heridas más graves de su torso.

Pero es demasiado poco.

La sangre deja de brotar a borbotones, la piel se cierra mínimamente, pero las heridas siguen ahí. Profundas. Sigue sangrando.

—¡No vas a morir, ¿me estás escuchando?!

Me levanto de un salto y corro de nuevo hacia dentro, directo al baño. Agarro todas las toallas que encuentro, presionándolas contra su pecho mientras vuelvo a su lado. Apenas respiro al desgarrar la tela en tiras con mis propias garras, improvisando torniquetes. Envuelvo uno en su brazo, luego en el otro, rasgo sus pantalones y hago lo mismo con la pierna. Después presiono otra toalla contra su abdomen y costillas, intentando contener lo peor.

—¡Socorro! —grito al vacío, la voz quebrada—. ¡Necesita ayuda, socorro! ¡Ethan!

Mark deja escapar un suspiro débil, casi imperceptible.

Su pecho apenas se mueve.

—No… no, no…

Mis ojos bajan hacia sus pantalones y un destello me atraviesa la mente.

Con una mano sigo presionando su herida y con la otra empiezo a registrar sus bolsillos. En el izquierdo, encuentro lo que estaba buscando: el móvil.

Coloco el aparato en la hierba, sostengo su mano y presiono su pulgar contra la pantalla; en cuanto se desbloquea, no pierdo tiempo. Voy directo a los contactos. La última llamada fue a Ted. Pulso para llamar, rezando para que conteste pronto.

—Fiera, las centinelas han abatido a los monstr…

—¡Ted! —corto, la voz rasgada—. ¡Mark está gravemente herido, necesito a Ethan! ¡Algo no va bien, no se está curando! Creo

que ha sido envenenado o es algún tipo de magia…

—¿Quién eres? ¿Por qué estás usando el móvil de Mark?

—¡No hay tiempo para preguntas! ¡Está muriendo, Ted! ¡Envía ayuda a la cabaña, por favor, por favor!

—¡Maldita sea! —respira hondo—. Ya vamos en camino.

—¡Rápido!

Corto la llamada y vuelvo toda mi atención a Mark.

—Por favor, no sucumbas… —mi voz se quiebra.

Acojo su rostro entre mis manos; no abre los ojos, apenas respira.

—¡No puedes morir ahora! Ni siquiera tuve la oportunidad de revelarme ante ti, no tuvimos tiempo.

Inclino mi rostro y presiono mis labios contra su frente sudorosa. Cuando me aparto, una lágrima resbala por mi mejilla y cae entre sus labios pálidos.

—Por favor, haré cualquier cosa. Solo… no te atrevas a dejarme.

Capítulo 28



Sandra

La sangre de Mark resbala entre mis dedos, caliente y pegajosa, y todo lo que puedo hacer es presionar las toallas empapadas contra los cortes profundos, rogando para que aguante. Mi cuerpo tiembla, mis ojos arden.

—Aguanta, por favor, la ayuda viene…

Él no responde. Su pecho parece inmóvil, y el pánico me golpea de lleno. Apoyo mi cabeza contra su torso, en la zona sin heridas, y contengo la respiración hasta escuchar el sonido débil, pero constante, de su corazón.

Suspiro aliviada y alzo la mirada hacia sus labios.

Su respiración es superficial, inestable.

Pero respira.

Dirijo la mirada hacia el bosque cuando un sonido me destroza, y lo levanto al darme cuenta de que viene desde lo alto, cada vez más cerca, demasiado rápido.

Mi cuerpo se tensa, el corazón a mil, los instintos en alerta máxima. No se parece a nada que conozca.

Las copas de los árboles se agitan violentamente, como si una tormenta estuviera a punto de estallar, y el ruido se intensifica.

Alas.

Alas enormes.

Y entonces lo veo.

Una criatura emerge, camuflada en la oscuridad de la noche, pero al fijar la mirada consigo ver que sus escamas negras brillan como aceite bajo la luz de la luna.

Un dragón…

Más pequeño de lo que imaginaba que serían los dragones, pero aún así imponente, con ojos ámbar chispeantes y una cola con punta de daga, suspendido en el aire como una sombra viva.

No está solo.

Sobre su lomo, noto la silueta de un hombre, que se aferra con firmeza a las crestas mientras lo monta. En cada una de sus patas delanteras, entre las garras colosales, lleva a otros dos hombres. El dragón deja escapar un bufido que suena casi a saludo antes de descender, liberando a los pasajeros con un movimiento sorprendentemente elegante.

Ethan y Balthazar caen de pie. Y Ted, que resbala por la pierna de la criatura, salta al suelo.

—Gracias —dice el último, sin aliento.

—De nada, Osito —una voz femenina resuena desde el dragón.

Antes de que pueda comprender, la criatura se encoge, sus formas se comprimen, y en un parpadeo, no es más que un cuervo negro que alza el vuelo y desaparece en la noche.

Ted y Ethan corren para atravesar la barrera mágica y nos alcanzan, cayendo de rodillas al otro lado de Mark.

—H-hice lo que pude —mi voz tiembla, un sollozo se escapa—. Ya no sabía qué hacer. ¡Por favor, cuídenlo! ¡Por favor!

Ted gira bruscamente hacia mí, los ojos ardiendo de sospecha.

—¿Quién eres? ¿Qué le hiciste?

El pánico me aprieta el pecho.

—Intenté ayudar… y-yo…

Mi voz desaparece al mirar mis manos. Rojas. Ensangrentadas. Todo mi cuerpo está manchado de rojo, cada parte de mí tocada por la sangre de Mark.

Ethan está pálido, los ojos abiertos de par en par al evaluar la gravedad de las heridas.

—Hiciste bien en intentar detener el sangrado, pero ha perdido demasiado —murmura, con tono grave.—. Las heridas no se están cerrando y su corazón está a punto de ceder. ¿Qué carajo pasó? —maldice Ethan.

—¡Balthazar trajo una poción de curación! —avisa Ted—. Pero está inconsciente. No va a poder beberla bien, joder…

—¡Se puede inyectar! — grita Balthazar desde la distancia, sin cruzar la barrera.

Ted gruñe.

—¿Y ahora vienes con eso?!

Pasa el pequeño tubo de ensayo a Ethan, que lo toma con destreza y rápidamente extrae el líquido en una jeringa. Sin dudarlo, clava la aguja directamente en la yugular de Mark e inyecta la sustancia.

Las heridas empiezan a cerrarse ante nuestros ojos. La piel comienza a reconectarse, pero luego todo se detiene. Las lesiones solo han disminuido de tamaño. No son tan profundas como antes, pero siguen ahí, con los bordes todavía oscuros. Algo va mal, pero Ethan no duda en abrir la bolsa que trajo consigo y sacar un kit de sutura.

—¡Necesita más poción! ¡Dadle más! —imploro, desesperada, mirando de Ted a Ethan con los ojos vidriosos.

—¡No servirá! —grita Balthazar al otro lado de la barrera—. ¡Necesita un antídoto!

Mi estómago se hunde.

—¿Qué estás haciendo ahí parado? ¡Ven a ayudar! —grito de vuelta.

—Él no puede —replica Ted—. Tiene que ser invitado por alguien que viva aquí. Y Mark está inconsciente.

—¡Que entre! —grito al brujo—. ¡Venga ya!

Balthazar duda un segundo antes de estirar la pierna, tanteando el límite. En cuanto atraviesa la barrera, corre hacia nosotros.

—¿Quién eres? —vuelve a preguntar Ted, la voz más baja, pero cargada de tensión.

Siento todas las miradas sobre mí. Ethan me observa de reojo, pero enseguida vuelve a concentrarse en suturar las heridas más graves.

Enderezo los hombros, lista para responder, pero entonces me doy cuenta de mi situación.

Estoy completamente desnuda.

Mi cabello cae sobre mis pechos, ofreciendo una cobertura improvisada, mientras me mantengo sentada sobre mis talones, con una toalla discretamente colocada sobre el regazo, intentando conservar el mínimo de modestia. Pero cualquier movimiento en falso y quedaré expuesta.

Entonces solo levanto el mentón, abro la boca para responder, titubeando al oír el jadeo de sorpresa de ellos.

Me toma un instante entender qué ha pasado, hasta que noto los ojos fijos en mi cuello.

Están mirando el collar.

Respiro hondo y, por fin, respondo:

—Mi nombre es Sandra, pero me conocéis como…

—Gatita —termina Ted mi frase.

Asiento, con los ojos vidriosos volviendo al rostro de Mark, pálido bajo las manchas de sangre.

Contengo el llanto; necesito ser fuerte.

—No tenemos tiempo para distracciones —fuerzo las palabras.

—Tiene razón —Balthazar se agacha junto a Mark, abriendo su maletín sobre la hierba.

Su interior parece vacío, con un forro negro en el fondo, pero entonces mete un brazo y murmura algo. Al sacarlo, sostiene un pequeño frasco de vidrio con un líquido de tono rubí.

—Sostén su cabeza —ordena el brujo a Ted —. Tiene que beber esto.

Ted no duda. Sentándose detrás de Mark, apoya cuidadosamente la cabeza de su amigo sobre sus piernas. Su mirada recorre el rostro de Mark: bajo la sangre, la piel ha tomado un tono gris enfermizo, y los labios se han vuelto azulados.

Balthazar acerca el tubo a los labios entreabiertos de Mark y vierte el líquido en pequeños sorbos. Al principio, se atraganta, la garganta se contrae en un reflejo débil, pero luego su cuerpo reacciona y empieza a tragar.

Ninguno de nosotros se atreve a respirar.

Por un instante, no pasa nada. Luego, lentamente, un soplo de color regresa a su piel, apartando el tono mortecino. Su pecho sube y baja con un ritmo más firme — aún débil, pero perceptible. Sus párpados tiemblan, parpadea varias veces antes de cerrarlos de nuevo.

Mi corazón se dispara.

—¡Está reaccionando! — mi voz sale cargada de esperanza.

—Esta poción estimula la producción de sangre, pero el veneno todavía se está propagando —avisa Balthazar, señalando las manchas negras que se extienden alrededor de las heridas.

—¿Cómo pasó esto? —pregunta Ethan.

—Fueron los lobos —siseo—. Liam le hizo esto.

Ted suelta una maldición baja, se pasa la mano por el rostro, los ojos se abren de par en par a medida que cae en la cuenta.

—El duelo… —Él aprieta la mandíbula—. Estaba demasiado concentrado en los ataques a la ciudad y no lo pensé. ¡Mierda! —Ted

ruge, pasándose la mano por el pelo corto.

Intento pensar, buscar alguna manera de ayudar. Cada ser sobrenatural tiene su punto débil, algo que lo debilita, que actúa como veneno.

—¿Podría ser Wolfbane? —pregunto, vacilante, dejando que la idea se forme poco a poco.

—Improbable… —Ted duda, pero niega con la cabeza—. Si Liam hubiera usado eso, él también se habría contaminado al entrar en contacto con la planta. Wolfbane envenena a los hombres lobo.

—No fue un corte de plata — dice Balthazar, frunciendo el ceño —. Normalmente se usa contra metamorfos, pero la plata deja marcas blanquecinas. Solo retrasa la cicatrización en la zona afectada, no se extiende. Cuando entra en contacto con la piel de un metamorfo, crea una barrera, impidiendo que la herida se cierre.

Ethan no quita los ojos de Mark, evaluando cada detalle de su estado.

—Necesito una muestra de sangre. Si consigo analizarla, puedo descubrir qué lo está envenenando.

—Perfecto. ¿Cuánto tiempo lleva? —Ted lo mira.

Ethan suelta un suspiro tembloroso, los hombros tensos.

—Tal vez dos días, si el análisis es rápido.

—¿¡Dos días!? —gruñe Ted—. Puede que no llegue vivo hasta entonces.

Ethan solo asiente, los labios apretados en una línea tensa.

— Lo sé, Ted. Pero es lo mejor que puedo hacer. ¿Tienes alguna idea mejor?

El silencio pesa entre ellos, hasta que algo parece encenderse en la mente de Ted.

—Voy a sacar esa información de los lobos ahora mismo. —Su voz es un gruñido mientras hace ademán de colocar la cabeza de Mark sobre la hierba para ponerse de pie.

—No puedes ir solo. —Ethan se gira hacia él, sujetándole un brazo para detenerlo—. Es todo un clan contra ti, no vas a conseguir refuerzos, las centinelas todavía se están recuperando. Dejé a muchos heridos para venir a ayudar a Mark.

Ted se pasa la mano por la cara, frustrado.

Ethan vuelve a hablar.

—La única que salió ilesa fue Zephyra, pero…

—…casi agotó toda la esencia que le quedaba y usó lo que le quedaba para traernos hasta aquí —completa Ted, resignado.

Balthazar revuelve dentro de su bolsa encantada y saca algunas hierbas, además de un mortero de piedra.

—Voy a preparar otra poción para ralentizar el avance del veneno —dice el brujo, comenzando a machacar los ingredientes—. Tendrá que tomarla cada hora, pero no sabemos hasta cuándo será eficaz. Necesitamos descubrir qué veneno se ha usado.

Algo martillea en mi mente.

Un detalle que Mark me contó. Algo importante…

El recuerdo surge como un relámpago.

Contengo la respiración y paso la mirada por los tres hombres.

—¿Qué envenena a un fae?

Ethan levanta la cabeza, confundido.

—¿Fae?

Ted frunce el ceño.

—¿Qué importa eso? Mark es híbrido de hombre lobo con metamorfo…

Parpadeo hacia ellos, el corazón latiéndome a mil por hora.

—No. —Niego con la cabeza—. La madre de Mark era una fae. ¿No lo sabíais? Él lleva esencia fae, así que…

El silencio que sigue es denso, cargado de tensión.

Balthazar cierra los ojos e inspira profundamente, la expresión sombría.

— Hierro frío… — murmura el brujo con voz grave. — Si es eso, está peor de lo que imaginábamos.

—¿Y hay antídoto? —presiona Ethan, la paciencia al borde del colapso.

—No exactamente. —Balthazar exhala despacio, como odiando cada palabra que tiene que decir—. El hierro frío envenena la magia de los fae, suprime la regeneración y corroe los órganos poco a poco. Si no eliminamos cada vestigio dentro de él, no solo el cuerpo se debilitará, sino que la esencia de Mark morirá.

Un sollozo alto se escapa de mi garganta y aprieto la mano inerte de Mark, fría como mármol bajo mis dedos.

—¡Pues sácalo de dentro! —Ted pierde los estribos, el desespero filtrándose en su voz.

Balthazar sacude la cabeza.

No es tan sencillo. A estas alturas, el hierro ya se ha esparcido por todas partes… corriente sanguínea, corazón, pulmones. Para eliminarlo, sería necesario un hechizo de extracción preciso, quirúrgico. Pero yo… no soy lo suficientemente fuerte. No tengo el conocimiento anatómico detallado para visualizar la retirada. Cualquier error y las partículas podrían destrozarlo por dentro.

Ted suelta una palabrota, enterrando la cara en las manos, pero no antes de que vea el dolor reflejado en sus ojos.

Ethan, en cambio, respira hondo por la boca, controlando la tensión evidente en sus hombros mientras termina los últimos puntos en las heridas de Mark. Sé que le afecta, pero mantiene el foco, las manos precisas en el trabajo.

—Por favor, Balthazar, ayúdalo. —Mi voz sale débil, apenas consigo respirar mientras intento contener el llanto.

—Si tú no puedes… ¿conoces a alguien que sí pueda? — pregunta Ethan.

Balthazar aprieta los finos labios antes de asentir.

—Conozco a un brujo cirujano. El único en quien confío para este tipo de procedimiento, pero vive en Londres. —Exhala pesadamente—. La opción más cercana es la bruja anciana, en el bosque del oeste.

—¡Entonces vamos a ella! —exclamo, ya poniéndome en movimiento.

Pero Ted me sujeta del hombro.

—No podemos simplemente ir así. —Su voz está tensa.

—Cobra caro —añade Ethan, con la mirada sombría—. Todos los que van a la anciana regresan con menos de lo que entraron. Y no hablo de dinero.

—¿Y qué quieren hacer? ¿Dejar que muera?

—¡No dije eso! —gruñe Ted, apretando los puños—. ¡Solo tenemos que pensar en qué ofrecer a cambio de su vida!

Balthazar asiente.

—Solo acepta artefactos rarísimos. Y aquellos que no tienen algo de valor… pagan con lo más preciado que poseen. Esencia sobrenatural. Miembros. Órganos… —Su mirada se estrecha antes de añadir, en un tono sombrío—. Así se mantiene joven y saludable, a pesar de vivir siglos. No usa magia de glamour para ocultar su edad, como hacen otros brujos.

La tensión crece entre nosotros, espesa y sofocante.

Entonces, un sonido rasga el silencio.

Un gemido bajo, ronco, cargado de dolor.

Mi corazón se salta un latido.

Los músculos del cuello de Mark se contraen de golpe, los tendones se marcan bajo la piel, tensos como cuerdas a punto de romperse. Su cuerpo tiembla ligeramente, casi imperceptible al principio, pero luego un espasmo violento recorre sus miembros, sacudiéndolo por completo.

—¡Tenemos que llevarlo! —grito, desesperada.

—No tengo mucho que ofrecer, soy solo un humano… —murmura Ethan, pero su expresión es feroz, decidida—. Necesito mis manos para trabajar, pero puedo vivir sin una pierna…

—¡No! No vas a negociar con ella, Ethan —interrumpe Ted, con la mirada rápida y cargada de urgencia, recorriéndonos a todos— Nadie saldrá de allí sin miembros u órganos. Puedo ofrecer parte de mi esencia, tal vez combinar con otra cosa, pero necesitamos un plan…

Ya he tomado mi decisión.

—El plan es sencillo. Vamos a la anciana. No tengo ningún artefacto, pero tengo algo que ella querrá.

Los tres me miran.

—Eres una gata… — Ted parece comprender.

Sonrío, amarga.

—Exactamente. Tengo algunas vidas de sobra. —Trago saliva con fuerza—. Pero no aguantaré mucho tiempo, tiene que ser ahora, me quedan unos treinta minutos…

—¿Cómo es eso? —pregunta Ethan.

Aprieto los dientes, frustrada por perder segundos preciosos en una conversación inútil. Mi condición no es la más urgente ahora, pero ellos necesitan saberlo.

—Fui maldita a quedar atrapada en mi forma animal. No tengo control sobre mi cuerpo. Logro transformarme en humana por unos minutos, pero mi esencia ya se está agotando.

Balthazar inspira profundamente, mirándome con curiosidad.

—Solo quien lanzó la maldición puede romperla… o tú misma, si descubres la clave para deshacerla.

Guardo sus palabras en un rincón de mi mente, pero ahora no es momento de pensar en eso. La vida de Mark está en nuestras manos; él es la prioridad ahora.

—Mi maldición puede esperar —declaro entre dientes—. Mark no puede, cada segundo cuenta.

—Ethan, ayúdame a cargarlo hasta la puerta —ordena Ted—. Le pedí a un empleado que trajera mi furgoneta mientras Zephyra nos transportaba por el aire. Ya debería estar aquí.

Sin perder tiempo, comienzan a levantar a Mark. Ted sostiene los brazos y Ethan toma las piernas.

Con un impulso, me pongo de pie, recordando demasiado tarde que mi cuerpo sigue expuesto. Intento cubrir la desnudez con los brazos; no hay tiempo de buscar el vestido que escondí al otro lado del jardín.

La urgencia nos consume, nos arrastra como un río desbordado.

—Aquí, ponte esto. —Balthazar se acerca con un movimiento fluido, quitándose su túnica negra y extendiéndomela.

Su mirada está baja, dándome privacidad.

—Gracias. —Acepto la ropa y me cubro apresuradamente, atando la cuerda en la cintura para mantener la tela cerrada.

Corro hasta la puerta y marco el código rápidamente. En cuanto se abre, veo la furgoneta blanca con el logo de la empresa. La llave está puesta en el contacto. Abro la puerta trasera y entro, ayudando a Ted y Ethan a acomodar a Mark en el asiento. Coloco su cabeza suavemente sobre mi regazo, sintiendo su cabello endurecido por la sangre y la frialdad de su piel. Una ola de impotencia me invade, pero sigo mirándolo como si mi presencia pudiera marcar alguna diferencia, como si pudiera transmitirle un poco de mi fuerza.

Ted se apresura hacia el volante, y el motor de la furgoneta ruge. Antes de darme cuenta, estamos todos dentro, avanzando por la noche como si compitiéramos contra el tiempo —y, de hecho, lo estamos.

Rezo a las estrellas mientras Ethan se inclina, sentado en el asiento frente al mío, la mirada fija en nuestro amigo mientras

ausculta su corazón. Balthazar, en el asiento del copiloto, mantiene los ojos atentos a la carretera, dando indicaciones rápidas a Ted para que siga el camino. La bruja vive en otra parte del bosque, y el tráfico nos hace perder diez minutos antes de llegar a una calle que da acceso a su morada.

Ted detiene el coche y sale, abriéndome la puerta para recoger a Mark.

—Será más rápido si lo llevo yo solo. Ethan, quédate aquí…

—No —replica el hombre —. Puede que yo no sea sobrenatural, pero Mark es mi familia, voy contigo.

Ted suspira y solo asiente, cargando a Mark en brazos y siguiendo a Balthazar, que ya está entrando en el bosque, yendo delante para guiarnos.

La atmósfera parece diferente, más densa a medida que nos acercamos al corazón del bosque. El olor a tierra húmeda se mezcla con el frío, pero hay algo más, una sensación indescriptible que me hace sentir como si el mundo se estuviera volviendo más pesado.

—Aquí se está poniendo más raro —susurro, notando el cambio a nuestro alrededor—. El aire… es denso, como si algo comprimiera cada respiración.

—Yo también lo siento —murmura Ethan, y su postura se endurece.

El bosque parece engullir cada paso que damos. El silencio es opresivo, como si incluso los vientos hubieran sido silenciados. Los animales, que normalmente se moverían entre los árboles, ahora parecen ausentes, como si supieran que no deberían estar aquí.

Respiro hondo, luchando por no sucumbir a la presión de la transformación.

— No sé cuánto tiempo podré mantener la forma humana —mi voz tiembla, débil.

—Ya casi hemos llegado —avisa Balthazar.

Ted me lanza una mirada, los ojos oscilando entre la preocupación y la urgencia.

—Tenemos que darnos más prisa —Ted acomoda a Mark, todavía inconsciente, entre sus brazos y acelera el paso; yo sigo su ritmo.

—Ojo con las trampas. El claro está justo delante —advierte el brujo, señalando hacia adelante—. Quien caiga en ellas y no logre salir, se convierte en sacrificio para que la anciana haga lo que le venga en gana.

—¿Aún encima esa mierda? —maldice Ted, y yo me estremezco de nervios.

—Sí. Por eso esperaré aquí. Suerte. —La voz de Balthazar suena grave y distante; me doy cuenta de que se ha alejado unos pasos.

—Ethan, quédate con él —pide Ted, la urgencia en su tono casi rozando la súplica—. Es demasiado peligroso para ti.

—Joder, Ted, no puedo quedarme de brazos cruzados.

—Ya has hecho bastante, te ocupaste de sus heridas. Ahora déjalo en nuestras manos.

Ethan suelta un suspiro hondo, pero asiente sin más protestas.

—Si necesitáis ayuda, gritadme.

—Tenemos que movernos, Ted —le apremio, sintiendo la tensión apretar mi pecho mientras nos acercamos a la cabaña.

Ted aminora el paso a medida que el claro se abre frente a nosotros, olfateando el aire. Yo clavo la vista en el suelo, usando mi visión felina, atenta a las señales de trampas.

Un hilo, casi invisible, corta la tierra.

—¡Quieto! ¡No te muevas! —mi voz retumba con fuerza.

Él se queda clavado en el sitio y yo señalo la trampa a escasos centímetros de sus pies.

—Mierda… —murmura él—. Gracias.

Pasa con cuidado por encima y seguimos adelante, sorteando otras trampas que encontramos en el camino.

La cabaña empieza a perfilarse ante nosotros y mis ojos se abren de par en par.

Esperaba algo ruinoso, una construcción tétrica, a la altura de la imagen de una vieja bruja, pero, para mi sorpresa, lo que se alza allí es una estructura elegante. Está hecha de madera, rodeada de un jardín exuberante de flores y hierbas que casi parece invitar a la calma, en lugar de al miedo.

Una luz amarilla, titilante como la de las velas, se derrama desde el interior, escapando por las ventanas. El aire se impregna de un olor a hierbas quemadas, denso y enigmático, mezclado con el humo que se arrastra por la chimenea.

Aspiro el aroma y, de pronto, una oleada inesperada de relajación recorre mi cuerpo. Una sonrisa suave e involuntaria se dibuja en mis labios.

Pero algo no encaja.

Mis pensamientos se dispersan, como si una neblina ligera intentara arrastrarme a un lugar lejano, donde todo parece sereno y plácido… aunque sé que es una ilusión. La incomodidad sigue ahí, latente, advirtiéndome de un peligro inminente. Sacudo la cabeza, despejando la bruma de mi mente. A mi lado, Ted también se mueve inquieto, tratando de librarse de esa misma sensación extraña que flota en el aire.

Cuando por fin alcanzamos la puerta, una voz joven, dulce, pero cargada de una malicia palpable, nos llega desde dentro de la cabaña.

—Entrad, mis queridos…

La puerta se abre sola, y ante nosotros aparece una mujer sentada en una mecedora. Se balancea suavemente frente a la chimenea, de perfil, pero aun así puedo apreciar lo deslumbrante que es. Su aspecto es etéreo, como si los años nunca la hubieran rozado.

Todo menos una anciana.

De repente, ella gira el rostro hacia nosotros. Cuando sus ojos negros se cruzan con los míos, mi cuerpo se queda helado, la respiración atrapada en la garganta. No me atrevo a dar un paso más. Ted también queda inmóvil, como si una fuerza invisible nos hubiese encadenado a los dos. Hay una maldad en su hermosura, una intensidad en su mirada que me hace estremecer de pies a cabeza.

—Pero sabedlo: si no estáis dispuestos a perder, no obtendréis nada a cambio. Todo tiene su precio, y el equilibrio solo se mantiene cuando uno es capaz de ofrecer lo que se le exige.

Trago saliva y cruzo la puerta.

— Estoy dispuesta.

—Vaya, vaya, ¿qué tenemos aquí? —Se incorpora con una gracia antinatural y, en un abrir y cerrar de ojos, está justo delante de mí.

Su sonrisa, de labios rojos, se alarga con un gesto tan seductor como amenazante.

—¿Has venido a romper la maldición que te atormenta? —Extiende un dedo hacia mi rostro, pero retrocedo instintivamente.

Sus ojos relucen con una malicia silenciosa. Empiezo a negar con la cabeza, pero ella vuelve a hablar:

—No puedo romperla, pero sí puedo… transferirla. A alguien ligada a ti, una hermana… o quizá una amiga íntima… —Su voz es baja, envolvente, como un anzuelo lanzado con la esperanza de que yo lo muerda.

¿Cómo demonios sabe de Lucy?

Respiro hondo, a punto de negar, pero en cuanto el aire llena mis pulmones, titubeo. Por un instante, olvido por completo a qué he venido, incluso olvido que debería resistirme a su propuesta. De repente, todo parece tentador, me invade una falsa sensación de

calma y la certeza de que la bruja tiene razón, algo que me empuja a aceptar.

Hasta que un gruñido a mi espalda rompe la niebla de mi mente.

Doy un paso torpe hacia atrás, el corazón desbocado, aterrada por lo que la bruja casi me obliga a hacer. Contengo la respiración, intentando evitar a toda costa inhalar las hierbas quemadas que aún flotan en el aire.

—Hemos venido a salvar a nuestro amigo —dice Ted entre dientes, cargando a Mark inconsciente en sus brazos—. Lo han envenenado con hierro frío.

— Pues bien… — Ella espía el cuerpo inerte de Mark y arquea las cejas — Habéis llegado en el momento justo, está a un pelo de la muerte.

Suelto un jadeo, con las manos temblando tanto que las cierro en puños, las garras hundiéndose en mis palmas.

—Podéis dejarlo ahí arriba. —La bruja señala la mesa de madera junto a la chimenea.

Nos observa con una calma inquietante mientras Ted y yo depositamos con cuidado a Mark sobre la mesa.

—¿Qué estáis dispuestos a pagar a cambio de su vida? — pregunta con un tono suave, pero cargado de un peso insoportable.

El corazón me late a toda prisa. Miro a Ted y veo que él también está tenso, con el ceño fruncido.

El dolor en mi cuerpo ya es insoportable; no voy a aguantar mucho más en esta forma. Tengo que cerrar el trato antes de transformarme.

— Yo… —mi voz sale áspera, desgarrada, pero no hay tiempo para dudar—. Ofrezco una de mis vidas extra de gato.

Al escuchar mi oferta, la bruja frunce los labios en un mohín, como si apenas la hubiera impresionado. Se acerca lentamente, sus

pies rozando el suelo como si flotara. Su mirada de desprecio me atraviesa como una cuchilla helada.

—¿Solo una? —inquiere, con una sonrisa burlona en los labios —. Cuando tienes tantas, ¿verdad?

La irritación me sube como la pólvora. ¿Cómo se atreve?

—¿Una vida por otra, no era ese el trato? ¿Ofrecer lo que se exige?

—Has olvidado el equilibrio, no se trata solo de una vida, ¿verdad? Hay también el precio de mi trabajo… —dice, ladeando la cabeza al mirarme con frialdad—. Lo haré por tres vidas extra. Este ritual de extracción exige muchísima energía. Y curar a alguien por completo es extremadamente difícil.

¿Tres?

Cada una de esas vidas extra significa una parte de mí. Una parte que jamás volverá. Una parte que quizá necesite… pero que estoy dispuesta a entregar.

Por Mark.

Al fin y al cabo, si no fuera por él, yo habría muerto en aquella selva, perdida y agonizando, sola en la oscuridad.

Él me salvó. Ahora es mi turno de salvarle.

Pero no puedo sacrificar todas mis vidas extra y quedarme solo con una…

De las siete que tenía, ya gasté una cuando era niña, después de que mis padres me abandonaran en la puerta de casa la primera vez que me transformé, en plena ventisca…

Y otras dos vidas las quemé para sobrevivir al Wendigo.

Abro la boca, pero antes de que las palabras salgan, Ted intenta interponerse, la voz temblándole de preocupación:

— Sandra, no… Podemos arreglar otra cosa, puedo ofrecer mi esencia de oso… —empieza, pero yo lo corto de golpe, la punzada

de dolor creciendo en mí otra vez, el cuerpo ardiendo, forzando la transformación.

—¡No! —mi voz estalla como un grito. Si él hace eso, dejará de ser un cambiaformas, sería como amputarle el alma —. Yo lo haré por dos vidas extra a cambio de la vida de Mark. Una para él y una para ti, eso es lo justo —Lo digo con los dientes apretados.

—Negocias, sí… pero todo es equilibrio: una vida para extraer el hierro frío, otra por mi trabajo… ¿Aceptas?

—¡Sí! ¡Solo sálvale de una vez!

La bruja parece complacida, sus ojos relucen con un fulgor sombrío. Sonríe y me tiende la mano, y yo la acepto para sellar el pacto.

—Trato hecho.

Y antes de que pueda comprender del todo lo que está ocurriendo, todo empieza a girar.

Una corriente helada se forma en el aire a nuestro alrededor; las uñas de la bruja se clavan en mi muñeca y la siento penetrar en mí, su energía corriendo por mis venas como veneno líquido. Alza la otra mano hacia arriba, susurrando palabras arcanas y oscuras. De repente, el aire se carga de una tensión eléctrica, y un dolor agudo me atraviesa el pecho, como si algo me estuviera desgarrando desde dentro.

Siento las zarpas de su magia hundiéndose en mí, forzando a mi esencia a derramarse, a romper las barreras que la mantenían encerrada. El dolor es insoportable, un suplicio que desgarra cada fibra de mi ser. Mi cuerpo se retuerce y me descubro otra vez tomando mi forma felina, aunque no del todo. Los colmillos brotan, el pelaje se abre paso, seguido por la cola… pero aún permanezco erguida. Intento gritar, abro la boca, pero el sonido se ahoga, perdido en el agudo silencio de la tortura que me consume.

La esencia que me queda empieza a ser absorbida por ella, cada una de mis vidas extra arrancada de mí como hilos de un tejido que se deshace.

La bruja ríe, su carcajada reverbera por la cabaña, cruel y cortante. Mientras tanto, mi cuerpo se encoge, doblándose sobre sí mismo hasta completar la transformación, pero ella no me suelta: sus garras me desgarran por dentro y por fuera, hundidas en mis patas delanteras, sosteniendo mi forma animal en el aire como si fuera un trofeo.

La anciana se alimenta de mi esencia, su melena rubia se agita, ondeando como si un viento invisible la impulsara, pero sé que es el poder fluyendo de mí hacia ella.

Y entonces, cuando todo llega a su fin, caigo al suelo, exhausta, sin fuerzas ni siquiera para mover un músculo.

Estoy a punto de convertirme en una simple humana, vulnerable. Mi poder de curación nunca fue tan fuerte como el de otros sobrenaturales; siempre conté con mis vidas extra para mantenerme a salvo.

Ahora tengo que andarme con cuidado: si algo me ocurre, solo tendré una oportunidad de sobrevivir. Después de eso, viviré como una simple mortal.

Sin energía para ponerme en pie, me quedo allí, hecha un cascarón vacío, maullando quedo. Me esfuerzo por alzar la cabeza y alcanzo a ver a Ted junto a Mark, su postura tensa, cargada de urgencia.

Él ordena a la anciana que empiece el ritual de curación. La bruja, serena e imperturbable, inicia su labor. Sus manos flotan sobre el cuerpo de Mark, murmurando palabras que no entiendo. El aire a su alrededor se agita mientras una aura de luz empieza a brotar de Mark.

Las velas titilan, y el fuego de la chimenea se intensifica, proyectando sombras danzantes por toda la cabaña.

Observo, viendo cómo Mark comienza a brillar. Su piel se enciende, las venas se marcan y palpitan, y su cuerpo se retuerce de dolor.

Grita, incluso inconsciente.

La bruja, inmutable, empieza a extraer el hierro que aún lleva dentro; sus manos se mueven con precisión quirúrgica, tirando de las partículas oscuras de sus venas como si fueran imanes. Estas salen por los poros y por las heridas abiertas, formando una esfera de hierro que flota en el aire, creciendo cada segundo.

El proceso se alarga una hora, quizá más, y yo lucho por mantener los ojos abiertos, por no caer rendida, observando.

Cuando todo termina, Mark queda inmóvil, sus convulsiones cesan.

El hierro, del tamaño de una canica, flota hasta una de las manos de la anciana, y entonces el silencio se adueña de la estancia.

—¿Ha funcionado? —Ted se acerca a Mark, comprobando sus pulsaciones.

—Por supuesto —responde la bruja, con la voz cargada de impaciencia.

—¿Entonces por qué no despierta? —gruñe Ted—. ¿Por qué sus heridas no se han cerrado?

—Ese era el precio del trueque. Por tres vidas lo habría curado del todo, pero con solo dos... —ríe quedo—. Lo pactado fue únicamente sacar el hierro de su sistema.

¡Maldita bruja asquerosa!

Ted parece luchar contra su transformación. Su cuerpo comienza a agrandarse, el pelaje castaño asoma por su piel y sus garras se forman, pero él aprieta los ojos, respira hondo y, con un esfuerzo visible, logra volver a su estado normal antes de preguntar:

—¿Y ahora qué pasa?

—Tardará, pero su magia y su esencia volverán a fluir. Se curará solo. Solo está débil, permanecerá inconsciente hasta recuperar las fuerzas suficientes.

Sigo tendida en el suelo, con un vacío tan hondo que siento que jamás podré reponerme.

Pero entonces, Mark respira hondo, como si por fin se liberara de una lucha interna. Su cuerpo, que antes parecía atrapado entre las formas, se recompone del todo a la humana. Su pecho sube y baja en un ritmo lento y constante. Y en ese instante, sé que ha valido la pena.

Al ver a Mark bien, yo también me siento, de alguna forma, bien.

Capítulo 29



Mark

Siento que me levantan la espalda, el peso de mis miembros inertes.

Alguien me está cargando, pero todo parece lejano, sin forma, sin sentido. El mundo está desenfocado. La cabeza me da vueltas, y el vacío a mi alrededor es un agujero negro, un abismo que me arrastra hacia dentro, sin piedad.

Entonces, un sonido familiar, tan nítido en medio de la oscuridad, tan real, tan... cercano. Su maullido.

Esa sensación de familiaridad me hace intentar abrir los ojos, pero todo sigue turbio, los músculos de mi cuerpo se niegan a obedecer.

El sonido me retiene, me ancla unos segundos.

Siento su presencia, pero la negrura vuelve a tragarme.

Y de pronto, el agua helada.

Me golpea como una descarga, erizándome hasta los huesos. Siento la suciedad y la sangre resbalando junto con el agua, el olor metálico y espeso volviéndose más ligero, desapareciendo.

—Intenta mantenerte sentado, Mark —la voz de Ethan suena lejana, aunque sé que me sujeta por los hombros, noto la presión de sus dedos en mi piel.

El dolor sigue latiendo en mí, mi piel, mis huesos... todo duele, pero la sensación de ser arrastrado de nuevo hacia el abismo me

obliga a querer luchar.

Las heridas se tensan, cerrándose lentamente, milímetro a milímetro. La sensación es extraña, como si mi esencia estuviera débil y rota, arrastrándose por mis venas como fragmentos de vidrio cortante.

Siempre me he curado al instante, pero ahora... ahora es agonizante.

Es un proceso más intenso que cualquier cosa que haya sentido.

—No puede mantenerse en pie —dice Ethan desde ese lugar lejano.

¿De quién habla?

—Yo lo llevo. —Esta vez es la voz de Ted.

Mis amigos están aquí.

Quiero preguntar dónde está ella, quiero pronunciar su nombre, pero mi voz falla, atrapada en la garganta. Nada sale. Solo el silencio.

La oscuridad me envuelve de nuevo, y me consume.

Sin forma, sin sonido, sin sensación.

De repente, algo me arrastra de vuelta, un hilo invisible que me saca del vacío. Respiro hondo, el aire cálido y perfumado invade mis pulmones. Intento abrir los ojos; es un esfuerzo tremendo, los párpados pesados no me lo permiten.

Me doy cuenta de que estoy tumbado en la cama. Las sábanas y almohadas son suaves contra mi piel semidesnuda.

Pero ese aroma... es lo único en lo que puedo concentrarme.

Entonces siento el calor, y el peso de algo sobre mis caderas.

Reconozco la sensación, y por un momento, todo a mi alrededor cobra forma, tiene sentido.

Ella está aquí.

Es ella. Inconfundible. Ese aroma delicioso, cálido, terroso, un olor que hace vibrar mi cuerpo de deseo, que me hace sentir completo, como si todo encajara.

La presión de su muslo contra mi cadera es embriagadora. Siento mi cuerpo responder, mi polla latiendo y endureciéndose al contacto.

No... ¿Esto puede ser real?

¿Estoy delirando?

¿Soñando?

Ya no sé.

La oscuridad todavía me llama, pero su olor es fuerte, su calor y peso me anclan; ella es todo lo que puedo percibir.

La reconozco: Sandra, mi compañera predestinada.

Nunca imaginé que sería así, que existiría para mí, pero mi instinto de lobo, ese deseo primal, innegable, me hizo reconocerla. Me hizo marcarla bajo mi piel, sin que ella lo supiera.

Ella... todavía no lo sabe, no lo entiende.

Pero yo lo supe desde la primera vez que la vi.

Los machos sienten con intensidad, es salvaje, un llamado de las almas que nos consume por completo. Para las hembras, es más sutil. Ellas tienen la opción de negar, de alejarse, mientras nosotros, los machos, somos consumidos por el deseo, como si fuera un hambre insaciable.

Pero yo... intenté reprimirlo.

No me creía digno de ella, un bruto como yo, una bestia.

Y ella... la perfección personificada, una diosa traviesa con lengua afilada, que adora provocarme.

Pero ahora ya no puedo negar nada.

Ella es mía, y cuando la vuelva a encontrar, no la dejaré escapar nunca más.

Respiro hondo, sintiendo su aroma inundando mis fosas nasales, calmándome, llenándome. El deseo es voraz, pero al mismo tiempo, ella me tranquiliza. Todo a mi alrededor desaparece, y solo queda el calor de su piel, el deseo ardiendo dentro de mí.

—Sandra... —murmuro, la palabra saliendo ronca, casi como un suplicio.

Al instante siguiente, ella desaparece.

Como un sueño fugaz, la realidad se disipa, y suelto el aire, intentando retener lo que estuvo allí. Pero no puedo. La oscuridad me arrastra de nuevo, y todo lo que queda es el vacío.

No puedo mantener el sueño, no puedo quedarme allí con ella. Y entonces, regreso a la nada.

Capítulo 30



Sandra

Estoy en forma de gato, tumbada al lado de Mark, velando su sueño.

No consigo alejarme, ni siquiera la cercanía de él en la misma habitación parece suficiente. Si fuera posible, me acostaría sobre su pecho, sintiendo su corazón latir con fuerza contra mi oído, pero aún está herido.

Así que me contengo, manteniendo la mínima distancia posible.

Ethan y Ted están en la cabaña, cerca, listos para ayudar al amigo. Ethan duerme en el sofá del salón y Ted en la alfombra, con una almohada bajo la cabeza. Al acomodarse en el suelo duro, el oso gruñó sobre cómo Mark es tan antisocial que, incluso después de reformar la cabaña, nunca tuvo la decencia de comprarse una cama ni decorar la habitación de invitados. Solo para mantener alejadas a las visitas.

No pude evitar un pequeño ronroneo que salió en forma de risa.

Ahora estoy aquí, compartiendo la misma cama que Mark, observando su pecho subir y bajar, comprobando si todavía respira, si su corazón sigue latiendo.

El silencio de la noche es profundo, roto únicamente por nuestras respiraciones y un ronquido suave que llega desde el salón.

La luz de la luna apenas se filtra por las ventanas, pero con mi vista felina puedo ver lo suficiente.

Estoy alerta, casi sin parpadear, asegurándome de que Mark realmente esté bien, de que siga aquí...

Hasta que el agotamiento empieza a consumirme.

Mis párpados se vuelven pesados y la necesidad de descansar se apodera de mí.

Parpadeo una vez, luego dos… y al tercero, el sueño me abraza.

Calor…

Mi cuerpo vibra con energía.

Un ronroneo escapa de mi garganta.

Siento un latido delicioso entre mis piernas, mi intimidad húmeda, resbaladiza, ansiando fricción. Empiezo a moverme, despacio, ondulando las caderas.

Algo caliente y rígido palpita contra mi muslo, y lo presiono con más fuerza, disfrutando cómo parece doblar de tamaño al contacto…

Siento una respiración, suave y cálida, acariciando mi cabello.

Y el aroma…

Hundo mi rostro en su cuello y el olor invade mis fosas nasales.

Es como si el suelo del bosque hubiera cobrado vida, una base terrosa y profunda. Pero hay algo más, una nota cálida y primitiva, como el calor de la piel tras una carrera intensa. Es el olor de fuerza y salvajismo, una fragancia masculina e hipnotizante que me envuelve y me atrapa. Un aroma tan natural como el propio aire que respiro, una mezcla de seguridad y deseo que me llama, me seduce, me hace querer más.

Es su olor. El olor de mi macho.

Ronroneo, sintiendo la humedad en mi coño deslizarse entre mis piernas, mi clítoris rozando deliciosamente contra la tela del pantalón de chándal que cubre su cadera.

—Sandra…

La voz ronca, baja, me llama.

Estremezco y el aire escapa de mi boca. Cuando abro los ojos, todo lo veo en un torbellino de sensaciones.

Mi cuerpo… es humano.

Mi cuerpo humano y completamente desnudo.

Está allí, debajo de mí. Es real. El calor de su cuerpo, el peso de mi coño contra su cadera… Ese pene, grueso y palpitante, babeando el pantalón de chándal y rozando mi muslo.

¡Por las estrellas!

Me doy la vuelta en la cama, alejándome de él, y caigo de culo al suelo.

El ruido resuena por toda la cabaña, el sonido del impacto reverbera en el silencio de la madrugada. Antes de que pueda procesar lo que ha pasado, unos pasos rápidos se acercan. Pasos que suben por las escaleras.

Apenas tengo tiempo de tirar de la sábana y cubrir mi cuerpo desnudo antes de que Ted y Ethan entren en la habitación, con los ojos abiertos de par en par, llenos de preocupación. Cuando ven que Mark está dormido y fuera de peligro, sus miradas recorren la habitación. Entonces me ven en el suelo, y las expresiones en sus caras se suavizan, tomando un aire de curiosidad.

—Perdón por asustaros… —Mi voz sale tímida, y mi rostro se quema—. Me transformé mientras dormía y me desperté sobresaltada.

Oculto la verdad. El horror y la mortificación me consumen. No puedo decir lo que realmente ocurrió. Que prácticamente me restregué contra un hombre inconsciente, como una gata en celo.

Estaba soñando, pero aun así…

Enrosco la sábana con más fuerza a mi alrededor, intentando cubrir mi vergüenza.

—Voy a buscarte ropa para que te pongas —susurra Ethan, acercándose al armario de Mark y cogiendo una camiseta y unos calzoncillos bóxer.

—Gracias… —intento levantarme, pero mis pies están enredados en la sábana y pierdo el equilibrio, cayendo de culo otra vez. El ruido es fuerte.

Ted da dos pasos hacia mí, estira la mano. La acepto, y me levanta con facilidad, ayudándome a ponerme de pie.

—Gracias… —murmuro, esta vez dirigiéndome a él.

Los dos hombres vuelven a mirar a su amigo.

—Mark está bien —dice Ethan, casi como si intentara convencerse a sí mismo.

—Sí que lo está —asiente Ted —. Es demasiado terco, demasiado fuerte para dejarse vencer por esto. Se va a curar.

A pesar de las palabras, los dos permanecen allí, observando a Mark mientras yo voy al baño a vestirme.

Ethan me ayudó a ducharme cuando volvimos de la anciana. Mi pelaje estaba pegado de sangre y tierra. Mientras Ted cargaba a Mark escaleras arriba, Ethan me sostuvo con cuidado en mi forma animal y me llevó al baño de abajo. Encendió la ducha para mí y se fue, asegurándose de respetar mi privacidad. Más tarde, después de cuidar a Mark, volvió para apagar el agua y secarme.

Antes, sin embargo, pidió permiso. Yo asentí con un maullido y me acerqué. A diferencia de cómo me cuidó en la clínica, ahora, incluso en mi forma de gata, él reconoce que soy una mujer. Y me trata con respeto.

Me pongo la camiseta de Mark, que me llega hasta los muslos, y los calzoncillos bóxer como si fueran unos shorts cortos, y luego regreso al cuarto. Ted está cubriendo a Mark con otra sábana, y Ethan comprueba el pulso del amigo. Cuando nuestras miradas se cruzan, él me regala una pequeña sonrisa, y aparecen los hoyuelos.

—ed no debe haberte reconocido en medio de todo ese caos, pero tú eres la chica de la taberna, ¿verdad?

Muerdo el labio y asiento con la cabeza.

—Sí, soy yo.

Al escuchar nuestra conversación, Ted se gira, y un destello de reconocimiento brilla en sus ojos.

—Es verdad, me acuerdo de ti. Pero Ethan… —Entrecierra los ojos hacia su amigo, curioso—. ¿Cómo sabes quién es ella si nunca has ido a la taberna?

Ethan baja la mirada hacia Mark, todavía inconsciente, y una sonrisa ladeada se dibuja en sus labios antes de encogerse de hombros.

—Lo reconocí por el nombre y… bueno, Mark me habló de ella.

Se me corta la respiración y siento que mis mejillas se encienden mientras una sonrisa involuntaria se extiende por mis labios.

—¿Habló de mí? —pregunto, intentando parecer despreocupada.

—¿Habló? —cuestiona Ted al mismo tiempo, sonando casi ofendido— ¿Y por qué no me lo contó a mí también?

—Porque no le habrías dejado en paz. Además, Mark me pidió que fuera secreto. Pero ahora… —Me lanza una mirada intensa —. Ya que parece que estáis juntos, supongo que ya no es ningún secreto, ¿no?

Mi corazón se dispara. Trago saliva y agarro el borde de la camisa, inquieta.

—En realidad… él no sabe quién soy.

—¿Qué?

—¿Cómo?

Los dos hablan al mismo tiempo.

—Para él, solo soy la Gatita. He pasado todo este tiempo atrapada en forma animal y… no he dicho quién soy realmente.

Ted cruza los brazos y sacude la cabeza.

—Es imposibl… —Pero sus palabras mueren antes de ser dichas.

Mark emite un gemido bajo, y todos contenemos la respiración. Ethan se inclina ligeramente sobre su amigo.

—¿Qué pasa? ¿Está sintiendo dolor?

Mark se gira en la cama, moviéndose somnoliento, y su mano se desliza por el colchón como buscando algo. Aún inconsciente, susurra:

—Gatita…

Un escalofrío sube por mi columna, caliente, hasta llegar a mi rostro y prender fuego a mis mejillas.

Ted suelta una risa baja, y al levantar la mirada, me doy cuenta de que tanto él como Ethan me observan.

—Ah… le estás haciendo falta. —Ethan suena divertido —. Creo que es mejor que volvamos a dormir. Vamos, Ted, ya es tarde, y parece que nuestro amigo está bien.

El colchón parece llamarme de nuevo, cálido y acogedor, pero dudo. Ahora, en mi forma humana, tumbarme a su lado no es tan sencillo. Ya no. Cada célula de mi cuerpo vibra solo por estar cerca de él, el olor embriagador de su piel, su respiración profunda en el silencio de la habitación. Solo verle, incluso inconsciente, hace que mi vientre se contraiga y un calor se arrastre bajo mi piel.

¿Pero qué otra opción hay? ¿El suelo duro y frío?

Trago saliva y me tumbo con cuidado, dejando un espacio entre nosotros, suficiente para que ni siquiera note mi presencia.

Pero Mark lo siente.

Un brazo fuerte me rodea la cintura, tirándome sin dudarlo. Mi cuerpo choca contra el suyo, caliente y sólido, y sus músculos se

relajan al instante, como si mi presencia fuera exactamente lo que necesitaba. Entierra el rostro en la curva de mi cuello e inhala profundamente, soltando un suspiro pesado antes de acomodarse de nuevo en el sueño profundo.

Mi corazón golpea con fuerza contra mi pecho. Todo mi cuerpo palpita, despierto, hambriento, mientras él duerme tranquilamente, ignorando el caos que siembra dentro de mí.

Cierro los ojos, intentando calmar mi respiración.

¿Hasta cuándo va a quedarse así?

¿Incapaz de verme, de saber que soy yo aquí?

¿Debería forzar mi transformación de nuevo a gata?

Pero… la anciana bruja dijo que tardaría en recuperarse.

Quizá días.

Entonces, ¿qué daño hay en aprovecharlo?

Mi cuerpo se acopla al suyo, como siempre quise. Mark es cálido, firme, y me envuelve de una manera que hace que una sonrisa satisfecha se dibuje en mis labios. Cierro los ojos, respirando su esencia, permitiéndome sentir lo que siempre he deseado. Solo por un momento. Antes de que todo cambie.

Y si está mal… que las estrellas me permitan pecar solo un poco más.

***

El sol ya se infiltra por las ventanas cuando me despido de Ted en el salón. Ni siquiera ha comido algo y ya está a punto de marcharse.

—Tres monstruos en una sola noche… Tengo que ir a la empresa, pero si necesitáis algo, llamadme.

Se marcha primero, dejando un silencio extraño en la sala antes de que Ethan suba a revisar a Mark. Lo sigo, manteniéndome a unos pasos de distancia mientras se acerca a la cama y suelta un suspiro al ver la sangre en la venda del torso del amigo.

—Las suturas se han abierto —murmura, los dedos tomando ya los utensilios necesarios de su bolsa—. Tendré que rehacerlas.

Mi cabeza se inclina al instante, una ola de culpa hirviendo dentro de mí.

— Se giró y me abrazó mientras dormía —confieso en un susurro—. No gimió de dolor ni nada… no me di cuenta de que se estaba lastimando.

Ethan levanta la mirada hacia mí, suave a pesar del cansancio.

—No es tu culpa.

Esta vez, diferente de la noche anterior, aplica una anestesia local antes de empezar el trabajo, permitiendo que Mark continúe descansando sin molestias. La sutura se rehace con precisión, los movimientos cuidadosos. Cuando termina, yo ayudo a colocar el vendaje mientras él me explica cómo hacerlo. Quiero aprender, para poder cuidar de Mark cuando Ethan no esté aquí.

—Está estabilizado.

—Eso es lo mínimo después de las vidas que pagué a la bruja anciana —murmuro, cruzándome de brazos—. Pero la desgraciada se abstuvo de curarlo porque negocié. Solo retiró el hierro frío de su sistema y dijo que se recuperaría solo… con el tiempo.

El silencio se arrastra. Cuando Ethan me mira de nuevo, sus ojos brillan, con humedad reluciendo en los bordes. Traga saliva y, con voz ronca, susurra:

—Nunca podré agradecer lo suficiente lo que has hecho por él… por el sacrificio que hiciste para salvarlo.

Mi pecho se aprieta. Muevo la cabeza, sintiendo un nudo en la garganta.

—No hay nada que agradecer. Lo haría de nuevo. Y de nuevo. Todas las veces que hiciera falta. Él me salvó primero. Si no fuera por él…

No consigo terminar. No hace falta. Ethan entiende.

Bajamos, él tiene que volver al trabajo, pero parece vacilar antes de irse. En la puerta, a punto de salir, se detiene y me mira una vez más.

—¿Cómo te sientes? ¿Tu animal está intentando salir?

Respiro hondo antes de responder:

—No sé cómo, pero todavía me siento en control. Mi esencia sigue siendo suficiente. Creo que tengo al menos una hora. Tal vez más.

Asiente.

—Mark necesita alimentarse, ¿puedes darle la poción?

—Claro, mientras tenga el control de mi cuerpo, cuidaré de él —prometo.

—Pasaré más tarde, directo de la clínica, a ver cómo está —Ethan suspira, apretando los labios mientras inhala por la nariz—. Su regeneración sobrenatural todavía está débil, pero con las suturas y nuestros cuidados, se pondrá bien.

Me da una última mirada antes de irse.

En la cocina, encuentro ingredientes para un porridge de avena y me obligo a comer, aunque no tenga hambre. Mi estómago está revuelto, un torbellino de ansiedad y preocupación, pero trago cada cucharada. Necesito mantenerme fuerte para cuidar de Mark.

Después, subo de nuevo al dormitorio con la poción nutritiva que Balthazar preparó, para mantenerlo alimentado mientras sigue inconsciente.

Me arrodillo junto a la cama y cuidadosamente inclino la cabeza de Mark, vertiendo el líquido en sus labios. Él traga sin despertarse, sus párpados tiemblan, pero no se abren. Mi corazón se aprieta al verlo así.

Con delicadeza, devuelvo su cabeza a la almohada, los dedos recorriendo el contorno firme de su rostro. Acaricio su cabello, sintiendo la textura sedosa entre mis dedos, y me inclino para presionar un suave beso en su frente.

—Mejórate pronto —murmuro contra su piel caliente.

Me quedo allí, observando el lento subir y bajar de su pecho, intentando encontrar paz en ese momento, pero mi corazón está inquieto.

Un sonido proveniente del exterior llama mi atención.

Al principio, parece solo un pájaro cantando en el bosque, pero… hay algo extraño. El ritmo del canto no es natural.

Mi sangre se hiela.

Eso no es un canto.

Es un silbido.

Doy un salto y corro hacia la ventana, mis manos apretando el alféizar mientras mis ojos recorren entre los árboles. Mi corazón golpea contra las costillas.

¿Quién está ahí? ¿Lobos? ¿Algo peor?

Entonces, veo la figura parada al otro lado de la barrera.

El aire entra con fuerza en mis pulmones, como si estuviera emergiendo de debajo del agua.

—No me lo creo… —murmuro, girándome sobre los talones.

Bajo las escaleras a toda prisa, casi tropezando con los peldaños, y abro de golpe la puerta trasera; esta choca contra la pared con fuerza y vuelve a cerrarse detrás de mí.

La brisa fresca de la mañana me eriza la piel mientras corro hasta el límite de la barrera. Quiero atravesarla. Quiero correr hacia él, aferrarme a la familiaridad de un rostro que pensé que nunca volvería a ver.

Pero algo me detiene.

El miedo.

¿Qué más acecha en el bosque? ¿Qué ojos hambrientos pueden estar observándonos ahora?

—¡Luther! —jadeando, su nombre sale casi como un sollozo. Mis ojos arden por las lágrimas que nublan mi visión, pero mi boca se curva en una sonrisa temblorosa—. ¿Cómo supiste dónde estoy? ¿Cómo me encontraste?

—Joder, Sandra… —levanta un brazo, la mano extendida hacia mí, pero sus dedos chocan contra la barrera invisible. Su mandíbula se tensa —. Te he estado buscando todo este tiempo. Pensé que… casi pensé que… estabas muerta.

Las lágrimas recorren mi rostro mientras sacudo la cabeza, negando.

—Casi lo fui. Pero me salvaron. Yo… —Respiro hondo, intentando organizar los pensamientos—. Luther, han pasado tantas cosas, y…

—Déjame entrar. —Sus ojos arden con intensidad —. Necesito verte bien, abrazarte, saber que estás a salvo.

Abro la boca, lista para invitarlo, pero entonces mi cabeza gira hacia atrás, hacia la cabaña. Hacia la ventana del cuarto donde Mark todavía duerme, inconsciente. La casa es suya. No puedo simplemente abrir las puertas a quien quiera entrar. Balthazar fue una excepción.

—Yo… no puedo.

—Entonces ven conmigo. —La luz del sol se refleja en sus iris, volviéndolas plateadas. Doy un paso adelante, instintivamente…

—He oído que la Bestia te está aprisionando —completa—. Ven antes de que sea tarde.

El hielo se extiende por mi cuerpo, endureciendo mis músculos.

Mis pies se clavan en el suelo.

—No… Luther, estás equivocado. —Muevo la cabeza negando, y me duele, como si agujas perforaran mi cerebro —. Mark me salvó…

—No lo conoces, Sandra. Es peligroso. Ven conmigo.

Trago saliva.

—Luther, me alegra verte. Pero no puedo ir.

—¿Por qué no? Tu vida está en suspenso aquí fuera. Todos están preocupados. Char guarda tu trabajo en la taberna, estará ahí cuando vuelvas. Sabe que nunca desaparecerías así, no sin avisar.

Cierro los ojos por un instante, sintiendo la culpa pesar en mi pecho.

—Necesito quedarme. Mark está herido, y…

—¡Que se joda Mark, Sandra! —Luther explota —. ¡Él no es tu dueño! ¡Yo soy tu amigo! ¡He pasado estos días recorriendo toda la ciudad buscándote!

¡Noqueé la cara del dueño de tu apartamento hasta que me dejara entrar y comprobar que no estabas muerta ahí dentro! ¿Tienes idea de cómo fue eso?

Mi labio tiembla.

—Luther… lo siento… yo… intenté volver. Intenté ir tras de ti, pero no podía.

—Porque el bastardo te encerró aquí, ¿verdad? —Sus ojos se entrecierran.

—Él no me encerró. Me salvó. Me cuidó, y yo…

Mi frase muere. Algo en la manera en que habla de Mark me da un mal presentimiento.

—Luther… ¿Cómo supiste dónde estaba?

— Algunos lobos de la taberna hablaron de una gata negra andando con la Bestia. Uní los puntos.

Mi corazón da un salto en falso.

Lobos.

Los mismos lobos que casi mataron a Mark.

Mi piel se eriza y, por un instante, todo en mí grita por volver, para comprobar si Mark todavía está a salvo.

—Sandra. —La voz de Luther me arrastra de vuelta —. Está débil. Ya no puede mantenerte aquí. Ven conmigo antes de que se acabe esta oportunidad.

Muevo la cabeza, dando un paso atrás.

—Te equivocas sobre él.

Los músculos de Luther se tensan, y sus ojos pierden el brillo plateado, sumiéndose en una oscuridad densa como el plomo. Su expresión se vuelve sombría, como el cielo que hace un momento estaba claro y bañado por la luz del sol, y ahora de repente se ve cubierto por nubes pesadas.

—Mató a su propio hermano, Sandra.

Mi garganta se cierra.

—Fue Liam quien lo llamó al duelo, Luther, tú no… —respiro hondo, cada fibra de mi cuerpo parece agotada.

Mi esencia se está agotando…

—Qué te pasa? —pregunta al verme apoyar las manos sobre el pecho y hacer una mueca.

—Como dije, han pasado muchas cosas y necesito tu ayuda… —Paso la lengua por mis labios, súbitamente resecos—. Luther, necesito que encuentres a esa bruja que vino tras de mí esa noche.

—Te llevaré hasta ella, ven conmigo.

—No puedo ahora, no puedo dejarlo solo. —Luther aprieta la mandíbula, y un peso se instala entre nosotros—. Por favor, Luther, necesito que la encuentres por mí y le pidas que me…

Mi respiración falla.

La transformación llega con todo, desgarrándome por dentro con sus garras felinas.

Mis manos tiemblan. Mis músculos se contraen. Mi cuerpo se dobla sobre sí mismo, apenas puedo respirar, y ni hablar de terminar de hablar.

Necesito entrar. Ahora.

Doy un paso atrás, luchando por contener el cambio. Si no atravieso la puerta antes de transformarme, quedaré atrapada afuera.

No puedo dejar a Mark solo.

—¡Sandra! —grita Luther, su voz cargada de frustración.

Pero no puedo parar.

Corro, mi visión se vuelve borrosa, mi cuerpo late desde dentro hacia afuera. La cabaña parece tan lejana. Hago un esfuerzo máximo para contener la transformación, empujando mi cuerpo hacia adelante, ignorando el dolor lacerante.

La puerta.

Con un último impulso, giro la manilla y cruzo la entrada.

Y en el instante siguiente, mi cuerpo cede.

Mis huesos se doblan, mi piel arde, y todo se disuelve en sombra y pelo.

Capítulo 31



Sandra

Oigo cuando Ethan entra en la cabaña, sus pasos resonando sobre el suelo de madera mientras se dirige al dormitorio. Yo ya estoy allí, acurrucada en mi forma felina junto a Mark, sin poder hacer otra cosa que esperar.

Ethan se acerca a la cama, lo observa un instante antes de preguntar:

—¿Se ha despertado en algún momento?

Quiero decir que sí. Que me llamó, que abrió los ojos, aunque estaban desenfocados, que murmuró palabras sin sentido y volvió a dormirse. Pero en esta forma no puedo responder, solo maúllo.

Ethan suspira y deja su bolsa sobre la cómoda.

—Voy a limpiarlo...

Me estiro antes de deslizarme fuera de la cama y bajar las escaleras, dejándolos a solas, concediéndole privacidad a Mark. Espero en el salón, escuchando el sonido del agua corriendo y sus murmullos apagados. Mis garras arañan levemente la alfombra mientras intento disipar la sensación de impotencia.

Quiero hacer más por él. Quiero...

Un cosquilleo recorre mi interior, mi esencia deslizándose por esa rendija en la barrera, y antes de pensarlo demasiado, me

encamino al baño de la planta baja y me transformo. Tiemblo con el cambio y agarro la toalla más cercana para cubrirme.

—Necesito ropa... —murmuro para mí misma.

El vestido y las botas que escondí fuera están sucios. Prefiero coger otra camisa prestada de Mark, me gusta sentir su olor en mí. Antes de subir, cojo una de las pociones nutritivas que dejé en la nevera y la llevo conmigo.

—Ah, conseguiste transformarte. Ya iba a bajar a por la poción —comenta Ethan, con un gesto satisfecho.

—Sí... no sé cómo ni por qué lo consigo, pero... estoy aliviada de volver a ser yo misma, aunque sea por unos instantes.

Le entrego la poción y voy directa al armario de Mark, eligiendo algunas prendas antes de vestirme en el baño. Al regresar, mi atención se posa en el hombre de la cama.

—¿Reaccionó mientras se bañaba? —pregunto.

—Sí. Me reconoció, se levantó con mi ayuda. Lo cual fue un alivio, porque no tengo fuerza para cargar con su peso yo solo. —Parece avergonzado al admitirlo—. Logré que se cepillara los dientes y se duchara, pero estaba aturdido, balbuceando cosas que no entendí. En cuanto lo acomodé en la cama, volvió a quedarse dormido.

—¿Y las heridas?

—Las lesiones en los brazos y las piernas ya están en fase de maduración, así que retiré las suturas. Pero las del torso siguen en la fase inicial... —Ethan se gira hacia mí, parece tan agotado como yo —. Creo que su esencia va a recomponer primero las costillas rotas, pero no es suficiente para que continúe la curación ahora mismo.

Así que Mark se está fortaleciendo, poco a poco, pero lo está.

Suelto un suspiro de alivio y me siento al borde de la cama, a su lado.

—¿Te importa si duermo otra vez en el sofá? —pregunta Ethan —. Quiero estar cerca cuando despierte.

—Claro que no, estás en tu casa.

Mi hambre se hace notar. No he comido nada desde el desayuno y no pude preparar nada para mi forma felina, no tuve tiempo antes de ser arrastrada por la transformación.

Bajo con Ethan, preparamos un bocadillo y comemos antes de que cada uno se vaya a lo suyo.

Me cepillo los dientes, me ducho y, por fin, me tumbo junto a Mark, cuidando de no rozar sus heridas. Él ocupa el centro de la cama enorme, así que me acomodo en su lado sano.

Me giro de lado para observarle y me muerdo el labio. Mi mano busca su rostro, trazando suavemente su mandíbula hasta su cuello, y después baja a su pecho, donde dejo reposar la palma sobre su corazón.

Jadeo cuando unos dedos grandes rodean mi muñeca y, en un borrón de movimiento, Mark se lanza sobre mí, aprisionándome contra el colchón.

Sus ojos dorados, atentos y lúcidos, se clavan en los míos. Su respiración es pesada, acelerada; los labios entreabiertos, los colmillos alargándose. Inclina el rostro, avanzando hacia mi cuello.

¡Por las estrellas, cómo pude ser tan estúpida?

Tocarle, dormir a su lado después de que lo hubieran machacado brutalmente...

Debió de despertar en modo de combate, por puro instinto.

Mi cuerpo se tensa y cierro los ojos, anticipando el desgarro de colmillos afilados o garras atravesando mi garganta.

Pero el ataque nunca llega.

En su lugar, aspira mi olor, gruñendo al rozar mis dientes contra mi piel. Su lengua caliente desliza sobre el latido frenético de mi yugular, y entonces…

—Gatita —gruñe, y mis ojos se abren de par en par.

Sus labios rozan mi mandíbula, ascendiendo hasta la comisura de mi boca.

Jadeo, y mis piernas se abren instintivamente, permitiéndole acomodarse mejor entre ellas.

Mark sostiene parte de su peso sobre un brazo y aparta mínimamente el rostro, sus ojos fundiéndose con los míos.

La intensidad que encuentro en ellos me roba el aliento.

La mano que antes sujetaba mi muñeca se desliza hacia mi cara, sus dedos dibujando un camino ardiente hasta mi labio inferior. Lo acaricia con el pulgar, de forma provocadora, antes de sujetar mi barbilla e inclinar mi rostro hacia arriba.

—Por fin puedo hacer esto… —gruñe, y entonces, sus labios chocan contra los míos.

Un sonido sorprendido se me escapa de la garganta, ahogado contra su boca.

Mark exhala un suspiro tembloroso sobre mis labios, sus dedos presionando mi rostro con más firmeza cuando su lengua roza mi labio superior.

Gime en mi boca y un calor se expande por todo mi cuerpo. Mi mano se desliza hacia su nuca, hundiendo los dedos en sus mechones sedosos, y le correspondo el beso.

Un escalofrío de deseo recorre mi cuerpo, creciendo a medida que nuestras lenguas se encuentran y un nudo intenso se forma en mi vientre, una ansia cruda apoderándose de mí.

Su sabor me atrapa. Intenso, con un toque salvaje que me hace querer más. Es adictivo. Un gusto que eriza mi piel y enciende algo peligroso en mi interior — algo que no sé nombrar, pero que me consume.

Sus labios son cálidos y suaves, su lengua se desliza contra la mía, ardiente. Le beso con más fuerza, más gemidos se escapan contra su boca, y él los devora, enredando los dedos en mi pelo hasta que mi cuero cabelludo late, pero en vez de dolor, el placer me

atraviesa, incendiando cada parte de mí con una intensidad arrolladora.

Cuando él chupa mi lengua y muerde mi labio inferior justo después, cualquier resto de control que aún me quedaba se disuelve.

Arqueo las caderas en un reflejo desesperado, mis manos deslizándose por su cintura hasta agarrarle con fuerza, empujándolo contra mí. El choque de nuestros cuerpos pegados me arranca un jadeo, mi corazón martilleando dentro del pecho.

El calor palpitante de su miembro duro roza mi intimidad, la fricción deliciosa enviando oleadas de placer que hacen que mis músculos tiemblen.

Mi cuerpo cede, mi mente se nubla, mi deseo se convierte en un sopor febril, líquido, desesperado.

—¡Mark! —gimo bajito en su boca cuando frota su polla, aún cubierta por el chándal, contra mí, justo donde más lo necesito, masajeando mi clítoris.

Él ruge y su beso se vuelve más desesperado, salvaje.

Nunca me habían besado así, como si estuviera siendo poseída, reclamada.

Es demasiado intenso y, al mismo tiempo, no lo suficiente.

Apenas consigo respirar. Mark se aparta lo justo para que pueda aspirar una bocanada de aire antes de que sus labios tomen los míos de nuevo, voraces.

Es como si hubiera liberado algo feroz dentro de él.

Me besa como si estuviera hambriento, como si yo fuese esencial, algo que no puede permitirse perder. Y yo me siento igual.

Un escalofrío delicioso recorre mi piel cuando su mano ávida se desliza por cada centímetro que alcanza, bajando por mi cintura, apretando mi cadera con fuerza, subiendo por mi vientre, trazando mi cuerpo hasta alcanzar mi pecho izquierdo. Sus dedos rozan mi

pezón antes de ascender a mi nuca, presionando mi piel en un agarre que oscila entre la necesidad y la ternura.

Pero yo no quiero ternura.

Quiero ese hambre cruda.

Deslizo las manos por su espalda hasta alcanzar sus hombros, mis dedos hundiéndose lo bastante para que sienta mi urgencia, mis uñas arañando su piel desnuda.

Mark deja escapar un gruñido bajo, fiero.

Empuja la cadera contra mí con más fuerza, y sus dedos, antes firmes en mi nuca, se deslizan hacia arriba, apartándose lo justo para enredarse en mi pelo. Entonces tira con firmeza, obligando mi cabeza hacia atrás mientras su boca caliente y hambrienta encuentra mi cuello.

Sus dientes raspan mi piel, su lengua saboreando, chupando...

—¡Mark! —gimo alto, mis caderas encontrándose con las suyas en un ritmo cada vez más intenso. Su polla golpea ese punto delicioso, arrancándome un escalofrío por la columna. Mi coño palpita, empapando la tela de sus calzoncillos que llevo puestos.

Estoy tan perdida en el momento que apenas me doy cuenta, ni siquiera escucho, cuando Ethan entra en la habitación. Sus pasos quedan ahogados por nuestros gemidos y respiraciones entrecortadas.

—Ahhh... perdón, pensé que... —La voz de Ethan resuena en la estancia.

Los dos nos detenemos de golpe, sobresaltados, y miramos hacia la entrada.

Ethan carraspea, visiblemente incómodo.

—Bueno, os dejo solos —dice dándonos ya la espalda.

La oleada de vergüenza me invade de inmediato, y una risa nerviosa se me escapa de los labios. Mi cara arde de pura incomodidad.

Mark, sin decir nada, apoya la frente en la mía, soltando un respiro pesado, antes de dejarse caer de lado, presionando la parte herida de las costillas.

Veo la mueca de dolor formarse en su rostro.

—¿Estás bien? ¡Oh, por las estrellas, tu herida! —exclamo, la preocupación apoderándose de mí.

Él intenta sonreír, pero el esfuerzo solo consigue que me inquiete aún más.

—Estoy bien, solo... se me fue el aire un momento —dice, girando el rostro para mirarme.

Mi mirada desciende a sus hombros y jadeo, sintiendo que las lágrimas de culpa me arden en los ojos.

—Y encima te arañé...

—Me encantó sentir tus garras en mí, Gatita. —Me sujeta la barbilla, obligándome a mirarle de nuevo—. Ni se te ocurra disculparte por eso.

Mis mejillas arden bajo la intensidad de su mirada.

Solo asiento, perdida en la expresión de orgullo y posesión que se dibuja en su rostro. Sus ojos brillan como oro fundido, y el silencio entre nosotros se prolonga, llenando el espacio con una intensidad que parece eterna.

Estamos atrapados el uno en el otro, ninguno desvía la vista. Y en ese instante, nada más existe. Solo él y yo.

Pero necesito romper ese silencio, necesito saber.

—Sabías quién soy... —mi voz es apenas un susurro—. ¿Cómo? ¿Cuándo lo descubriste?

Mark muerde su labio como si contuviera una sonrisa.

—Gatita, prácticamente desde el principio...

—¿¡Qué!? —Abro los ojos de par en par y me incorporo de golpe—. Entonces, ¿por qué no dijiste nada? No lo entiendo...

Él me mira con esa expresión que me desarma, más seria... y jodidamente sexy.

—En realidad, cuando te rescaté no estaba seguro. No lograba olfatear tu esencia, estabas tan agotada que no la desprendías, solo sentí...

—¿Sentiste qué?

Su mirada se ensombrece y alarga el brazo, rozando mi mejilla con suavidad. Me inclino apenas, cerrando los ojos al saborear esa caricia.

—Sentí que tenía que salvarte, estar cerca, no dejarte escapar... —Sus dedos bajan hasta mi cuello, rodeándolo con delicadeza, atrayéndome hacia él. Mi rostro queda suspendido sobre el suyo, y nuestras respiraciones se mezclan—. Sentí la conexión.

Jadeo, mis palabras se pierden un instante con su revelación.

—¿Conexión?

—Sí, ¿tú no la sientes? —pregunta, y la ternura de su voz hace que mi corazón se dispare.

El ritmo de mi corazón se rompe; me siento frágil, pero al mismo tiempo, segura. No encuentro palabras, solo asiento con la cabeza, el calor de mis mejillas delatándome.

—Después, a medida que te recuperabas, capté tu olor y lo supe. Pero no te transformabas… aún estabas demasiado débil. ¿O acaso era miedo de mí? —Su voz es baja, casi un murmullo para sí mismo.

No respondo, y mis ojos se humedecen, pequeñas lágrimas formándose. Porque, en el fondo, no puedo negar que tuve miedo. Quiero contarle lo de la maldición, revelarle todo, pero las palabras se me atascan en la garganta cuando él continúa, y no quiero que se detenga. Quiero escuchar cada palabra, sentir cada emoción, saber todo lo que guarda dentro de sí.

—Todo lo que quería era protegerte. Cuando intentaste huir y casi fuiste atacada por segunda vez, me volví loco. No debería haber

tapiado las ventanas, nunca quise quitarte la libertad, pero con tantos peligros fuera, con los monstruos... Solo quería asegurarme de que estuvieras a salvo, Sandra. Al menos mientras siguieras en tu forma de gata.

Hace una pausa, la voz vacilando antes de proseguir:

—Y entonces... cuando tu collar me guió de nuevo hasta ti, cuando sentí tu miedo y corrí a encontrarte... En lugar de la gata, te vi a ti. —Su pulgar resbala por mi mejilla en una caricia reverente—. Y no huiste. Volviste a mis brazos. En ese momento tuve esperanza... esperanza de que, en el fondo, querías quedarte. Y luego apareciste otra vez ante mí y coqueteaste conmigo... Joder, Gatita, cómo deseé besarte aquel día.

—Yo también lo deseé... —confieso sin aliento.

Él sonríe y, por fin, el aire vuelve a mis pulmones.

—Pensé que me odiabas —murmuro, devolviéndole la sonrisa.

Mark frunce el ceño, sorprendido.

—¡Jamás! —Niega con la cabeza—. ¿Por qué pensaste eso?

Suelto una risa nerviosa y acaricio su rostro, mi dedo deslizándose suavemente sobre el surco entre sus cejas. La sensación es reconfortante, como si todo lo que necesitara fuera tocarle para que los miedos se disipasen.

—Porque ponías esa cara seria, de dar miedo, se te escapaban las garras, tu cara se ponía roja de rabia...

—No me ponía rojo de rabia... yo... — duda un instante y, como si la simple mención del tema trajera ese sentimiento de vuelta, su rostro se tiñe de un rojo intenso—. Me sonrojaba de vergüenza —admite.

No puedo evitarlo, me echo a reír, sintiendo una oleada de alivio y diversión.

—¿Tú? ¿La Fiera? ¿El tío más duro de nuestra comunidad se sonrojaba por mi culpa? —levanto las cejas.

Él sonríe, una sonrisa radiante, completamente rendido.

Y por las estrellas...

¿Cómo pude pensar alguna vez que era peligroso?

Viéndole así, lo único que quiero es lanzarme en sus brazos y suplicarle que nunca me suelte.

Pedirle que sea mío, para siempre.

—Eres la mujer más hermosa que he visto en mi vida.

Eso me sorprende. Respiro hondo, sintiendo una mezcla de calor y emoción. Él lleva la mano a mi nuca y me acerca más, sus labios rozando ligeramente los míos antes de hablar de nuevo.

—Fuiste hecha para mí, Sandra. Desde el momento en que te vi, supe que eras mi pareja predestinada, como si mi corazón estuviera atraído por el tuyo. —Su voz es suave, pero cada palabra me golpea con fuerza—. Todo este tiempo solo pude observarte desde lejos, sin poder tocarte, sin poder tenerte. Pero ahora... ahora que sé que también me deseas, no hay vuelta atrás. No voy a dejar que te escapes. Eres mía, Gatita.

Mi corazón tropieza en el pecho, perdiendo un latido.

Pareja predestinada.

Esas palabras se infiltran en mí, despertando sentimientos que luché por negar y abriendo una puerta que mantuve cerrada por miedo.

Miedo a entregarme, a revelar mi corazón, a ser rechazada.

Mi miedo a ser abandonada está enraizado en el pecho.

Debería cuestionarlo, protegerme.

Pero en lugar de eso, un escalofrío placentero recorre mi columna, cálido, feroz.

Soy suya...

La idea debería asustarme, pero todo en mí se inclina hacia él: mi cuerpo, mi respiración, incluso mi alma, como si reconociera una verdad antigua, innegable.

—¿Y tú eres mío? —pregunto.

Él sonríe, con un brillo posesivo en la mirada.

—Siempre lo he sido, desde la primera vez que te vi. —Succiona mi labio inferior, sus dientes rozándolo ligeramente, haciéndome estremecer de deseo.

Gimo bajito, derritiéndome sobre su cuerpo, deseando continuar lo que empezamos, pero entonces recuerdo.

—Ethan está abajo —susurro.

Él maldice entre dientes, el rostro más serio ahora.

—Mierda, lo mandaré a que se vaya, ya estoy bien, no necesito niñera —dice, moviéndose para incorporarse. Pero al intentarlo, parece mareado y se apoya en la cabecera para no caerse.

—Mark…

—Solo me levanté demasiado rápido, estoy bien, Gatita.

Sin dudarlo, enredo mi brazo con el suyo, pensando que me apartará, pero él besa la parte superior de mi cabeza.

—Gracias —murmura, rozando la nariz en mi cabello, inhalando mi aroma.

Muerdo una sonrisa; todavía no puedo creer que todo esto esté pasando, que nos besamos, que él me desea…

Casi me pellizco, pero me contengo; no quiero despertar de este sueño.

Capítulo 32



Mark

Cierro la puerta después de mandar a Ethan a casa.

Cuando me giro, Sandra está en medio del salón, tirando del bajo de la camisa que lleva puesta, los pies descalzos sobre la alfombra. Mi mirada se desliza por su cuerpo pequeño y delicado, engullido por mi ropa, y algo dentro de mí ronronea de satisfacción. Pero sus dedos inquietos en la tela delatan que está nerviosa.

—Ven aquí —murmuro, tendiéndole la mano.

Duda un instante antes de entrelazar sus dedos con los míos. Su piel está caliente, suave, y solo ese contacto ya me calma de una forma que nada más consigue.

Clava esos ojos preciosos en los míos, mordiéndose la comisura del labio.

—¿Tienes hambre? —pregunta en voz baja—. Sé que has tomado una poción nutritiva hace poco, pero eso no quita el hambre, solo alimenta… Puedo prepararte algo para comer…

Esbozo una sonrisa lobuna, dejando que mi mirada se deslice despacio por su cuerpo. Mis ojos se detienen en la punta de sus pechos, duros bajo la tela de la camisa blanca.

Se me hace la boca agua.

—Mi hambre no es de comida, Gatita. Tengo ideas mucho mejores…

Sus ojos se abren de par en par y un rubor tiñe sus mejillas.

—Pareces el lobo feroz a punto de devorarme.

Suelto una risa baja y aprieto sus manos con las mías, acercándola aún más.

—No tienes ni idea de lo mucho que aciertas, mi Gatita. Y yo soy un lobo muy, muy hambriento.

Inclino la cabeza y beso la curva de su cuello, deslizando la lengua por encima de la cinta aterciopelada de su gargantilla.

Ella se estremece, y puedo sentir cómo su excitación se mezcla con la mía en el aire. Inhalo hondo el perfume natural que desprende, rozando con la nariz un punto detrás de su oreja antes de murmurar:

—Por más que desee abrirte las piernas y saborear cada parte de ti… —ordisqueo el lóbulo delicado de su oreja y ella ronronea, arqueando los pechos contra mi cuerpo—. Quiero enseñarte algo antes, y tenemos que hablar.

Aparto mi rostro de su cuello y ella parpadea varias veces, como si saliera de un trance.

—E-está bien… —susurra.

Aprieto su mano y la guío hacia las escaleras, conduciéndola hasta la puerta del cuarto de invitados. La habitación está prácticamente vacía, salvo por el armario en la esquina, que antes usaba para guardar algunas cosas extra. Pero ahora, es suyo.

Abro las puertas del armario, revelando lo que hay dentro: algunos productos felinos, ropa que compré el día que la vi en forma humana, vestidos del mismo estilo que llevaba entonces, botas, sandalias, lencería…

Todo lo que pudiera necesitar. Para sus dos formas.

Sus ojos se abren de par en par mientras acaricia las perchas con dedos vacilantes.

—¿Cómo…? ¿Cuándo…? —Su respiración se acelera—. Has comprado todo esto… ¿para mí?

Cruzo los brazos, observando su reacción.

—¿Para quién iba a ser, si no? Claro que era para ti.

Ella se muerde el labio, apartando la mirada.

—No sé… —Se encoge de hombros —. Pensé que quizá podría haber sido de alguien antes que yo. Una exnovia…

Un gruñido bajo se me escapa de la garganta antes de poder contenerme. Le sujeto la cara, obligándola a mirarme.

—No hubo nadie antes. No habrá nadie después. Solo tú. Mi hembra. No lo dudes ni un segundo.

Sus ojos brillan, y se lame los labios antes de susurrar:

—Vale…

No resisto más. Tomo su boca en un beso profundo, saboreando cada gemido suave que me regala, pero me aparto antes de perder por completo el control.

—Puedes cambiarte. Ponte cómoda, te esperaré en el salón.

Ella vacila, mordiéndose la comisura de la boca.

—¿Y si quiero seguir llevando tu camisa?

Mi pecho se infla con un orgullo posesivo.

Mi lobo aúlla dentro de mí, satisfecho.

—Puedes hacer lo que quieras, Gatita. Quedarte con la camisa, ponerte un vestido, quedarte desnuda… Aquí tienes la libertad de ser y hacer lo que quieras.

Ella contiene la respiración, sus ojos verdes se abren de par en par.

—Eso ya lo dijiste antes, ¿verdad?

Sonrío.

—Sí, la primera noche que pasaste aquí en la cabaña. Tu esencia aún era imperceptible, pero sentí la conexión de una pareja destinada… Y quise que entendieras que conmigo, que aquí, siempre estarás a salvo. Que nunca tendrás que tener miedo. No de mí. Nunca de mí.

—Mark... —su voz se quiebra cuando se lanza contra mí, frotando el rostro en mi pecho y rodeándome con sus brazos.

Reprimo un gruñido cuando la presión sobre mis costillas heridas se intensifica. Antes, mientras nos besábamos, el dolor se había ahogado en la excitación; el deseo lo nublaba todo, incluso el juicio. Pero ahora, sin mi polla rozando entre sus piernas, el dolor regresa, punzante e insistente.

Aun así, no suelto el abrazo.

No hay dolor que no soportaría por ella.

Se aparta lo justo para mirarme a la cara, y su sonrisa se borra al notar mi expresión. Da un salto hacia atrás, ágil como una gata.

—¡Perdón! ¡He vuelto a olvidar tu herida! —su voz suena rota, cargada de culpa.

Suelto una risa baja y la atraigo de nuevo hacia mí, esta vez guiando sus manos hasta mis hombros, manteniéndola cerca, pero sin presionar la zona dolorida.

—¿Acaso me has oído quejarme? Aún no había terminado de abrazarte.

Suspira y esconde el rostro en mi cuello, inspirando hondo. Yo hago lo mismo, llenándome con el aroma de su cabello. El olor de mi hembra.

—Tenemos que hablar en serio, necesito contarte algo antes de que pierda el control otra vez —su voz es baja, vacilante.

Frunzo el ceño, tenso.

—¿Qué?

Ella se aparta un poco, encontrando mi mirada.

—Yo... no me quedé en forma felina solo porque estaba demasiado débil para transformarme, Mark. Estoy maldita.

Todo mi cuerpo se estremece, la bestia arañando bajo mi piel, rugiendo, pidiendo salir. Cada fibra de mí, cada instinto, cada maldita parte de mi ser grita por proteger a mi hembra.

Mi respiración se acelera, el aire entra y sale a trompicones irregulares. La mandíbula se me tensa hasta que el dolor se irradia por todo el rostro. Los puños se me cierran, listos para destrozar a quien haya osado tocarla, encerrarla, maldecirla.

—¿Quién? —Mi voz sale baja, pero cargada de una furia que hace que Sandra parpadee—. ¿Quién te hizo esto?

Ella vacila.

— Mark...

—Dime el nombre, ahora. —Todo mi cuerpo vibra, la adrenalina ardiendo en mi sangre, empujándome hacia la acción —. Voy a hacerle sangrar, sufrir e implorar clemencia hasta su último aliento.

No importa que esté herido. No importa que apenas pueda respirar hondo sin sentir un latigazo en las costillas, ni que mi esencia se arrastre dentro de mí como una maldita babosa.

Voy a encontrar al cabrón que te hizo esto y le arrancaré la garganta con mis propias garras.

—Tienes que calmarte. —Me agarra del brazo, intentando contenerme, su palma caliente apretando mi piel—. No puedes salir así, aún estás débil. Ahora no es tan urgente, puedo forzar la transformación durante unos minutos... a veces hasta un par de horas. Parece que la maldición se está debilitando.

Inhalo fuerte por la nariz, tratando de contener la furia que amenaza con nublarme la vista. Todo mi cuerpo tiembla de frustración. Debería haberme dado cuenta. Debería haberla protegido.

—¿Estás segura? —Mi voz suena más ronca de lo que pretendo.

—Sí, Balthazar comentó algo sobre que podría romperla... si descubro la clave. Pero no tengo ni idea de lo que puede ser. — Suspira, apretando los labios.

La sola mención de ese nombre enciende otra chispa de furia dentro de mí.

—¿¡Balthazar lo sabía y no hizo nada!? —Mi rugido llena la habitación. El cristal de la ventana cruje con la vibración de mi poder contenido.

Sandra se encoge ligeramente, pero me agarra con fuerza del brazo, anclándome.

—No era el momento, estabas muriéndote, Mark. Intentábamos mantenerte con vida, entender qué estaba impidiendo tu curación, qué te estaba envenenando... y luego tuvimos que llevarte hasta la bruja anciana...

El calor del odio se disipa de golpe, dejando paso a un frío cortante que se hunde en mi estómago como una losa de hielo, recorriéndome la espalda con escalofríos.

— No... —El susurro se me escapa antes de poder frenarlo—. No fuisteis a verla... ¿verdad?

Sandra cierra los ojos brevemente, como buscando fuerzas para seguir. El pecho se me contrae todavía más al ver una lágrima solitaria resbalar por su rostro.

—Balthazar hizo lo que pudo, pero no era lo bastante fuerte para el ritual que podría salvarte. Muy pocos brujos lo son. La única opción era la anciana, Mark. Él nos guió hasta ella, Ted te llevó en brazos y...

Aprieto los ojos con fuerza, y el cuerpo me flaquea por un instante. Sé perfectamente lo que significa. Sé que nadie sale indemne de un trato con ella.

Trago en seco antes de preguntar lo que necesito saber.

—¿Qué pidió a cambio? Ted... ¿qué pagó por ello?

Los hombros de Sandra tiemblan, y otra lágrima le surca la mejilla.

—Él no tenía nada que ofrecer. No sin hacerse un daño irreversible. Así que... pagué yo. —Sus labios se curvan en una sonrisa temblorosa, un contraste cruel con el peso de sus palabras

—. Pagué con algunas de mis vidas extra para mantenerte con vida. Y lo volvería a hacer, Mark. Si hiciera falta.

El suelo desaparece bajo mis pies. El pecho se me contrae de una forma que jamás había sentido, como si unas garras invisibles me desgarraran por dentro. Las rodillas me ceden, golpeando contra el suelo con un ruido seco, pero el dolor físico no es nada comparado con lo que me devora por dentro.

La cabeza me cae hacia delante y hundo el rostro en el vientre de mi hembra, de mi compañera, de aquella a la que debería proteger a cualquier precio.

—No... —La palabra me sale ronca, rota, un lamento, una súplica, una maldición contra mí mismo.

Mis brazos rodean su cintura, los dedos se clavan en su piel como si, sujetándola, pudiera deshacer lo que ya está hecho.

Pero ya es demasiado tarde. El sacrificio se consumó.

Ella entregó por mí lo que yo jamás debería haber permitido que le arrebataran.

Todo mi cuerpo se inclina ante ella, en reverencia, en culpa, en una petición de perdón que quizá nunca merezca recibir.

—No te merezco.

Ella enmarca mi rostro con las manos, su toque suave contrastando con la firmeza del gesto, obligándome a mirarla.

—Tú me rescataste, me diste refugio, me protegiste, me curaste... Me salvaste de formas que ni siquiera imaginas. —Sus ojos verdes brillan, intensos como esmeraldas—. ¿Cómo puedes pensar que no me mereces?

—Sandra…

Su nombre se escapa de mis labios como una oración, ronca, cargada de devoción.

— Mark, si alguien lo merece todo, ese alguien eres tú.

La garganta se me cierra, y lo único que consigo es soltar un suspiro tembloroso antes de dejar caer la frente contra su muslo. El pecho me sube y baja a un ritmo irregular, todavía intentando recuperar el control, intentando calmar mi corazón. Mientras me prometo a mí mismo que estaré a la altura de su sacrificio.

Sus dedos se deslizan por mi pelo, una caricia lenta, tranquilizadora. Me masajea el cuero cabelludo antes de bajar hasta mi nuca, sus toques suaves contrastando con el caos que me arde por dentro.

Cierro los ojos un instante, respiro hondo, y su perfume me inunda, dulce y cálido. Sin darme cuenta, froto el rostro contra su muslo, buscando más de su calor, de su olor. Cuando levanto la mirada, me topo con sus ojos fijos en mí, intensos, atentos. Se muerde el labio, y sus dedos se aferran levemente en mi nuca, el toque ya no calma, incita.

Suelto un gruñido y hundo aún más la cara contra su pierna, mi nariz rozando su piel ardiente, sintiendo su suavidad, el aroma embriagador que desprende entre las piernas.

Mis manos se deslizan despacio por los laterales de sus muslos, y empieza un juego silencioso, donde cada movimiento puede ser una invitación… o un desafío.

En ese instante, sé que estoy muy lejos de serenarme, pero esta vez, por un motivo completamente distinto.

—Gatita...

Mi boca roza su muslo, dejando besos lentos, suaves. Voy subiendo despacio, saboreando cada escalofrío que provoco, hasta alcanzar el borde de su camisa.

Unos centímetros más… y encontraré el paraíso.

Ella se estremece, arqueándose hacia mí, la respiración entrecortada. Mi nariz se desliza lentamente entre sus piernas, todavía por encima de la tela, absorbiendo su calor, el aroma embriagador de su excitación.

Sus dedos se hunden en mi pelo, tirando de mi cabeza con urgencia, empujando la cadera contra mi rostro.

—Bésame —suplica, la voz ronca, cargada de necesidad—. Bésame aquí...

—Joder... —gruño con deseo, levantando el borde de la camisa hasta dejar a la vista la prenda que cubre su intimidad.

Mi polla dura gotea con la visión.

No es una braguita.

Está llevando mis bóxers.

Joder... ¿por qué coño eso es tan absurdamente sexy?

Me humedezco los labios al ver que su chochito está tan empapado que ha dejado una mancha enorme en el tejido. Eso me hace perder el control por un instante, la fiera dentro de mí se desata, impaciente, queriendo tomarlo todo de golpe.

Mis manos aprietan sus muslos, mis garras hundiéndose en la carne ardiente mientras la obligo a abrir más las piernas para mí. Quiero verla. Quiero sentirla. El aroma que desprende me golpea como una invitación indecente que enciende mi deseo.

—Tu olor es embriagador... —mi voz sale ronca, reverente, mientras la observo retorcerse, frotándose contra mí sin pudor, los labios entreabiertos en pura necesidad—. Quiero devorarte entera, Gatita.

—Por favor... —suplica, desesperada.

Pero no hacen falta súplicas. Mi boca ya está sobre ella, mi lengua presionando contra su coño cubierto por mis bóxers, chupando su sabor a través del tejido empapado.

Un gruñido gutural vibra en mi pecho, puro hambre y posesión. Mi saliva se mezcla con su excitación mientras mis dientes enganchan la tela, mis labios succionan con avidez, mi lengua explora, mi nariz se frota ahí, aspirando su olor como si pudiera atraparlo dentro de mí.

No hay delicadeza, no hay técnica, solo deseo bruto y hambriento, un instinto feroz que me hace caer con la boca, devorándola como si fuera lo único que pudiera mantenerme vivo.

Mis manos se deslizan por sus muslos hasta su culo, apretándolo con firmeza antes de alzarla del suelo, manteniéndola suspendida, su coño aún pegado a mi boca. Ella suelta un gritito sorprendido, los brazos extendiéndose para agarrar mis hombros.

—No tengas miedo —murmuro contra su piel, mi voz vibrando entre sus piernas—. Nunca dejaré que caigas.

Sus dedos aprietan mi piel, pero se relaja al darse cuenta de que tengo el control. La sostengo firme mientras camino hasta mi habitación, cada paso marcado por el deseo palpitante entre nosotros. Al llegar a la cama, bajo su cuerpo lentamente, sentándola al borde antes de caer de rodillas frente a ella.

Sostengo sus pies y los presiono contra mi pecho, dándole apoyo.

—Eleva la cadera para mí, Gatita.

Obedece sin dudar, y tiro de la prenda que aún cubre su chochito, dejándola deslizarse por sus piernas antes de lanzarla detrás de mí. Un gruñido escapa de mi garganta al ver su estado, toda mojada, el clítoris hinchado y palpitante, suplicando por mi boca.

No me resisto. No espero.

Bajo mi rostro y succiono ese botón sensible con ansia, arrastrando la lengua por su carne caliente, saboreando cada gota del néctar que produce solo para mí.

—¡Mark! —gime fuerte, arqueando el cuerpo, mientras mi lengua se desliza hacia abajo, sumergiéndose en su entrada.

El gemido grave que escapa de mí es puro instinto, puro deseo.

Como un lobo hambriento, abro mi boca sobre ella, cubriendo su chochito entero. El instinto me manda, un deseo primitivo de devorarla, de sentirla retorcerse bajo mí. Deslizo la lengua hacia

arriba y, al alcanzar su clítoris hinchado, mi mandíbula se cierra a su alrededor.

Lo succiono con fuerza, atrapándolo entre mis dientes con una precisión cruel.

Ella arquea, el grito desgarrando su garganta mientras su cuerpo se rinde. La cabeza cae hacia atrás, las caderas se mueven frenéticas contra mi rostro, las piernas tiemblan en espasmos incontrolables mientras el orgasmo la domina.

Mi polla late violentamente, palpita, gotea, hambrienta por enterrarme en ella, por marcarla como mía. Pero primero, voy a embriagarme de su sabor, dejar que se deslice en mi boca hasta que no pueda más y me suplique.

Agarro sus muslos con más fuerza, mi lengua hundiéndose profundo, bebiendo cada temblor, cada sacudida que recorre su cuerpo saciado. Quiero sentirlo todo. Quiero saborear cada gota hasta que su mente se pierda y no tenga otra opción que suplicar más. Sigo provocando cada contracción involuntaria, cada estremecimiento que recorre su cuerpo sensible. Su sabor me embriaga, y vuelvo a succionar su clítoris, sintiendo cómo su cuerpo se arquea en respuesta.

Gime fuerte, los dedos enterrándose en mi cabello, tirando y luego empujando, como si quisiera más y al mismo tiempo no pudiera soportar nada más.

—N-no puedo… —suspira, la voz entrecortada, un ruego mezclado con la desesperación del post-orgasmo.

Su cuerpo todavía tiembla bajo mis manos, los muslos entreabiertos, los músculos contrayéndose involuntarios. Entonces me detengo.

Ella cae sobre el colchón, exhausta, el pecho subiendo y bajando con jadeos pesados. Una sonrisa lánguida se dibuja en sus labios hinchados, sus ojos verdes aún vidriosos, turbios por el placer.

La visión me devora. Me destruye. Me incita a más.

Aparto mi rostro de sus muslos y la miro a los ojos.

—Quítate la camisa, preciosa. —Me paso la lengua por los labios, tragando los restos que dejó en mi cara.

Sus dedos agarran el borde arrugado en la cintura, tirándolo hacia arriba, contorsionándose para liberarse de la tela. La camisa vuela hacia algún lugar de la cama, olvidada.

Mi mano se desliza por su barriga desnuda, su piel se eriza cuando mi índice traza círculos perezosos alrededor del ombligo antes de subir hasta uno de sus pechos pequeños. Cabe entero en mi palma, caliente y suave. Aprieto los dedos, masajeando, y ella jadea, arqueándose contra mí, buscando más contacto.

—Perfecta… —murmuro contra su piel, mordisqueando un pequeño labio y luego el otro, mi lengua provocando su clítoris mientras mis dedos juegan con el pezón erecto.

Cuando su respiración falla en un suspiro entrecortado, dejo de tocar su coño y me aparto, lamiéndome los labios mientras me pongo de pie.

Ella se apoya en los codos, la mirada hambrienta recorriendo mi abdomen definido antes de bajar hasta el gran volumen bajo el sudadero. La tela está manchada por mi pre-eyaculación, completamente empapada.

Lentamente, tiro de mis pantalones hacia abajo, y sus ojos se abren de par en par, hipnotizados por cada movimiento mío. Sus caderas se levantan de la cama, las piernas se abren más, invitándome a tomarla allí mismo.

De un gesto brusco, arranco el sudadero y los calzoncillos de una vez. Mi polla salta afuera, rígida y palpitante, la cabeza casi morada y resbaladiza por la absurda cantidad de pre-eyaculación que he soltado. La envuelvo con la mano, deslizando los dedos por el largo mientras suelto un gruñido bajo.

Sus labios se entreabren en un suave jadeo, la mirada fija en mí.

—Por las estrellas, Mark… —gime, las pupilas dilatándose aún más.

Mi sonrisa se ensancha.

—¿Qué pasa, Gatita?

Ella traga saliva, los ojos brillando con una mezcla de deseo y aprensión.

—Es que… eres realmente grande —murmura, la voz ronca. Sus mejillas se tiñen de un rubor adorable —. Muy grande.

Mis colmillos se extienden, y el puro orgullo que corre por mis venas me hace querer rugir. Sí, soy grande, pero no monstruosamente. No en esta forma.

— Aguantas cada centímetro —digo, mi voz grave, cargada de promesa. Y entonces veo su chocho palpitar, contraerse y escurrirse más sobre mí. Mis ojos se oscurecen—. Nuestro cuerpos fueron hechos el uno para el otro…

Pero mi nudo…

Si algún día Sandra quisiera ser follada por mi forma bestial, sentiría mi nudo hincharse dentro de ella…

La fiera en mí ruge, ansiosa por liberarse. La idea de tomarla entera, de mantenerla atada a mí, de hacerla llevar mi cría…

Mi instinto grita por ello.

Pero nunca la forzaría.

Respiro hondo, aferrando el control que amenaza escaparse entre mis dedos.

Todavía no es el momento adecuado.

La marcaré como mi hembra, pero solo cuando esté lista para aceptar el vínculo, lista para recibir mi mordida y sellar nuestra unión.

—Mark, yo…

—Sí, amor?

—Nunca he tenido a nadie dentro de mí antes —confiesa.

Una posesividad salvaje se apodera de mi pecho al saber que seré su primer macho. Su único…

Quiero hundirme en ella de una vez, tomarla para mí.

Pero respiro hondo, las fosas nasales dilatándose mientras vuelvo a tomar el control, mandando a la bestia a un rincón oscuro de mi mente. Mi polla duele de tan dura, mis cojones pesados de semen, pero lo detendría todo ahora mismo.

—No hace falta que sigamos…

—¡Quiero! —se apresura a decir—. Lo quiero mucho, solo necesitaba decir… —Mordisquea el labio, mirando mi polla—. Que al principio vayamos despacio.

—Ponte a cuatro, Gatita. —Traga saliva, un pequeño nerviosismo, pero hace lo que le pido—. Ahora apoya la cara en la cama…

Me coloco de rodillas detrás de ella, una mano firme en su cadera. Con la otra, empiezo a acariciar la base de su nuca, los dedos explorando lentamente el camino de su columna. Ella se arquea bajo el toque, totalmente entregada y sumisa. Un ronroneo bajo escapa de sus labios entreabiertos, como una gatita caprichosa. Su rostro apoyado de lado se frota contra la almohada, los ojos cerrados de placer.

—No te voy a hacer daño… mucho.

—Lo sé —susurra.

Vuelvo a tocarla, una mano sigue sujetando su cadera mientras la otra recorre perezosamente su espalda hasta llegar a su delicioso y respingón culo. Rozo la piel suave con la palma, explorando lentamente antes de apretarla con ganas, hipnotizado, la boca babeando.

El temblor que recorre su cuerpo es puro deseo.

—Eres preciosa, Sandra. Demasiado preciosa.

Me siento sobre mis talones y me inclino, bajando el rostro hasta colocar mis labios sobre la piel delicada y suave de su culo, besándola con la boca abierta, mordisqueando y chupando.

—¿Te han mordido antes? —pregunto con voz ronca.

—Nunca, pero contigo… quiero.

—Buena gatita…

Entonces, muerdo, mis dientes hundiéndose lo suficiente para dejar una marca. Ella se estremece y suelta un gritito, probablemente no esperaba tanta intensidad. Lamo la piel, suavizando el dolor.

—Hmmm… —Me alejo solo un poco, los ojos fijos en la piel, apreciando mi marca allí.

Acaricio despacio la zona y ella ronronea.

—Tu conejito está aún más mojado, ¿te ha gustado sentir mis dientes, verdad?

—Sí… —Arquea el culo en el aire, su conejito goteando de excitación.

Sandra se estremece cuando muevo la boca al otro lado antes de morderla de nuevo.

—Mark… —gime contra el colchón al sentir mis dientes clavándose en su carne.

Suavizo el dolor con la lengua, lamiendo las dulces gotas de su sangre, circulando con la lengua y dejando besos sobre la piel.

—¿Quieres que pare?

Me obligo a preguntar, pero mi bestia ruge dentro de mí, hambrienta, exigiendo que la tome, que la marque, que clave mis dientes en su cuello y selle nuestro vínculo como compañeros destinados.

Mi autocontrol es un hilo tenso, a punto de romperse.

—¡Por favor, no!

Entonces, su culo ondula sobre mi rostro, suplicando más.

—Buena gatita.

—Mark… —la súplica escapa de sus labios, cargada de deseo y urgencia—. Necesito sentirte dentro de mí. Ahora.

No es solo lo que dice lo que me desestabiliza, es lo que late detrás de cada palabra. Lo que llevan, lo que despiertan. Es una necesidad bruta, salvaje, ardiendo entre nosotros.

Un hambre primitiva, instintiva.

Nunca había sentido algo así antes.

Es abrumador.

Capítulo 33



Sandra

—Necesito sentirte dentro de mí. Ahora.

Mis palabras parecen romper el último hilo de control de Mark.

Con un gruñido, se tumba de lado en la cama y me agarra la cadera con fuerza, arrastrándome hacia él.

—Yo también lo necesito. Necesito sentir este coño apretadito tragándome entero.

Estamos de lado, mi espalda pegada a su pecho. Entonces agarra una de mis piernas, haciéndome doblar la rodilla hacia arriba con el pie apoyado en el colchón. Empino el culo hacia atrás, dejando mi coño totalmente expuesto.

Su brazo se desliza bajo mi cabeza mientras la otra mano se cuela entre mis piernas, tocándome deliciosamente, los dedos masajeando mi clítoris, arrancándome un gemido.

—Joder… no tengo condón —sus dedos se detienen y le siento tensarse detrás de mí.

—Da igual. —Me froto contra él, mi voz entrecortada y jadeante—. Llevo meses tomando la poción anticonceptiva, por precaución. Sigue activa hasta final de mes.

—Gracias a la luna —vocifera.

Entonces lo siento encajándose en mí…

Giro el rostro, buscando sus labios, y él me besa con una urgencia arrolladora mientras mueve las caderas, empujando su polla dentro de mí despacio, abriéndome, reclamando una parte de mí que nunca entregué a nadie antes.

Sus dientes se hunden en mi labio antes de lamerlo y succionarlo, su beso es una marca, salvaje y sin restricciones. Y yo lo beso con la misma intensidad.

Y su sabor… su lengua hundiéndose en la mía… la deliciosa posesividad de sus labios…

Es todo lo que necesito para olvidar la punzada de dolor cuando se entierra un poco más, mi coño estrechándose alrededor de su tamaño descomunal.

Soy devorada por la sensación abrumadora, por la forma intensa en que mi cuerpo se llena de golpe, una plenitud que me roba el aliento. Mi cuerpo se estira al límite, mis músculos se aprietan a su alrededor, y mi corazón se desboca, frenético.

Es enorme, creo que no voy a poder soportar tanto de una sola vez…

Pero, antes de que ese pensamiento tome forma, se hunde aún más, invadiéndome con una intensidad que roza lo imposible.

Gimo en éxtasis, porque, por las estrellas…, sentirlo dentro de mí es demasiado bueno.

Es una mezcla de dolor y placer, sus dedos no dejan de masajear mi clítoris y mi excitación chorrea, haciendo que se deslice más fácil dentro de mí.

Su boca abandona la mía para rozar mi oreja, me mordisquea el lóbulo, la punta de su lengua juguetea con él, su polla entra y sale en embestidas cortas y perezosas, pero sé cuánto le está torturando, sus músculos tiemblan sobre mí mientras mantiene el control, mientras intenta ser suave conmigo para no hacerme daño.

—Eres tan perfecta —gruñe contra mi oído.

Aprieta mi clítoris levemente mientras sigue derramando palabras posesivas, follándome un poco más fuerte, más rápido.

— Mi hembra.

—Sí, soy tuya… —gimo.

Él ruge y, de repente, se sienta sobre sus rodillas, me gira boca abajo y me monta por detrás, tirando de mis caderas, obligándome a quedar a cuatro patas, apoyada en codos y rodillas.

—¡Jodida rica! —Empieza a embestirme con más fuerza y yo hundo la cara en la cama, empujándome hacia atrás para encontrarme con él—. Esto es mío — una de sus manos atrapa uno de mis pechos, lo aprieta, pellizcando el pezón antes de deslizar la palma por mi vientre hasta perderse entre mis piernas, sus dedos masajeando mi clítoris—. Este coño es mío.

Su voz tiene un timbre profundo y animal, su fiera desatándose.

Entonces pellizca mi clítoris con fuerza, obligándome a arquear la espalda y gritar.

Se retira de mí lentamente, solo para luego circular mi entrada, esparciendo mi humedad por todo mi coño, provocándome hasta que suelto un sonido frustrado.

—Necesito saber si de verdad quieres seguir, porque no voy a poder controlar a mi bestia por mucho tiempo, estoy al límite… — Se inclina sobre mí y su boca roza mi hombro, sus dientes raspando mi piel—. Necesito follarte, con fuerza.

—Mark… —gimo, sintiendo lágrimas de pura frustración por el vacío que me deja al salir—. Necesito sentir a mi macho dentro de mí. Ven y fóllame de una puta vez.

Un gruñido gutural vibra en su garganta y vuelve a llenarme de un solo golpe brusco, y sé que es la fiera intentando tomar posesión.

El simple pensamiento de que Mark está dejando que su esencia lo domine mientras me folla con embestidas salvajes me enciende todavía más. Mis garras felinas se desatan y me aferro al

colchón, recibiendo sus embestidas con gritos de placer que ahogo mordiéndome la sábana.

Saber que soy la razón por la que él pierde el control, que me desea tanto como para entregarse a su instinto salvaje, hace que mi coño se contraiga y se empape todavía más.

Los sonidos en la habitación se reducen al chasquido húmedo de nuestros cuerpos sudorosos encontrándose, a mis gemidos entrecortados con cada embestida casi brutal suya y a las obscenidades que me escupe al oído con esa voz ronca, animal.

—Tan apretadita para mí…

Solo gimo, los ojos se me van en blanco de puro placer, mis garras desgarrando las sábanas mientras me aferro a cada estocada profunda.

—Buena gatita, eso es… aprieta así ese coñito. Este cuerpo fue hecho para recibir mi corrida. Y mi polla fue hecha para darte placer.

¡Sí!

Es lo único en lo que puedo pensar, las palabras se me transforman en gemidos cada vez más agudos al salir de mi garganta.

—Voy a follarte hasta que tu coño se amolde a mi polla —rug —. Hasta que no quede ninguna puta duda de que eres mía.

El ritmo se acelera, feroz, y cada embestida me arranca un grito ahogado, descontrolado.

—Voy a llenarte tanto de mi corrida que tu vientre va a hincharse y vas a sentirme chorrear dentro de ti durante días — sisea, aumentando el ritmo de las embestidas, golpeando tan profundo, justo en ese punto delicioso que me hace chorrear y pulsar a su alrededor.

El calor me sube por las piernas como una corriente eléctrica, incontrolable. Cada embestida suya me hunde más en un delirio febril. Me aferro a la sábana, pero mis garras atraviesan la tela. Me está llevando al límite, no solo del placer, sino de la cordura.

Intento mirar hacia atrás, y lo que veo es… salvaje.

Sus ojos son dos soles, ardiendo bajo párpados febriles, sus colmillos sobresalen de los labios, el pelo sudado pegado a la frente, orejas puntiagudas en medio de la transformación, garras libres que aprietan con fuerza mi cadera, hundiéndose en mi carne... y una cola se agita tras de él.

Todavía intenta contener a su bestia, no dejar que tome por completo su cuerpo, pero parece estar al límite...

—Mark, voy a... —gimo, sintiendo el orgasmo llegar, el calor y el cosquilleo extendiéndose por todo mi cuerpo, mi coño contrayéndose más y más...

—Puedo sentirte apretándome, hembra —dice, su voz sonando menos humana, la bestia adueñándose de él.

Esboza una sonrisa animal, su rostro transformándose un poco más.

De repente Mark se sale por completo, solo para, al instante siguiente, girarme en la cama boca arriba, agarrar mis tobillos y colocar mis piernas sobre sus hombros antes de volver a follarme, su cuerpo cayendo sobre el mío, abriéndome al máximo.

Siento los músculos de sus brazos y espalda estremecerse, sus labios tensos, pasa la lengua por sus colmillos alargados mientras sus ojos oscuros se clavan en mi cuello.

—Estoy a un puto hilo de perder el control —gruñe antes de hundir el rostro en la curva de mi cuello, rozando mis piel con los dientes—. Pídeme que pare, Sandra.

—Quiero que lo pierdas.

Él disminuye el ritmo de las embestidas, pero va hasta el fondo, su pelvis chocando contra mi clítoris hinchado y arrancándome descargas de placer.

—No quiero hacerte daño, Gatita... —dice, pero antes de que pueda apartarse, le agarro de la nuca, hundiendo mis garras en su piel, tirando de él hacia mí.

Él ruge, la tensión en el aire aumentando.

—¿Es eso lo que realmente quieres? ¿Que te marque, que te haga daño?

Ronroneo en respuesta, apartando el rostro para mirarle a los ojos, desafiante.

—Te quiero salvaje. Quiero ser poseída por la Fiera, ser marcada como tuya.

—Sí — dice con voz animal contra mi piel—. Eres mía.

Y entonces, sin aviso, sus colmillos se hunden en mi carne.

El golpe de dolor me hace jadear, pero el placer llega enseguida, una oleada caliente y arrolladora que me arrastra, dejándome sin aliento, tensa, completamente entregada. Mi cuerpo se aprieta a su alrededor, cada movimiento suyo me consume. Él suelta un gruñido ronco, sus colmillos hundiéndose aún más, marcándome de una forma que va más allá de la carne.

Mi mano se enreda en su pelo, tirando de él más cerca, como si ya supiera, en lo más profundo de mí, que ese momento era inevitable. Siempre fui suya, incluso antes de entender lo que significaba.

El calor se expande por mi cuello, baja hasta el pecho, quemando mis venas con una intensidad casi insoportable. Mi corazón se acelera, latiendo con una fuerza que parece querer desgarrarme, pero solo sigue, golpeando rápido, implacable. Siento toda mi piel vibrar, cada centímetro de mí erizado, cargado de electricidad.

Mi esencia empieza a crecer, expandiéndose dentro de mí, llenando cada espacio con una fuerza que me domina.

Mis ojos se encienden, brillando como estrellas a punto de estallar, y un grito de placer irrumpe de lo más hondo de mí, desgarrando mi garganta, sin ningún control.

Su marca queda grabada en mí, tatuada en cada fibra de mi ser, como la promesa de que soy su compañera destinada. Y, en ese

instante, no hay duda de que le pertenezco.

Mark vuelve a follarme, sus movimientos se vuelven más duros, cada embestida profunda me empuja al borde, mientras sus dedos se abren paso entre nuestros cuerpos y torturan mi clítoris sin piedad. Lambe la marca recién hecha, saboreando su posesión, mi sangre, y luego desliza los labios hasta mi oído, su respiración caliente y entrecortada.

—Tan perfecta… y tan mía.

Su voz me desarma, y yo solo me entrego sin reservas, perdida en el calor que nos envuelve. Sintiendo su cuerpo fundiéndose con el mío, cada embestida consumiéndome por completo, implacable, voraz, como si quisiera reclamarme hasta que no quedase nada más que nosotros, nuestro deseo y esa necesidad feroz que nos devora.

—Eres… —Se entierra más hondo y lo siento palpitar dentro de mí—. Mi todo.

Sus palabras son la chispa.

Un grito se escapa de mis labios cuando el orgasmo me sacude de golpe, una oleada de placer arrolladora que me arrastra.

Mi cuerpo convulsiona, espasmos alrededor de él mientras mis caderas se mueven frenéticamente y mi cabeza se sacude de un lado a otro, completamente perdida en la sensación.

—Eso es, mi hembra. Correte para tu macho.

No existe alternativa más que obedecer, el orgasmo sigue destrozándome, mi coño estrujando su polla en oleadas.

Él me folla con brutalidad y yo solo sé gemir, manteniéndome abierta, entregada, para que haga conmigo lo que quiera.

Mark ruge, y embiste hondo una última vez mientras su corrida estalla caliente dentro de mí, siento el calor expandirse, la humedad chorreando hacia fuera.

Entonces suelta el peso sobre mí despacio, girando de lado en el colchón para no presionar sus costillas magulladas. Yo me vuelvo hacia él, coloco una pierna sobre su cadera y clavo mis garras en sus

hombros, tirando de él hacia mí, mi boca cerrándose sobre su cuello, mis colmillos afilados marcando su piel, completando nuestro vínculo de pareja, aceptándolo como mi macho.

—Sí… —sisea, y luego lleva una mano a mi nuca, empujándome más contra su cuello, aceptando mi marca de buen grado. Su polla, que se había relajado bajo mi muslo, palpita y vuelve a endurecerse.

No puedo parar, mantengo los dientes ahí, su esencia metálica invadiendo lentamente mi boca y extendiéndose por mi lengua.

Saber que lo estoy marcando solo aumenta mi hambre, mi instinto animal, pero me obligo a soltar su piel y dejo caer la cabeza en la almohada con un suspiro.

Mark apoya la frente en la mía y, cuando abro los ojos, me pierdo en el dorado de los suyos. Desliza suavemente un dedo sobre la marca que dejó en mí, luego lo lleva a la boca, chupando una gota de mi sangre.

—Nunca, en toda mi vida, he probado nada que se compare contigo.

Estoy jadeando, el corazón aún desbocado en mi pecho me dificulta respirar. Pero necesito saber. Lo quiero tanto que, aun sin aliento, consigo susurrar:

—¿A qué sé yo?

Él se lame los labios lentamente, la mirada chisporroteando con una posesión arrolladora.

—A perfección y… —Sus ojos bajan de nuevo a mi cuello, cerca de la clavícula, en el lugar de la marca—. A mía. Tienes el sabor de ser mía, Sandra.

Entonces toma mi boca en un beso profundo y hambriento, mezclando nuestros sabores, enredando su lengua con la mía, probando cada gemido mío de contento.

Nuestro gozo resbala entre nuestros cuerpos empapados de sudor, y tiemblo en un suspiro que él devora.

Es salvaje, hermoso, y ahora irrevocablemente mío.

Jadeante, dejo que mi cuerpo se relaje contra el colchón, aún sintiendo los restos del placer vibrando en mi piel. Mark me abraza por detrás, sus brazos fuertes envolviéndome con un calor reconfortante. Sus dedos se deslizan perezosamente entre los míos, jugando, dibujando pequeños círculos, como si quisiera memorizar cada detalle. Se inclina, dejando besos suaves contra mi nuca, luego en mi cuello, hasta que su lengua recorre despacio la marca que me dejó. Un escalofrío me sacude la columna y suspiro, complacida.

El silencio entre nosotros es tranquilo, solo nuestras respiraciones mezclándose, hasta que su voz grave y baja llena el espacio.

—Debería haber hablado contigo sobre la marca. —Su mano aprieta ligeramente la mía—. Eso era lo que pretendía cuando te dije que quería mostrarte algo y conversar, pero… nos dejamos llevar.

Sonrío levemente, sin abrir los ojos.

—Ya lo sabía por encima. —Mi voz suena suave, somnolienta—. Es raro encontrar parejas destinadas, pero escuchaba conversaciones en la taberna. Sabía que, al recibir la mordida, la mujer acepta la unión… y después debe marcar también al compañero.

Mark respira hondo contra mi piel antes de murmurar:

—Ahora estamos unidos para siempre. Incluso si algún día te cansaras de mí y quisieras marcharte, aún sentirías la conexión. —Su voz se vuelve más ronca, casi un susurro—. Y yo… yo viviría en agonía, sintiendo tu ausencia. Los machos sufrimos más con la separación, así que… por favor…

Me giro lentamente en sus brazos, quedando frente a él. Mis dedos acarician su rostro, borrando la arruguita de preocupación que se forma entre sus cejas. No tiene por qué preocuparse por eso. No sabe que, si hay alguien que teme ser abandonado, soy yo.

—No me voy a ir, Mark. —La garganta se me cierra, pero me esfuerzo en sonreír—. Me quedaré contigo… hasta que tú aún me

quieras.

Sus ojos se intensifican, brillando en la oscuridad del cuarto.

—Entonces te quedarás conmigo para siempre—. Roza sus labios con los míos, inspirando hondo, como si absorbiera mi olor.

Suelto un suspiro tembloroso, sintiendo mi cuerpo ablandarse, entregado.

—¿Qué planeas hacer? ¿Cuáles son tus planes?

Siento sus dedos trazando perezosamente alrededor de mi marca, bajando hasta la gargantilla y después más abajo en movimientos circulares.

—Bañarme contigo…

Él suelta una risa baja.

—Un baño es una buena idea, pero no era eso lo que te preguntaba —dice divertido—. Quiero saber qué piensas hacer cuando rompamos tu maldición. ¿Qué quieres hacer? ¿Cuáles son tus anhelos?

Respiro hondo, pensando en los compromisos que tengo, en mis responsabilidades.

—Quizá… intente recuperar mi trabajo en la taberna.

Mark entrecierra los ojos.

—¿Eso es lo que realmente deseas? Si pudieras escoger cualquier cosa, cualquier camino… ¿volverías allí?

Me muerdo el labio y niego con la cabeza.

—Si pudiera escoger de verdad… volvería a estudiar. Intentaría entrar en la universidad. Cursaría diseño…

Sus ojos se iluminan con determinación.

—Entonces eso es lo que vas a hacer.

Suelto una risa sin humor.

—No tengo dinero, Mark. Necesito volver a trabajar y…

—Tienes dinero, mi amor. —Me interrumpe suavemente—. Mi dinero ahora es tuyo. Nuestra marca… nuestra unión vale más que un matrimonio. Esta cabaña es tuya. Todo lo que es mío, es tuyo.

Mi respiración titubea.

—Mark… no puedo aceptarlo. Necesito aportar algo.

Sus dedos sostienen mi barbilla con delicadeza, obligándome a mirarle.

—Ya has aportado más de lo que yo podría devolver, mi amor. Me diste tu vida para salvarme. Me diste tu cuerpo… y ahora me das tu corazón.

El nudo en mi garganta se aprieta, y solo puedo mirarle, absorbiendo cada palabra. Él realmente cree en eso. Él realmente me quiere aquí.

Y, por primera vez en mucho tiempo, siento que pertenezco a algún lugar.

Capítulo 34



Mark

Despierto despacio, el suave sonido de una respiración mezclándose con la mía.

Siento un peso sobre mi pecho y, al abrir los ojos, la veo acurrucada en mí.

Pero ya no es la Sandra humana.

Está en su forma felina ahora, acomodándose sobre mi pecho como una gatita mimosa, con el pelaje suave y sedoso esparcido sobre mi piel, el hocico apoyado en mi cuello.

Debe haberse transformado mientras dormíamos.

Si pudiera, me quedaría aquí para siempre. Con ella así, entre mis brazos, sin prisas, sin el peso de las responsabilidades. Solo la sensación de su calor y tranquilidad, proporcionándome una paz inexplicable.

Pero hay cosas que deben resolverse.

No puedo seguir dentro de esta burbuja de felicidad, ignorando la realidad allá afuera y los peligros que nos rodean.

Con el máximo cuidado acaricio su pelaje; no tengo intención de despertarla, pero está tan bonita en esta forma que no puedo resistirme.

Sus suaves ronroneos son la única respuesta.

Beso la cima de su cabeza con ternura y luego, con mucho cuidado, la levanto despacio para no perturbar su sueño, y la coloco

de nuevo sobre el colchón, donde puede seguir durmiendo cómodamente.

Me levanto despacio, intentando no hacer ruido. Cuando estoy de pie y me estiro, respiro hondo.

Las costillas, que ayer parecían rotas, hoy duelen menos. La sensación de la curación deslizándose lentamente por mi cuerpo es casi una tortura y un alivio al mismo tiempo. Ya no estoy tan destrozado como antes, pero sigo siendo solo un reflejo de lo que fui.

Mi esencia curativa, que siempre fue una fuerza inquebrantable, ahora parece gatear dentro de mí, como si estuviera aprendiendo a andar de nuevo.

Camino hacia el baño, y el reflejo en el espejo llama mi atención. Las cicatrices en mis brazos son más finas, ahora son solo unas líneas plateadas, casi invisibles en la piel.

Me giro de lado y llevo una mano instintivamente hasta mi torso, en la zona donde todavía duele.

Con un movimiento rápido, retiro la gasa que cubre mi costado y siento un leve tirón. El reflejo en el espejo es honesto. Mis costillas están cubiertas de manchas moradas y verdosas, marcas de una pelea que casi me consume. En el centro de los hematomas, cuatro cortes profundos y largos, hechos por garras afiladas. Mis músculos se contraen solo con mirarlos. Las suturas siguen allí, manteniendo mi carne cerrada, un recordatorio de que no me estoy curando del todo.
Vuelvo a colocar la gasa, odiando saber que todavía estoy débil.

Desvío la mirada hacia el tubo de pasta de dientes en el lavabo. Un impulso me domina y decido intentarlo, aunque siento que agoté mi magia fae la noche anterior y no tuve tiempo de recuperarla.

Me concentro, siento la esencia débil pulsando dentro de mí, forzando cada partícula de mi magia para crear una barrera invisible. Con esfuerzo, el tubo se eleva en el aire, flotando allí, desafiando la

gravedad. Pero la barrera no resiste mucho tiempo. Se fragmenta en instantes, y el tubo cae, golpeando ligeramente el lavabo.

—Mierda…

¿Cómo puedo proteger a Sandra de esta manera?

La única forma es reunir fuerzas con los míos, tragando el orgullo herido y pidiendo ayuda.

Hablando de los míos…

Necesito saber qué pasó en mi empresa mientras estuve fuera, cómo lidiaron con las apariciones, si alguien salió herido…

Bajo hasta mi despacho en casa y enciendo el ordenador, los dedos moviéndose automáticamente sobre el teclado para desbloquear el acceso mientras hago una llamada a Ted por Bluetooth.

La pantalla del monitor se ilumina antes incluso de que la llamada sea atendida, y me reciben con una avalancha de alertas. Abro los últimos informes y empiezo a analizar los ataques. El teléfono finalmente conecta.

—Mark, ¿cómo estás? —La voz de Ted suena áspera al otro lado de la línea.

Respiro hondo, esforzándome por mantener el control.

—Sin rodeos, Ted. ¿Tuvimos bajas?

Hay un breve silencio antes de un suspiro pesado.

—Esta vez fueron tres wendigos, pero algo estaba mal. No atacaron a civiles, no cazaban al azar. —Inspira hondo antes de soltar el aire con fuerza —. Al principio no nos dimos cuenta, pero avanzaron directamente sobre nuestras centinelas, como si alguien los hubiera guiado hasta ellas.

Mi mandíbula se tensa y mis dedos se retuercen, mis garras queriendo salir.

—¿Qué coño? —gruño, sintiendo la ira subir—. Si todavía quedaba alguna duda, ahora no queda. Es la misma persona detrás

del grimorio y de la energía negra. Venganza por la invasión.

—También lo pensamos. Y Mark… esos wendigos eran más fuertes de lo normal. Más rápidos y resistentes. No tuvimos bajas, pero casi todos salieron gravemente heridos. La situación fue jodida. Y pasó algo raro.

—¿Qué?

—Dos de los nuestros estaban gravemente heridos, esperando los refuerzos que envié. Pero antes de que llegaran, algunos sobrenaturales ajenos a nuestro equipo aparecieron de la nada… y eliminaron al tercer wendigo.

—¿Quién? —Me levanto, el cuerpo tenso, en alerta.

—Reconocí a algunos candidatos que intentaron entrar en nuestra empresa, pero fueron rechazados. —Ted niega con la cabeza, incrédulo—. Uno era el cambión con persuasión mental. No sé cómo, pero logró inmovilizar al wendigo con su poder. Y el otro… el metamorfo lince. Simplemente destrozó al monstruo en segundos.

Si no pasaron las pruebas, era porque eran débiles.

Entonces… ¿cómo lo consiguieron?

—¿Qué coño?

—Sí.

Cierro los ojos, procesando la información mientras él continúa:

—En cuanto supe, reubicé todos los refuerzos para los otros dos wendigos. Aun así, nos llevó un tiempo acabar con ellos. —Su voz se vuelve más baja, tensa—. Ahora hay rumores de que esos dos forman parte de una nueva empresa de seguridad rival… y que son más fuertes que nosotros.

Mis labios se estiran y mis colmillos se alargan con un gruñido frustrado.

—Están intentando manchar nuestra reputación.

—Exactamente, pero yo estoy manteniendo las cosas aquí, así que no tienes por qué preocuparte. Solo intenta recuperarte y…

—No, Ted. Es peor de lo que imaginé. Hay más cosas…

Mi mente da vueltas con tanta información, haciendo las conexiones.

—Mi duelo con Liam… —continúo, apretando la mandíbula—. Ya esperaba que hiciera trampa. La rivalidad que tenía conmigo era personal. Pero los lobos, en general, siguen el código lupino. Después de que gané, no se sometieron, no respetaron la jerarquía.

—Entonces, ¿también intentaron matarte? —La voz de Ted se tensa.

—Eso parecía. Como máximo, otro lobo del clan podría desafiarme por el título de líder, pero en lugar de eso, todos me rodearon e intentaron atacarme en manada. —relato, recordando los detalles de aquella noche—. Los lobos parecían fuera de control, y tú mismo dijiste que los wendigos actuaban como si alguien los estuviera manipulando…

Ted maldice.

—Quienquiera que esté detrás de esto te conoce bien. Sabía de tu rivalidad con Liam y pudo haber incentivado el duelo, aprovechando la oportunidad para debilitarte y mantenerte ocupado durante los ataques. Y ahora esa competencia apareciendo de la nada…

La furia hierve dentro de mí. Mis garras se alargan por reflejo, la bestia dentro de mí rugiendo por liberarse.

—Y mi Gatita… —Mi voz sale grave, cargada de preocupación —. Joder, Ted, ha sido maldita. Además de haber sido atacada por un wendigo… ¿Quién está intentando tocar a los míos? ¿Quién lastimó a mi pareja?

—Si ni yo sabía que tenías un cariño especial por la gata, y Ethan no se lo contó a nadie, puede ser coincidencia —su voz intenta sonar tranquilizadora, pero la tensión sigue siendo evidente —. Pero sí podría estar conectado de alguna forma. La cuestión es: ¿quién tiene motivos para querer derribarte de esta manera?

—Muchas personas, Ted. Familiares o amigos de aquellos a los que destruí para salvar nuestra comunidad… gente que busca venganza.

—¿Mark? —La voz somnolienta de Sandra resuena desde las escaleras.

Cuando miro, allí está ella, envuelta en una sábana, el pelo despeinado por la reciente transformación.

Por lo que me dijo, no lleva mucho tiempo en esta forma.

Y necesito respuestas ahora.

—¿Quién te maldijo? —Se queda paralizada. Sus ojos se aclaran al percibir el tono de urgencia en mi voz.

Camino hacia ella y sostengo su rostro entre mis manos, cuidando las garras.

—¿Sabes quién fue?

—Sí… —Traga saliva con dificultad.

—¿Quién? ¿Te dieron algún motivo o fue algo inesperado?

— Fue una bruja… —Baja la mirada, el rostro enrojecido por la vergüenza—. La esposa del hombre que me engañó, y con quien yo… casi llego a acostarme.

Mis músculos se tensan, una ola de rabia me recorre al pensar en el desgraciado que le hizo eso. El odio crece, no solo por lo que él hizo, sino por saber que alguien trató a Sandra con tan poca consideración, como si no mereciera todo el respeto y la reverencia que se le debe.

Ella percibe mi tensión y eleva los ojos, llenos de lágrimas, hacia los míos.

—Nos pilló juntos, pero juro que no sabía que estaba casado —solloza bajo, intentando ocultar el rostro contra mi pecho—. La mujer me culpó y me amenazó para que me alejara de él. Me disculpé y me aparté, pero una noche, apareció frente a mi edificio y…

—No hace falta que sigas, mi amor. —Le sujeto el mentón con firmeza, obligándola a mirarme—. Solo dime el nombre. Cualquier información que nos ayude a encontrarla.

Sandra duda, un suspiro pesado escapa de sus labios antes de hablar.

—No sé su nombre, pero vosotros la conocéis, Mark. Su marido fue el sobrenatural muerto por el wendigo que me atacó. Era un metamórfico conejo.

—Joder — la voz de Ted resuena en mi headset, casi se me había olvidado que la llamada seguía conectada. — Sabemos dónde vive, Fiera.

—Pásame la dirección, Ted. —Mi gruñido llena la habitación—. Voy para allá ahora mismo.

—Ni hablar, no vas solo. No después de casi morir y de seguir recuperándote. Tenemos que reunirnos primero, planearlo todo.

Mi mandíbula se tensa.

—Está bien —siseo, conteniendo la rabia y la frustración que amenazan con desbordarse—. Me espera en la empresa en diez minutos.

—Yo voy contigo —dice Sandra.

Empiezo a negar con la cabeza, a punto de decir que es peligroso, que no quiero ponerla en riesgo, pero ella me corta antes de que abra la boca.

—Quiero mirar a los ojos a la persona que me maldijo, Mark. Quiero enfrentar a esa bruja. Sea como mujer o como gata, voy a ir.

La determinación en sus ojos es arrolladora. Es una fuerza de la naturaleza, perfecta en su esencia, y me veo completamente rendido.

No soy capaz de negarle nada a mi hembra; me tiene atrapado en sus pequeñas garras.

—Está bien, iremos juntos.

Capítulo 35



Sandra

Subo a vestirme, cogiendo un vestido verde del armario y un par de botas altas. Al bajar, me encuentro con Mark esperándome en la puerta. Me entrega un vaso térmico, y doy un sorbo sin pensarlo.

—Mmm… —gimo, cerrando los ojos un instante—. ¡Cuánto echaba de menos un buen café fuerte por la mañana!

Mark me mira, frunciendo ligeramente el ceño. No es molestia conmigo; ya he aprendido que nunca necesito tenerle miedo.

Pero algo le preocupa.

—Joder, Gatita, perdóname. Llevabas demasiado tiempo sin comer de verdad. Intenté prepararte lo mejor posible cuando estabas en forma de gata, pero no podía usar condimentos ni arriesgarme a hacerte daño.

Me pongo de puntillas y sello sus labios con un beso.

—Fuiste perfecto para mí, Mark. No fue culpa tuya. Para ser sincera, nunca he comido tan bien como aquí, incluso estando atrapada en forma felina.

—Me cuesta creerlo… —suelta un suspiro, pero sus ojos se suavizan—. Me voy a redimir ahora mismo, te voy a llevar a un desayuno de lujo.

—No hace falta, ya nos están esperando. Solo con el café está perfecto.

—Yo soy el jefe, amor. Ellos pueden esperar.

Al final, consigo convencerlo a pasar por un drive-thru, y comemos en el coche. Cuando llegamos a la empresa, ya habían pasado treinta minutos desde que salimos de casa. Tal vez debería sentirme culpable por hacerlo llegar tarde, pero ese egg cheese bacon estaba demasiado bueno como para eso…

Camino al lado de Mark por la empresa, de la mano, y somos recibidos por miradas curiosas y sorprendidas de los empleados mientras pasamos. Me siento un poco avergonzada por la atención que estamos atrayendo, pero al mirar el rostro de Mark, veo una expresión de orgullo, como si me estuviera presentando al mundo con una satisfacción silenciosa.

No puedo evitar la sonrisa tonta que surge en mis labios y me acurruco más junto a él.

Cuando llegamos al tercer piso y nos detenemos frente a la sala de reuniones, Mark entrelaza sus dedos con los míos con un gesto firme y posesivo. Tan pronto como la puerta se abre, las conversaciones se detienen de inmediato, y todas las miradas se vuelven hacia nosotros.

Ted, Balthazar y Jack están sentados alrededor de la mesa, pero es Viklaus quien capta mi atención. Se mantiene apartado, una sombra discreta en la esquina de la sala. No sé si es por el ambiente o por él mismo, pero algo parece diferente. Está aún más pálido de lo normal, incluso para un vampiro. Hay manchas oscuras bajo sus ojos, como si no hubiera dormido en días.

Mark da unos pasos hacia el vampiro, llevándome consigo mientras mantiene nuestros dedos entrelazados. Observo en silencio el intercambio de miradas entre los dos. En el rostro de Mark, un atisbo de preocupación disfrazado bajo su fachada implacable.

—¿Cómo estás?

Viklaus no responde de inmediato. Su mirada atraviesa a Mark, las cejas oscuras levantándose ligeramente.

—Debería ser yo quien te preguntara eso a ti, Mark. —Su voz suena impasible, como siempre, pero algo en sus ojos rojos revela un leve brillo de vulnerabilidad—. Perdóname por…

—No. —Mark niega con la cabeza, interrumpiéndolo con firmeza. — No tienes que disculparte, solo quiero saber si estás bien, Vi.

Viklaus tarda un momento antes de responder, con un tono más suave de lo habitual.

—Sí… —Humedece sus labios pálidos, un gesto sutil que delata la lucha interna que intenta ocultar—. Estoy en control ahora.

El vampiro enfatiza las últimas palabras, y entonces recuerdo la noche en que Mark volvió tras perseguir esa energía maligna. Me contó que Viklaus se había herido. Que sentía haber fallado en proteger al vampiro.

—Antes de que empecemos, vamos a hacer las presentaciones. Algunos de vosotros ya lo sabéis, y para quienes no… bueno, ya conocisteis a Sandra antes como mi Gatita. —La voz de Mark resuena firme, pero con un toque de orgullo que no logra esconder.

—Hola. —Levanto la mano libre, haciendo un breve saludo, y lo acompaño con una sonrisa ligera, tratando de parecer más relajada de lo que realmente estoy.

—¡Ah, jefe, en serio? ¡Como si no lo supiéramos! —Jack suelta una carcajada, cruzando los brazos, y su energía es tan relajada que consigo soltarme un poco—. ¿De verdad crees que esto no iba a convertirse en chisme?

Me lanza una sonrisa amplia, llena de dientes, y mi tensión se disuelve un poco más.

—Un placer conocerte oficialmente, Sandra. —dice con un tono amigable.

—Igualmente. —La voz de Viklaus suena detrás de mí.

—El placer es mío —digo tanto a Jack como a Viklaus, volviendo a mirar rápidamente al vampiro con una sonrisa.

—Bien… con las presentaciones hechas… —Mark adopta una postura más rígida y me mira, como si pidiera permiso.

Ya sé lo que viene a continuación. En el camino, hablamos de todo lo que me pasó, conectando los puntos y tratando de entender el panorama completo.

No hay razón para ocultar la verdad, al menos de aquellos que aún no saben. Necesitan conocer cada detalle, incluso el motivo vergonzoso detrás de mi maldición, para ver la situación con claridad.

Entonces, hago un leve asentimiento con la cabeza.

Mark comienza a repasar la información. Luego traza las conexiones entre los ataques recientes: la bruja, la muerte de su marido a manos del wendigo —que podría haber sido un ajuste de cuentas por la traición— y, finalmente, mi propio ataque por el mismo monstruo. Habla del duelo con Liam, los lobos y cómo todo indica que aquello fue una trampa para debilitarlo mientras otro ataque sucedía en la ciudad, apuntando directamente a personas vinculadas a su empresa.

—Por eso sospecho que la bruja que maldijo a Sandra podría estar involucrada en los ataques —concluye.

La tensión se intensifica en el ambiente. Siento todas las miradas pesándome.

Ted cruza los brazos, parece que va a decir algo, pero Viklaus se adelanta:

—Creo que deberíamos centrarnos en los lobos, Mark. —La voz del vampiro es baja, pero afilada. — Si alguien puede sacarles la verdad, soy yo. Está claro que fueron manipulados mentalmente por quien esté detrás de los ataques. Todo sucedió en perfecta sincronía. Esto fue planeado, calculado.

Hace una pausa por un instante, entrecerrando los ojos antes de continuar:

—En cambio, la maldición de Sandra fue algo personal. Dudo que tenga relación con los monstruos. —Su mirada se vuelve hacia mí—. Simplemente podrías haber estado en el lugar equivocado, en el momento equivocado, cuando apareció el wendigo… al igual que aquel hombre. El monstruo no fue hacia ti. Fuiste tú quien entró en su territorio, en ese callejón… y luego te persiguió por el bosque.

Su análisis resuena por la sala, cada palabra cargada de convicción y frialdad calculada.

Mark parece perder momentáneamente la paciencia. La frustración brota de sus labios de manera brusca, y veo el fuego de su determinación. Ya no le preocupan los riesgos: está inquebrantable.

—Si tengo que elegir entre los lobos o la bruja, mi prioridad ahora es mi pareja. Voy tras esa bruja ahora mismo, les guste o no. —La voz de Mark suena cargada de una determinación feroz, y hay una chispa de protección en sus ojos que no puedo ignorar.

—Tranquilo, Fiera… —murmura Jack, y la tensión en la sala se intensifica, como una tormenta a punto de estallar, la presión se vuelve casi tangible.

—Mark, quizá Viklaus tenga razón. Los lobos… —comienzo a hablar, tratando de que vea la lógica.

—No, Gatita. —Mark me corta, su voz firme, llena de decisión —. No voy a dejar que sigas atrapada en esa maldición ni un segundo más. Que el mundo se esté yendo al carajo me da igual. Tú vas primero, siempre.

Sostiene mi rostro con firmeza y sella sus palabras con un beso, como un punto final en la discusión.

Suspiro cuando se aparta, el rostro sonrojado.

Él, todo macho protector de esa manera, es demasiado sexy…

Alguien carraspea, rompiendo la burbuja de felicidad y devolviéndome a la realidad.

—¿Podemos dividirnos en dos grupos? —sugiere Jack, mirando entre Ted y Mark—. Ya que estamos en este punto muerto…

—No es buena idea separarnos. —Ted niega con la cabeza, el gesto serio—. No cuando Mark está vulnerable y Viklaus apenas se ha recuperado. La persona que buscamos es más peligrosa de lo que imaginábamos.

—Odio admitir que estoy débil, Mark, pero Ted tiene razón. —dice Viklaus, cruzando los brazos con expresión seria—. No tiene sentido separarnos. Necesitamos una estrategia y no repetir el error que cometimos en aquella casa donde la energía explotó.

Mark suelta un suspiro pesado antes de asentir.

—Está bien. Pero quien sea, morirá por mis manos.

—Vale, jefe —asiente Jack, saludando con la mano en medio de una sonrisa.

El silencio se instala por un instante hasta que Balthazar, que había permanecido callado hasta ahora, se acomoda en la silla y finalmente habla:

—Si nuestra primera parada es la casa de la bruja, voy a necesitar unos minutos para preparar algunas cosas antes de salir. —Balthazar le avisa a Mark.

—Haz lo que sea necesario.

—Y si descubrimos que ella no tiene nada que ver con los ataques, iremos tras los lobos después —anuncia Ted, con la voz firme, los ojos fijos en Mark—. Viklaus puede sacarles la verdad de una vez por todas.

—Pero no antes de romper la maldición de la Gatita — responde Mark, su autoridad llenando el aire, dejando claro que no hay otra opción.

El silencio cae, pesado y cargado, tan denso que casi puedo escuchar los latidos de cada uno allí. Se intercambian miradas rápidas y silenciosas, y luego todos asienten, en un entendimiento tácito.

Ted, satisfecho, finalmente toma la palabra.

—La estrategia es la siguiente…

Capítulo 36



Sandra

Balthazar sostiene mi muñeca con más delicadeza que con los demás, estirando la punta de la pluma de cuervo y sumergiéndola en la mezcla que ha preparado.

El líquido oscuro desprende un olor a hierbas antiguas y algo metálico, con un tintineo mágico que casi me hace estornudar.

Luego dibuja un símbolo en mi brazo, que al principio parece simple, pero pronto se contorsiona y serpentea, deslizándose bajo mi piel. Cuando el trazo se completa, una luz dorada comienza a brillar, cálida y casi dolorosa. El sello parece arder, el calor penetrando profundamente, hasta que el dibujo desaparece.

Pero todavía lo siento allí, bajo la piel, como si estuviera enterrado dentro de mí.

—Normalmente, un sello de protección contra magia dura veinticuatro horas —dice Balthazar, terminando su trabajo —. Pero el ritual exige mucho de mi esencia y, al tener que crear cinco símbolos a la vez, tuve que reducir el tiempo. Durará unas cinco horas como máximo.

Mark gruñe, su atención nunca se aparta de mí.

—Me la voy a cargar antes de eso. —la ferocidad en su voz es una promesa, fría e implacable—. Hombre o mujer, me da igual, cualquiera que se atreva a lastimar a mi compañera pagará con su vida.

¿Está mal que me excite con sus palabras?

La protección feroz, la devoción que desborda en la rabia intensa y desnuda que emana de él… desafía toda lógica, me descoloca, provoca que algo dentro de mí arda en llamas.

Sé que no es el momento de rendirme a esa atracción primitiva, pero mi cuerpo no entiende de razones. El calor nace en mi vientre y se expande en oleadas por todo mi ser.

No puedo contenerme; me rozo sutilmente contra su cuerpo, buscando contacto de forma instintiva. Apoyo la cabeza en su hombro, mi mejilla deslizándose contra su brazo en un gesto casi felino. Mark parece captar mi necesidad, porque hunde el rostro en mi pelo, aspirando el aire como si intentara calmarme — o calmarse a sí mismo — Sus brazos se cierran en torno a mí, posesivos, antes de retomar las palabras:

—Necesito una poción de curación —dice en voz baja, como si odiara tener que admitirlo.

Balthazar muestra una expresión preocupada, antes de meter la mano en su maletín y sacar de allí un pequeño frasco de cristal.

—Aquí. —Le tiende la bebida a Mark, sus ojos fijos en él como una advertencia silenciosa—. Pero no abuses de estas pociones… Si tomas demasiadas, tu esencia se volverá dependiente de ellas.

Mark coge el frasco sin dudar, aunque su mandíbula se tensa al hacer un leve gesto con la cabeza.

—Y si eso ocurre —prosigue el brujo, con voz grave —, tu capacidad de sanación y tu fuerza dejarán de ser naturales. Dependerás de la poción para todo.

Me muerdo el labio, sintiendo miedo, odiando saber que sigue vulnerable y aun así va a ponerse en peligro.

— Lo sé —murmura Mark mientras lleva la bebida a los labios —. Pero ahora… necesito estar fuerte. —Y se lo bebe de un trago en tres sorbos.

Jack da un paso al frente y aprieta un hombro de Mark.

—No tienes que cargar con el mundo tú solo, ¿sabes? Somos un equipo. Estamos contigo.

Viklaus carraspea y asiente con la cabeza, de acuerdo.

—Tiene razón. Necesitas confiar en tu equipo.

Mark suelta un suspiro breve, los hombros rígidos.

—Confío, joder —isea entre dientes—. Pero soy el responsable de todos vosotros...

— Y nosotros somos responsables de defenderte y ayudarte — le corta Ted, con voz firme, sin dejar margen para réplica.

—Mark, por favor... —Mi voz me sale más temblorosa de lo que quería, y la mirada que le lanzo lleva una súplica.

Ni siquiera puedo imaginar verlo al borde de la muerte otra vez. Creo que mi corazón no lo soportaría. En cuanto su mirada se cruza con la mía, suspira, y la tensión en sus hombros se aligera apenas un poco.

Entonces, por fin, cede.

—Está bien —murmura, la reticencia todavía presente, pero la resistencia al fin rota —. No voy a joder el plan, tranquila.

—Estamos todos listos para salir — avisa Balthazar al aplicar el último sello.

Mark se tensa a mi lado, la mandíbula contraída, sus dedos apretando mi cintura con más fuerza.

—Sandra... —empieza a decir Mark, y sé perfectamente lo que está pensando. Lo mismo que intentó antes de que saliéramos de casa: convencerme de no ir para que no corra peligro.

—Tengo que estar allí. —Intento mantener la calma, pero la tensión en mi pecho solo aumenta —. La maldición es mía, Mark. Tengo que estar presente, o no va a funcionar.

Él suelta un suspiro frustrado, hunde el rostro en mi nuca e inspira hondo.

—Joder, Gatita, no me gusta nada esto, pero... —Levanta la cabeza para mirarme a los ojos, que se suavizan por un instante antes de endurecerse de nuevo—. Sé que tienes razón, pero, por favor, mantente alejada del peligro.

No respondo de inmediato. No puedo prometer algo que no sé si seré capaz de cumplir.

—Puedo intentarlo.

***

La furgoneta está aparcada frente a la casa, oculta bajo el glamour de Balthazar.

Por ahora, no somos más que sombras, invisibles a ojos de cualquiera. Mark tamborilea los dedos contra la pierna, inquieto.

—Maldita espera... — gruñe, con la mandíbula tensa.

Jack, al volante, permanece inmóvil, con la mirada fija en la casa de enfrente. Yo, en cambio, observo a Viklaus, que ya se ha adelantado hasta la acera. Cierra los ojos, el rostro impasible, como si estuviera sintiendo el pulso de la energía alrededor, escuchando los latidos. Tras unos segundos, asiente levemente con la cabeza.

Luz verde.

Balthazar avanza sin dudar. Se detiene ante la puerta de madera oscura y pulsa el timbre. El sonido resuena dentro de la casa. El silencio que sigue es denso, cortante.

Entonces, la puerta se abre.

La mujer que aparece es la sombra de lo que fue un día. Sus ojos hundidos lo observan a través de la estrecha rendija; hay surcos profundos en su rostro, parece haber envejecido años en tan solo unos días. El cabello, antes vibrante, está ahora ralo y sin vida.

Lo escruta con desconfianza, sin salir ni dejarle paso.

—¿Qué quieres, brujo? —Desde aquí alcanzo a oír su voz ronca, tensa.

La arrogancia sigue ahí, pero hay algo en ella que revela que está al límite, agotada.

Balthazar sonríe, su expresión se vuelve afable, casi inocente.

—Encantado, soy Balthazar. He sabido que eres nueva en la ciudad y que todavía no formas parte de un aquelarre... He venido a invitarte a unirte al mío.

Ella titubea. Sus ojos se entrecierran. Su respiración se vuelve más lenta. Lo evalúa, intentando leer sus intenciones.

—No estoy interesada...

Antes de que pueda cerrar la puerta, Balthazar alza una mano cerrada en el aire, abre la palma y sopla un polvo amarillento en su rostro, murmurando rápidamente: *"Somnus gravis"*

El efecto es inmediato.

Sus ojos se ponen en blanco y su cuerpo se desploma con un golpe sordo contra el suelo.

—Hecho — murmura Balthazar, manteniendo la puerta abierta.

Viklaus sale de su escondite tras un árbol y se acerca con calma.

Mark avanza desde la furgoneta, la tensión transformándose en acción. Yo lo sigo con paso firme, mientras Jack se queda al volante, preparado para largarnos pitando si hace falta. Mark arrastra a la bruja hacia dentro de la casa y la ata a una silla en el centro del salón. Las cuerdas gruesas aprietan su torso y brazos, y cada pierna queda firmemente sujeta a las patas de la silla.

—Permanecerá inconsciente durante una hora —advierte Balthazar —. A menos que la despierte antes.

—Suficiente — responde Mark.

Jack se queda encargado de vigilar la calle y avisar si alguien sospechoso se acerca. Viklaus, de asegurarse de que no haya nadie más en el lugar. Y Balthazar, de infiltrarnos en la casa y mantenerla inconsciente mientras Mark registra cada rincón en busca del grimorio y de pruebas que la vinculen a los monstruos.

Y yo…

Quiero entender cómo una mujer tan hermosa y poderosa pudo desviarse por un camino tan oscuro, destrozándose en el proceso…

¿Todo por culpa de un hombre?No sé si siento lástima al verla así de acabada, o alivio por saber que también está sufriendo.

— Viklaus, quédate cerca de mí, no a más de tres pasos, no puedo crear una barrera mayor a mi alrededor mientras registramos…

El vampiro asiente y se aproxima a él. Yo voy detrás.

Mark suspira y me lanza un vistazo, sabiendo que no puede convencerme de quedarme quieta, sin hacer nada.

—Gatita, por favor, necesito que estés alerta y dentro de la barrera a toda costa.

—Lo prometo…

De repente, Mark cierra los ojos, y el ceño se le frunce mientras concentra su esencia. Parece que siente dolor, rechinando los dientes, pero finalmente logra crear la barrera. Es invisible; no puedo verla, pero sí siento cómo la energía a nuestro alrededor cambia, como si estuviésemos dentro de una burbuja.

Con un leve asentimiento abre los ojos y comienza a avanzar por la casa.

Atravesamos el salón y nos dirigimos hacia la cocina. La energía oscura allí es densa, como si cada pared respirase odio y desesperación. El olor a velas quemadas y hierbas marchitas impregna el aire, dando la sensación de estar en una tumba abierta. También se percibe un rastro de putrefacción, oculto tras las hierbas y aromas florales, como si intentasen enmascararlo.

A cada paso, la tensión se intensifica, el ambiente nos envuelve en una atmósfera asfixiante. Al entrar en la cocina, veo un caos total.

Parece que no se limpia desde hace semanas, con platos sucios apilados en el fregadero. Ramas de hierbas, flores y raíces sobre la encimera de mármol, un cuchillo enorme manchado con un color marrón que parece sangre seca tirado ahí, y junto al cuchillo… un dedo femenino cercenado.

—Oh, no… —me tapo la boca y la nariz con la mano, intentando no percibir el olor, pero es demasiado tarde y un sonido de náusea se escapa de mi garganta.

—Déjà-vu —susurra Viklaus—. Mira, hasta el caldero de acrílico se parece al que vimos en aquella casa.

—Casi igual, pero aquí no hay sótano —replica Mark.

Damos la vuelta, pasando por el salón hasta subir las escaleras al segundo piso. Sé lo que nos espera arriba; estuve aquí cuando todo aún estaba vacío por la mudanza, cuando Benny me trajo a pasar la noche con él.

Me estremezco solo de recordarlo.

La casa tiene solo un dormitorio en la planta de arriba y un espacio tipo entrepiso que ese imbécil de Benny dijo que convertiría en su oficina.

El dormitorio huele a sudor, a ropa de cama que probablemente no se ha cambiado en mucho tiempo. Hay un álbum de fotos sobre la cama desordenada, con unas tijeras enormes al lado y, esparcidos por todas partes, tanto en las sábanas como en el suelo, recortes de fotografías.

Son fotos de su boda, me doy cuenta.

Mark y Viklaus revisan armarios, cajones, miran debajo de la cama, pero no encuentran nada destacable. Entonces seguimos hacia fuera, pasando rápidamente por el baño, que tampoco guarda nada importante, y luego subimos al entrepiso, vacío salvo por un escritorio que parece haber sido montado, pero que aún no se ha usado, ni siquiera tiene silla.

—Tal vez él murió antes de terminar de montar la oficina —murmuro para mí misma.

—Eso parece —murmura Mark antes de girar el rostro hacia el techo, como si estuviera olfateando algo—. Siento algunos olores que vienen de ahí… olor a humanos…

Miro hacia arriba y solo ahora me doy cuenta de que hay una entrada al desván.

—Quienquiera que sea está muerto… —dice Viklaus.

Trago saliva y observo cuando Mark abre la trampilla, bajando las escaleras para que podamos subir.

Se detiene un momento, cerrando los ojos e inhalando profundamente.

—Mierda, mi barrera no va a durar mucho tiempo, vamos rápido, mientras aún tengo esencia.

Sube primero, seguido por Viklaus, y yo voy detrás, cuidándome de no alejarme más de tres tramos de escalera. Apenas llego al desván, un escalofrío recorre toda mi columna vertebral.

Lo que encontramos allí pone los pelos de punta.

—Qué coño es esto… —maldice Mark, entrecerrando los ojos mientras examina el lugar.

Hay velas negras alrededor de un pentagrama dibujado en el suelo; en el centro del símbolo hay una mesa rectangular y sobre ella lo que parecen trozos de piel y cabello, uñas y dientes humanos como si los hubieran arrancado…

Y mucha sangre…

Algo horrible ocurrió allí, un crimen atroz.

Suprimo las ganas de vomitar, controlando la respiración, y me acerco un mechón de mi cabello limpio, con olor a champú, a la nariz para no percibir el hedor del lugar.

Damos la vuelta a la mesa, adentrándonos más en la habitación, y detrás de ella, esparcidos por el suelo…

Ropas rasgadas y manchadas de sangre. Bolsos. Zapatos.

Diversos objetos personales de las víctimas.

Mark se detiene y levanta un pie, como si hubiera pisado algo. Cuando miro, veo que es un DNI.

Escaneo el suelo hacia adelante y encuentro otros, descartados allí como piezas de un macabro rompecabezas.

—Ted, necesito que revises algunos nombres —pide Mark por el auricular, repasando la información de las identidades que hemos encontrado.

El silencio al otro lado del comunicador es pesado, casi insoportable.

Entonces, la voz de Ted corta el silencio, tensa y fría:

—Todas estas personas han sido reportadas como desaparecidas en los últimos días.

Mi estómago se revuelve de nuevo; el pánico empieza a crecer, pero Mark, con un enfoque implacable, percibe algo en el fondo del desván y se aproxima.

Viklaus y yo lo seguimos, manteniendo el límite de tres pasos de distancia para permanecer dentro de su barrera de protección.

La luz amarilla de la lámpara no llega bien hasta allí, por eso no le había prestado atención antes. Pero en la pared del fondo hay un cuadro macabro lleno de fotos, la mayoría mujeres. Cada rostro está marcado con una X roja, y palabras sucias como “zorra” y “puta” están garabateadas sobre ellas. También hay dos hombres, con la palabra “cómplice”.

Un sentimiento de terror crece en mí mientras observo las fotos, conectadas por líneas rojas, todas convergiendo en torno a una fotografía en el centro del cuadro.

Cuando fuerzo la vista, mi estómago se encoge.

Es él. Benny. Su marido, el hombre que murió.

Encima de su foto está escrito “traidor”.

—Por las estrellas… —murmuro detrás de la palma de mi mano, intentando controlar las náuseas que suben por mi garganta.

Respiro con dificultad y una sensación de pavor me envuelve como una nube pesada cuando, entre las fotos, encuentro mi propio rostro.

Me acerco y me doy cuenta de que es de una foto tomada desde lejos, en un momento en que salía de la taberna después de una noche de trabajo, ajena a quien me observaba.

No tiene ninguna X marcada, pero hay algo aún peor: la palabra "próxima".

—Eso no va a pasar —Mark me agarra por detrás, sus brazos protectores envolviéndome y sus labios presionando un beso firme en la cima de mi cabeza—. Ya no puede hacerte daño, no lo permitiré.

Intento controlar mis temblores, intento respirar, pero el olor pútrido sólo empeora la situación.

Entonces, la voz de Viklaus llama nuestra atención:

—Mark, mira esto —señala hacia una de las imágenes.

Sigo la dirección de su dedo pálido y veo una foto de la fachada de la empresa de Mark, con las palabras: "Saben demasiado".

Siento sus brazos apretándome; todo su cuerpo se tensa detrás de mí.

—Joder, lo sabía — gruñe Mark.

—Es ella… —susurro, la realidad golpeando con fuerza.

Él besa de nuevo mi cabeza antes de soltarnos, caminando por el sótano como si buscara algo, y Viklaus hace lo mismo.

—No está aquí —dice seco el vampiro, pero sus hombros se relajan mínimamente, como si sintiera un leve alivio.

—Debe haber escondido el grimorio en otro lugar o haber lanzado algún hechizo de ocultación.

—¿Y ahora qué? —pregunto en voz baja, abrazándome a mí misma.

Mark me mira, sus ojos lupinos brillando con un dorado intenso.

—Ahora voy a hacerla sufrir —dice sombríamente—. Pero no antes de obligarla a romper tu maldición.

Capítulo 37



Mark

—*Expergiscere* —murmura Balthazar.

En el instante siguiente, la bruja gime; su cabeza, que antes pendía de lado, ahora se endereza, y sus ojos se abren lentamente, parpadeando bajo la tenue luz de la sala. Su respiración es irregular, el pecho sube y baja como si despertara de una pesadilla solo para caer en otra.

Poco a poco, la consciencia la golpea como una hoja de acero helado. Sus ojos se abren de par en par al darse cuenta de la situación. Atada. Tira de los brazos, pero las gruesas cuerdas le muerden la piel. Gira ligeramente las palmas, prensadas a los costados del cuerpo, hacia nosotros; las ataduras no le permiten apuntar bien, pero aun así concentra la magia en ellas con rapidez.

—*Ictus pugni* —susurra al lanzar su hechizo.

La magia rebota contra nuestros sellos de protección, expandiéndose por el aire con un estruendo que hace vibrar los cristales de la casa.

Se oye un golpe seco; uno de sus párpados se le hincha y se amorata al mismo tiempo que ella es lanzada hacia atrás junto con la silla, cayendo pesadamente al suelo.

—¡Ah! —Su grito de dolor resuena en la sala, y enseguida empieza a retorcerse en un intento inútil de soltarse.

Al no conseguirlo, los gruñidos frustrados se transforman en una carcajada, una risa maníaca y extraña que no hace más que

crecer en volumen.

—Estás atrapada, bruja, no tienes escapatoria —digo mientras camino lentamente hacia ella.

Sus ojos se abren de par en par al verme plantado delante suyo; intenta soltarse de nuevo, retorciéndose, lo que solo la agota más y hace que las cuerdas se le claven con mayor fuerza alrededor del cuerpo.

Sus ojos recorren a toda prisa cada rincón que alcanza a ver y, cuando se topan con Sandra, enseña los dientes y muerde el aire en un gesto de amenaza.

—Tú. —vocifera la bruja, con la mirada clavada en mi compañera—. No deberías estar aquí. Te vas a arrepentir.

Entonces, de golpe, suelta una carcajada. Fría. Insana. El sonido reverbera en el ambiente como el crujido de un cristal al quebrarse, y hay algo en la forma en que su boca se abre demasiado, los labios estirándose en una sonrisa amplia y enfermiza, que hace que mi fiera interior suelte un gruñido.

Con un movimiento brusco, le agarro del pelo y tiro con fuerza, levantando su cuerpo junto con la silla.

Ella grita de dolor.

La adrenalina me hierve en las venas. Me agacho hasta que nuestros rostros quedan a escasos centímetros, para que vea la promesa de destrucción en mis ojos.

—Sé que fuiste tú quien lanzó la maldición sobre mi compañera —murmuro con voz grave y amenazadora, cargada de furia contenida.

La bruja mantiene esa sonrisa torcida, enloquecida. Pero por un instante, algo cruza sus ojos.

Algo parecido al miedo.

Bien.

Tiene que temerme; va a sufrir de lo lindo antes de que acabe con ella.

—Sí, fui yo misma —dice con voz desafiante, y su sonrisa permanece intacta, aunque ahora las lágrimas le recorren el rostro.

Alargo la mano hacia ella, mi fuerza primitiva apoderándose de cada movimiento. Mi bestia se desata, las garras se alargan cuando le agarro el cuello con furia, apretando con fuerza.

La bruja empieza a reír de una forma aún más extraña, sus uñas repiqueteando contra la silla en la que está sentada, golpeando las largas garras como un tic nervioso.

El sonido irritante resuena en la sala junto con su risa demente, erizándome la nuca.

—¡Rompe la maldición, ahora! —ordeno con un rugido tan feroz que los cristales de la sala vibran.

—No quiero. —la bruja ríe, aunque ahora su risa sale entrecortada.

No intenta soltarse esta vez; permanece quieta y sigue sonriendo, a pesar del dolor evidente y de sus ojos cada vez más enrojecidos y desorbitados.

—Rompe. La. Maldición. —repito la orden, hundiendo mis garras en su piel, haciendo que su sangre se deslice por mis dedos, resbale por su cuello y manche la blusa azul que lleva puesta.

—Yo. No. Quiero. —susurra, sin aliento, los labios amoratados, las venas de sus globos oculares reventando, y aun así se niega.

El repiqueteo irritante de sus uñas contra la silla se intensifica justo cuando pronuncia el "quiero".

—Para, hay algo raro en ella —dice Viklaus con voz fría.

Observa a la bruja con atención, sus ojos analíticos.

Frunzo el ceño e imito su gesto; al volver a mirarla, su sonrisa se ensancha en la boca amoratada, la lengua asomando, mientras las lágrimas siguen cayéndole por las mejillas.

—Mark, creo que… —murmura Sandra—. Creo que Viklaus tiene razón.

Aflojo la presión alrededor del cuello de la bruja, y ella solloza, pero la sonrisa no desaparece: sigue ahí, temblorosa y húmeda.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto —. ¿Prefieres que te torture antes que romper la maldición?

—Y-yo... —responde en voz baja —. Prefiero morir.

Sandra contiene el aliento a mi espalda y yo gruño, apretando de nuevo mis dedos en torno al maldito cuello de la bruja.

—Te haré sufrir hasta el último suspiro, voy a...

—Por favor, mátame, ya no puedo vivir así.

Suelta una última risa ahogada y, antes de que me dé tiempo a reaccionar, la bruja desata una explosión de magia contra sí misma, lanzando su cuerpo con la silla hacia atrás con tanta fuerza que su cuello se parte de inmediato en mi mano.

Abro los dedos, sintiendo el crujido del hueso y la carne retorcida bajo ellos.

En cuanto la suelto, cae de espaldas, los ojos desorbitados, mientras las dos últimas lágrimas se deslizan al revés, resbalando por su frente hasta perderse entre los mechones oscuros de su cabello.

Y esa sonrisa congelada en su boca...

Ahora parece en paz.

Capítulo 38



Mark

—¡Maldita sea! —rujo, mi voz retumbando por toda la casa como un trueno.

La bruja está muerta. Y he fallado. No conseguí arrancarle nada, no logré obligarla a liberar a Sandra de la maldición.

Sandra...

Me giro hacia ella. El pecho se me encoge al verla temblar, los ojos clavados en el cadáver tirado en el suelo. Su rostro está pálido, los labios entreabiertos como si quisiera hablar, pero no pudiera.

—Shhh… —la atraigo hacia mis brazos, y ella se rinde sin resistencia, hundiendo el rostro contra mi pecho antes de romper a llorar.

La sujeto con fuerza, protegiéndola del frío que parece extenderse por la sala ahora que todo ha terminado.

—Todo va a salir bien, encontraré una manera, mi amor...

Balthazar carraspea, llamando nuestra atención.

—Sandra… ¿te sientes… diferente? —La cautela en su voz es evidente, y también un leve hilo de esperanza—. Es raro, pero a veces, cuando quien ha lanzado una maldición muere, los efectos se disipan… al igual que ocurre con cualquier manipulación mental que haya infligido.

Sandra solloza, levantando el rostro para mirarme.

Sus ojos brillan, húmedos, confundidos.

—Y-yo... —duda, respirando hondo—. No lo sé, pero todavía siento el flujo de la esencia dentro de mí, y sigo teniendo el control. No me he agotado.

El corazón me late con fuerza, la tensión apoderándose de mí.

—¿Y si vuelves a transformarte contra tu voluntad? —pregunto, intentando disimular la preocupación en mi voz.

Balthazar frunce el ceño, como si fuese una duda demasiado obvia.

—Necesita la llave para liberarse por completo. Tiene que recordar lo que la bruja dijo cuando lanzó la magia. Algún enigma, una orden...

Sandra se muerde el labio, pensativa, con la mirada perdida en algún punto lejano.

—Dijo tantas cosas... —sus dedos se aferran con fuerza a mi camisa, como si necesitara sujetarse a algo—. Ahora no consigo recordarlo, tengo la cabeza hecha un lío.

Sostengo su rostro entre mis manos, obligándola a mirarme.

—Lo descubriremos juntos, mi amor. Todo va a salir bien — murmuro, besando su frente y atrayéndola de nuevo hacia mí.

Sus brazos se ciñen más a mi alrededor, y deja escapar un suspiro tembloroso, frotando el rostro contra mi pecho, de arriba abajo, asintiendo.

—Si quieres puedo hacer que lo recuerdes, Sandra. Puedo inducir tu mente a regresar a aquella noche — sugiere Viklaus.

—¿De verdad puedes hacer eso?

—Por supuesto, uno de mis poderes vampíricos es la persuasión mental.

—Yo... —traga saliva y vuelve a mirarme—. Estoy cansada ahora, ¿podemos dejarlo para más tarde?

—No hace falta que sea ahora, podemos intentarlo después.

—Bien —Viklaus asiente y me mira con seriedad—. Antes de irnos, necesitamos informar a las autoridades de lo que hemos encontrado.

Cierro los ojos por un momento, inspirando hondo.

Infiernos. Esto solo lo complica todo.

—Ted... —lo llamo por el auricular—. Encárgate de esto. Tenemos sobrenaturales en la policía, sabes a quién llamar.

—Entendido —responde al otro lado de la línea.

—No hay nada más que podamos hacer, no aquí. El grimorio no está en ninguna parte —sentencia Viklaus, con su voz fría y práctica.

Asiento con la cabeza en señal de acuerdo.

—Vamos a casa, Gatita.

La guío hacia fuera, manteniéndola cerca. Sé que ahora tengo que ser su fuerza, aunque por dentro me devore el amargo sabor del fracaso. He fallado en protegerla. He fallado en impedir que sufriera. Y eso me corroe.

—Por favor... —su voz es baja, casi un susurro, y yo la aprieto con más fuerza contra mí.

Necesito un momento a solas con Sandra. Está visiblemente afectada y, para ser sincero, yo también lo estoy.

Mi equipo puede seguir sin mí, ya he hecho lo que debía hacer. Jack nos deja en la cabaña antes de marcharse con la furgoneta hacia la empresa, acompañado de los demás. Durante todo el camino hasta la casa, siento a Sandra temblar en mis brazos, y el peso de esa tensión se me clava dentro también.

No pierdo tiempo. En cuanto entramos, la llevo directamente al cuarto de baño.

Me arrodillo frente a ella, quitándole las botas con cuidado, y luego, con un gesto suave, levanto la tela de su vestido y empiezo a despojarla de él.

Ella no protesta, solo me deja ocuparme de ella, los ojos bajos, el cuerpo rígido por la tensión.

Me quito yo también la ropa y abro la ducha, tirando de ella para meterla bajo el agua caliente. El vapor nos envuelve mientras paso mis manos por su cuerpo, masajeándole los hombros, los brazos, cada músculo tenso. Cuando llego al cabello, lo lavo con cuidado, los dedos deslizándose entre los mechones, masajeando su cuero cabelludo. Ella apoya las manos contra la pared, echando la cabeza hacia atrás, los ojos cerrados.

—Hum… —ronronea—. Esto es tan bueno. Gracias…

—No hace falta dar las gracias. —Termino de lavarle el cabello, dejando que el agua se lleve la espuma. Bajo el rostro y beso su hombro—. Es mi deber cuidar bien de mi hembra.

—Yo también debería cuidarte a ti —suspira suavemente, girándose para rodearme el cuello con los brazos y atraerme a un beso tierno—. Todavía te estás recuperando, y has gastado tanta energía hoy…

—Estoy bien.

—No me mientas, Mark.

Suspiro y apoyo mi frente contra la suya.

—Estoy mejor que ayer, mañana me despertaré mejor que hoy —le prometo.

Cuando terminamos, la envuelvo en una toalla suave y la seco con calma. Ella me observa en silencio, la mirada cargada de emoción, permitiéndome cuidarla, entendiendo que yo necesito esto.

La llevo hasta la cama, sentándola con cuidado antes de coger el cepillo. Me siento detrás de ella y empiezo a peinar su cabello mojado con movimientos lentos y rítmicos. Con cada pasada del cepillo, sus hombros se relajan.

Aparte un mechón de su cabello y deposito un beso en la curva de su cuello, sintiendo que se estremece.

—¿Cómo estás, amor? —murmuro contra su piel perfumada.

Ella suspira, acurrucándose contra mí, con la espalda apoyada en mi pecho. Levanta el rostro para mirarme.

—Bien, solo… —Sandra respira hondo, soltando el aire despacio —. Quizá un poco en shock por lo que he visto.

—¿Y la maldición?

—Yo… —Muerde el labio, pensativa—. No sentí nada cuando la bruja murió — susurra.

—¿Pero ahora, sientes algo?

—Tengo miedo de buscar la maldición dentro de mí y… —traga saliva—. Encontrar la barrera, darme cuenta de que sigo atrapada en ella. Quiero aprovechar mientras aún controlo la situación. Nunca he permanecido tanto tiempo en esta forma… y no me siento agotada.

Se gira, acomodándose sobre mi regazo con una pierna a cada lado de mi cuerpo, los brazos alrededor de mi cuello. Seguimos completamente desnudos, y gimo cuando su coño roza mi polla, haciéndola pulsar y endurecerse.

Nuestro vínculo recién hecho me provoca ganas de poseerla a cada instante; ha sido una tortura tener que levantarme hoy y no poder enterrarme de nuevo en ella, hacer el amor de forma perezosa al despertar y luego follarla con fuerza en la segunda ronda… pasar todo el día en la cama con ella.

Pero dos cosas me lo impidieron: Sandra atrapada en el cuerpo felino y luego tener que ir tras la bruja.

—Quiero tenerte el resto del día, aprovechar cada segundo a tu lado mientras todavía soy yo aquí. ¿Te quedas conmigo?

—Soy todo tuyo, el resto del día… —Muerto suavemente la curva de su cuello, justo por encima de la marca que dejé, y luego susurro, con más intensidad—. Soy todo tuyo, para siempre.

Ella sonríe, preciosa, y se mueve, arrancándome otro gemido ronco.

—Lo siento, tus costillas…

Sandra intenta apartarse de encima de mí, pero la agarro por la cintura, tirándola de vuelta.

—No gimo por dolor, cariño. Es el deseo de sentir tu conejito caliente provocando mi polla.

—¡Oh! —Vuelve a sonreír, sonrojándose.

Sus manos deslizan desde mi nuca hacia abajo, dejando un rastro de escalofríos hasta llegar a mi pecho.

—¿Puedo mirar?

Dudo un instante, sin querer soltar su cuerpo, pero retiro uno de los brazos que la rodean y lo elevo ligeramente, revelando mi costado.

—Están curadas…

—Sí, la poción de Balthazar hizo todo el trabajo.

—Habló sobre las contraindicaciones… — murmura, sus ojos verdes llenos de preocupación buscándome— .¿Estás bien?

Aprieto los labios, deseando poder decir que estoy totalmente recuperado, pero mi esencia y magia aún están débiles. Sé que, si me atrevo a tomar otra poción ahora, mi cuerpo terminará dependiendo de ella…

Necesito dejar que mi recuperación sea natural, esperar a que la esencia se fortalezca y crezca por sí misma.

Pero sin la aceleración de la curación que ingerí antes, mi esencia estaría arrastrándose por mis células, reparando las heridas por pura necesidad de supervivencia. Y yo necesitaba dirigir toda mi fuerza hacia la magia de protección. Aun así, casi la agoté por completo al mantener la barrera a nuestro alrededor en la casa de la bruja. Apenas la siento ahora.

—Estaré bien.

Ella asiente, comprendiendo la verdad detrás de mi respuesta, y baja la cabeza, besando el lugar donde late mi corazón.

Todo mi cuerpo se calienta y empiezo a imaginar lo que quiero hacer con ella, pero cuando el ruido de su estómago resuena en el aire, pongo mi deseo en segundo plano. Tenemos tiempo, todo el tiempo del mundo ahora que estamos juntos para que haga lo que quiera con ella…

Pero antes, necesito alimentar a mi Gatita.

—Ya es hora de comer, ¿qué te parece si preparo algo rico para los dos?

—Hum… —Levanta el rostro y asiente, mordiendo una sonrisa —. Qué lindo, me cuidas y además cocinas? Eres el paquete completo.

—Y tengo un paquete enorme para ti entre mis piernas.

—¡Mark! —abre la boca, los ojos muy abiertos por la sorpresa —. ¿Bromeando tú? ¿Qué pasó con el gruñón que conocía?

—No existe a tu lado, Gatita, me haces querer ser lo mejor de mí.

Beso su sonrisa rápidamente antes de apartarme; si me quedo aquí demasiado tiempo, acabaré haciendo de ella mi banquete y olvidando la comida de verdad.

—¿Qué quieres que haga para comer?

Ella piensa un poco, acariciando mi rostro con las yemas de los dedos distraídamente.

—El bosque está seguro ahora que ella murió, ¿verdad? — pregunta, mirándome con expectación.

—Sí… —Frunzo el ceño, un poco desconcertado por el cambio de tema —. Sin la bruja, los lobos ya no están controlados, así que no vendrán tras de mí. Y tú ya no tienes que temer que aparezcan monstruos de la nada.

Ella parece respirar aliviada y abre una sonrisa.

—Entonces quiero hacer un picnic afuera. Siempre me ha parecido bonito el lugar, pero nunca tuve oportunidad de explorarlo

—murmura, arrugando la nariz antes de continuar—. El día que intenté escapar no cuenta…

—Entonces prepararé el mejor picnic de todos. Hay un claro cerca, a unos metros más allá de la barrera. Te va a gustar mucho.

Sus ojos brillan de emoción antes de lanzarse sobre mí, repartiendo besos por mi rostro.

—¡Gracias!

—Ya te dije que no hace falta, Gatita. — Sonrío. — Ahora, déjame a mí encargarme de la comida.

Nos vestimos y luego bajamos juntos.

—Mark…

Me giro hacia ella antes de rodear el mostrador para entrar en la cocina.

Sandra duda un instante, mordiendo el labio.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—¿Puedo usar tu ordenador? Necesito revisar unos correos. Mi amiga Lucy debe estar preocupada por mi desaparición, no quiero dejarla sin noticias tanto tiempo otra vez.

—Joder… —respiro hondo, sosteniendo su rostro con cariño. — He sido un idiota por no haberlo pensado antes. Necesitas tus cosas. Más tarde arreglaremos todo. Pero, por ahora, todo lo que es mío es tuyo. Siéntete libre.

Ella sonríe, pero me lanza una mirada traviesa.

—¿No me vas a dar la contraseña?

Sonrío de lado, viendo exactamente a dónde quiere llegar.

—¿Crees que no sé que ya has usado mi ordenador antes?

Ella jadea, sorprendida.

—¿Cómo?

—Gatita, trabajo en seguridad. Recibo una alerta en el móvil cada vez que se accede a mi ordenador. Además…

—¿Además qué?

—Hay una cámara en la puerta de entrada y otra en la parte trasera, apuntando al bosque. Te vi. No cuando intentaste escapar la primera vez porque estaba duchándome, pero en las otras veces. ¿Crees que no vigilaba tu seguridad cuando tenía que dejarte sola en la cabaña?

Ella abre los ojos de par en par antes de soltar una risa, moviendo la cabeza.

—Y yo pensando que había sido sigilosa todo este tiempo…

Se gira para ir al ordenador, pero no puedo resistirme y le doy una palmada firme en ese culo delicioso.

Sandra jadea y me lanza una mirada por encima del hombro, sus ojos esmeralda brillando con promesas silenciosas.

***

Estamos sentados sobre la manta, en el claro del bosque. La ligereza del momento me envuelve, el canto de los pájaros, el susurro de las hojas de los árboles danzando al viento, hasta una ardilla curiosa que se acerca atraída por el olor de nuestro picnic. Pero en cuanto me ve, desaparece en un salto rápido, ocultándose tras un tronco.

Sandra deja escapar un gemido bajo al dar otro bocado al sándwich, cerrando los ojos por un instante.

—Esto está realmente delicioso. — Se tapa la boca con la mano, todavía masticando.

No puedo evitar reírme.

El momento es perfecto, relajado, sin prisas.

Solo nosotros dos, lejos de problemas, lejos de todos.

—Es solo un sándwich, amor mío —respondo divertido, tomando un sorbo de vino mientras la observo.

Ella suelta una risita, con la mirada brillando.

—Es el mejor que he probado, este pan de ciabatta, el salami, el queso crema… —Emite un sonido de disfrute—. Mejor que en los restaurantes.

Ya me he zampado mi sándwich y estoy picoteando las frutas con calma, pero lo que realmente quería era saborear algo mucho más dulce… la conchita de mi hembra como postre.

El pensamiento hace que mi polla se hinche dentro de los calzoncillos.

Ella sigue comiendo, cada bocado pareciendo un placer en sí mismo, pero los gemidos que suelta me provocan de una manera que me hace pensar en otras formas de hacerla gemir.

—Humm… —murmura con los ojos cerrados, esta vez da un sorbo de vino, la garganta expuesta mientras inclina la copa.

Mi cuerpo responde al instante. La quiero, más que cualquier otra cosa.

—Si sigues gimiendo así, Gatita, vas a acabar conmigo dentro de ti. —Mi voz suena áspera, cargada de deseo.

—¿Ah, sí? —Desliza la copa a un lado, dejándola sobre la manta. Luego se apoya en los codos, inclinando el cuerpo hacia atrás, un brillo travieso en los ojos mientras separa lentamente las piernas—. Entonces menos mal que no llevo bragas.

Su vestido se desliza lentamente por sus muslos, subiendo conforme abre las piernas, dándome una vista perfecta de donde quiero estar. Mi polla late dolorosamente dentro del pantalón, y paso la lengua por los labios, indeciso entre lanzarme de cabeza sobre ella o enterrarme de una vez.

Pero entonces, un ruido en el bosque me hace congelarme.

Mis instintos entran en alerta al instante. Olfateo el aire, un gruñido creciendo en mi pecho cuando captó el olor de un sobrenatural cargado de rabia.
Se está acercando.

Antes de que Sandra pueda reaccionar, me lanzo sobre ella, mi cuerpo expandiéndose mientras la fiera toma el control. Con los restos de mi magia fae, la transición es mágica y en un parpadeo estoy en mi forma bestial. Envuelvo su cintura con un brazo y me impulso hacia adelante, corriendo antes de que el intruso nos alcance.

—¡Mark! —grita Sandra, aferrándose a mi cuello.

Entonces, la voz llega desde atrás, cargada de magia.

—Para.

El mandato vibra dentro de mi cabeza, y mis piernas titubean por un segundo. Mierda. Mi esencia fae está débil. No estaba preparado para esto, con la guardia baja, y ese hijo de puta me pilló desprevenido.

Pero no soy tan fácil de someter.

Lucho contra la persuasión mental, forzando a mi mente a levantar un muro contra su control. No puedo vacilar. No puedo ceder. Mi cuerpo estalla en movimiento, y vuelvo a dispararme hacia la barrera de protección de la cabaña.

Cuando llego a unos tres metros de ella, salto, sosteniendo a Sandra firme en mis brazos, pero momentos antes de conseguir atravesarla, una ráfaga de viento me golpea y me lanza hacia atrás. Lejos.

La magia no rebota…

Joder, el sello de protección que Balthazar puso sobre nosotros ya se ha deshecho.

Consigo girarme en el aire, cayendo de pie con el cuerpo orientado hacia el bosque, Sandra aferrándose a mí con piernas y brazos.

Es entonces cuando lo veo.

Un hombre de cabello plateado y ojos color plomo nos observa, jadeando por haber corrido tras nosotros.

—¿Luther? —murmura Sandra al verlo también.

Joder. Conozco ese nombre.

Y ahora que lo veo bien, también reconozco ese rostro.

Es el cambión que rechacé para entrar en la empresa y, por lo que Ted me contó, está trabajando en la competencia.

¿De dónde conoce Sandra a este tipo?

Y, más importante, ¿qué coño hace este desgraciado atacándonos?

Su mirada se estrecha, deslizándose de mí a Sandra con una expresión de puro asco.

—He venido por ti —le dice a mi compañera, la voz cargada de resentimiento—. Estuve esperándote, vigilando hasta que regresaras. Pero nunca volviste.

Sandra se estremece en mis brazos y solloza bajito.

Mi sangre hierve. El aire a mi alrededor parece vibrar con mi rabia mientras expongo los colmillos con un rugido atronador. Cada fibra de mi ser grita por lanzarse, despedazar a ese hijo de puta, pero el peso cálido y frágil en mis brazos me ancla. Sandra. No puedo actuar por impulso.

No puedo arriesgarla.

Luther simplemente chasquea la lengua, impasible, como si mi furia no significara nada. Su mirada cortante no se aparta, evaluándome con una superioridad irritante.

Mi mente trabaja rápido, conectando los puntos.

Apareció aquí como si supiera que estoy débil, listo para atacarme. La manera en que habló con Sandra, con una obsesión que ni siquiera oculta. La conexión con mi empresa: dos rechazos consecutivos a su candidatura para el puesto. Y, por último, su vínculo con mi competencia, y cómo derrotó al wendigo fácilmente, demasiado rápido, demasiado conveniente.

Todo esto no puede ser solo una coincidencia.

—¿Estabas aliado con la bruja todo este tiempo? —mi voz sale gutural.

El hijo de puta sonríe de lado, pero no responde.

Y eso me dice todo lo que necesito saber.

—¿Es cierto, Luther? —susurra Sandra, temblando en mi regazo, sus uñas clavándose en mi piel mientras se agarra aún más a mí.

Él no se mueve del sitio, manteniendo una distancia lo bastante prudente como para poder atacarme con magia sin preocuparse de que yo llegara a él primero.

—No me alié con ella… —Luther inclina la cabeza hacia un lado, sus ojos brillando en plata como cuchillas afiladas mientras nos observa—. Pero me fue útil.

Mi instinto me pide arrancarle la cabeza con mis colmillos, pero me contengo. Debo mantener la calma, estar alerta a cualquier movimiento que intente hacer. Mi cuerpo arde de rabia, pero mi mente trabaja rápido, calculando opciones. Tal vez, si consigo crear un escudo protector alrededor de Sandra y lanzarla dentro de la barrera de la cabaña sin que se haga daño…

El problema es que mi esencia está demasiado débil, los restos de ella desvaneciéndose. Siento que me estoy acercando al límite, un vacío dispuesto a devorarme.

No sé si podré.

—Luther, ¿sabías de la maldición que la bruja me lanzó? —murmura Sandra con un hilo de incredulidad, como si aún se aferrara a la esperanza de que él jamás haría algo así.

Ah, Sandra…

El cambión desvía la mirada de mí hacia ella, sus labios curvándose en una sonrisa de desprecio.

—¿Si lo sabía? —La voz de Luther es arrogante mientras comienza a caminar de un lado a otro, agitado—. Fui yo quien la

puso sobre ti. La bruja solo fue una pieza en mi tablero, una distracción, una forma de desviar tu atención de mí.

Siento la magia negra expandirse por el aire, densa y sofocante. La misma que emanaba del grimorio. Él absorbió tanta de esa energía que se ha incrustado en su propia esencia.

—¿Por qué le hiciste eso? —siseo, apretando aún más a Sandra contra mí, intentando protegerla de sus palabras, del dolor que sus revelaciones le están causando.

El cambión se detiene abruptamente.

—¡Porque tiene esa maldita resistencia a mis persuasiones, joder! —explota en frustración, sus ojos brillando de rabia —. ¡Solo quería que aceptara quedarse conmigo! Cuando nada más funcionaba, tomé medidas drásticas. Tenía que haber esperado a que la buscara para el trabajo, y la habría encontrado atrapada en el cuerpo de gato, la habría llevado a mi casa y cuidado hasta que se enamorara de mí. ¡Pero no, tuvo que salir por la calle esa maldita noche y se topó con uno de mis experimentos!

¿Los monstruos eran sus experimentos?

Vuelve a caminar, ahora más rápido, la furia desbordando en cada paso, en cada palabra.

Aprovecho su distracción para retroceder, pasos lentos y silenciosos hacia la cabaña.

—Empecé a crear los monstruos para reforzar mi control mental, tener a mis propios lacayos. Eran mis conejillos de indias. —Luther murmura, más para sí mismo que para nosotros, como justificando sus actos—. El plan era soltarlos en la ciudad, usar el caos a mi favor y ser el único capaz de detenerlos con facilidad. El héroe improbable… —Suelta una risa seca, sin humor.

Sus ojos se fijan en Sandra, y yo me detengo.

—Al principio, aún no tenía control total sobre ellos. El ataque del wendigo… —Hace una pausa, los dedos crispándose junto al

cuerpo—. No formaba parte de los planes, ¡pero tú simplemente corriste directo a sus garras!

—Oh, estrellas del cielo —lloriquea Sandra contra mi cuello, sus lágrimas empapando mi pelaje.

—Entonces, Mark la encontró antes que yo, y ahora le estás abriendo las piernas a ese desgraciado. Un idiota que no sabe reconocer a un sobrenatural poderoso, aunque lo tenga a un palmo de distancia. —Luther escupe al suelo, el desprecio estampado en su rostro—. Ahora me ves, ¿verdad, Mark? Apuesto a que te arrepientes de no haberme contratado.

Mi mandíbula se tensa, mi instinto grita destruirlo, pero Sandra está vulnerable en mis brazos.

Se encoge con sus palabras, pero se obliga a mirarlo.

—Luther… —su voz se quiebra —. ¿Por qué haces esto? Pensé que eras mi amigo, por favor…

Él ríe, y el sonido me pone los nervios de punta; mis garras pican de ganas de desgarrarlo.

—Porque deberías ser mía, Sandra. Pero preferiste a esta bestia. —Levanta la mano, y su magia se manifiesta con un chasquido en el aire—. Y ahora voy a corregir este error.

Me apresuro a levantar una barrera a nuestro alrededor, reuniendo la poca magia que me queda. El esfuerzo es brutal, mi esencia se retuerce dentro de mí, agotada. La barrera surge, translúcida y palpitante, pero débil.

Demasiado débil.

Estremezco y un gruñido escapa de mi garganta mientras empujo cada resto de poder que aún poseo para mantenerla en pie.

Luther no titubea.

—*Subvertere.* —El comando resuena en el aire mientras lanza un rayo de energía hacia nosotros. Mi escudo vibra, se resquebraja y se rompe en fragmentos invisibles.

—*¡Ventus impelle eam!* —Su voz retumba como un trueno, y su mano se desliza en el aire, como si arrancara a Sandra de mis brazos con hilos invisibles.

El viento aúlla en respuesta y su fuerza brutal golpea mis brazos. Intento sujetar a Sandra, protegerla, pero la potencia que la arrastra es abrumadora.

—¡NO! —Mi rugido reverbera por el bosque mientras veo a Sandra ser lanzada lejos de mí, como si una mano invisible la hubiera atrapado y arrojado por el aire.

Sus ojos abiertos de par en par encuentran los míos, un grito muere en sus labios cuando choca contra el suelo a los pies de Luther.

Su cabeza golpea la tierra con un golpe seco.

El silencio que sigue es peor que cualquier sonido.

Un rugido bestial, lleno de odio, estalla desde mi pecho mientras mi cuerpo se curva hacia la lucha. Mi corazón late desbocado, un frenesí salvaje se apodera de mí. Mis instintos gritan avanzar, destruir.

Me giro hacia Luther, colmillos y garras al descubierto.

—Acabas de firmar tu sentencia de muerte.

No pienso, solo me muevo. La bestia toma las riendas, y mi foco se estrecha en un único objetivo: matarlo.

Luther, sin embargo, mantiene la distancia y lanza un hechizo para retroceder unos cinco metros en el aire. No es lo bastante estúpido para enfrentarse a mí directamente. Comienza a murmurar y sus manos brillan con runas plateadas, sus hechizos girando en el aire antes de dispararse hacia mí. Desvío uno, pero lanza otra ráfaga de fuego que impacta mi brazo izquierdo. El olor a carne quemada se mezcla con mi dolor, pero no me importa.

Ha herido a mi hembra.

Mi esencia fae se ha agotado, así que solo me queda mi fuerza bruta.

Necesito obligarlo a acercarse.

—¿Qué pasa, Luther? —digo entre dientes, avanzando lentamente, dejándole ver la amenaza real en mí—. ¿Tienes miedo? Sabes que si me acerco, no saldrás vivo.

Sus ojos se entrecierran, y veo el dilema reflejado en su expresión. No quiere arriesgarse, pero tampoco quiere parecer débil.

—Estás acabado, Mark. Sin esencia, sin oportunidad de defenderte. — Escupe las palabras como veneno.

—Entonces acércate y compruébalo. —Mis labios se curvan en una sonrisa salvaje.

Él duda. Un instante. Un solo instante de duda.

Y es todo lo que necesito.

Disparo hacia adelante como un rayo, mi velocidad una explosión de puro instinto y rabia. Luther levanta las manos, intentando conjurar otro hechizo, pero consigo ser más rápido. Mis garras se cierran alrededor de sus brazos, aplastando los huesos con un crujido satisfactorio. Grita, la magia se disipa en el aire.

La bestia dentro de mí vibra de placer. Pero no es suficiente. Todavía no.

Lo levanto y lo lanzo contra un árbol, el impacto sacudiendo las ramas. Gime, resbalando hasta el suelo, aturdido.

—Ahora vas a morir. —Mi tono es bajo, amenazante, todo mi cuerpo vibrando para acabar con él.

Luther me mira desde el suelo, jadeante, el odio ardiendo en sus ojos plateados. Pero esta vez, ya no hay arrogancia en ellos.

Hay miedo.

Murmura algo y trata de forzar los brazos rotos hacia mí, chispeando fuego en sus palmas al mismo tiempo que me lanzo sobre él, mis garras desgarran sus hombros, mis colmillos se clavan en su cabeza con brutalidad y fuerza la mandíbula.

Su grito estalla en el aire junto con el sonido de su cráneo partiéndose.

La sangre brota en mi lengua, su cerebro llena mi boca, pero no lo suelto, no hasta sentir su cabeza completamente destruida. Su cuerpo cae de lado, blando, muerto, sobre la tierra.

Escupo sus restos sobre su cadáver.

Está acabado.

Me giro de inmediato, con un grito de dolor y furia, buscando a mi compañera.

Tropiezo hasta ella, mi visión cerrándose en sombras. La quemadura en mi brazo late como brasa viva, consumiéndome por dentro. Mi esencia se agota a cada segundo, y mi forma cambia de vuelta sin que yo lo desee. El impacto de la rodilla contra la tierra me sacude, pero ignoro el dolor.

—Por favor, mi amor… —Mi voz sale ronca, quebrada. Con el brazo sano, toco su rostro frío. Su piel está demasiado pálida, contrastando con el rojo oscuro de la sangre que se extiende bajo su cabeza, empapando su cabello y manchando el suelo—. Recupérate… abre esos hermosos ojos verdes para mí…

Pero no se abren.

Un escalofrío helado me recorre. Mi cuerpo cede, me inclino sobre ella, el peso del agotamiento aplastando mis huesos. No puedo hacer nada más que susurrar su nombre, murmurarlo contra su frente, suplicando que vuelva a mí.

Un eco lejano me llama. Mi nombre.

Debería reaccionar, pero todo lo que siento es culpa. Culpa por no haber protegido a Sandra. Por no haberlo visto antes. La bruja… todo en ella era extraño, demasiado obvio, un señuelo deliberado, y yo caí como un maldito tonto. El verdadero peligro aún estaba suelto, riéndose en mi cara mientras mi compañera moría en mis brazos.

Manos fuertes agarran mis hombros.

Parpadeo lentamente, reconociendo las figuras que se materializan frente a mí. Viklaus. Ted. Balthazar.

Mi boca se abre para hablar, pero ningún sonido sale.

—Está al borde de la muerte… —alguien dice, la voz un susurro cortante que atraviesa mi alma—. En su estado, ya debe haber consumido la última vida extra… El tiempo se agota.

El aire se escapa de mis pulmones en un sollozo mudo. Mi mente da vueltas, mi corazón sangra junto a Sandra. La siento desvanecerse. Alejándose de mí.

Lágrimas frías recorren mi rostro sin que siquiera tenga fuerzas para llorar.

Balthazar se arrodilla junto a Sandra, vertiendo una poción curativa sobre sus labios pálidos. Mis ojos arden al ver cómo su garganta se mueve, débil, intentando tragar la ínfima gota de esperanza.

Alguien empuja una poción hacia mi boca también.

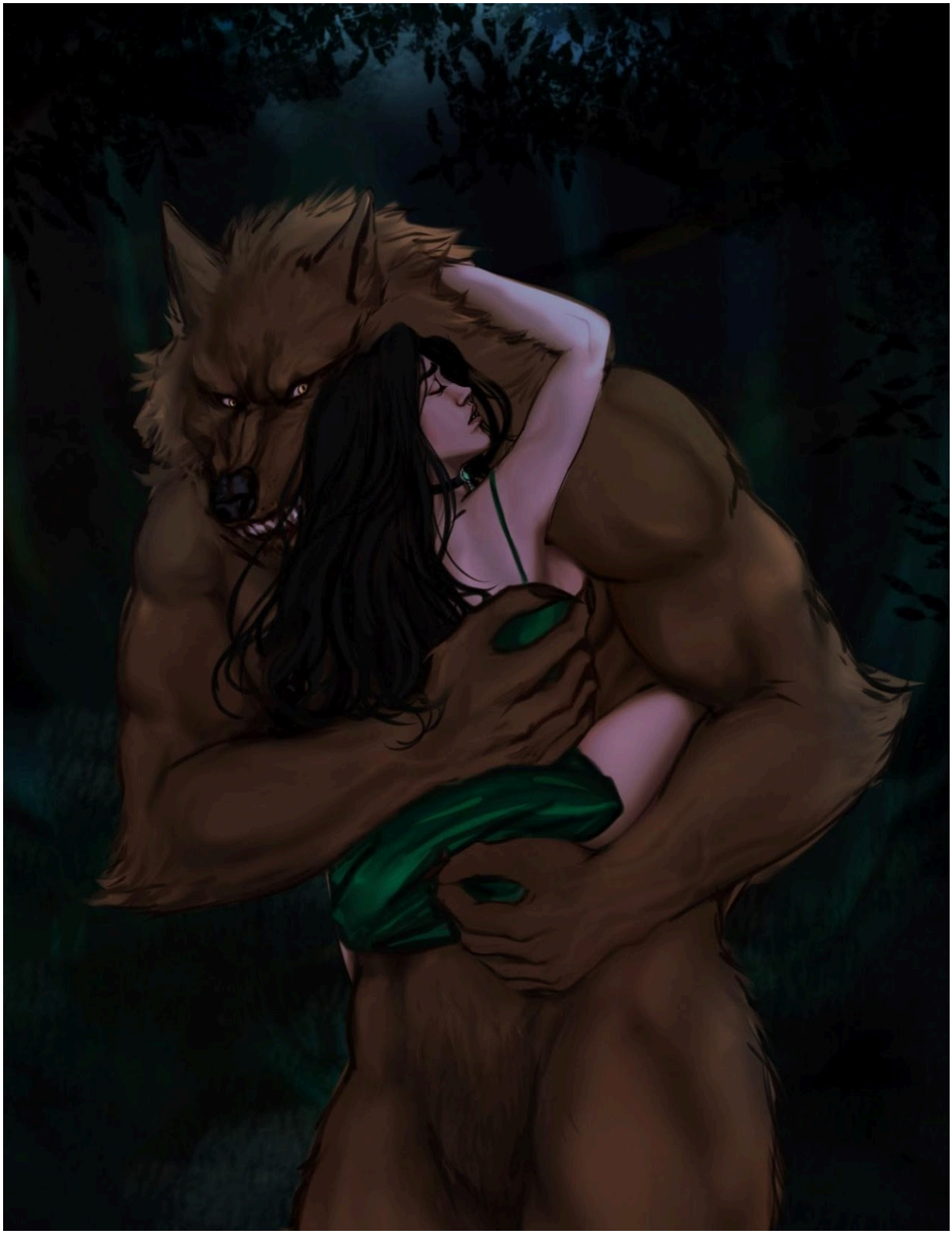
El olor es fuerte, tentador.

Mi garganta se contrae, mi cuerpo implora alivio, pero escupo la bebida, negándome a tomarla. Si tomo ahora… si cedo… me volveré dependiente. Y no puedo permitírmelo.

—Tienes que… —insiste Ted.

Viklaus alza una mano, impidiendo que intente de nuevo. Simplemente me sujeta con fuerza cuando mi cuerpo amenaza con colapsar y, con su oído vampírico, percibe el débil susurro que escapa de mis labios partidos:

—Llévanos con la bruja anciana…



Capítulo 39



Sandra

El sueño se disipa poco a poco, y un suspiro perezoso escapa de mis labios mientras me estiro. Mis músculos se alargan, mi cuerpo despierta, y mi mano se desliza automáticamente por el colchón en busca de calor. Pero el otro lado de la cama está frío.

Frunzo el ceño, todavía con los ojos cerrados. No recuerdo lo que soñé. En realidad, apenas recuerdo lo que hice antes de dormir. Solo sé que me siento descansada, revitalizada de una manera extraña.

—Mark? —murmuro, parpadeando lentamente mientras recorro la habitación con la mirada.

Entonces lo veo.

Sentado en una silla al lado de la cama, su cuerpo grande encorvado, los codos apoyados en las rodillas, la cabeza baja. Sus ojos dorados están entrecerrados, casi vencidos por el cansancio. Pero al oír mi voz, despierta sobresaltado, el cuerpo tenso como si hubiera recibido una descarga. Con un movimiento rápido, se levanta de un salto y se acerca a mí.

—Gatita… —Su voz se quiebra, un susurro entrecortado. Sube a la cama apoyando una rodilla, inclinándose hacia mí, los ojos salvajes, desesperados, y besa mi frente. El gesto es dulce, pero tiene un peso que no comprendo. Como si hubiera pasado algo malo.

Entonces, un destello.

El impacto me golpea de golpe. Recuerdo a Luther. El ataque. La fuerza brutal que me lanzó por el aire. El golpe de mi cabeza contra el suelo.

Mi corazón se dispara y agarro los brazos de Mark, el pánico creciendo dentro de mí.

—¿Mark, qué ha pasado? ¿Estás bien?

Él sisea de dolor al tocarlo y se aparta un poco. Confusa, bajo la mirada y veo. Su brazo izquierdo está completamente vendado, del hombro a la muñeca. El choque me atraviesa como una cuchilla.

—Amor… —mi voz se quiebra, un nudo formándose en la garganta—. ¿Qué te ha hecho?

Me incorporo de golpe, la cabeza dando vueltas por el movimiento brusco. Forzo mis ojos somnolientos a inspeccionarlo, el pecho apretado, pero Mark solo sacude la cabeza y murmura:

—Estoy bien, Gatita. Eres tú quien me ha preocupado. Pero ahora estás a salvo. Ya no corremos peligro. Puedes quedarte tranquila.

Un golpe en la puerta suena antes de que se abra.

Ethan entra en la habitación, cargando una bandeja con vendas y frascos pequeños. Me lanza una sonrisa con hoyuelos antes de hablar:

—Me alegra ver que has despertado.

Luego se vuelve hacia Mark.

—Es hora de cuidar tu quemadura y cambiar las vendas.

Mark deja escapar un suspiro exhausto, sin siquiera replicar.

Pero no voy a dejar que me distraigan.

—¿Alguien me explica qué ha pasado? —exijo, con un tono más duro de lo que pretendía.

Cuando vuelvo a mirar a Mark, algo me hace dudar.

Parece… diferente.

Inclino la cabeza, evaluándolo.

Paso la punta de mis dedos por su rostro. Él se deja tocar, su expresión se relaja bajo mi caricia, pero hay algo nuevo allí. Líneas finas alrededor de sus ojos que antes no estaban. Casi imperceptibles, pero he pasado eternidades admirando este rostro en los últimos días. Noto la diferencia.

Entonces, algo más.

Mi mirada se mueve hacia su cabello.

Entre los mechones rubios en las sienes, veo destellos de plata.

El aire se me escapa de los pulmones.

Mi mano retrocede como si me hubiera quemado.

—Pareces… mayor. —Trago saliva —. ¿He estado en coma?

Ethan niega con la cabeza de inmediato.

Pero Mark…

Aprieta los labios, sus ojos dorados brillando con una emoción intensa antes de finalmente hablar:

—No, mi amor. Solo estuviste inconsciente un día, recuperándote del ataque de ayer por la tarde. Pero yo… —Traga saliva, desviando la mirada. Su mano buena encuentra la mía, entrelazando sus dedos con los míos—. Negocié cinco años de mi vida con la anciana para poder salvarte.

Mi pecho se aprieta.

Las lágrimas nublan mi vista.

Pero algo en su tono me dice que no es solo eso.

—¿Hay más? —susurro, la voz quebrada —. ¿Le diste más que algunos años?

Cierra los ojos por un instante, su pecho subiendo y bajando con un suspiro pesado.

—Una parte de mi esencia fae.

El mundo a mi alrededor se disuelve.

—¿Qué?

—Incluso cuando sentimos que la esencia está agotada, aún queda una semilla dentro de nosotros, de la que puede brotar. La bruja, con su codicia, quería la totalidad de mi esencia a cambio de salvar tu última vida. —Abre una pequeña sonrisa y aprieta mi mano con la suya—. Pero yo negocié. Cinco años de mi vida y solo una parte de mi esencia. No toda.

Mi garganta se aprieta.

—Entonces… ¿todavía puedes…?

—Aún podré levantar barreras para protegerte. Solo que no seré tan fuerte y no me curaré tan rápido como antes. Tampoco podré transformarme mágicamente en un abrir y cerrar de ojos; será como cualquier otro metamórfico.

—Mark… —Mi susurro es un hilo de dolor.

Él suelta mi mano para sostener mi rostro, sus ojos ardiendo en los míos.

—Darías todo por ella, mi amor. —Su frente se apoya en la mía, sus labios rozando dulcemente los míos —. Gané en este trato. Recuperé a mi compañera.

Las palabras entran en mi corazón, llenándolo de tantos sentimientos que apenas puedo contenerlos, y entonces se desbordan por mis ojos.

Y allí, con su toque firme, su respiración mezclándose con la mía, toda vacilación desaparece.

—Te amo.

Mark abre los ojos de par en par por un instante, escuchando esas palabras de mí por primera vez.

Entonces, sonríe.

Y es la sonrisa más hermosa que he visto jamás.

—Te amo, mi Gatita —Acaricia mis labios con el pulgar y luego cambia el gesto suave por un beso, sellando sus palabras en mí—.

Te amaré hasta mi último suspiro.

***

Estamos en mi antiguo apartamento. Ted está ayudando a cargar las pocas cajas con mis pertenencias en la camioneta de Mark.

Al llegar, el propietario no pareció preocuparse demasiado por mi ausencia, y nos entregó la llave extra de buen grado cuando Mark le ofreció la cantidad correspondiente a los alquileres que debía. El anciano solo murmuró que fue bueno que llegáramos a tiempo, porque unos días más y todo lo que dejé allí habría sido tirado.

Al abrir la puerta del apartamento, un aire denso y pútrido me golpea de inmediato. El olor a mi vómito mezclado con la leche estropeada aún permanece, impregnado en las paredes, un recuerdo vívido y angustiante del día de la maldición. Ese momento en que fui obligada a transformarme y quedé atrapada en el cuerpo felino todavía flota en el ambiente, como un eco horripilante.

Pero, gracias a las estrellas, ahora estoy libre.

La maldición se rompió incluso antes de que Luther muriera. Me llevó tiempo darme cuenta, pero cuando me detuve a pensar y analizar, después de ya saber que había sido él, finalmente entendí: se deshizo en el momento en que abrí mi corazón a Mark, cuando acepté ser marcada por él, cuando acepté nuestra unión. Fue allí donde todo cambió. Cuando me permití amar y ser amada.

La clave siempre estuvo en eso: abrir mi corazón.

Palabras enigmáticas que Luther susurró al maldecirme y que ahora cobran todo el sentido. Empecé a poder transformarme en humana cuando me fui abriendo a Mark, a sus cuidados, a su amor…

Después de liberarme, acabé transformándome en gatita por propia voluntad al quedarme dormida. Mi cuerpo, tan acostumbrado a buscar calor y seguridad en su forma felina, se acurrucó instintivamente contra el pecho de Mark.

Pero esta vez no era la maldición tirando de mí. Mi esencia fluye libre, sin ataduras, sin barreras. Por primera vez, soy verdaderamente yo.

Y quizá por eso, al entrar en el apartamento, el recuerdo de aquella noche en que fui maldecida ya no me pesa tanto.

Pertenece al pasado.

El lugar, sin embargo, es aún peor de lo que recordaba. Un cubículo desordenado, donde la suciedad y el caos se entrelazan, con el olor todavía marcado de lo que ocurrió allí.

Doy un paso adelante, dejando la vergüenza atrás cuando Mark y Ted entran justo después de mí.

Mi vida antes era difícil, llena de desafíos, pero hice todo lo posible por mantenerme en pie. Y lo haría todo de nuevo para estar con mi abuela hasta sus últimos días.

Comienzo a reunir todo dentro de las cajas de cartón que Ted trajo.

Al final, los bienes materiales no importan.

No tengo mucho que llevar conmigo, solo documentos, mi móvil y algunas prendas que todavía me gustan. Solo lo esencial.

Mark toma la fotografía de mi abuela y la observa con atención, lo único que me queda de ella.

—Ella te habría querido —digo, con una sonrisa suave —. Si estuviera viva hoy, te estaría mimando con comida, diciéndote que necesitas comer bien para mantener todos esos músculos.

—Estoy seguro de que yo también la habría querido — responde él, sonriendo y devolviendo la foto a la caja, que poco después Ted levanta y se lleva fuera del apartamento.

Mark frunce el ceño, murmurando hacia la espalda del amigo que se encargará de cargar esa caja con su brazo bueno. Ted lo ignora; a estas alturas está acostumbrado a sus frustraciones. Mark está molesto por seguir herido, por tardar en recuperarse. Pero solo han pasado dos días desde el ataque de Luther, todavía le llevará

tiempo sanar por completo. Más aún por negarse a tomar la poción, temeroso de volverse dependiente de ella.

Me pongo de puntillas y beso su rostro, intentando calmarlo, una sensación cálida me invade al separarme y notar los detalles que hacen que mi corazón lata más rápido. No puedo evitar admirar su cara, y parece que últimamente no hago más que eso.

—¿Qué pasa? —frunce el ceño, pero hay una pequeña sonrisa en sus labios.

—Ya eras guapo, pero ahora… —muerdo el borde del labio para contener un pequeño gemido—. Con ese aire de mayor, pareces un daddy buenísimo.

Se sonroja, su rostro adquiere esa expresión seria y bruta que hace que mi braga se humedezca…

Luego inspira hondo, dilatando las fosas nasales, sus pupilas engullen el dorado de sus iris. Y la intensidad con la que me mira acelera mi respiración.

—Estás excitada —gruñe bajito, sujetando mi cuello, su pulgar deslizando bajo la cinta de terciopelo, donde dejó su marca—. ¿Te gustan los hombres mayores, Gatita?

—Eso era obvio, ¿no? —suspiro, arqueando los pechos contra su cuerpo, frotándome contra él—. Tienes once años más que yo…

Él rodea mi cuello con la mano, atrayendo mi rostro hacia el suyo con un agarre delicioso y brusco. Luego se inclina, succionando el lóbulo de mi oreja antes de susurrarme al oído:

—Técnicamente, ahora tengo dieciséis años más que tú.

Siento el impacto de esas palabras, y parece que él percibe la tensión en mi cuerpo. Estremezco y él gime cuando me froto más contra él, presionándome contra su polla, marcando volumen sobre los vaqueros.

Echo la cabeza hacia atrás, mis labios esperando los suyos, pero antes de que Mark me bese, escuchamos la voz de Ted desde el pasillo, interrumpiendo el momento.

—¿Y todavía qué hacéis ahí? —pregunta, acercándose con pasos pesados—. Ya he bajado todo a la pick-up.

Me aparto, sonriendo discretamente a Mark, y susurro:

—Continuamos más tarde —susurro mi promesa, acariciando su polla por encima de los vaqueros.

Mark aspira entre los dientes, cerrando los ojos.

—Entonces vamos ya a nuestra casa, mi amor… —Cuando vuelve a mirarme, la dicotomía entre la intensidad feroz en sus ojos y la suavidad reverente de su toque en mi rostro me hace estremecer—. Porque tener que esperar un segundo más para tocar a mi hembra es una tortura.

Al instante siguiente, bajamos las escaleras del edificio y subimos a la pick-up que nos espera. Ted parece haber captado la tensión que flota en el aire, y con una sonrisa maliciosa, inventa una excusa sobre un compromiso de última hora. Sale del coche rápidamente, prefiriendo ir a pie a no sé dónde, dejándonos solos.

Mark conduce casi excediendo los límites de velocidad; en diez minutos llegamos a la cabaña. Las cajas quedan olvidadas en la caja de la pick-up mientras prácticamente corremos hacia dentro.

En cuanto la puerta se cierra tras nosotros, deslizo mis dedos por la cintura de sus vaqueros y esbozo una sonrisa provocativa.

—Quiero chuparte.

Capítulo 40



Mark

—Quiero chuparte — ella se lame los labios—. ¿Puedo?

Mi polla, que ya estaba dura y dolorida dentro de los vaqueros, salta con sus palabras, babeando de expectativa.

—Joder, puedes hacer lo que quieras conmigo, Gatita.

Ella me toma de la mano derecha, cuidando de no tocar el brazo herido, y me lleva hasta la alfombra del salón. Entonces se arrodilla frente a mí. Abro ligeramente las piernas para que su boca alcance la altura de mi polla.

Frota su rostro contra mi bulto por encima del vaquero, ronroneando como una gatita traviesa.

Luego, desabrocha el botón de mis vaqueros y los baja lo suficiente para que la cabeza de mi polla salga, hinchada y toda babosa.

Me mira expectante, con los ojos verdes febrilmente brillantes, los labios entreabiertos y húmedos por la saliva que ha esparcido con la lengua. Finalmente, bajo el resto de los vaqueros junto con los calzoncillos, que caen enredándose en mis talones, sobre los zapatos.

—Tan preciosa. —Toco su rostro, sosteniendo su barbilla entre mis dedos mientras me acerco.

Ella ya está abriendo la boca, y tengo que cerrar los ojos un momento, consumido por la visión erótica de sus labios, ansiosos

por recibirme.

No puedo usar mi otro brazo, así que ordeno:

—Amor, sujeta mi polla y llévala hasta tus labios, pero no la tragues todavía, pasa solo la punta de la lengua por el glande…

Siseo y subo la mano por su mentón hasta su cabello, mis músculos tensándose con la sensación caliente y húmeda alrededor de la cabeza de mi polla.

—Así, mi amor… Qué boca tan glotona —elogio, empujándome más allá de sus labios mientras ella gime a mi alrededor.

—Ahora abre bien la boca. Usa la lengua, así mismo… —gruño de deseo cuando ella desliza la lengua plana por mi longitud mientras me chupa—. Buena gatita.

Sandra me chupa con más entusiasmo, succionando las mejillas mientras su lengua hace movimientos de vaivén bajo mi polla. Ella agarra la base con una mano, donde la boca no llega, y mueve la cabeza adelante y atrás; cada vez que me traga, me recibe un poco más profundo.

Mi cuerpo se inunda de adrenalina y éxtasis al escuchar los gemidos que emite, al sentir su vibración en mi polla. Afirmo el agarre en su cabello y muevo la cadera, las garras de manos y pies se sueltan, y aprieto los colmillos, siseando de placer, tratando de mantener el control para no ser demasiado brusco con ella.

Entonces empiezo a follar su dulce boca, despacio al principio, dejándola acostumbrarse a mi tamaño, a los arcadas y a la baba que se le escapa por la barbilla, obligando su garganta a abrirse más y más.

Sus ojos verdes brillan, fijos en mí en pura entrega, y sé que está mojada; puedo olerla, está excitada solo por darme placer.

Suelto su cabello y llevo la mano a su rostro, pasando el pulgar por la comisura de su boca y a lo largo del labio inferior, bajando por su mandíbula abierta al máximo hasta llegar al cuello, donde puedo

sentirla tomarme por completo, el volumen de mi polla deslizándose por su garganta.

—Perfecta.

Ronronea entre jadeos, y la vibración a mi alrededor me hace perder el control. Casi me corro en ese mismo instante, pero respiro hondo y me retiro lo suficiente de ella para que pueda respirar.

—Si es demasiado, si tienes que parar, da tres golpecitos en mi pierna — le ordeno, y ella parpadea un par de veces, lamiéndose los labios hinchados mientras asiente en silencio.

—Necesito que me digas que lo entiendes, gatita.

—Sí, lo entiendo. —Su voz es ronca.

Envuelvo su pelo alrededor de mi muñeca.

—Perfecto, ahora… —Empujo mi polla contra sus labios enrojecidos—. Voy a follarte esa boquita tuya hasta correrme.

—Quiero saborear tu semen...

Le echo el pelo hacia atrás, haciéndole abrir la boca con un jadeo, y entonces mi polla se hunde de nuevo en su garganta.

—Sí —gruño, embistiendo con más fuerza—. Voy a hacer que te tragues hasta la última gota.

Empiezo a follarle la garganta, sintiendo cómo sus músculos se relajan a mi alrededor, dejándome penetrar profundamente. Se le llenan los ojos de lágrimas, pero no me da una palmada en la pierna; en cambio, una mano me agarra el culo, atrayéndome hacia dentro, deseando más. Su otra mano se desliza entre sus piernas, tocándose, su delicioso aroma impregnando el aire, me vuelve locamente excitado, mi fiera rugiendo de placer, deseando soltarse, follarla más salvajemente, hundir sus garras en su suave piel. Se toca con más intensidad, sus gemidos ahogados vibran contra mi polla, su baba caliente gotea, su lengua me provoca...

Gruño al sentirla estremecerse al correrse, sus ojos se ponen en blanco de placer, su garganta se contrae a mi alrededor, sus gemidos y jadeos me ordeñan, llevándome al límite.

—Toma mi polla, gatita —gruño, eyaculando dentro de ella, haciéndola atragantarse, mi semen desbordando.

Ella da tres golpes en mi muslo y la libero, todavía eyaculando; lucha por respirar, pero mantiene la boca abierta, la lengua afuera, y yo apunto mi semen sobre ella.

Me corro tanto que se forma un charco, y cuando sale la última gota, tiemblo, las piernas flojas.

Ella cierra la boca y se traga todo, sus ojos clavados en los míos, luego se lame los labios y murmura satisfecha.

—Mmm… me lo he tomado todo, daddy —dice provocadora, con una sonrisita en esa boquita talentosa.

Acaricio su rostro, rozando mis dedos por sus labios hinchados.

—Buena gatita.

Capítulo 41



Sandra

Tres meses después.

Nunca imaginé que llegaría un día así.

Que encontraría al amor de mi vida. Más que eso, que tendría a una pareja hecha para mí por las propias estrellas, por el destino.

Respiro hondo cuando empieza a sonar la marcha nupcial.

Mi corazón se acelera, pero mis pasos siguen firmes.

Delante de mí, un camino de delicados pétalos se extiende sobre la hierba suave, formando una senda que me conduce hasta el altar. Arriba, hilos de luces doradas se entrelazan entre las ramas de los árboles, creando nuestro propio cielo estrellado. La noche parece contener la respiración, como si también aguardara este momento.

La ceremonia es íntima, en el jardín de nuestra cabaña, rodeados de los que más amamos. Mi mirada recorre a las personas que han venido a presenciar nuestra unión, todos los que siempre han estado a nuestro lado: Ted, Ethan, Jack, Viklaus, Balthazar, y la querida Lucy, que es mi hermana de corazón.

Ha venido sola, y sé por qué. Me alivió saber que decidió empezar de nuevo su vida aquí, en Salem, cerca de mí. Y lejos de su ex tóxico.

Le sonrío mientras paso, y la veo secarse sutilmente una lágrima de felicidad. Eso hace que tenga que contener mi propia emoción para no estropear el maquillaje.

Todos mis invitados se levantaron de los bancos de madera, sonriéndome mientras avanzo.

Hay magia en cada detalle, en el brillo de las luces, en el arco de flores blancas que se alza ante mí, sus pétalos destacándose contra la oscuridad, enmarcando el lugar donde sellaremos nuestros votos.

Y entonces, allí está Mark.

Mi corazón casi se detiene al verlo bajo el arco, esperándome con una sonrisa dulce, un leve rubor en ese rostro hermoso. Su expresión de entrega es tan distinta de la máscara cerrada que suele mostrar.

Me mira como si hubiera salido de un sueño, como si apenas creyera la suerte que tiene.

Me hace sentir deslumbrante.

Y no es por el vestido blanco largo que elegí hoy, con una abertura atrevida en la pierna. Me siento hermosa porque, a sus ojos, siempre lo seré. Porque siento lo mismo al verlo a él. La suerte de tenerlo como mío.

Mi sonrisa brilla más que cualquier luz a mi alrededor, incluso cuando las lágrimas comienzan a deslizarse por mi rostro, deshaciendo el maquillaje.

No puedo evitarlo.

Ted está a su lado, listo para oficializar la ceremonia, pero para mí, es Mark quien es el centro de todo.

Mi respiración se entrecorta cuando él levanta una mano y yo la tomo con firmeza, sintiendo la conexión inmediata.

Su mirada, esos ojos dorados brillando de emoción, me dejan sin palabras.

Dioses, lo guapo que está con su traje impecable y el cabello peinado hacia atrás; en cuanto sellen nuestra unión matrimonial, voy a querer quitarle la ropa y despeinarle ese cabello con mis dedos.

Ted comienza a hablar; intento prestar atención, pero no puedo evitar pensar en el día en que Mark me pidió matrimonio, días después del último ataque, cuando todavía tenía el brazo lesionado.

Se volvió hacia mí y dijo que nuestra marca, la conexión entre nosotros, significaba más que cualquier ceremonia formal. Pero que quería poner un anillo en mi dedo, mostrar al mundo entero que yo era suya, y que él era mío.

Me preguntó si yo quería lo mismo. Si quería casarme con él.

Y no sé si lloré primero o si lo cubrí de besos, pero dije que sí.

Quiero ser tu esposa.

Quiero tener tu marca, llevar tu anillo, lucir tu collar…

Quiero todo.

No sabemos lo que el futuro nos deparará.

Yo, con solo una vida mortal por vivir ahora, y él, con algunos años de su vida arrebatados.

La urgencia de vivir, de aprovechar cada segundo, fue lo que nos hizo tomar la decisión tan rápido.

No teníamos tiempo que perder.

Ahora, tres meses después, aquí estamos. Frente a frente. Él me mira con tanto amor, con tanto deseo de construir algo sólido, y puedo sentir cada latido de mi corazón resonar con la misma urgencia.

—No puedo esperar a vivir el resto de mis días a tu lado — susurra en mi oído antes de decir "sí", aceptando ser mi esposo.

El "sí" que escapa de mis labios después, en un suspiro, no es solo una promesa.

Es nuestro destino, sellado ante todos, con la certeza de que, no importa lo que nos depare el futuro, yo le pertenezco.

Y él me pertenece a mí.

En un segundo, sus labios tocan los míos, sellando nuestra unión una vez más.

Me pierdo en ese beso, sintiendo todo lo que somos y todo lo que siempre seremos.

***

Estamos en nuestra luna de miel, lejos de todo. Elegimos un chalet aislado en los Dolomitas, a los pies de la montaña, rodeados de naturaleza. Decidimos aprovechar nuestra primera noche para explorar el bosque que rodea el chalet, encontrar un lago cercano y familiarizarnos con el camino.

La luna llena ilumina las copas de los árboles, y el sonido de la naturaleza a nuestro alrededor solo aumenta la sensación de estar solos en el mundo, perdidos el uno en el otro.

Caminamos lado a lado, nuestros cuerpos rozándose a cada paso, intercambiando caricias sutiles, saboreando el placer de nuestra compañía, del momento, sin prisas. Sus dedos se deslizan por mi piel, acariciando mi hombro y luego mi cabello, con una suavidad que contrasta con la tensión creciente. En respuesta, mi mano resbala por su espalda, sintiendo la rigidez de los músculos bajo la camisa, el calor de su piel ardiendo bajo mis dedos.

Cuando paso una mano por su abdomen, bajando hasta dejar que la punta de mis dedos juegue con la cintura de sus pantalones, Mark aspira aire con fuerza.

—No puedo soportar ni un segundo más de esta tortura —gruñe y, de repente, me atrae con fuerza, presionándome contra un árbol.

Suelto una risita, y un gruñido bajo e involuntario sale de sus labios mientras me besa con una necesidad feroz, como si ya no pudiera contenerse más. Mi cuerpo se arquea hacia él, mis pechos se presionan contra su pecho, mis pezones duros rozando su camisa. Rodeo su nuca con los brazos y levanto una pierna, dejando que encaje perfectamente en mí, empujando la cadera.

Él me besa con urgencia, como si intentara devorarme, y yo me entrego por completo, sintiendo mi cuerpo ceder contra el suyo.

Gime suavemente, su aliento caliente rozando mi piel, y su mano aprieta mi cintura con fuerza, como si me sujetara para que no me apartara.

—Me vuelves loco de deseo, no puedo estar ni un minuto lejos de esta boca deliciosa… —Muerde mi labio inferior y luego desliza una mano por mi cuerpo hasta tocarme entre las piernas—. Solo consigo pensar en tu coño…

—Entonces ven, fóllame aquí mismo —me restriego contra su mano, y él gruñe, apartando mi bragas y hundiendo dos dedos dentro de mí, haciéndome estremecer.

—Gatita traviesa —murmura, chupando mi cuello antes de presionar los dientes sobre mi marca.

Siento que se aparta y gimo, él ríe, pero parece contener su propia frustración por retrasar lo que ambos deseamos.

—Ven aquí —dice, tirándome de la mano. Me guía hasta un espacio entre los árboles y luego se quita la camisa, colocando el suelo con ella—. Siéntate aquí y abre las piernas para mí.

Hago lo que me pide, acomodándome sobre la camisa, inclino el cuerpo hacia atrás apoyando los codos en el suelo y, lentamente, abro las piernas, subiendo mi vestido. Todavía llevo las bragas, pero están a un lado, dejando al descubierto mi coño húmedo.

Mark me observa de pie frente a mí, desabrocha el botón de sus vaqueros y saca su polla. Cuando aprieto los dedos en su base, veo cómo una gota de preeyaculación escapa de su cabeza hinchada. Lamo mis labios ante la vista, deseando probar esa gota, sentir su sabor salado en mi lengua…

Pero entonces mi coño late de deseo y cambio de idea: lo necesito dentro de mí, y lo necesito ahora.

—Mark… —gimo, recogiendo las rodillas hacia mí, abriéndome para él—. Ven ya.

—Joder —gruñe y prácticamente se lanza sobre mi cuerpo, encajándose entre mis piernas y hundiéndose con una estocada

dura.

—¡Ah! —grito, echando la cabeza hacia atrás con la sensación de que me llena de golpe, ya estoy acostumbrada a su tamaño, pero aún me sorprende.

—Mi esposa… —susurra, con la voz ronca y llena de deseo, su aliento caliente sobre mi piel mientras me toma con una fuerza incontrolable—. Mi hembra. Mi… —suspira profundamente, su respiración volviéndose más entrecortada, y con un movimiento feroz, levanta la cabeza para besarme con una voracidad desesperada.

Su lengua invade la mía con un impulso urgente; nuestros besos se vuelven una mezcla de desesperación y pasión. No cesa el movimiento de caderas, llenándome con cada embestida, que aumenta en intensidad. El peso de su cuerpo macizo sobre el mío me arrastra a un estado de éxtasis abrumador, y pronto su respiración pesada se transforma en gruñidos roncos, sus músculos tensos temblando con cada movimiento.

Mi lengua roza uno de sus colmillos que ha crecido durante el beso, y una sensación eléctrica recorre mi piel, como si todo mi cuerpo despertara para él, para su bestia, para mi macho.

Su piel lisa bajo mis manos comienza a cambiar, y no es la primera vez que pierde un poco de control cuando me folla… pero ahora es distinto. Siento que el vello surge y se esparce rápido, su piel volviéndose peluda bajo mis dedos, mientras sus músculos se expanden hasta parecer duplicar su tamaño. Entonces, la sensación suave de su rabo rozando mi pantorrilla me arranca un jadeo.

Está perdiendo el control más que nunca, y adoro cada segundo de ello.
Mark se detiene de repente, y siento su cuerpo retroceder ligeramente mientras se sienta sobre los talones, pero sigue dentro de mí.

—Maldita sea… —Su voz sale grave, casi gutural—. Mi bestia se está soltando, he perdido un poco el control.

Mis ojos recorren cada línea de su forma parcialmente transformada, y mi vientre se contrae con un deseo profundo. Algo primitivo dentro de mí reacciona a lo que ve. Sus ojos arden en un dorado intenso, como si la luz de la luna se reflejara en ellos, y los músculos de su cuerpo se vuelven aún más imponentes, salvajes. Su rostro, ahora más lupino, parece alargado, con colmillos afilados.

Su piel, antes suave, ahora está cubierta de un pelaje color caramelo en algunas zonas. Trata de recuperar el aliento, sus pulmones se expanden y contraen de manera irregular. Sus manos, grandes y con garras, se cierran en puños mientras intenta retomar el control.

—Volveré a la normalidad en un segundo —murmura, la voz rasgada.

—No vuelvas… —gimo, sintiendo mi cuerpo palpitar a su alrededor. Mis dedos recorren sus muslos cubiertos de pelo, y me muevo sobre él, queriendo que continúe lo que ha parado—. Quédate así.

Sus ojos se oscurecen, las fosas nasales se dilatan mientras se hunde un poco más en mí.

—¿Estás segura, amor? —Muestra una sonrisa depredadora—. Si no me controlo, acabaré convirtiéndome completamente en la fiera.

Muerdo mi labio y asiento.

—Te quiero entero, Mark —susurro —. Eres tanto el hombre como la fiera… y deseo a los dos… Quiero que seas salvaje, quiero que estés en tu forma bestial… — Bajo la mirada hacia donde estamos conectados y observo fascinada cómo su pene crece, la base más hinchada—. Y quiero sentir tu nudo hincharse dentro de mí.

Él gruñe de deseo, inclinándose de nuevo sobre mí; el movimiento lo hace penetrarme más profundo, abriéndome mientras crece, transformándose.

Gimo ante la sensación y clavo mis dedos en su espalda, hundiendo mis garras en su piel.

—¿Te gusta mi polla monstruosa, Sandra? —pregunta, con un tono travieso en la voz, mientras se mueve despacio, dejándome acostumbrarme a su tamaño diferente.

Mis palabras se quedan atrapadas entre gemidos cuando siento la presión aumentar mientras él se entrega por completo a la transformación.

—Me gusta… —consigo decir, el sonido de su vaivén cada vez más húmedo, mi clítoris rozando el pelaje que cubre los músculos de su abdomen—. Quiero que me poseas así, con tu forma salvaje.

Un gruñido animal reverbera en su garganta y triplica su tamaño, su piel cubriéndose por completo de pelo y un temblor profundo sacudiendo su cuerpo mientras su forma bestial toma el control. Sus garras enormes rozan mis caderas sin hacer daño, su boca llena de colmillos se abre y su lengua gruesa roza mi cuello, los ojos brillan como brasas.

Un escalofrío recorre mi cuerpo de pies a cabeza y espasmo sobre su polla, un deseo entrelazado en algo instintivo y adictivo.

Se profundiza aún más y, de repente, su nudo me invade de manera implacable, alcanzando un punto que hace que mi cuerpo se arquee involuntariamente. Siento una explosión de dolor y placer arrolladora mientras me ensancha, llenándome de una forma que parece romper todos mis límites, dejándome sin aire.

Clavo mis garras en sus hombros anchos y él gruñe, saliendo solo para empujarse dentro de mí otra vez, y mi grito se disuelve contra su cuello. Mis muslos se sacuden alrededor de su cintura, y me aferro a su cuello, sin fuerzas para nada más que dejarme tomar por completo.

—¿Cómo se siente ser follada por la fiera?

—Increíble… —susurro, sintiendo una ola de placer apoderarse de mí. — No pares. No pares.

—¿A mi hembra le gusta sentir mi nudo? —Su voz animal vibra contra mi oreja—. ¿Te gusta saber que vamos a quedarnos atrapados, que mi polla va a chorrear dentro, sin salida, que tu barriga se va a hinchar de tanto semen acumulado?

—¡Sí!

Con un rugido, me rodea la cintura con un brazo y se levanta, aún dentro de mí, con la otra mano enorme agarra mi culo, levantándome y bajando con fuerza sobre su polla, follándome de pie.

Me mueve como si no pesara nada, sus embestidas profundas y brutales, una fuerza cruda que me arrastra hacia el orgasmo.

—Mark, y-yo… —jadeo, cerrando los ojos—. Voy a corr…

Un gemido gutural explota de su garganta, sus embestidas se vuelven descompasadas, urgentes, feroces.

—Yo también voy —gruñe.

Y entonces lo siento.

Su nudo empieza a hincharse dentro de mí, prendiéndome a él, sujetándome de un modo que me hace morder su cuello, su pelaje amortiguando mis gritos.

—¡Mark!

Su rugido reverbera por todo el bosque cuando él también llega, apretando mis brazos a su alrededor, su cuerpo temblando, su polla latiendo mientras chorros interminables me llenan, haciendo que un calor me invada, mi vientre dilatándose cada vez más, su nudo atando, reteniendo todo el semen dentro de mí.

No sé cuánto tiempo permanecimos abrazados, unidos, esperando que nuestros músculos dejaran de temblar, pero finalmente lo siento relajarse dentro de mí lo suficiente para deslizar su polla fuera. Al instante siguiente, mi coño chorrea, siento la presión en mi vientre disminuir, el calor deslizarse por mi entrepierna.

—Por las estrellas, Mark —murmuro, frotando mi rostro contra su pelaje, inhalando su aroma salvaje.

—Lo sé… —Con la respiración entrecortada, desliza su lengua por mi hombro, subiendo hasta mi cuello, y la presiona sobre mi marca.

—¿Cuándo podemos hacer esto otra vez? —pregunto, inclinando la cabeza hacia atrás para mirarle a los ojos.

Su rostro bestial se transforma lentamente en humano, y Mark aparece con una sonrisa satisfecha, su lengua pasando por un colmillo alargado.

—Cuando quieras, mi hembra.



Epílogo



Sandra

Tres meses después.

Mi móvil vibra sobre la mesita de noche, y al ver el nombre de Lucy en la pantalla, contesto sin dudar.

—¡Hola, desaparecida! —bromeo, acercando el teléfono al oído.

Ha pasado más de una semana desde la última vez que la vi en persona, aunque viva a menos de quince minutos de mi casa. Desde que se comprometió con Shadow, el hombre misterioso que conoció al mudarse aquí y del que se enamoró perdidamente, apenas tiene tiempo para nuestros encuentros semanales.

Siempre está ocupada con él.

No es que la culpe.

Si dependiera de mí, tampoco saldría de este chalé.

De hecho, ni siquiera me levantaría de la cama con Mark.

—Amiga, estamos pensando en hacer una cena esta noche en casa. ¿Tú y Mark podéis venir?

Mi pecho se calienta con la suavidad de su voz.

Estoy muy feliz por mi amiga. Shadow parece ser realmente bueno para ella.

Sé bien que no hay que juzgar un libro por su portada, y la suya es un poco intimidante, hasta se parece a la de Mark, pero el novio de Lucy logra ser aún más alto e imponente que mi marido.

Sin embargo, cuando se trata de ella, se derrite como mantequilla, dispuesto a todo para verla feliz.

Pero la invitación de Lucy…

Me muerdo el labio, dudando. No porque no quiera verlos. Me encantan los dos. El problema es que la cena será en su casa.

Una mansión antigua que parece sacada de una película de terror, pero que, por alguna razón, encantó a Lucy.

—Shadow y yo tenemos algo que contar —añade.

—¡Oh, por las estrellas, ¿estás embarazada?! —resoplo, abriendo los ojos como platos.

—¿Qué? ¡No! —Lucy ríe al otro lado de la línea—. Ni lo intentes adivinar, porque no lo vas a descubrir. Solo lo sabréis cuando vengáis.

—¡Qué suspense! Solo me estás poniendo más curiosa. —Chasqueo la lengua, fingiendo irritación.

—Eres muy dramática —se burla, todavía riéndose—. Pero entonces, ¿podéis venir hoy? Si no podéis, lo dejamos para mi próximo día libre en el hospital.

—Creo que sí. Mark y yo no tenemos planes, voy a preguntarle si podemos ir cuando termine el trabajo y ya te aviso.

—¡Genial! Ah, Sandra…

—¿Qué?

Hace una pausa.

—Nada, olvídalo.

Suelto un gemido de frustración.

—¿Te estás burlando de mí, Lucy? ¡Argh!

Ella solo se ríe aún más antes de despedirse:

—¡Hasta más tarde!

Cuelgo el móvil y noto mi corazón acelerado, la piel erizada por la expectativa.

¿Qué querrá contarme? Parece algo importante. Me siento ansiosa y, al mismo tiempo, siento un punzado de culpa.

Lucy ha sido abierta conmigo, compartiendo su vida.

Yo, en cambio, todavía escondo la verdad sobre quién soy.

Tantas veces intenté contarle, pero me acobardé en el último segundo. Sé que no puedo retrasarlo mucho más. Ahora que ha vuelto a vivir en Salem después de años fuera y está conociendo a mi círculo íntimo de amigos, la mayoría sobrenatural, podría descubrirlo. Y quiero que lo sepa por mí…

Quizá esta sea la oportunidad adecuada.

Quizá hoy tome el valor.

Lucy no me va a abandonar como hicieron mis padres. Ese miedo, arraigado por un trauma familiar, es algo en lo que estoy trabajando en terapia. Después de todo lo que Mark y yo pasamos para sobrevivir, decidimos buscar ayuda antes de la boda. Fue una de las mejores decisiones que tomamos. Solo fortaleció lo que ya era inquebrantable entre nosotros.

Con ese pensamiento, me levanto de la cama y voy hacia el despacho en casa. Mark está concentrado en el ordenador, escribiendo algo con expresión seria. Hoy ha preferido trabajar desde casa, ya que pasó la noche anterior fuera, coordinando la seguridad de un evento de la ciudad.

Él me siente y deja de escribir, volviendo toda su atención hacia mí.

—Ven aquí, Gatita —pide, con la voz baja y cargada de cariño.

Obedezco, sentándome en su regazo y frotando el rostro contra su cuello.

—¿Está todo bien?

—Sí, perdona por interrumpir. Solo quería confirmar si podemos ir a cenar a casa de Lucy hoy. Ella y Shadow nos invitaron.

—No tengo ningún compromiso, amor. Podemos ir, sí.

—Vale. Dije que iríamos, pero quería asegurarme de que no surgiera nada en tu trabajo.

Él sostiene mi rostro y me besa.

—¿Y tus estudios? —murmura en mi boca—. ¿No tenías un trabajo que entregar mañana en la universidad?

—Ya lo he terminado. ¡Estoy libre!

Siento cómo sus labios se estiran contra los míos, sus ojos dorados brillando.

—Estoy muy orgulloso de ti, Gatita.

Mi pecho se calienta.

—Gracias, amor.

Intercambiamos un último beso antes de dejar que vuelva a su trabajo.

Cuando llega la hora de salir, mi estómago se revuelve. Estoy nerviosa, y mis manos se mueven sobre mi regazo durante todo el trayecto en coche.

—¿Por qué estás nerviosa? —pregunta Mark, desviando brevemente la mirada hacia mí.

Respiro hondo.

—Creo… que voy a contárselo.

—¿Te sientes preparada?

Exhalo lentamente y asiento con la cabeza.

—Estoy aquí para lo que decidas, Gatita. Lo sabes.

La ansiedad cede un poco cuando él me sonríe, y yo le devuelvo la sonrisa.

***

La verja de hierro se abre con un crujido bajo, permitiendo que el coche avance por el camino de piedras hasta la mansión. La casa, antigua e imponente, se yergue contra el cielo oscuro como un escenario de película de terror.

Pero para Lucy, aquel lugar es un hogar.

Ya nos espera en la puerta con una sonrisa en el rostro, y Shadow aparece detrás de ella, abrazándola de manera posesiva.

Mark desliza la mano sobre la mía, entrelazando nuestros dedos antes de cruzar la corta distancia que nos separa de ellos. Lucy me recibe con un abrazo fuerte, y yo respondo, sintiendo su cercanía y el calor de la amistad. Mientras tanto, Shadow y Mark intercambian un leve gesto con la cabeza, mínimo, pero cargado de reconocimiento.

Son del mismo palo.

Lucy y yo nos miramos y sonreímos, cómplices en pensamiento.

—¡Pasad! — invita Lucy. —La mesa ya está puesta y he abierto un vino para nosotros.

Entramos, y Shadow se encarga de servir las copas. Él me entrega una, y yo le doy las gracias antes de tomar un largo sorbo, saboreando la bebida.

—Hum… —Lucy de repente se agita, girando el anillo de compromiso en su dedo—. Olvida, creo que mejor comemos primero. Después os cuento…

Arqueo una ceja y coloco las manos en la cintura.

—¡Ni pensarlo! —digo, exasperada —. ¡No me vas a torturar ni un segundo más! ¡Cuenta ya, es algo bueno o malo?

Ella intercambia una mirada significativa con Shadow, y la tensión en el aire crece. Los dos parecen comunicarse sin palabras, y mi ansiedad no hace más que aumentar.

Mark lo nota y aprieta mi mano, anclándome a él.

—Supongo que es algo bueno —interviene finalmente Shadow, como si le diera fuerza a Lucy.

—¡Por las estrellas…! Entonces, ¿por qué tanto misterio? — cruzo los brazos—. ¿Ya habéis decidido la fecha de la boda, o qué?

—No. —Lucy sacude la cabeza—. Tiene que ver con vosotros, Sandra y Mark. —Luego señala hacia sí misma y después a Shadow. — Y también con nosotros.

Me acurruco contra el cuerpo de Mark, sintiendo cómo se me enciende el rostro.

—Hum, amiga… —trago saliva—. Mira, sin juicios ni nada, me siento halagada y todo eso, pero si tú y Shadow queréis explorar cosas nuevas, Mark y yo no somos de swingers, ¿vale?

Lucy jadea, con los ojos abiertos como platos.

—¡Sandra! —Casi se atraganta, y Shadow la abraza aún más fuerte, el gesto cargado de posesión—. ¡Obvio que no es eso, deja de volverte loca!

—No comparto a mi mujer —gruñe Shadow.

—Y yo menos —responde Mark en el mismo tono, estrechando sus brazos a mi alrededor.

—¡Por las estrellas, chicos, solo ha sido un malentendido! — empiezo a reír, nerviosa.

Lucy suelta un suspiro y también se ríe.

—Mejor que os lo diga ya antes de que vuestra imaginación se desboque aún más —dice, moviendo la cabeza. Luego, sus ojos encuentran los míos—. Shadow y yo sabemos la verdad sobre vosotros.

Mi corazón se detiene por un segundo. Mi cuerpo se tensa, y Mark instintivamente me aprieta más contra él.

—¿C-cómo es eso?

Mi pareja me besa la cabeza, un gesto de consuelo. Quiere recordarme que estoy a salvo, que no hay nada que temer. Debería confiar en eso. Si Lucy ha descubierto mi secreto… quizá no sea un problema. Iba a contárselo, eventualmente.

Shadow carraspea.

—Sé que sois metamorfos —dice, con voz tranquila pero firme —. Puedo percibir la esencia de los dos.

Mi respiración se corta.

—Si puedes percibir —interviene Mark, con un tono desconfiado—, eso significa que también es sobrenatural.

Shadow asiente.

—Pero entonces… ¿por qué no puedo rastrear vuestra esencia?

—Mi especie no exhala tanto. Es difícil de detectar —explica—. Solo otro de mi linaje puede seguir mi olor con facilidad.

Luego nos explica qué es y de dónde viene, aclarando algunas dudas de Mark, que se muestra muy interesado porque no conocía este tipo de seres sobrenaturales, y yo mucho menos.

Mi atención se dirige hacia mi amiga.

—Lucy… —mi voz suena débil—. Quería haberte contado sobre mí, lo juro…

Ella se suelta del abrazo de Shadow, y yo hago lo mismo con Mark. Nos encontramos a medio camino y nos abrazamos con fuerza.

—Te entiendo —susurra—. Yo también te he ocultado algo desde que me mudé aquí.

—Estabas protegiendo a Shadow… Lo entiendo.

—No solo eso. — Se aparta y gira el anillo en el dedo—. No somos solo prometidos, somos compañeros destinados. Acepté el ritual de unión con Shadow… y me convertí en como él.

El mundo a mi alrededor parece tambalearse.

—¿Cómo dices, cómo él? —pregunto, con la voz temblorosa.

—También soy sobrenatural —revela Lucy, con los ojos brillando con una certeza serena—. Al unirme a él, voy a vivir durante siglos… quizá milenios.

Mi garganta se seca.

—¿Siglos?

—Eres mi única familia, Sandra —su voz es suave, pero lleva un peso enorme—. No quiero vivir para verte marchar. Es difícil de aceptar, pero… hay una manera de cambiarlo.

Mi respiración se acelera.

—¿Qué quieres decir?

Shadow toma la palabra.

—Tengo una propuesta.

Mis ojos se dirigen a Mark, que parece tan tenso como yo.

—Quiero daros la misma oportunidad que le di a Lucy —continúa Shadow—. Puedo hacer un pacto de vínculo. Puedo unir mi esencia a la vuestra y concederos la inmortalidad.

El silencio pesa como una niebla densa.

—¿Qué…? —murmuro.

—Permaneceríais jóvenes para siempre —explica Shadow—. Tendríais la misma apariencia, aunque necesitaríais hechizos de glamour para ocultarlo a los demás.

—Al menos no tendríamos que robar la juventud de otros como la anciana bruja —murmuro a Mark.

Nuestras miradas se cruzan.

Puedo ver en él el mismo conflicto que siento dentro de mí.

Esperanza y miedo, entrelazados.

Una eternidad juntos no sería un problema.

Pero, ¿valdría la pena ver partir a todos nuestros amigos mientras nosotros seguimos aquí?

—Lo haría por ti, Gatita — susurra Mark.

Mis ojos se llenan de lágrimas.

—¿Lo juras?

Él eleva mi mano y la besa.

—Así, no tendría que despertarme cada día con el miedo de que sea el último —su voz lleva una emoción cruda—. De que un accidente o un ataque inesperado te arrebate de mí.

Un sollozo escapa de mi garganta.

—Y yo no tendría que temer que tu vida sea más corta que la mía…

— No tenéis que decidir ahora — dice Lucy suavemente.

Pero ya sé la respuesta.

Miro a Mark. Él me devuelve la mirada, y sé que estamos pensando lo mismo.

—Puedes responder, amor —susurra junto a mi oído—. Sabes que te quiero para siempre… y ni siquiera la eternidad sería suficiente.

Un escalofrío recorre mi espalda, y giro el rostro en busca de sus labios. Nuestro beso lleva toda la promesa de lo que está por venir. Cuando me separo para respirar y abro los ojos, recuerdo dónde estamos y lo que aún necesito decir…

—Lo aceptamos.

La palabra sale de mis labios como una declaración sagrada, sellando todo lo que somos y todo lo que seremos.

Una eternidad con él, ese es mi final feliz.

O mejor…

Un feliz comienzo.

Lucy y Shadow

¿Tenéis curiosidad por la historia de la amiga de Sandra y el misterioso Shadow?

Poseída por la Sombra

¡Haz clic aquí y lee el libro!

Sinopsis:

Lucy Willard solo quería un nuevo comienzo. Una nueva casa parecía el lugar perfecto para ello. Sin embargo, cada noche empieza a ocurrir algo extraño. Una presencia misteriosa se acerca, y ella no sabe si está perdiendo el control de la realidad o si hay algo mucho más oscuro al acecho.

Él —o aquello— la observa, conoce sus secretos y parece esperar el momento adecuado para revelarse. Pero Lucy siente que, por mucho que intente escapar, ya ha sido elegida.

Y lo más inquietante es que quizá no tema ser poseída… sino cuánto desea que eso ocurra.

La Autora

Ruby Lace es una soñadora y romántica declarada, cuya única adicción es la lectura y su gran pasión la escritura. Le encanta leer y escribir historias que aceleran su corazón, romances que conmueven sus sentimientos de múltiples formas y con finales felices.

La autora cuenta con más de 49 millones de lecturas en Kindle Unlimited, y su romance *A Bela e o Chefe* ocupó el primer puesto en la lista de e-books más vendidos de Amazon Brasil.

Vive en el estado de Río de Janeiro, Brasil, donde actualmente reside con su marido. Como buena carioca, disfruta de los días soleados, de las bellezas de la playa y de llevar siempre sus chanclas Havaianas.

¡Sigue a Ruby!

Instagram: @AutoraRubyLace

TikTok: @AutoraRubyLace

Agradecimientos

Escribir una *romantasia monster* fue todo un desafío, mucho más de lo que esperaba, pero descubrí que aún tengo mucho por explorar en este género.

Me encantó cada segundo y espero, en un futuro próximo, escribir otras historias ambientadas en este mismo universo. Espero de corazón que os gusten.

Un agradecimiento muy especial a mis betas y colaboradoras Raquel Moreno, Mayanne Rocha y Nayara Vagmaker; vuestras contribuciones han sido invaluables y muy apreciadas.

A mi querida asesora, Ariel, estoy profundamente agradecida por todo el cariño y apoyo que siempre me brinda.

Gracias de corazón a todos los lectores y *bookstans* que se embarcaron en esta lectura. ¡Sois todo para mí!

Por último, doy gracias a Dios por todo, siempre.